

Midnight Breed

ASHES
OF
MIDNIGHT



Sinopsis

Una mujer impulsada por la sangre. Un hombre sediento de venganza. Un lugar donde convergen la oscuridad y el deseo...

Cuando cae la noche, Claire Roth huye de su casa, impulsada por una feroz amenaza que parece provenir del mismo infierno. Luego, de entre las llamas y las cenizas, aparece un guerrero vampiro. Él es Andreas Reichen, que antaño fuera su amante, y que ahora es un desconocido consumido por la venganza. Atrapada en un fuego cruzado, Claire no puede escapar de su furia salvaje, ni del hambre que la arrastra a su mundo de eterna oscuridad e infinito placer.

Nada impedirá a Andreas destruir al vampiro responsable de la masacre de su raza... aunque eso signifique utilizar a su ex amante como peón en su mortífera misión. Vinculada por la sangre a su peligroso adversario, Claire puede conducir a Andreas hasta el enemigo que busca, pero es un camino cuajado de peligros... y de profundos e inesperados placeres. Pues Claire es la única mujer que Andreas no debe ansiar, y la única a la que ha amado. Se inicia así una peligrosa seducción que difumina la línea que separa a la presa del depredador, y aviva las llamas de una ardiente pasión que puede consumir todo a su paso...



Capítulo 1

Berlín, Alemania.

El vampiro no tenía idea de que la muerte lo esperaba en la oscuridad.

Sus sentidos estaban excesivamente cargados de necesidad, sus manos y brazos cubiertos con un medio atuendo pelirrojo que lo rozaba con una lujuria apenas contenida. Demasiado febril para notar que no estaban solos en su habitación del Refugio Oscuro, él abrió las puertas dobles talladas y dirigió a su impaciente, y jadeante presa al interior. La mujer se balanceaba en un par de tacones altos, riendo mientras se retorció lejos de él y movía un dedo en frente de su cara.

—Hans, me diste demasiado champán —dijo entrecortada, tropezando en la oscura habitación—. Mi cabeza está dando vueltas.

—Pasará —las palabras del vampiro alemán eran lentas, también, aunque no por el alcohol que había embriagado a su desprevenida compañera americana. Sus colmillos estaban sin duda llenando su boca, saliva desbordándose de su lengua en anticipación de la alimentación.

El la siguió con movimientos deliberados mientras cerraba las puertas detrás de él y merodeaba hacia ella. Sus ojos brillaban como el fuego, transformándose de su color natural a algo de otro mundo. Aunque la mujer parecía no notar el cambio que se posaba sobre él, el vampiro mantenía su cabeza baja mientras se acercaba a ella, tratando de ocultar el calor de su sanguinaria mirada.

Excepto por aquel resplandor ámbar oscuro y el tenue brillo de las estrellas afuera de las altas ventanas sobre la vista de jardines privados de la propiedad del Refugio Oscuro, no había luz en la habitación. Entonces, de nuevo, siendo uno de los de la Raza, podría ver bastante bien sin eso.

Así que el que vino podría matarlo.

Envuelto en sombras a través de la gran recámara, una oscura mirada observaba como el vampiro agarraba a su anfitriona de sangre por detrás y

bajó la cabeza para empezar. El primer olorcillo fuerte a cobre de la vena perforada del humano hizo que los colmillos de quien observaba brotaran de sus encías en respuesta reflexiva. El tenía hambre, demasiada, con más urgencia de lo que quería admitir, pero había venido aquí por un propósito mayor que el de servir a sus propias necesidades básicas.

Había venido por venganza.

Por justicia.

Era aquella misión primordial que mantenía los pies de Andreas Reichen firmemente en el suelo mientras el otro vampiro bebía avariciosamente, y a ciegas a través de la habitación. El esperó, paciente sólo porque sabía que la muerte de este macho lo llevaría un paso más cerca de cumplir la promesa que había hecho unas doce semanas atrás... la noche en que su mundo se había desintegrado en un montón de cenizas y escombros.

La paciencia de Reichen se mantenía como una cuerda atada. Su interior se agitaba con el calor de su ira. Sus huesos se sentían como barras de hierro hirviendo debajo de su piel. Su sangre corría a través de su cuerpo, líquido hirviendo que lo quemaba del cuero cabelludo a los talones. Cada músculo y célula dentro de él gritaba por venganza gritando con una furia que se acercaba a un estadillo nuclear.

No aquí, se advirtió a sí mismo. Eso no.

El precio sería demasiado si cediera a la magnitud de su rabia, y por Dios, ese hijo de puta no valía la pena. Reichen mantuvo a raya aquella parte explosiva de él, pero el esfuerzo llegó una fracción de segundo tarde. El fuego en el estaba ya encendido, quemando las frágiles ataduras de su autocontrol...

El otro vampiro de repente levantó su cabeza de donde había estado alimentándose del cuello de la mujer. Hizo una profunda respiración por su nariz, luego gruñó, salvajemente... alarmado.

—Hay alguien aquí.

—¿Qué dijiste? —murmuró ella, todavía soñolienta por su mordedura mientras el sellaba su herida con la lengua y luego la empujó lejos de él. Ella se tambaleó hacia delante, murmurando un par de maldiciones selectas bajo su respiración. Al instante en que su lenta mirada se iluminó sobre Reichen. Un grito salió de su garganta—. ¡Oh, Dios mío!

Sintiendo sus ojos ardiendo con el fuego ámbar de su mirada, sus colmillos brotaron a través de sus encías en anticipación de una lucha por venir, Reichen dio un solo paso fuera de las sombras.

La mujer gritó de nuevo, aumentando la histeria en sus salvajes y aterrados ojos. Miró a su compañero por protección, pero el vampiro no tenía ni la menor importancia hacia ella. Con un movimiento insensible de su mano, él la golpeó sacándola de su camino y se acercó lentamente adelante. El golpe la envió rápidamente al suelo.

— ¡Hans! —gritó ella—. Oh, Dios ¿Qué está pasando?

Silenciándola, el vampiro se enfrentó a su inesperado intruso y se agachó en una posición de ataque. Reichen tuvo sólo un momento para lanzar una mirada a la confundida y aterrada humana.

— ¡Fuera de aquí! —envió una orden mental que abrió las puertas del dormitorio y las mantuvo abiertas—. Sal, mujer. ¡Ahora!

Mientras ella se arrastraba por el pulido mármol debajo de ella y escapaba de la habitación, el vampiro del Refugio Oscuro saltó por el aire en un arco fluido de movimiento. Antes de que sus pies pudieran tocar el piso, Reichen se lanzó sobre el bastardo.

Sus cuerpos chocaron, la explosión de la velocidad delantera de Reichen los lanzó a ambos a través de la anchura de la habitación. Enormes colmillos rechinaron, feroces ojos ámbar se posaron sobre el otro en el peor tipo de maldad, ambos chocaron como una pelota estrellada contra la pared del fondo.

Huesos sonaron con el impacto, pero no lo suficiente para Reichen.

No lo bastante, ni de cerca.

Lanzó una furiosa embestida que envió al macho de Raza al suelo y lo inmovilizó allí, con una rodilla aplastando su garganta.

— ¡Bastardo ignorante! —Bramó el vampiro, arrogante a pesar de su dolor—. ¿Tienes alguna idea de quién soy?

— Sé quién eres, Agente de Ejecución Hans Friedrich Waldemar.

Reichen, desnudó sus dientes y colmillos en una blasfemia de risa, mientras lo fulminaba con la mirada—. ¿No me digas que ya te has olvidado de quién soy?

No, no lo había olvidado.

Reconocimiento destellaba detrás del dolor y el miedo en las afiladas pupilas de Waldemar.

—Hijo de puta... Andreas Reichen.

—Así es —Reichen le sostuvo al bastardo una mirada mortalmente furiosa que debería haberlo quemado mientras lo sometía—. ¿Qué le pasa, Agente Waldemar? Parece sorprendido de verme.

—N-No entiendo. El ataque al Refugio Oscuro el verano pasado... —el vampiro tomó una profunda respiración—. Había oído que nadie sobrevivió.

—Casi nadie —Reichen corrigió fuertemente.

Y ahora Waldemar sabía porque él había venido a hacer esta visita inesperada. No había duda de la triste conciencia en la mirada del otro hombre. O el fuerte miedo. Cuando habló ahora, su voz tembló un poco

—No tuve nada que ver con eso, Andreas. Tienes que creerme.

Reichen bufó.

—Eso es lo que dijeron los otros, también.

Waldemar empezó a retorcerse, pero Reichen presionó más fuerte su rodilla plantándola contra la garganta del vampiro. Waldemar jadeó, intentando levantar sus manos mientras el peso empezó a aplastar su canal de oxígeno.

—Por favor... sólo dime lo que quieres de mí.

—Justicia.

Ni con satisfacción ni remordimiento, Reichen agarró la cabeza de Waldemar en sus manos y dio un fuerte tirón. Su cuello se rompió, luego la cabeza del macho de Raza cayó al suelo con un pesado golpe.

Reichen soltó una profunda exhalación que hizo poco para calmar su angustia, o el dolor que sentía de estar vivo y sólo. El único sobreviviente. El último de su línea familiar.

Mientras se ponía de pie y se preparaba para esta última muerte detrás de él, un destello cristal pulido sobre uno de los estantes caoba de la habitación llamó su atención. Se acercó, sus pies moviéndose automáticamente, estrechó su mirada fijándola sobre el rostro de su

enemigo que miraba desde dentro de la fotografía enmarcada en plata. Agarró la fotografía y la observó, sus dedos calientes donde presionaron el metal del marco. Los ojos de Reichen centellaban mientras miraba aquel rostro que odiaba, un gruñido bajo salió de su garganta, una cruda rabia instintiva, y aún latente.

Wilhelm Roth parado en medio de un pequeño grupo de machos de Raza usando un traje ceremonial de la Agencia de Ejecución. Todos estaban elegantemente vestidos de esmoquin negro y camisa blanca almidonada, sus pechos adornados con fajas de seda y relucientes medallones colgantes, espadas doradas enfundadas a sus costados. Reichen bufó, cada uno con la misma importancia-el poder- y hambrienta arrogancia- en sus satisfechos, y sonrientes rostros.

Ahora todos estaban muertos....todos excepto uno.

Había dejado a Roth para el final, habiendo trabajado meticulosamente en su propósito en la cadena ascendiente de mando. Primero el equipo de miembros de la Agencia muertos que habían emboscado su casa en el Refugio Oscuro y que abrieron fuego contra todo ser viviente, incluso mujeres y niños dormidos en sus cunas. Segundo había apuntado a la manada de traidores Agentes de Ejecución que no tenía ningún secreto de su lealtad al líder poderoso del Refugio Oscuro responsable de ordenar la matanza.

Uno por uno de los culpables durante las últimas semanas, habían encontrado su fin. El vampiro muerto y destrozado en el suelo era el último miembro conocido del círculo privado y corrupto de Wilhelm Roth, reunido en Alemania.

Se encargaría de Roth él mismo.

Iba a quemar al bastardo por lo que había hecho.

Pero primero sufriría.

La mirada de Reichen fue a la deriva de nuevo sobre la fotografía enmarcada en sus manos y la sostuvo allí. Al primer vistazo, no había notado a la mujer. Toda su concentración -toda su furia- se había centrado solamente en Roth. Ahora que la había encontrado, no podía apartar sus ojos de ella.

Claire.

Ella se mantenía a distancia al lado del grupo de machos de Raza, todavía bastante menuda en un vestido sin mangas gris pálido que hacía que su piel morena pareciera tan suave y lujuriente como el satén. Su delicado cabello negro estaba recogido en un cuidadoso moño, ni un solo cabello fuera de lugar.

El tiempo no la había envejecido tanto, no más que un año, desde que la había conocido, no es que eso fuera posible, cuando ella era joven y fuerte por el vínculo de sangre que compartía con su compañero escogido aquellos treinta y tantos años. Ella miraba a Wilhelm Roth y a sus criminales amigos, sonriendo con una expresión perfectamente apropiada, perfectamente pulcra.

Una compañera perfectamente apropiada para el vampiro que había resultado ser el adversario más traidor de Reichen.

Claire.

Después de todo este tiempo.

Mi Claire, pensó el posesivamente.

No, no suya.

Una vez lo fue, tal vez. Hace mucho tiempo, y por sólo unos pocos meses. Un puñado breve de tiempo.

Historia pasada.

Reichen miró su imagen detrás del marco plateado de vidrio, sorprendido por cuan facilidad su furia brotaba por Wilhelm Roth que podría desangrar al vampiro compañero de Raza. Dulce, y encantadora... en la cama con su peor enemigo. ¿Sabía ella de la corrupción de Roth? ¿Lo justificaba?

Si acaso importaba.

Tenía una misión por cumplir. Justicia por reclamar. Una última mortal venganza por reclamar.

Y nada se interpondría en su camino... ni siquiera ella.

La mirada de Reichen se dirigió a la fotografía, furia ardiendo a la luz ámbar que lo alumbraba desde el marco del vidrio. Sus dedos quemaban donde su piel encontraba el metal del marco. Intentó refrescar la ácida tempestad que se arremolinaba en su estómago, pero ya era demasiado

tarde para esperar que incluso una pequeña parte se calmara. Con un gruñido, tiró la fotografía al suelo y giró alejándose de ella. Se acercó a una de las altas ventanas a intentó abrir el panel, sabiendo que no podía confiar en su especialidad ahora que su furia estaba tan cerca de gobernarlo.

Reichen caminó hacia el umbral en cuclillas, escuchando el caliente salpicadero y el chisporroteo del derretir de la plata y el sonido del vidrio rompiéndose mientras la fotografía enmarcada ardía en llamas detrás de él.

Luego saltó a la noche de otoño espesa para terminar lo que Wilhelm Roth había comenzado.



Capítulo 2

Los labios de Claire Roth se fruncieron al contemplar mientras miraba el modelo arquitectónico extendido sobre la mesa de su biblioteca.

—¿Qué te parece mover la banqueta para quitarla del camino y ponerla cerca del acuario, simplemente al otro lado de la cabaña de rosas?

—Una excelente idea —dijo una sorprendente voz femenina sobre el altavoz del teléfono situado cerca. La joven estaba llamando de una de las regiones del Refugio Oscuro. Habiendo visto algunos de sus trabajos en otros lugares dentro de la comunidad de vampiros, Claire había estado trabajando con ella durante la semana pasada, en consultas privadas sobre el diseño de un pequeño parque de jardín—. ¿Ha decidido el material para los corredores, Señora Roth? Creo que inicialmente habías mencionado adoquines o piedra rustica—

—¿Sería posible mantener mejor los senderos naturales? —preguntó ella mientras se movía por el lado de la mesa, examinando detenidamente el resto de la maqueta—. Estoy pensando en senderos de tierra de suaves adornos con algo sencillo, pero acogedor. ¿No-me-olvides (flores), quizás?

—Por supuesto, eso suena encantador.

—Bien —dijo Claire, sonriendo mientras consideraba el cambio—. Gracias, Martina. Has hecho un maravilloso trabajo. En realidad, no podría estar más agradecida con la forma en que has tomado mí revoltijo de ideas tontas y las has convertido en algo mucho más de lo que imaginaba.

La voz de la joven compañera de Raza se aclaró al otro extremo de la línea.

—El parque va a ser hermoso, Señora Roth. Es obvio cuanto tiempo y cuidado ha puesto en su visión de lo que le gustaría que fuera.

Claire calladamente registró el cumplido, sintiéndose menos orgullosa que aliviada. Quería que este pedazo de tierra se convirtiera en algo hermoso. Quería que fuera perfecto. Cada plantación, cada escultura

cuidadosamente puesta, exhibiéndose, y todo el lugar fuera destinado a ser un sitio de total paz y tranquilidad. Un santuario a inspirar la mente, el corazón y el alma. Ella no era unas de esas que coge la antorcha por la cusa —bueno, no mucho tiempo, en todo caso— pero tenía que admitir que este proyecto se había convertido en algo parecido a una obsesión para ella.

—Sólo necesito que sea bonito —murmuró ella, parpadeando por unas repentinas lágrimas en sus ojos. Había estado demasiado emocional últimamente, y se alegraba de que no hubiera nadie en su biblioteca para ver su debilidad.

—No te preocupes —la alegre voz de Martina la alivió—. Estoy segura de que a él le va a encantar.

Claire tragó, tomada por sorpresa.

—¿Q-Qué?

—El Señor Roth —respondió la joven compañera de Raza. Un incómodo silencio se extendió por largos momentos—. Yo, um... lo siento si fui indiscreta. Me ha pedido mantener el parque y su diseño en secreto, así que supongo y asumo que quiere que sea un regalo para él.

¿Un regalo para Wilhelm? Claire tuvo que trabajar para contener su reacción de desconcierto ante la idea. Ni siquiera había visto a su compañero durante medio año. Él venía sólo al país porque su sangre lo obligaba. Claire había temido enormemente aquellas visitas, esperando mientras su compañero se alimentaba de sus venas y tomaba su sangre a cambio. Wilhelm apenas pretendía fingir sentirse indiferente sobre su acuerdo con frialdad obligatoria. Habían vivido separados discretamente casi todas las tres décadas de su emparejamiento, él en su mansión del Refugio Oscuro en la ciudad, y ella y un puñado de personal de seguridad aquí en la casa de campo a un par de horas de distancia.

No, el parque jardín no era un regalo para su compañero crónicamente ausente. De hecho, estaba segura de que estaría furioso si averiguaba que ella había emprendido el proyecto por su cuenta. Afortunadamente para ella, Wilhelm Roth no había mostrado interés en algo que ella pensara o sintiera o hiciera ahora por algún tiempo. Estaba más que satisfecho de dejarla seguir sus diversas actividades filantrópicas y sociales; sus asuntos con la Agencia de Ejecución era todo lo que le importaba, sobre todo últimamente. Esa era su obsesión, y en un tranquilo rincón de su corazón, Claire se alegraba por su soledad. Especialmente estas últimas y difíciles semanas.

Martina dejó escapar un pequeño suspiro por el portavoz.

—Por favor, Señora Roth, Perdóneme si he sobrepasado mis límites de alguna manera.

—No, para nada —le aseguró Claire. Antes ella tenía que ofrecerle una mentira piadosa a Martina sobre sus motivaciones por la construcción del parque o explicar su alejamiento de los machos de Raza que veía con poca frecuencia, un fuerte golpe sonó en la puerta de la biblioteca—. Mis agradecimientos de nuevo por tu encantador diseño, Martina. Déjame saber si tienes alguna otra pregunta antes de que procedamos con el proyecto.

—Por supuesto, buenas noches, Señora Roth.

Claire terminó la llamada, luego salió de la habitación. Cerró la puerta detrás de ella, todavía sintiéndose proteccionista de su tarea confidencial y sin ver ninguna para aumentar las preguntas de los fieles sabuesos de Wilhelm. Pero ahora que estaba parada sola con uno de la media-docena de Agentes de Ejecución asignado para vigilarla a ella y la propiedad que ocupaba, comprendió que su pequeño proyecto de al lado era la menor parte de la preocupación al detalle de seguridad. El guardia parecía inquieto, extremadamente nervioso.

—Sí, ¿qué pasa?

—Necesito que venga conmigo, Señora Roth.

—¿Para qué? —podía ver ahora que el gran macho estaba visiblemente nervioso. Considerando que era de Raza, además de estar armado hasta los colmillos, con armas de fuego y equipo de combate, sacudir a alguien como él no era poca cosa. Algo estaba terriblemente mal.

El dispositivo de comunicación oculto en su chaleco negro antibalas sonaba con estática entrecortada y fragmentos de conversación de urgencia entre los otros agentes destinados a la casa de campo.

—Estamos evacuando las inmediaciones inmediatamente. Por aquí, sígame por favor.

—¿Evacuación? ¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Me temo que no hay tiempo que perder—. Más estática sonaba sobre su chaleco de comunicación. Mas voces emitiendo ordenes entrecortadas en el fondo—. Tenemos listo en vehiculó para usted. Por favor, tiene que venir conmigo.

Empezó a alcanzar su brazo, pero Claire salió de su alcance.

—No entiendo. ¿Por qué me tengo que ir? Exijo que me digas lo que está pasando.

—Tuvimos una situación en el DarkHaven de Hamburgo hace un rato—

—¿Una situación?

El guardia no se explicó, simplemente habló con ella.

—Por precaución, estamos despejando aquí y llevándola a otro lugar. A una casa segura en Mecklenburg.

—Espera un minuto, no tengo idea de que estás hablando. ¿Qué situación en Hamburgo? ¿Por qué tengo que ser trasladada a una casa segura? ¿Qué es exactamente lo que significa esto?

El guardia le dio una mirada impaciente mientras ladraba su posición por su dispositivo de comunicación.

—Sí, estoy con ella ahora. Traigan los vehículos por el frente y prepárense para salir. Estamos de camino para alcanzarle.

Hizo otro intento de agarre por ella y la paciencia de Claire explotó.

—¡Maldita sea, hábleme!

—¿Qué demonios está pasando? ¿Y dónde está Wilhelm? Consíganle un teléfono. Quiero hablar con él antes de que te permita arrastrarme afuera de mi propia casa con apenas una explicación.

—El director Roth ha estado fuera del país desde julio. —Le dijo el agente, su adiestrada expresión parecía sugerir que él no había notado su vergüenza por el hecho de que un detalle básico de seguridad podría saber más sobre el paradero de su compañero que ella. Él se aclaró la garganta—. Intentamos contactar con el director ahora para infórmale sobre el ataque—

—Ataque —replicó Claire, olvidando la torpeza mientras su piel se puso fría y rígida—. Señor Dios. ¿Alguien fue atacado en el Refugio Oscuro? ¿Alguien ha sido herido?

El guardia la miró por lo que parecieron interminables minutos antes de que finalmente soltara una maldición y dejara escapar los detalles en un derrame de palabras bruscamente.

—El Refugio Oscuro de Hamburgo fue violado hace menos de una hora. Acabamos de recibir una llamada de uno de los guardias que logró escapar. El único guardia que escapó. —Enmendó—. Fue una completa aniquilación. Todos los presentes de esta noche en la mansión están muertos.

—Oh, Dios —susurró Claire, recostándose en las puertas cerradas de la habitación para apoyarse—. No entiendo... ¿Quién podría hacer algo así?

El guardia sacudió su cabeza.

—No tenemos una cuenta clara de cuantos atacantes estuvieron implicados en el ataque, pero el agente sobreviviente dijo que el asalto fue como nada que hubiera visto antes, fuego por dondequiera, como si el infierno en sí mismo hubiera derribado las puertas y barrido el lugar. No hay nada más que cenizas.

Claire estaba de pie allí, afectada y muda, intentando procesar todo lo que estaba escuchando. Era imposible. Increíble. Simplemente no tenía sentido. Dios, mucho de lo que había estado sucediendo últimamente no tenía sentido para nada.

Tanta violencia al azar.

Tanta muerte sin sentido.

Tanto dolor y pérdida.

—No podemos tardar —estaba diciendo el guardia ahora—. Tenemos que conseguir evacuar esta zona antes que sea atacada, también.

—¿Realmente crees que quien quiera que haya hecho esto vendrá aquí? ¿Por qué?

Esta vez el guardia no hizo pausa para decirle algo más. Sus dedos se posaron fuertemente alrededor de su brazo y empezó a caminar, rápidamente. El mensaje en sus zancadas rápidas era bastante claro: Claire podría darse prisa para mantener el ritmo con él, o él la sacaría de allí. De cualquier modo, estaba dejando las inmediaciones y bajo órdenes fuertemente armadas, y severas de seguridad.

No había una parada para una chaqueta o un bolso. Ella huyó con el guardia, saliendo de la casa y en el frío de la noche a finales de octubre. La brisa fría de otoño sangraba a través de las fibras de su suéter de cachemira color vino tinto y sus pantalones de lana grises mientras corría junto al guardia de camino al pavimento, las suelas de sus zapatos de gamuza se

arrastraban en el esfuerzo por mantenerse al ritmo de las largas zancadas del agente que la arrastraba por el brazo.

Claire llegó a la puerta abierta trasera del Mercedes que estaba estacionado en el centro de una vanguardia de otros cuatro vehículos.

—Entra —la instruyó el guardia, y gentil pero urgentemente la guio al interior delante de él.

Mientras él se deslizaba a su lado en el asiento de cuero y cerró la puerta, Claire trató de frotarse los huesos para quitarse el cruel frío que parecía emanar de adentro de su cuerpo en vez de afuera. Todo estaba ocurriendo tan rápido. Todavía estaba intentando lidiar las terribles noticias del ataque al Refugio Oscuro en Hamburgo, mucho menos comprender la idea de que no hace pocos minutos su mayor preocupación era la apropiada ubicación de una banca de jardín o el terreno de plantación. Ahora un puñado de parientes de Wilhelm y personal de guardia que habían residido en el Refugio Oscuro estaban muertos y ella había sido trasladada de su casa en medio de la noche, huyendo de un desconocido y misterioso mal.

¿Por qué?

La pregunta sonó en su mente. Era la misma cosa que había estado preguntándose hace unos tres meses, cuando otro Refugio Oscuro había caído en desgracia, una tragedia que también había dejado sólo cenizas y humo en su estela. Pero que había sido un accidente, según la investigación de los Agentes de Ejecución. Una enorme explosión tan feroz y completa que probablemente mató a todos los residentes del Refugio Oscuro al instante.

Y todavía la pregunta la atormentaba, tan dolorosamente como cuando lo había hecho la primera vez que escuchó la noticia...

¿Por qué?

—Estamos dentro y marchándonos —dijo el guardia sentado detrás del volante, a la radio de los otros vehículos. Pisó el acelerador, y, como una serpiente avanzó rápido, la flota de sedanes negros empezó a acelerar mientras bajaban la larga y boscosa entrada de autos.

Claire se sentó atrás, intentando no sentir la ansiedad que flotaba en el aire vaciado del coche. Los bosques alrededor de ellos parecían más oscuros de lo usual, tan extremadamente tranquilos. En lo alto, la luz de la luna delgada era borrada por las densas cimas de los imponentes pinos. La vanguardia despejó la primera curva del paso a casi media milla del

trayecto privado. Aceleraron en la recta, todos los autos acelerando a una velocidad mayor a medida que pasaban por la carretera principal.

No hubo ninguna advertencia del asalto que sacudió el auto de cabecera en ese instante.

Desde afuera del bosque como la boca del lobo vino una cegadora bola de fuego naranja. Estrellándose en el primer Mercedes de la línea, explotando el auto con el impacto. Claire gritó, sintiendo la fuerte vibración de la explosión hasta la planta de sus pies.

—¿Qué demonios fue eso? —Gritó el guardia al lado de ella en el asiento trasero—. ¡Jesucristo, pisa los malditos frenos!

Las luces rojas fueron un destello delante de ellos, y todo era lo que su conductor pudiera hacer para evitar chocar con la parte de atrás del otro sedan mientras este patinaba para detenerse. Como un tren de juguete que de repente salió de su pista, la caravana de vehículos se desubicó, su línea sesgada y rota.

Y más adelante, el primer auto estaba envuelto en llamas que se elevaron al negro cielo.

Justo entonces otra bola de fuego fue lanzada desde la encubierta del bosque. Voló en exceso de velocidad, un arco resplandeciente como un cometa, proyectado directamente hacia los autos estacionados. Sin embargo otro orbe de llamas llegó rápidamente a su paso, ambas amenazas de aire impresionante en su terrible, y ardiente belleza.

El guardia sentado junto a Claire se inclinó hacia adelante, sus dedos agarraron el cabecero del asiento delante de él.

—Da marcha atrás, rápido, ¡maldita sea! —le gritó al conductor totalmente paralizado—. ¡Da la vuelta esta cosa y sácanos de una maldita vez de aquí!

Los neumáticos chirriaron, el Mercedes tiró una violenta marcha atrás. Mientras el auto giraba sobre la estrecha pista de asfalto, su parachoques sonó en el vehículo de detrás de ellos por el pánico del conductor, Claire miró a los guardias en los autos restantes abrir de un golpe sus puertas e intentar hacer un escape a pie. Uno de ellos saltó a la seguridad del bosque.

El otro probó sólo unos minutos demasiado tarde. La primera bola de fuego se estrelló en la capota de su auto, borrando al hombre y el metal, ambos en un rugido cruelmente enfermizo, volando escombros.

Claire gritó, girando su cara lejos de la carnicería así como la segunda bola de fuego caía sobre el auto vacío por delante de ellos en la carretera. La explosión tronante sacudió la tierra y creó un profundo cráter humeante en el suelo.

El guardia a su lado se hizo la señal de la cruz sobre su pecho, y luego empujó la espalda del asiento del conductor con una sucia maldición.

—¡Ve, idiota! ¡Acciona el maldito gas! ¡Sácanos de aquí!

Demasiado tarde.

Afuera de alguna parte, fuera del mismo cielo, al parecer, llegó rodando, una esfera ardiente de calor. La bola de fuego se elevó por delante del parabrisas del vehículo, el resplandor tan intenso llenó el interior del Mercedes con una cegadora luz blanca-humeante. Fuera lo que fuese, se sentía cargado con una potencia de diez soles, tan eléctrico como un rayo, concentrado en una esfera del tamaño de una bola de boliche. Todos los vellos del brazo de Claire y la parte posterior de su cuello se erizaron mientras la cosa estrellaba en la tierra a meros pasos de la capota del auto. Otra bola de fuego chocó detrás de ellos, estremeciendo a Claire y sus dos compañeros mandándolos hacia adelante en sus asientos. La cabeza del conductor golpeó el volante con un crujido enfermizo. La bolsa de aire se activó por el impacto, lo que desencadenó el sistema de seguridad del auto. En medio de la alarma y la bocanada de humo químico de la bolsa de aire desplegada, Claire también percibió el olor del rastro de sangre. Se limpió la frente y tragó con dificultad cuando sus dedos se mancharon de carmesí.

Mierda.

Nunca era buena idea sangrar en frente de vampiros, incluso vampiros disciplinados por el entrenamiento de la Agencia de Ejecución y dedicados al servicio de su implacable y muy, muy poderoso compañero. No es que realmente esperara vivir demasiado esta noche para preocuparse por la sed de sangre potencial de sus guardias. No parecía probable que ella o alguno de ellos pudieran sobrevivir aquellos próximos momentos.

—Corre —gruñó el que estaba atrás con ella. Tenía un arma en cada mano. Sus pupilas estaba contraídas en ranuras verticales en el centro de sus irises ámbar mientras miraba airadamente la manija de la puerta al lado de ella. El panel se abrió con la fuerza de su mente de Raza—. Corre tan lejos como puedas. Es tu única esperanza.

Claire salió afuera y golpeó la tierra en un torpe tambaleo. Sus piernas estaban débiles, flojas. Su cabeza sonaba, su corazón martillaba en su

pecho. Escuchó el sonido del guardia mientras salía del vehículo al otro lado y esperaba para enfrentarse a cualquier asalto que viniera.

Claire se encaminó a las altas sombras negras de los bosques mientras el caos continuaba todo a su alrededor. Un par de guardias corrieron pasándola, con sus armas puestas, como si alguno de ellos pudiera enfrentarse al infierno que había llegado aquí esta noche. No podría imaginar la clase de ejército que había cometido tal brutal y ofensivo ataque. Claire lanzó una aterradora mirada por encima de su hombro mientras caminaba hacia el bosque.

Quienquiera que fueran aquellos feroces atacantes, estaban acercándose ahora. El resplandor sobrenatural del bosque detrás de ella era más intenso, marcando su progreso. Sus pasos redujeron la marcha mientras el resplandor naranja alcanzaba los bosques como rayos de sol abrasando en medio de la más fría oscuridad. Miró fijamente, paralizada, incapaz de apartar la mirada del enfoque que probablemente iba a ser su muerte.

Una silueta comenzó a tomar forma.

No era aun ejército, sino un solo hombre.

Un hombre cuyo ser estaba prendido en llamas.

Por un instante -un disorde y delirante instante- Claire creyó reconocer el corte ancho de sus hombros, la arrogancia fluía a su paso. Imposible, por supuesto. Sin embargo, un destello de familiaridad se encendió en la parte de atrás de su mente. ¿Podría conocerlo de alguna manera?

Pero este no era un hombre, seguramente ninguno que conociera, ahora o nunca, la criatura era algo sacado de una pesadilla.

Él era la muerte encarnada.

El sonido de un arma disparada llamó la atención de Claire al grupo reunido de Agentes de Ejecución cercanos. Otra bala sonó, luego otra y otra, hasta que el aire se llenó con el sonido.

El hombre de fuego siguió caminado, imperturbable. Las balas estallaron como petardos mientras ellos se acercaban a él, explotando inofensivamente al instante en que encontraban la pared de calor que rodeaba su cuerpo.

Cuando el último proyectil fue lanzado, él se detuvo.

Levantó sus manos, aunque no en redención. Con poco más que un segundo de aviso, soltó una ráfaga de fuego sobre los guardias. Claire no podría ahogar su grito de horror mientras las llamas los envolvían. Incinerándolos en el lugar.

Supo el instante en que el hombre se fijó en ella. Sentía el calor de sus ojos atravesándola desde la distancia, cada terminación nerviosa en su cuerpo estaba tensa de miedo.

—¡Oh, Dios! —susurró ella, tropezando unos pasos hacia atrás.

El hombre de llamas dio un paso en su dirección, toda su terrible furia arraigada ahora completamente sobre ella.

Claire echó a correr, sin atreverse a mirar atrás de nuevo mientras se sumergía en el bosque y corría por todo lo que creía que valía la pena.



Capítulo 3

Caminó imperturbable a través de las cenizas humeantes y de la ruina en la acera. Sus botas crujían sobre vidrios rotos y trozos de metal arrancados, charcos de aceite en llamas y los restos humeantes de los machos de Raza que se habían incendiado gracias a él y sus armas mezquinas.

Sus balas no lo habían parado. Nada podría.

La tierra chisporroteaba bajo las suelas pesadas de sus botas de los desechos no aniquilados, pero el calor se sigue produciendo a través de sus miembros, un chisporroteo eléctrico que viajaba cada centímetro de su cuerpo en pulsos de ondas de energía letal, de vida pura.

Había dejado su furia fuera de control esta noche, él lo sabía. Él había comprendido muy bien lo importante que era contener el fuego dentro de él, pero su odio a Wilhelm Roth lo había hecho descuidado primero en la ciudad, y luego aquí. Su sed de completar su venganza, lo había empujado sobre una cornisa empinada y ahora estaba cayendo, cayendo.... cuando la justicia estaba tan cerca de su alcance.

Roth no había estado en su refugio en Hamburgo. Tampoco había sido uno de los muertos que había intentado huir esta noche. Su visión se inundó de rojo con el calor, Reichen echó una mirada implacable sobre los restos. No veía ninguna señal de ese cabrón.

Pero la compañera de Roth estaba aquí.

Ella sabría dónde encontrarlo. Y si sus labios se negaran a confesar, su sangre pagaría pronto.

Claire.

Su nombre oscilaba como un cortocircuito en su mente, vagamente oscuro, sólo para ser devorado por la rabia. Ahora, no era el mismo que había conocido antes. No era él que la había tenido en sus brazos, el que alguna vez había amado. En este momento, como su furia, sólo sabía que ella

era la mujer que pertenecía a Wilhelm Roth. Y que la hacía tan enemigo como el mismo Roth.

Caminó hacia el borde del bosque, donde vagamente se registró el olor de la fusión de la resina de pino y quemado de las hojas a su paso de los árboles. Las ramas a su paso se doblaban por el calor de su zancada.

Él sabía con precisión donde la hembra había escapado. Podía oír el jadeo rápido de la respiración mientras se dirigía más profundo en el bosque. Tenía miedo, el olor de su terror era como una nota crujiente que el humo no acababa de ocultar.

Más adelante sus pasos fueron en silencio. Ella había encontrado un lugar para ocultarse de él o eso creía ella. Las Botas de Reichen tomaron un camino incuestionable hacia ella. Su enfoque estaba bloqueado por una enorme bola de tierra y retorcidas raíces muertas de un árbol caído, estaba agachada detrás de ella.

Reichen escuchaba los latidos del corazón de la hembra, aun más rápidos a medida que se acercaba. El cuerpo de Reichen comenzó a reaccionar, con vapor que salía de lo más profundo de su macizo cuerpo oscuro. Que era lo que sentía justo antes de que todo se encienda. El calor era demasiado fuerte ahora y salía al exterior en turbulentas ondas de pulso. Él no se creía capaz de detener la explosión que se aproximaba, aunque lo intentó.

—Sal, mujer —Su voz sonaba oxidada y extraña a él, con un sabor tan seco como la ceniza en la garganta—. No queda mucho tiempo. ¡Sal de ahí, mientras que todavía se puede!

Ella no le obedeció. Una parte distante de él, no estaba exactamente sorprendido por su tenaz resistencia, incluso ya se lo había esperado. Pero otra parte de él, la parte que se iluminaba con furia pyrokinética y mortal impaciencia, soltó un rugido que hizo temblar la tierra.

La advertencia, se mostró efectiva.

Observó un destello de movimiento, escuchó la carrera rápida de los pasos sobre las hojas esparcidas la en tierra antes de que la raíz del árbol detonara. Chispas dispararon en todas direcciones, con llamas de color naranja en lo alto. Reichen vio la mujer de Roth largarse más profundo en los bosques mientras restos humeantes llovieron alrededor del cráter que había dejado en la tierra donde estaba escondida anteriormente.

Como una maldición negra, él la persiguió. Ella corría rápido, pero él era más rápido. No había ningún lugar para que ella corriera. No le llevó mucho tiempo para darse cuenta de eso por sí misma. Sus pasos se desaceleraron, hasta que se detuvo por completo. Reichen hizo una pausa donde se encontraba, a unos diez pasos de distancia de ella. Las hojas crujieron y marchitaron encima de su cabeza, todo alrededor de él se quemaba por su calor abrasador.

Sus manos flexionadas y los puños a los costados, con los pies la transferencia de la que parecía sopesar sus posibilidades de escapar rápidamente.

—Si vas a matarme ahora, hazlo.

Su voz era tranquila, pero sin la menor vacilación. El sonido de terciopelo despertaba recuerdos dispersos en la cabeza y un torrente de imágenes: él y esa mujer desnuda en la cama, atrapados en una maraña de hojas, riendo, besándose. Su profunda mirada marrón bailando en la luz de las velas de oro mientras le daba de comer las frambuesas con azúcar en un picnic de medianoche en el lago. Sus brazos alrededor de su cintura, la mejilla apoyada en su pecho desnudo confesó que ella se había enamorado de él.

Claire...

Le tomó un buen rato sacudirse ese pasado. Se obligó a pensar en otros recuerdos más recientes, los que aún tenía sabor amargo, que aún estaban presentes como el humo que flotaba en el aire del bosque. Los recuerdos que estaban empapados de la sangre de demasiadas vidas inocentes.

—No he venido a causar tu muerte, Claire Roth.

Ella se quedó inmóvil ante la mención de su nombre. Reichen miró la columna vertebral rígida delante de él, los delicados hombros cuadrados y desafiantes, como compañera de su enemigo poco a poco giró hacia él. Sus grandes ojos oscuros, sostenía la mirada a través de la distancia. Él vio una nota de reconocimiento allí, pero fue absorbida por la incredulidad. Ella sacudió la cabeza en silencio, mirándolo como si fuera un fantasma o, más bien, una especie de monstruo.

Sabía que era él, sobre todo después de esta noche, pero al verse a los ojos, hizo que la ira en él provocara una oleada más salvaje.

—Dime dónde está —exigió Reichen.

Ella no parecía oírle. Lo miró por lo que pareció una eternidad, recogiénolo con aquella mirada fija penetrante, inquisitiva. Finalmente, ella dio una sacudida lenta de su cabeza.

—No entiendo cómo puedes hacer esto —murmuró. Dio un paso adelante, sólo para retroceder un segundo después, las hojas de pino que cayeron a su alrededor se volvieron cenizas blancas a sus pies—. Dios... Andreas. ¿Es esto un sueño? Quiero decir, debo estar soñando, ¿verdad? Esto no es real. No puede ser...

Las palabras salían con dificultad, un sonido débil, ahogado en su garganta. A pesar del intenso calor, levantó la mano como si fuera a llegar a él.

—Pensé que estabas muerto, Andreas. Todos estos tres meses desde el incendio que destruyó tu refugio... creí que habías muerto.

Reichen gruñó ante la amenaza de su contacto. En un grito ahogado sobresaltado, Claire arrebató el brazo hacia atrás. Se frotó los dedos que se han quemado en contacto con él, sin duda alguna de que era verdad la sensación de su piel sin protección.

La confusión era evidente. Como era su horror.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Por supuesto que no lo sabía. Había sido diferente cuando lo conocía. Cristo, todo había sido diferente entonces. El calor que vivió con él ahora era frío latente, al acecho en las profundidades de su propia conciencia.

Había tomado todo su maldito poder y mantenido oprimido dentro de él. Había pasado tanto tiempo desde que el calor había aumentado en él, en realidad había sido lo suficientemente tonto para creer que había impulsado el calor de vuelta para siempre. Pero todavía estaba allí, flanqueado pero latente. Esperando la más mínima posibilidad de encender mientras se esforzó por negar su existencia.

Había vivido una mentira en los últimos tres decenios, sólo para tener que entrar en erupción en la cara.

Ahora él nunca sería la misma persona. Ahora, la traición de Wilhelm Roth había despertado ese lado monstruoso de él. Ahora, el dolor y la ira había invitado a su terrible poder de nuevo en su vida, y los incendios siempre se queman en su interior.

Estaban empezando a dominarlo. Para acabar con Roth debido a las acciones crueles de su compañero, No. Claire nunca sería la misma ante sus ojos. Y no descansaría hasta obtener su venganza.

A través de las llamas, los ojos de Claire registraron preocupación, y parte compasión.

—No entiendo lo que está pasando, Andre. ¿Por qué eres así? Dime qué te ha pasado.

Odiaba la preocupación en su voz. Él no quería escucharla, no a la compañera de Roth.

—Por favor, háblame, Andre.

Andre. Sólo ella le había llamado así. Después de ella, no se lo había permitido a nadie. Después de ella, ha habido muchas cosas que no se había atrevido a permitir, de sí mismo o para otros.

El sonido de su nombre en los labios ahora era un dolor que no había previsto. Reichen mostró los dientes y colmillos en una mueca destinada a acobardar, pero ella no cedió con su demanda de respuestas.

—¿Quién, Andre... qué ha hecho esto?

Dejó que el fuego de su furia contestara por él, como su voz tan áspera en la garganta.

—El hijo de puta que envió a su escuadrón de la muerte a mi casa, a mi familia y la masacrara a sangre fría. Wilhelm Roth.

—Imposible —se oyó decir Claire, aunque si se refería a la acusación terrible contra Wilhelm o al hecho de que Andreas Reichen estaba muy vivo, vivo insondable y letal, ni siquiera estaba segura.

—Necesitas ayuda, Andre. Lo que ha sucedido... no importa lo que has hecho esta noche... necesitas ayuda.

Él se burló, oscuro y peligroso. Era un sonido bestial, en coincidencia con la mirada salvaje en sus ojos. Su furia era evidente, una fuerza tan grande que su cuerpo no parecía capaz de contenerla. Claire miraba la corriente pulsante de calor que rodeaban sus extremidades y el torso y distorsionando sus rasgos faciales a algo monstruoso e inhumano.

Dios en el cielo.

Este calor infernal era su rabia.

—¡Oh, Andre! —susurró ella, apretando su corazón a pesar de la confusión de emociones que se lanzaban a través de ella—. Sé cómo te debe doler. Sufro por ti, también, cuando me enteré de lo que sucedió.

—Quince vidas —espetó—. Todos muertos. Incluso los niños.

Dolía pensar en él, Claire cerró los ojos.

—Lo sé, Andre. Lo he oído, por supuesto. Todos en la región se vieron afectados con la noticia que nos llegó desde Berlín. Fue una terrible tragedia, inimaginable.

—Ha sido un maldito baño de sangre —le gritó—. Quince vidas inocentes eliminadas por orden de Roth. Todos ellos asesinados, como perros por sus órdenes.

—No, Andre. —Claire negó con la cabeza, confundida. Consternada que se le ocurrió tal cosa—. Hubo una explosión. La Agencia de Control de investigadores concluyó que había sido una ruptura del ducto principal del gas. Lo llamaron un accidente, Andreas. No sé de dónde sacas la idea de que Wilhelm—

—Basta —gruñó—. No puedes proteger a tu pareja con mentiras. Nada puede protegerlo de la justicia que se merece. Yo los vengaré.

Claire tragó saliva. Ella no era tan ingenua para creer que el honor de Wilhelm Roth estaría libre de defectos uno o tres. Era un hombre frío, distante, pero no cruel. Era un político implacable que nunca había hecho un secreto sus ambiciones. ¿Pero un asesino? ¿Alguien que podría ser capaz de la clase de muerte y dolor de la que lo acusaba Andreas? No, ella no podía creerlo.

Tan difícil era considerar -Claire se preguntó- si era Andreas, no Wilhelm, el verdadero monstruo aquí. Ella sólo necesitaba mirar más allá de sus anchos hombros para ver el humo y el fuego en aumento de la carnicería que había dejado en el camino. Y aún había más muerte y destrucción en Hamburgo, donde Wilhelm Roth y un puñado de familiares y personal que había sobrevivido.

La muerte y destrucción, no tan diferente del tipo que había visito en su propio refugio Andreas hace tres meses. El fuego en Berlín había sido inmenso. La destrucción había sido despiadada, completa. Nada había

quedado de la casa o de sus habitantes cuando el humo se apagó definitivamente. Las llamas habían consumido todos.

¡Oh, Dios...!

Claire se quedó mirando a Andreas, su corazón estaba enfermo, y el calor de rodar su cuerpo deformaba el aire alrededor de él. Tal vez había una explicación de lo que había sucedido en su refugio. Tal vez el ducto de gas se había roto de alguna manera. ¿Y si hubiera ocurrido algo que lo obligara a llegar hasta el borde, para dejar salir este lado aterrador de él?

—Andre, escúchame. —Dio un paso más cerca de él, con sus manos extendidas ante él en un gesto de paz, de calma—. No sé qué te pasó, pero quiero ayudarte, si puedo.

Gruñó una maldición desagradable. El calor encima de él parecía intensificarse, poniendo un sabor eléctrico agudo en el aire.

Claire continuaba, esperando que ella pudiera ser capaz de romper cualquier locura que se apoderó de él.

—Habla conmigo por favor. Dime cómo ayudarte, vamos a resolver esto juntos. Estoy dispuesta, si tú eres...

A pesar de que había obligado a su voz a no mostrar miedo, no podía dejar de temer un poco.

Él gruñó a través de sus dientes y colmillos. Sus pupilas ya reducidas a las más elementales rendijas verticales en el centro de sus ojos de fuego de color ámbar. Él era de la Raza, un depredador por naturaleza, pero el vampiro nunca había asustado a Claire. Fue este otro lado de él, el lado que nunca había notado que existía, y mucho menos había visto, este otro macho le helaba la sangre en las venas.

Insegura ahora, horrorizada por todo lo que había ocurrido esta noche y cuidadosa de este extraño que ya no conocía, Claire dio otro paso hacia él.

—Por favor, debes saber que puedes confiar en mí. ¿Me dejas que te ayude, Andre?

—¡Maldita sea, deja de llamarme así!

En su bramido, un árbol a su derecha estalló en llamas. Claire lanzó una mirada nerviosa al fuego que de repente escaló el tronco del alto pino. El Maldito calor golpeando su cara como si estuviera atrapada en un horno.

¿Había querido él darle una advertencia o una amenaza?

¿Era capaz de controlar esta parte de él?

Ella no estaba segura de que pudiera. Claire se apartó de las llamas, manteniendo los ojos en Andreas, que la siguió con una punzante mirada. Buscó los ojos de la razón o algún pequeño hilo de cordura, pero todo lo que vio mirándola fue rabia y dolor. Querido Dios, tanto dolor en sus ojos.

—Dime dónde está, Claire.

Ella dio una sacudida débil de la cabeza.

—No lo sé.

—Dime.

Ella sacudió su cabeza otra vez, sus pies la llevaron unos pasos más lejos de esta criatura que había una vez sido su amigo... su amante. En cierta época, había pensado que Andreas Reichen era todo para ella. Ahora estaba segura de que Él estaba buscando su muerte. La de ella y la de Wilhelm.

—No he visto a Wilhelm desde hace tiempo. Él no me informa de sus negocios o sus viajes. Pero no está aquí y no sé dónde está. Es la verdad, Andre-

Otro rugido salió volando de él, su nombre se deslizó de sus labios. Cerca de allí, otro árbol se incendió como una vela. Luego otro y otro. El calor explotó en ambos lados de ella, el fuego alto en el cielo nocturno. Claire no pudo contener su grito. Tampoco podía frenar el instinto de supervivencia que le decía que pusiera sus piernas en movimiento cuando el bosque a su alrededor comenzó a arder.

Corrió en la única dirección que podía, lejos de Andreas. Su sentido común se perdió en el caos de su terror, no es que realmente esperara escapar. Corrió, esperando sentir el fuego infernal que quemara su piel, tenía la certeza de que la furia de Andreas no le permitía vivir.

Pero todavía corría.

Ella se quedó sin aliento en el momento en que llegó a la orilla del bosque. Sin aliento y temblando, sus pies tropezando con la hierba y el terreno abrupto. Ella levantó la cabeza y casi se echó a llorar aliviada al ver la casa solariega delante de ella. Detrás de ella, quedaba la oscuridad y el resplandor de las llamas en la distancia. Una descarga de adrenalina subió a

su torrente sanguíneo, y Claire corrió por el césped abierto a la puerta de entrada de la finca de la fortaleza.

El lugar estaba abierto, abandonado, abierto con la prisa de los guardias por salir rápido. Claire fue adentro y cerró la puerta detrás de ella, tirando todos los pernos y cerraduras de la puerta. Corrió hacia la zona más alta, tomando un teléfono inalámbrico en el camino y huyendo por las escaleras hasta el tercer piso, rezando para que el santuario que acababa de encontrar no llegara a ser su tumba. Ella estaba a la mitad de la marcación del número telefónico del secretario de Wilhelm antes de que se diera cuenta de que el teléfono no tenía tono de marcar. Estaba muerta, nada más que interminable estática en la línea.

—¡Maldita sea!

Claire tiró el teléfono, se acercó a las grandes ventanas cerradas en la pared del fondo. Tenía ya algún indicio de lo que iba a ver en el otro lado del cristal, pero todavía le robó el aliento cuando abrió la ventana y se asomó y observó los amplios terrenos de la finca. Llenos de humo negro desde el interior del bosque. De fuego color naranja trenzado a lo largo de las copas de los árboles, lamiendo el cielo estrellado. Y en el centro del bosque, brillaba una luz más brillante, punzante calor blanco, e intenso.

Andreas. Él era la fuente de esa luz extraña.

¿Vendría a por ella ahora? Si lo hiciera, no tenía donde esconderse o correr. Pero la luz de su cuerpo no se movió. Tampoco Claire. Sus pies quedaron clavados en el suelo cerca de la ventana, observaba ese pulso sobrenatural, y no pudo apartar la mirada.

Observó, hasta que pasaron las horas y el fuego en el camino y el bosque comenzó a apagarse.

Vio como la noche se arrastró regularmente hacia el amanecer y el resplandor de la furia de Andreas siguió ardiendo.



Capítulo 4

Ella no sabía qué la despertó.

Al principio, Claire levantó su cabeza de donde su frente había estado presionada, contra el frío vidrio de la ventana. No sabía cuánto tiempo había dormido, tiempo suficiente para que el rubor rosa pálido del amanecer hubiera recorrido todo el camino sobre el horizonte, trayendo consigo una llovizna cargada de un velo de niebla que cubrió el bosque y el suelo.

Oh, Dios... mañana.

La luz del día cada vez más brillante con los minutos.

Y ninguna leve señal de Andreas en cualquier lugar.

El aliento de Claire empañó el vidrio mientras ella miraba por la ventana al tramo sin vida de hierba, vereda, y más allá pinos. ¿Él la había dejado mientras dormía? ¿Se había ido ahora?

¿Estaba muerto?

Después de que ella fue testigo de lo que hizo la noche anterior, no estaba segura de por qué el pensamiento tenía que poner como un nudo de miedo en su pecho. Pero antes de que Claire pudiera decirse a sí misma que debía estar condenadamente agradecida sólo por haber sobrevivido a la noche misma, ella estaba ya en la escalera, descendiendo rápidamente a través del corazón de la casa solariega. Ella liberó las cerraduras de la puerta principal y aliviada la abrió, quitando uno de los abrigos de resguardo de un perchero en el vestíbulo y envolverlo alrededor de sus hombros para protegerse del frío húmedo mientras caminaba afuera. La sorprendente tranquilidad golpeó primero. Ningún sonido en absoluto con excepción del golpeteo intermitente de una ligera lluvia. Estaba tan tranquilo y silencioso, ella podría haber tenido la tentación de pensar que la noche anterior había sido sólo un sueño horrible. Pero entonces el acre hedor de incendios extinguidos se trasladó a través de los terrenos.

Todo había sido real, peor que las cosas de pesadilla. Su nariz quemaba con el recordatorio acre de la violencia que había presenciado.

Claire se desplazó a través de la hierba, sin pasar por la larga entrada para evitar la matanza de su vanguardia. Ella no quería ver lo que los incendios habían hecho a los varones de la Raza que habían muerto la noche anterior, ni quería saber lo rápido que el sol consumiría todo lo que pudiera quedar de ellos. Era ese pensamiento, la comprensión de lo que la exposición prolongada a rayos ultravioleta hacía a la piel hipersensible de la Raza, lo que llevó a Claire más profundo en el bosque.

Hacia el lugar donde había finalmente sabido qué estaba Andreas.

Era difícil decir dónde finalizaba la niebla y el humo arrastrado de los árboles quemados y comenzaba el terreno quemado. Todo parecía envuelto en abundante neblina gris. Su piel se humedecía con cada paso que daba, Claire miró sus pies moviéndose a través de la niebla baja, siguiendo un sendero ennegrecido que llevaba un poco lejos en el bosque. La tranquilidad se extendió cuando ella pasó la zarza chamuscada que la arañó como dedos esqueléticos de muertos. El olor de humo viejo y vegetación quemada se hizo más fuerte aquí, capturándose en el fondo de su garganta.

Y sin embargo otro olor muy fuerte, no el de las frías, llamas extinguidas, o incluso la espiga eléctrica que había estado cayendo del cuerpo de Andreas anoche. Pero había algo más en el aire. Recio, calor en aumento. El empalagoso asalto olfativo de carne quemada.

Oh, no.

Ella dio unos pasos ansiosos, un poco vacilantes cuando la tierra cayó bruscamente, alrededor de un pie debajo de ella. El agujero donde la raíz del viejo árbol había estado, ella apenas lo registró. El agujero que se convirtió en un cráter cuando Andreas hizo explotar su escondite en pedazos en su rabia.

Fue en este espacio en el bosque en el que él se había detenido anoche. Él no la había seguido en absoluto. Y no había salido antes de que el sol comenzara a levantarse.

Él todavía estaba aquí.

Claire cautelosamente se acercó a la gran forma oscura acurrucada delante de ella en la niebla colada en el suelo. No se movía, apenas respiraba. El fuego que había estado quemando a su alrededor y dentro de él ahora se había ido. Su ropa estaba quemada y desgarrada. Su piel

chisporroteaba bajo los rayos brumosos del sol, ya formándose ampollas en todas las partes que estaban expuestas.

Él no parecía tan peligroso de esta manera. Él no era el monstruo que había encontrado aquí en la oscuridad, no era más que un hombre ahora. Un hombre hecho mortalmente vulnerable por la parte de él que era algo más que humana. De esta manera, no era del todo difícil recordar que ella alguna vez lo había amado como a ningún otro. Le sorprendió la facilidad con que el dolor de su abrupta separación volvió a ella, también.

Esos días eran tiempo pasado, pero no importaba lo que ella sentía por él ni entonces ni ahora, ella no podía dejarlo sufrir. No lo abandonaría al sol, no importaba lo que él había hecho o en lo que se había convertido en el largo tiempo desde que habían estado juntos.

—Andre —susurró Claire, su voz entrecortada cuanto más cerca llegó a él y vio la gravedad de sus quemaduras—. Oh, Dios, Andreas... ¿me oyes?

Él gimió algo inaudible, pero desagradable. Cuando ella se agachó y extendió su mano para tocar su hombro, él le enseñó sus colmillos y gruñó como un animal atrapado en una trampa.

—Tienes que levantarte. —Claire se quitó el impermeable de gran tamaño y lo levantó para que él lo viera—. Voy a cubrirte con esto para protegerte del sol. Pero no puedes quedarte aquí o morirás. Tienes que levantarte y venir conmigo. ¿Lo harás?

Él no contestó, pero tampoco arremetió contra ella cuando colocó suavemente el abrigo sobre la piel expuesta.

—¿Puedes levantarte?

Él la miró, sus labios todavía enroscados retrocediendo sus dientes. Algo andaba muy mal con él, a pesar de que ya no estaba el lívido de fuego. Sus pupilas elípticas todavía no se habían dilatado de vuelta a la normalidad, y su iris era aún ámbar brillante en lugar del interesante color avellana que ella sabía que tenían.

Todos los de la Raza se transformaban de esta manera cuando tenían hambre o en ocasiones de elevadas respuestas emocionales, pero esto parecía diferente de alguna manera. Más grave. Claire no podía ver muchos de sus dermaglifos, las complejas marcas de la piel presentes en cada miembro de la Raza, pero los que eran visibles en sus brazos y a través de los trozos de tela desgarrada de su ropa no se veían bien. Sus colores

pulsaban rápidamente cambiando y mutando, como si una parte de él tuviera un cortocircuito desde el interior.

—Levántate. —Dijo ella, con más fuerza esta vez—. Necesito que camines, Andreas.

Para su sorpresa, él comenzó a obedecerla. Lentamente, se arrastró hasta el suelo. Claire le tendió la mano cuando se le doblaron las rodillas al principio, pero luego se puso de pie, elevándose sobre ella a pesar de que su columna vertebral estaba doblada y su cabeza estaba caída profundamente en su pecho. Claire tiró del cuello del impermeable a lo largo de la parte de atrás de su cuello y cráneo para proteger su cabeza de más daño UV (ultravioleta).

—De esta manera —le dijo ella—. Puedes aferrarte a mí si es necesario.

Se dio cuenta de que él ni siquiera trató de asumir eso. Con un gruñido de dolor, él se puso en marcha a su lado. Avanzaron a un ritmo muy lento, caminando con pesadez en silencio fuera del bosque y de vuelta a través del césped a la casa solariega. En el momento en que llegaron a la puerta de entrada, los pies de Andreas estaban arrastrándose debajo de él como pesas de plomo.

Claire trató de ayudarlo a pocos pasos de la puerta, pero él se apartó de un manotazo como si su contacto le quemara aún peor que los rayos del sol pegando fuerte a través de la disipación de neblina. En lugar de eso ella se adelantó y abrió la puerta, manteniéndola para él mientras subía los escalones pero se derrumbó en el vestíbulo. Él cayó sobre una rodilla, luego se tambaleó hacia atrás con un gemido.

—Maldita sea —gruñó él, su respiración entrecortada entre sus labios reseca. Él miró hacia arriba a ella, su rostro empapado en sudor y crudas quemaduras de rayos UV—. ¿Dónde vamos ahora?

Claire señaló el otro extremo del vestíbulo.

—Podrías estar más cómodo abajo, en el sótano. Wilhelm hizo instalar una habitación privada allí cuando la casa fue construida originalmente, pero nunca ha sido utilizada...

Él comenzó a moverse incluso antes de que ella terminara de hablar. Claire le siguió manteniéndose cerca en caso de que tuviera problemas en la vieja escalera de piedra que llevaba abajo de la planta principal. Ella oyó su suspiro aliviado cuando la fría oscuridad lo envolvió. Él no necesitaba la luz artificial para ver, pero los ojos de Claire tomaban más tiempo para

adaptarse al entorno de tonalidad negra. Ella encendió el interruptor y observó como Andreas se tambaleó en el último escalón y se sentó en el frío suelo de piedra.

Él no se trasladó a la lujosa habitación personal de Wilhelm, sólo se quitó el impermeable y lo arrojó a un lado, entonces se dejó encogerse en una desolada postura desgarbada. Claire no dijo nada mientras ella descendía a sentarse en el tercer escalón de la parte inferior. Ella le miró en silencio durante un tiempo, sin saber qué hacer con él.

—¿Por qué lo hiciste? —Su voz áspera chirrió fuera de las sombras, pero su mirada era feroz con luz ámbar sobrenatural—. ¿Por qué me ayudaste?

A Claire le resultaba difícil sostener esa caliente y mordaz mirada.

—Porque necesitabas ayuda.

Él se burló, un grosero, sonido de burla.

—Nunca fuiste estúpida, Claire. Mal momento para empezar.

El ataque ofendió, pero ella sólo se encogió de hombros. —Y tú nunca fuiste alguien que pensaría nada de matar a docenas de personas en el espacio de pocas horas.

Él parpadeó, esos irises ámbar cerrados durante un largo tiempo. ¿Sabía él lo que había hecho la noche anterior? ¿Había algo de eso registrado en él cuando estaba en ese estado?

Él sopló una baja maldición, entonces volvió su cara lejos de ella.

—Andre —Claire murmuró suavemente—. Lo que sea que este mal contigo, estoy segura de que hay personas que pueden ayudarte. Pero no tienes que pensar en nada de eso ahora. Todo lo que necesitas hacer es descansar, dejarte curar. Estás a salvo aquí.

—Nadie está a salvo ahora —murmuró entre dientes. Rodó su cara de nuevo hacia ella, fijándola con los dos láseres de sus ojos transformados—. Especialmente no tú, Claire.

Ella lo miró fijamente por unos largos momentos, insegura de cómo responder. No podía pretender que no tenía miedo. Incluso maltratado por la luz UV, él todavía era muy peligroso. Seguía siendo un depredador mortal, armado con un terrible poder que ella no tenía ni idea que poseía. Le asombró que ella hubiera creído que lo había conocido tan bien en los

cuatro meses que habían sido inseparables, sin embargo había estado ajena al lado de él que vio la noche anterior. Por otra parte, ella también había pensado que él la amaba, sólo para ser tomada por sorpresa cuando él simplemente desapareció de su vida sin una palabra de explicación.

Ahora él estaba de regreso, finalmente, después de tres décadas, ella estaba mirándolo una vez más-aunque nada como ella había imaginado que podría ser reunirse con él. Ahora ella no sabía quién era él... o lo que era.

—Descansa un poco. —Consiguió decir finalmente.

Claire se puso de pie y comenzó a subir de nuevo el sótano, consciente de que los ojos de Andreas la siguieron todo el tiempo. Movi6 el interruptor de luz, sumiendo al lugar nuevamente en la oscuridad antes de que ella cerrara la puerta del sótano y apoyara su columna vertebral contra ella.

Sus manos temblaban, su corazón golpeaba en toda su caja torácica.

Querido Dios. Ella esperaba que no acabara de cometer un terrible error.

Una cosa que sabía con certeza era que tenía que encontrar a Wilhelm, y encontrarlo rápidamente.

Wilhelm Roth estaba recibiendo una mamada detrás del volante de un Jaguar XKR Coupé, haciendo 120 mph en un tramo abierto de la autopista cuando vio que su Compañera de Raza había entrado en el sueño sin previo aviso. Ella salió del camellón de la vía y se detuvo en el lado del tramo de carretera iluminado por la luna alrededor de un cuarto de milla por delante de él.

Por un segundo, Roth mantuvo su pie pesado en el acelerador, pensando que sólo volaría junto a ella como si ella no estuviera allí, darle un recordatorio de cómo odiaba su talento único y que hace mucho tiempo que le prohibió utilizarlo en él. Pero cuando el Jaguar rugió por la vía rápida y la cara de Claire entró en la luz de sus luces altas, se dio cuenta que estaba trastornada por algo. Visiblemente afectada. En absoluto la típica hembra de otra manera tranquila, serena y calmada.

Ella levantó su mano para proteger sus ojos del resplandor de los reflectores, y Roth tuvo la oportunidad de desaparecer su juguete del tiempo de sueño. La rubia desnuda que él había evocado de la película porno barata que se estaba ejecutando cuando se había quedado dormido desapareció con sólo pensarlo; la dura erección que tenía luciendo de la bragueta de su desabrochado pantalón Armani no iba a desaparecer muy

fácilmente. No es que Claire le preguntaría acerca de ello si se diera cuenta. Ella había aprendido su lugar años atrás, y después de todo, no era como si pudiera ser responsable de lo que su mente hacía cuando él estaba durmiendo.

Precisamente la razón que él le había dado para prohibirle caminar alrededor de su sueño.

Eso y el hecho de que simplemente le cabreaba tener su privacidad invadida en cualquier forma.

Irritado, Roth se remitió de nuevo en sus pantalones mientras llevaba el coche a detenerse sin problemas justo frente a su ansiosa Compañera de Raza. Ella no esperaba que se dirigiera a ella, pero no se disculpó por la interrupción.

—Wilhelm, algo terrible ha sucedido. —Ella agarró el borde de la puerta del lado del conductor, sus oscuros ojos intensos por la preocupación—. Ha habido un ataque en la casa de campo.

Roth sintió su mandíbula ponerse tensa con más enojo que sorpresa.

—¿Un ataque? ¿Cuándo?

—Anoche. Hace unas horas.

¿Y él estaba justamente ahora oyendo hablar de esto? ¿A través de ella, y no de sus guardias?

Roth frunció el ceño.

—Dime qué pasó.

—Fue terrible —dijo ella, cerrando los ojos como si la memoria le doliera—. Había fuego por todas partes... explosiones en el bosque cerca de la casa y en la carretera. Tanto humo y cenizas. Tratamos de irnos, pero era demasiado tarde.

Su ira aumentó.

—¿Dónde estás ahora?

—En casa... bueno, en mi casa. Todavía estoy en la casa de campo.

—Muy bien. —Roth asintió vagamente—. ¿Qué pasa con los hombres de guardia allí? ¿Por qué te han dejado decirme todo esto cuando son ellos los que me deben una explicación?

—Están muertos, Wilhelm. —Su voz se quebró, cayendo a un susurro—. Todos los demás que estaban aquí esta noche han muerto.

Roth sacó una maldición fuerte.

—Muy bien. Quédate allí. Me pondré en contacto con el Refugio Oscuro de Hamburgo y me encargaré de que un comisionado te recoja y te traiga de vuelta a la ciudad.

Claire estaba sacudiendo su cabeza antes de que él tuviera la oportunidad de completar la idea. —Wilhelm... ¿no lo has oído? El DarkHaven de Hamburgo. Se ha ido.

—¿Qué?

—El DarkHaven fue atacado primero. No queda nada de él. No hay sobrevivientes, aparte de un Agente de Ejecución que escapó de los incendios para advertirnos que probablemente estábamos en peligro, también.

Roth asimiló esta noticia en malhumorado silencio. Él no tenía una gran cantidad de familiares-sin hijos suyos para querer sacarlo del poder, sin hermanos de cualquier generación que hayan logrado vivir tanto como él lo había hecho. La comunidad del Refugio Oscuro que servía de guía en Hamburgo consistía sólo de unos cuantos sobrinos, que nunca habían sido buenos para mucho; diverso personal de la casa; además de una pequeña guarnición de guardias en préstamo de la Agencia. Él apenas conocía a cualquiera de ellos, en verdad, y francamente, tenía cosas más importantes a considerar que perder cualquier tiempo de luto por la pérdida.

—Lo siento, Wilhelm. —dijo Claire ahora, sentimiento que él despidió con movimiento brusco de su mano.

Él suponía que tenía que saber que algo como esto iba a suceder. Él lo sabía, en realidad. Lo había sabido desde el momento en que había sido informado de la primera muerte de la Agencia de Ejecución en la oficina de Berlín varias semanas antes hasta la cercana y personal muerte de un agente que respondía directamente a él en secreto, a menudo operaciones no oficiales. Cuando la segunda muerte violenta de su contingente privado se produjo, luego la tercera y cuarta, dejó pocas dudas de que alguien estaba afuera por sangre.

El único problema con esa teoría era el hecho de que la persona en cuestión estaba muerta. Por lo menos ese había sido el informe que salió de la Agencia. En esa época, Roth no había tenido la oportunidad o la

inclinación para dudar de la inteligencia; tenía negocios más importantes que lo requerían lejos de Montreal. Esos negocios seguían siendo su principal prioridad, pero este ataque a sus propiedades personales no podía pasar insatisfecho.

—Yo me ocuparé del asunto —le dijo a Claire—. Y no te preocupes, voy a requerir algunos favores para encontrarte un refugio temporal en la región hasta que pueda regresar.

—¿Dónde estás exactamente, Wilhelm? Uno de tus guardias me dijo que no estás en Alemania. —Ella miró a su alrededor al paisaje de ensueño, su mirada claramente tomando nota de los Jaguares de granito escarpado que flanqueaban algunos de los tramos de la carretera rural que su mente había fabricado—. ¿Estás en Nueva Inglaterra?

Demasiado inteligente, su Compañera de Raza nacida Yankee. Y demasiado curiosa ahora para su propio bien. Roth no confirmó ni negó su paradero.

—Quédate allí, Claire. Vas a estar bien.

—Wilhelm —dijo lentamente—. ¿No tienes ni siquiera un poco de curiosidad acerca de quién nos atacó anoche? Yo creí que querías saber quién es el responsable... y por qué.

Roth la miró fijamente.

—Andreas Reichen —dijo ella, mirándolo demasiado cerca para ver su reacción.

Él tuvo cuidado de no darle nada, no tanto como un abrir y cerrar de ojos o una falta de su pulso. Él frunció el ceño después de un momento, fingiendo confusión.

—Hablas de un fantasma, Claire. Andreas Reichen falleció con el resto de sus parientes durante el verano pasado cuando su Refugio Oscuro se quemó hasta los cimientos.

De hecho, Roth pensó con decepción privada, el arrogante hijo de puta debería haber muerto mucho antes.

Claire sacudió su cabeza.

—Está vivo. Él ha... cambiado, Wilhelm. Tiene una rabia terrible dentro de él, un poder que apenas puedo comprender. ¿Los incendios y

explosiones aquí y en Hamburgo? Él los hizo. Salieron de él. Lo vi con mis propios ojos.

Roth escuchó, al mismo tiempo incrédulo y preocupado.

—Wilhelm, él dice que tiene la intención de matarte.

Él se burló.

—El bastardo nunca estará lo suficientemente cerca para intentarlo.

—Él está aquí, Wilhelm. —Claire tenía la mirada suplicante—. Él está aquí, en la casa conmigo, se desmayó en el sótano. Yo no sé qué hacer.

Roth maldiciendo furioso fue interrumpido por un balido electrónico que atravesó la estructura de su sueño. Su entorno distorsionado y vibrante. La cinta de asfalto negro y el perfecto cielo estrellado arriba tembló, la visión de Claire comenzó a desvanecerse con las ondas de sonido que estaban despertándolo de su sueño.

—Mi móvil está sonando —dijo, listo para terminar con ella de todos modos. Mientras hablaba, el Jaguar en el que había estado sentado se evaporizó, dejándole de pie en la franja de pavimento iluminado por la luna al lado de ella. —Tengo que tomar esta llamada ahora.

La tenue imagen de Claire lo alcanzó.

—¿Qué pasa con Andreas?

Él apretó sus molares juntos por la evidente cómoda familiaridad que ella aún parecía sentir hacia el otro macho, incluso después de décadas de separación.

—Mantén al hijo de puta encerrado en la casa mientras hago planes para tratar con él.

—¿Quieres que me quede aquí con él? —Ella lo miró, insegura—. ¿Por cuánto tiempo?

—En la medida que sea necesario. Voy a enviar otro destacamento de la Agencia para quitarlo de en medio al atardecer.

—¿Quieres decir retirarlo a su detención en la Agencia? No permitirías que tus hombres lo lastimen, ¿verdad?

Su aparente preocupación estaba totalmente cabreándolo.

—Mis hombres son profesionales, Claire. Ellos saben cómo manejar una situación como esta. No necesitas preocuparte por los detalles.

El sonido discordante del timbre de su teléfono llegó de nuevo, tirando de él más lejos de ella, volviendo a la conciencia.

—¿Y yo qué, Wilhelm? —murmuró Claire—. ¿Cómo se supone que voy a mantener a Andreas aquí hasta que lleguen tus hombres?

—Haz lo que debas —Roth respondió rotundamente—. Tú lo conoces mejor que la mayoría, después de todo. Íntimamente, si la memoria sirve. Estoy seguro de que vas a pensar en alguna manera de detenerlo.

Él no esperó a que ella dijera nada más. El teléfono sonó de nuevo y los ojos de Roth se abrieron de golpe, rompiendo su conexión filiforme con Claire.

Agarró el móvil de la mesa junto a su cama.

—Sí.

—Señor Roth —dijo un nervioso macho de la Raza en el otro extremo de la línea—. Soy el Agente Krieger de la oficina de Berlín, señor. Ha habido un asesinato aquí anoche, el cuerpo del agente Waldemar fue descubierto en su residencia. Tenía el cuello roto. Y... hay más, señor. Parece que hubo un incidente en su Refugio Oscuro en Hamburgo, también.

Roth se burló, lleno de sarcasmo.

—No me digas.

—¿Señor?

—Prepara un equipo de combate y envíalo a mi casa de campo en cuanto el sol se ponga. El grupo en el lugar ha sido atacado y eliminado. Ahora mi Compañera de Raza está allí sin ningún tipo de protección. Ella está sola, y está reteniendo a Andreas Reichen para ti.

—¿Reichen? —Preguntó el agente—. No entiendo, señor. ¿No había muerto en ese accidente fortuito en su Refugio Oscuro hace algún tiempo?

Roth apretó los dedos sobre el delgado estuche del teléfono móvil.

—Al parecer el hijo de puta está muy vivo... por el momento. Ordena al equipo que lo quiero eliminado tan pronto lo vean. Déjalo muerto, agente.

—Sí, señor.



Capítulo 5

Reichen estaba a su lado en silencio, con las manos apoyadas en los brazos de la silla de orejas de color verde musgo en una de las salas de la recepción de la finca, donde Claire se había quedado dormida. Por un momento, cuando él había llegado sólo al sótano oscuro como la boca de lobo, él no tenía ninguna pista de dónde había estado ni cómo había llegado hasta allí. Tampoco él podía recordar inmediatamente por qué era que la mayor parte de su cuerpo se estaba recuperando de quemaduras por rayos UV. Esto se asemejaba a lo que le ocurría a veces, después de que la energía pyrokinética se desvanecía. Era difícil de recordar los detalles. Le era difícil dar sentido a su entorno.

Difícil recordar nada, salvo la sed de sangre feroz que lo sorprendía una vez que su fuego interior tenía una oportunidad de enfriarse.

Él había estado desorientado cuando por primera vez recuperó la conciencia en el sótano, pero entonces había aspirado el rastro más suave del aroma de vainilla y especias picantes.

Claire.

El aroma de su sangre lo había sacado de la oscuridad y llevado por la escalera de piedra, hacia la habitación donde dormía ahora. Él la inhaló mientras se cernía sobre ella, tentado de cerrar los ojos y saborear el recuerdo de lo que había sido, pero en cambio él apenas parpadeó. Observó el rápido movimiento que tuvieron sus ojos bajo sus párpados cerrados.

Ella estaba soñando.

Reichen se preguntó cuánto tiempo ella había estado durmiendo, o donde sus sueños la habían llevado para que su pulso latiera tan rápidamente como una liebre asustada. Su fija mirada se deslizó hacia abajo de la delicada belleza de su rostro a la suave piel la color dorado de su garganta. Latiendo frenéticamente en el lado derecho de su cuello, su arteria golpeaba al lado de una pequeña marca de nacimiento de color escarlata. Los colmillos de Reichen ya colmaban su boca, pero ahora ellos palpitaban, sus ojos posados en aquella extensión sensible de carne que mostraba un

símbolo en una diminuta lágrima dentro de una media luna que se acoplaba tan cerca del pulso de Claire.

Jesús, estaba sediento.

Su vientre estaba apretado y vacío, sus piernas pesadas y fatigadas. Él se lamió sus labios, apenas capaz de impedirse inclinarse un poco más, hasta que el ritmo ligero de su pulso golpeaba en sus propias venas tan fuerte y exigente como un tambor.

Dios, la sed... así tan profundamente que la necesidad era primaria, animal, impulsándolo a barrer y tomar hasta llenarse como el depredador que era en realidad.

Que fuera Claire la que estaba debajo de él era la única cosa que le hizo detenerse. ¿Cuánto tiempo se había preguntado como ella sabría? ¿Cuántas veces había estado cerca del infierno, aún más cerca que esto, presionando sus colmillos entre la cremosa suave piel y beber de su vena? Él había deseado esto más que cualquier cosa en alguna época. Pero era la única cosa que él nunca había hecho, ni siquiera en sus momentos más febriles cuando estuvieron juntos.

Por mucho que él hubiese deseado probarla, unirla a él por el vínculo de sangre, él nunca había llevado su necesidad por Claire tan lejos. Ella era una Compañera de Raza. A diferencia de la mayoría del porcentaje de hembras Homo sapiens que andan en el planeta, ella era una de un pequeño número que poseía una inusual sangre y propiedades de ADN.

Claire y aquellas como ella, nacidas con la marca de color carmesí en alguna parte de su cuerpo, también estaban excepcionalmente dotadas de extraordinarias habilidades psíquicas. Y, a diferencia de otras mujeres humanas, ellas tenían la capacidad de formar un lazo inquebrantable con miembros de la Raza y tener a sus crías. Cuando una Compañera de Raza ofrecía su sangre a uno de la Estirpe de Reichen, era un regalo precioso, el más sagrado de todos.

Esto forjaba un vínculo que sólo podría ser quebrado por la muerte. Reichen no podía mentirse a sí mismo y pretender que nunca había sido tentado. Pero él, apenas había sido del tipo de clase para establecerse, especialmente en aquella época. Por todas sus formas libertinas, y tan ridículas como le parecían ahora, su honor le había impedido tomar algo de Claire, que jamás podría ser reclamado de vuelta. Un sorbo de su sangre significaría que ella viviría con él durante el tiempo que respirará. Él estaría ligado a ella siempre, atraído siempre por ella, independientemente de cualquier promesa que hubiese hecho a otro macho.

Incluso a través del humo y la niebla de su mente en recuperación, todavía podía recordar lo difícil que había sido ejercer el control en lo concerniente a su hambre por Claire. Pero él había sido cuidadoso. Por difícil que era, él había sido un pilar de moderación, directamente hasta el final.

¿Si él hubiese sabido entonces que ella iba a consumir tan poco tiempo para entregarse a Wilhelm Roth...?

Reichen gruñó sólo de pensar en ello.

Su furia no estaba tan enfriada para que él no aceptara la idea de apagar su sed en ella allí mismo y este momento. Él se inclinó, incapaz de apartar sus ojos hambrientos del latido rítmico de su pulso. Su aroma le llamaba silenciosamente tanto como el torrente de su sangre por debajo de su piel.

Ella era aún más hermosa de lo que recordaba. Este detalle, le robó el aliento. Hacía dolerle tocarla.

Jesucristo, ella le hacía arder mucho peor que la luz del sol o la furia. Se sorprendió darse cuenta de que él la quería a ella todavía, después de todo este tiempo. Después de todo lo que su compañero había hecho para acabar con él. Él quería a Claire para él mismo... todavía.

Reichen respiró ásperamente, una exhalación de aire, sus labios retrocedieron desnudando sus colmillos. Él la deseaba, y, por Dios, él la tomaría.

—No —se gruñó a sí mismo—. ¡Maldita sea, no!

Los ojos de Claire se abrieron de golpe y se ensancharon. Ella gritó, retrocediendo en la medida en que pudo alejarse de él antes que la silla bloqueara su fuga. Sus ojos color marrón oscuro buscaron su rostro, demasiado inteligentes para entender mal lo que casi ocurrió.

Reichen mentalmente tiró de sus pies para detenerse, a pesar del hambre que todavía hacía vibrar sus encías con el impulso de alimentarse.

—¿Dulces sueños, señora Roth?

—No, en absoluto —contestó ella, mirándolo fijamente con dureza—. Después de lo que pasó aquí anoche, estoy segura de que tendré pesadillas durante mucho tiempo.

Una punzada de vergüenza lo aguijoneó, pero no le hizo caso. Tenía que mantener el ojo en la bola.

—¿A usted no se le ha ocurrido hacer una visita durante el sueño a su compañero en este momento, verdad?

Claire no parpadeó con tanto asombro. Él podía ver el recuerdo en su mirada fija, la comprensión de que aunque muchos años hubiesen pasado desde que se vieron por última vez, Reichen no se había olvidado de su capacidad psíquica especial. Sus mejillas enrojecieron un poco, y él se preguntaba si ella estaba pensando en todas las veces en que había dirigido su sueño REM entre algunas de sus más eróticas fantasías durante esos meses intensos, apasionados en los cuales ellos se habían enamorado.

Él no había olvidado un solo momento de lo que ellos habían compartido, despierto o entregado al sueño, y él estaba malditamente recordando.

—A Wilhelm no le gusta cuando yo me inmiscuyo en sus sueños —murmuró ella.

—Eso no es realmente una negación —respondió Reichen. Él mantuvo sus manos apoyadas en los brazos de la silla, capturándola allí, mientras continuaba su interrogatorio—. ¿Dónde está él, Claire?

—Te lo dije, no lo sé.

—Pero, realmente tienes alguna idea —dijo él, tratando de no dejarse distraer por su hambre o su repentina toma de conciencia de lo cerca que sus cuerpos estaban el uno al otro. Podía sentir como su calor se mezclaba con el suyo, realizando su curación, la sensación de su piel irradiada como si estuviese siendo tocado por una llama—. No te equivoques, voy a encontrarlo. Los demás no fueron capaces de correr, tampoco él.

Ella lo miró cautelosamente, repelida.

—¿Qué... otros?

—Sus perros fieles, los que llevaron a cabo sus órdenes sin ninguna consideración por las vidas inocentes. He puesto a todos debajo, uno a uno. Menos a él, aún no. Lo he dejado hasta el último lugar porque deseaba que supiera que iba a venir por él. Yo quería que él entendiera que iba a tener que pagar por lo que hizo.

Claire se atragantó, dio una pequeña sacudida con su cabeza.

—Lo que dijiste anoche, que Wilhelm es responsable de lo ocurrido en tu Refugio Oscuro... es erróneo, Andreas. Debes estar equivocado.

—Lo que dije es la verdad.

—No puede ser.

—¿Por qué no? —Le espetó él—. ¿Por qué esto significaría que estás emparejada no sólo a un conocido matón sino a un asesino a sangre fría, también?

Sus fijas cejas oscuras se unieron en una expresión en algún lugar entre la compasión y desprecio.

—¿Eso viene de alguien cuyas propias manos están manchadas con más de una docena de vidas?

Reichen se tambaleó hacia atrás, erizándose con el recordatorio. Dio unos pasos lejos de ella, y luego giró para comenzar un ritmo tenso del cuarto. No sabía a dónde iba. Él no tenía maldito cuidado. Él sabía que no podía salir de la casa mientras estuviese afuera la luz del día, y ahora se sentía como si estuviese en una jaula.

Claire fue a la deriva detrás de él, sus pasos casi silenciosos en el suelo de mármol pulido del pasillo.

—Andreas, sé que debes de estar terriblemente herido y confundido después de todo lo que ha pasado. Podemos tratar de ordenar todo esto más tarde. Ahora mismo necesitas un poco de paz y tranquilidad mientras que tu cuerpo se cura de las quemaduras de los rayos UV. Necesitas descansar.

—Lo que necesito ahora mismo es sangre —gruñó él, dirigiéndole una dura mirada con sus ojos de color ámbar sobre ella—. Ya que estás tan poco dispuesta a entregarme a Roth, no creo que estés dispuesta a permitirme tomar hasta saciarme de ti tampoco.

Ella palideció, horrorizada, como él deseaba que ella lo estuviera.

Reichen continuó su andar impaciente por el pasillo, observando las variadas fotografías y el enmarcado arte sobre las paredes. Con su cólera alimentada, buscó imágenes de Claire y Roth, la adorada pareja, impaciente por más leña para la furia que aún ardía en sus entrañas. Había sólo un puñado de fotos de ellos juntos, a menudo entre un grupo del Refugio Oscuro o miembros de la Agencia de Imposición, o en frente de las ceremonias de inauguración que tenían lugar en diversos eventos por la

tarde. La sonrisa de Claire era perfecta en cada una de ellas: agradable, sin estar demasiado excitada, cortés sin ser demasiado fría.

Reichen no conocía aquella sonrisa. Parecía tan pulida y frágil como el cristal que la cubría.

—¿Dónde conduce Roth su negocio aquí? —le preguntó, apartándose de la congelada, perfecta mirada de Claire hacia la mujer que estaba de pie detrás de él ahora, fuera del alcance de su mano—. Si él tiene ordenadores aquí, o cualquier tipo de archivos, quiero verlos.

—No encontrarás nada de eso aquí —dijo ella, simplemente mencionando el hecho—. Wilhelm realiza todos sus negocios personales en el DarkHaven de Hamburgo y en una oficina que mantiene en la ciudad... por lo que yo sé. Nunca hemos discutido sus negocios.

Reichen gruñó, nada sorprendido. Él ya estaba moviéndose más allá del otro cuarto del pasillo, mirando casualmente el mobiliario sofisticado de una de las salas de estar, después pasó por un íntimo salón de baile que parecía una cueva de paredes con espejos, suelo de parquet pulido, y cremoso, techo elegantemente labrado. En la parte posterior había un gran piano de ébano, sus múltiples reflejos brillaban alrededor de todo el cristal pulido.

—Es bueno ver que algunas cosas no han cambiado —murmuró él. Claire echó un vistazo en el salón de baile, pero parecía confundida—. El piano —dijo él—. Tienes un don para la música, por lo que recuerdo.

Su ceño vaciló un poco cuando lo miró fijamente.

—Oh, no... no he practicado en mucho tiempo. Supongo que me ocupé con otras cosas más importantes. La música ya no es realmente una parte de mi vida.

—No, creo que no —dijo él, consciente de lo cáustico que sonaba—. ¿Queda algo de ti que yo recuerde, Claire?

Un largo silencio se extendió entre ellos. Reichen esperó que ella se alejara, o tal vez huyera, por la puerta principal y en la luz del día donde él no podía seguirla. Pero ella se mantuvo firme, perforándolo con sus ojos de color marrón oscuro. Tenaz, como siempre.

—¿Cómo te atreves? Yo no te pedí asaltar en mi vida y destrozarla, pero aquí estás. Yo no tengo que explicarte nada, o justificar donde la vida me ha llevado.

No, no lo hizo, y él sabía que estaba siendo injusto aquí. Teniendo esas respuestas no iba a llevarlo más cerca de Wilhelm Roth, tampoco. No es que ninguno de esos argumentos significara una maldita cosa cuando Claire estaba solamente a una distancia de un brazo lejos de él y bullendo con una cólera que rara vez había visto en ella, pero que correctamente estaba merecida.

—Ambos continuamos adelante, ¿no es así, Andreas?

—Ciertamente lo hiciste.

—¿Qué esperabas que hiciera? Tú fuiste el que se fue, ¿recuerdas? —Él recordó la manera abrupta en que había dejado las cosas con ella: sin terminar, sin explicaciones. Pensó en sus razones, irónicamente, ninguna de las cuales importaba. Ciertamente, no después de lo sucedido anoche.

—No podía quedarme.

—¿Ni siquiera podías decirme por qué? Un día estábamos juntos y al siguiente te habías ido sin decir una palabra.

—Tenía cosas que resolver —dijo él.

Dios, odiaba que todavía fuese capaz de sentir el golpe del miedo incontenible, del golpe y del abrumador auto-rechazo, que le habían obligado a huir de todo y de todos los que conocía y amaba. Después de lo que le sucedió la última vez que vio a Claire, él no había tenido más remedio, sólo abandonarla. Él no quería hacerle daño, y no podía confiar en sí mismo para estar cerca de ella, o cerca de alguien, hasta que él hubiera logrado poder controlar el poder terrible que se había despertado en él por primera vez hace todos aquellos años. Por aquel tiempo, él la había perdido por Roth.

Él hizo un encogimiento de hombros.

—Realmente volví, Claire.

—Más de un año tarde —le respondió ella bruscamente—: O al menos eso oí, después de que mis amigos en el Refugio Oscuro me dijeran que por fin habías aparecido, de nuevo en Berlín. —Ella sacudió la cabeza, con un arrepentimiento que brillaba en su mirada—. Yo no pensé que regresarías otra vez.

—Así que no esperaste.

—¿Me diste alguna razón para hacerlo?

—No —dijo él, dejando que la palabra se deslizara lentamente de su lengua. Había más cosas que él deseaba decir, cosas que él probablemente le debería decir, pero todo era inútil ahora. Claire tenía razón. Ambos habían avanzado. Ambos habían vivido vidas muy distintas, y a pesar del hecho de que esas vidas estaban uniéndose ahora, por la violencia y el derramamiento de sangre, nada de lo que él pudiese decir cambiaría alguna cosa sobre el pasado o de lo que podría haber sido. Él estaba aquí por una razón: para vengar el mal que Wilhelm Roth había liberado sobre él.

Reichen comenzó a caminar de nuevo.

Claire lo siguió, colgando atrás como si ella no quisiera acercarse demasiado.

—¿Qué estás haciendo?

—Te lo dije. Buscando cualquier pista sobre el paradero de tu compañero.

—Y yo te dije, que no encontrarás nada de él aquí. Esta es mi casa, no la suya.

Reichen escuchó el comentario peculiar, pero él ya estaba avanzando. Él vio un cuarto lleno de estanterías llenas de libros desde el suelo hasta el techo y se dirigió hacia esa puerta abierta.

—Andreas —dijo Claire detrás de él—. Por favor, para esto. La biblioteca es mi espacio. Es privado. No encontrarás nada importante en...

—Entonces no te importará si doy un vistazo —dijo él, con más intención que nunca desde que ella insistía prácticamente en que se quedara afuera.

¿Qué escondía ella ahí dentro? Él cruzó el anaquel elevado pasando por las estanterías llenas de libros, pasando por el pequeño sofá y la mesa final donde una lámpara en forma de tarro aún brillaba de la noche anterior. Más lejos en la habitación, vio un escritorio de nogal oscuro en un ligero estado de desorganización, como si el trabajo hubiese sido abandonado a toda prisa.

Y más allá del escritorio, extendido sobre una amplia mesa de trabajo, estaba una especie de maqueta arquitectónica. Reichen adivinó que era algún tipo de proyecto de Refugio Oscuro, algo que probablemente daría lugar a otra fotografía de Claire y su sonrisa perfecta, haciéndose pasar por la compañera perfecta al lado de Roth y varios de sus amigos. Pero a medida

que se acercaba al modelo, los cabellos de la parte posterior de su cuello comenzaron a erizarse. Él conocía este pedazo de tierra.

Él conocía la forma de ella, la apariencia de ella... la sensación de ella.

Era la suya.

La cuña de la orilla del lago de la propiedad en el modelo era el lugar de su Refugio Oscuro. O, mejor dicho, había sido, antes de que la traición de Roth y la propia desesperación de Reichen lo hubiesen dejado en escombros las ruinas.

—¿Qué diablos es esto?

Claire se acercó a su lado, con expresión preocupada.

—Andreas, todos pensaban que estabas muerto. No había ningún heredero vivo para reclamar la propiedad. Esta iba a ser subastada entre el resto de la comunidad de vampiros en Berlín.

—Esta es mi tierra. —Su voz tomó una sacudida rara—. Esta era mi casa.

—Lo sé —dijo ella rápidamente—. Lo sé, y no podía permitir que se vendiera.

—Cuando algunos de nosotros en la zona celebramos el servicio conmemorativo por ti y tu familia hace unas semanas y me enteré que nadie se había presentado para reclamar la tierra, compré la propiedad yo misma. Nadie lo sabe. Deseaba poner algo especial en ella. Tenía la esperanza de que pudiera ser una especie de santuario en memoria de las vidas que se perdieron. —Reichen contempló el modelo del tranquilo parque con sus piscinas de reflexión y senderos para caminar y meticulosamente trazados macizos de flores. El diseño era hermoso. Perfecto.

Claire había hecho esto... para él.

Él estaba asombrado. Dejándolo mudo.

—Probablemente no era mi derecho hacerlo —dijo ella—. Lo siento. No podía soportar la idea de que tu hogar, y la vida de tus familiares, quedasen en el olvido o se vendieran al mejor postor. No me pareció correcto. Por otra parte, lo que hice, probablemente no te parece correcto, tampoco.

Reichen se quedó allí de pie, en silencio, inmóvil para decir que estaba sorprendido por el acto de compasión de Claire era la atenuación en el extremo.

Él estaba emocionado, más profundamente de lo que había estado en muchos años de lo que quería recordar. Él se quedó contemplando el modelo del arquitectónico, observando todos los detalles, todo el esmero que pensaba que había sido puesto en el diseño.

Para él, y para la memoria de sus parientes.

Poco a poco se volvió hacia Claire, sabiendo que su rostro debía estar tan rígido como la piedra por la forma en que ella dio un paso atrás.

Bien, pensó él. Bien. Mantén tu distancia.

Porque todo lo que él deseaba hacer en ese momento era arrastrarla con fuerza en sus brazos y besarla hasta que ninguno de ellos pudiera respirar.

Pero ella era la compañera de Roth.

La compañera de su enemigo.

Y él aún era peligroso, aún demasiado cerca del borde del filo del hambre. Si él tocara a Claire ahora, él no confiaba en atreverse a detenerse allí. Si él hubiese sido honorable en algún momento en su vida, el fuego que se había despertado en su interior hace tres meses, había devorado casi toda aquella parte de él. Él era una amenaza para Claire, de más de una forma.

—Necesito estar solo —refunfuñó él, con un profundo gruñido gutural.

Él necesitaba eso, no podía estar alrededor de ella ahora mismo. Él no deseaba pensar en el breve pero imborrable pasado, que él había tenido con ella, o con qué rapidez su cuerpo, o su débil querido corazón, también, respondiera a la mera presencia de ella.

No quería mirarla ahora, cuando ella se acercaba a él, su tierna expresión y preocupación, su mano extendida como si quisiera tocarlo. Algo en él anhelaba ese momento con cada fibra egoísta de su ser.

Su pulso martilló con fuerza en sus venas. Su boca estaba húmeda con el hambre por ella, su sexo estaba pesado y apretado con el deseo.

Sólo un único paso la separaba de él. Él dejó de respirar cuando ella levantó su mano y suavemente la colocó contra su pecho.

—Andreas, lo siento. Yo nunca tuve mala intención...

—¡Vete, Claire! —exhaló un alindo que silbó a través de sus dientes y colmillos—. ¡Ahora, maldita sea!

Ella se sorprendió por su cruda y atronadora ira, saltando hacia atrás como si fuera a golpearla. Ella parpadeó hacia él durante un buen rato, sus labios entreabiertos, pero sin hablar. Entonces ella huyó de la habitación sin decir palabra. Cuando él estuvo seguro de que ella se había ido, Reichen se dirigió inmediatamente hacia las puertas de la biblioteca y las cerró con fuerza. Se dijo que estaba aliviado de que ella se hubiese ido. Si ella valoraba su bienestar en absoluto, ella dejaría la casa y correría tan lejos de él como lograra conseguir.

Él sólo rogaba que fuese lo suficientemente fuerte como para resistir ir tras ella entre ahora y la puesta de sol, cuando él tendría la oportunidad de salir y saciar su sed de sangre con otra persona... cualquier persona además, excepto ella.



Capítulo 6

Boston, Massachusetts.

Lucan Thorne apretó su boca contra la cálida y suave piel justo detrás de la oreja izquierda de su compañera. Estando con ella en el salón de sus habitaciones privadas dentro de la finca subterránea que pertenecía a la Orden, encontró difícil dejar a Gabrielle fuera de sus brazos. En vez de eso, él la sostenía, intencionadamente descuidando sus deberes como el líder de la banda de guerreros de la Raza por otro momento para disfrutar el placer de sentirla cerca. Él dejó que su lengua jugara sobre la pequeña mancha de nacimiento carmesí que ocultaba sobre el tierno parche de cremosa piel detrás de su oreja, el lugar donde sus colmillos habían agujereado hacía un rato mientras él y Gabrielle habían hecho el amor.

—Sí sigues así —murmuró ella—, vamos a estar aquí toda la noche.

Él gruñó, sonriendo mientras continuaba hociendo su cuello.

—No es una mala idea. Y deberías saber que seguir así nunca es un problema cuando estoy cerca de ti.

—Eres terrible, ¿sabes?

Él tomó su lóbulo entre sus dientes y le dio un pequeño mordisco.

—Eso no es lo que dijiste hace veinte minutos bajo la ducha conmigo. O antes, en nuestra cama, cuando tenías tus largos y bonitos muslos rodeados alrededor de mi trasero desnudo moviéndose. Entonces no pensaste que fuera tan terrible. Estabas demasiado ocupada viniendo y gritando mi nombre, diciéndome que no parara nunca. —Él ni siquiera intentó ocultar su orgullo masculino. No es que lo necesitara, cuando su excitación era definitivamente obvia en ambos, el crecimiento de sus colmillos y el fuerte crecimiento en sus vaqueros oscuros. Bajo su camiseta gris, él podía sentir sus dermaglifos latiendo en respuesta a su deseo por ella—. Corrígeme si estoy equivocado, ¿o dijiste en algún momento que yo era un dios? Un sorprendente y jodido dios, era, yo creo, tu opinión exacta.

—Arrogante bastardo —se burló ella, pero el pudo oír el humor en su tono.

Su suave risa se mezcló en un inhalado y trémulo siseo mientras él rozaba las puntas de sus afilados caninos a lo largo de la curva de su hombro. Él separó una mano en su grueso cabello caoba y ella inclinó su cabeza para darle mejor acceso a su cuello, sus uñas marcando en sus hombros mientras su mano libre ahondaba bajo su holgada camiseta de punto y la cinturilla de sus pantalones de yoga. Ella tembló mientras él trazaba con su boca y lengua la delicada línea de su garganta, sacó un débil grito mientras sus dedos se metían en la aterciopelada grieta de su sexo. Ella estaba todavía húmeda, todavía caliente y gloriosamente sensible a su tacto.

—Lucan —jadeó—. Oh, Dios mío, Dios mío...

—Sí, eso está mejor. —gruñó, tomando su boca en un profundo beso, mientras él la llevaba a un rápido y estremecedor clímax.

Cuando ella se recuperó, Gabrielle alzó una mirada irónica pero saciada hacia él.

—¿Tu ego conoce algún límite, vampiro?

Él sonrió, levantando una oscura ceja.

—Probablemente no.

Con un movimiento de sus ojos, ella agarró su mano para guiarle fuera de sus habitaciones. Él podía haberse quedado allí toda la noche y no cansarse de amarla, de darle placer. Pero el anochecer pertenecía a la Orden, y al trabajo crucial que pedía sus manos sobre la mesa, incluso las mujeres de la orden, quienes estaban demostrando ser compañeras invalorable en una batalla contra un mal que pocos podían imaginar. Un mal que parecía concentrado en nada menos que la guerra suprema.

Al menos el mal ahora tenía un nombre: Dragos. En los pasados meses, la Orden había desenmascarado a muchos vampiros de la segunda generación y la operación que él había estado realizando durante décadas, siglos en realidad, mientras se ocultaba detrás de múltiples aliados y alianzas encubiertas en las sombras dentro de la población general de la Raza. Pero había mucho que ellos no sabían, también. Las sospechas eran demasiado serias para quedarse sin respuesta. Era la actual misión de la Orden descubrir las alianzas de Dragos, localizar su base de operaciones, y

paralizar sus esfuerzos antes de que él pudiera conseguir cualquier terreno más crítico.

Ellos habían tenido éxito reciente allí, la más reciente siendo el desbaratamiento de una reunión fuera de Montreal, donde Dragos y un número de sus socios habían acordado este verano pasado. La Orden todavía no había podido descubrir el objetivo de la reunión, pero la inesperada llegada de varios guerreros al lugar donde el grupo se había reunido había forzado a Dragos y sus conspiradores a esparcirse.

El desbaratamiento de esa reunión había también dado a la Orden un aliado muy inesperado, dos, si el asesino de Gen Uno que había sido alimentado y cuidado para servir a Dragos y había desde entonces venido a bordo con la Orden, podía ser de confianza. Lucan todavía no estaba completamente entusiasmado con el vampiro llamado Hunter. El macho era tan frío como una máquina, reservado y distante. No es que su inusual educación, negara cualquier comodidad y alzara en total aislamiento de otra alma viviente excepto por el Subordinado asignado al nacer como su manipulador, podía apenas ser esperado para producir un jugador de equipo de trato fácil. Hunter no había dado causas exteriores para desconfiar de él, pero todavía le parecía a Lucan un lobo solitario de dudoso origen, y uno cuya lealtad no había sido todavía probada. Pero el otro nuevo aliado que salía de los desarrollos de Montreal era una incuestionable gran ayuda para la Orden. Su nombre era Renata, y ella había venido a la Orden como la compañera de Nikolai. Mientras Lucan y Gabrielle caminaron por la sala de armas en su camino hacia el laboratorio tecnológico para eliminar objetivos gemelos al final de la línea. Dejar a una cara tuerca como Niko el emparejarse con una mujer que sabía manejar armas automáticas. Pero los intereses compartidos de la pareja iban mucho más allá del metal y los explosivos; eran también guardianes de una joven huérfana compañera de Raza llamada Mira, a quien habían rescatado de una peligrosa situación en Montreal y la habían puesto bajo su ala como si fuera su propia hija.

Con Niko y Renata en las filas estaba Tegan, uno de los miembros de más larga duración de la Orden, y la compañera del guerrero, Elise. Cuando Tegan vio a Lucan y Gabrielle caminando, él dijo algo cerca del oído de Elise, la besó, después vino fuera al corredor.

Él dio a Gabrielle un asentimiento de acuerdo, pero cuando su mirada de verde gema volvió sobre Lucan, él era todo seriedad.

—¿Ya hablaste con Gideon anoche?

Lucan agitó su cabeza.

—Íbamos de camino al laboratorio tecnológico ahora para verle. ¿Por qué tengo el presentimiento de que no va a ser una buena noche?

—Malas noticias fuera de Alemania —dijo Tegan, pasando una mano a través de su alborotado cabello—. ¿Sin duda recuerdas la explosión que destruyó el Refugio Oscuro de Andreas Reichen?

—Sí. —Lucan recordaba, todo muy bien. La Orden perdió a uno de sus mejores aliados civiles, un verdadero amigo, la noche que Reichen y su familia fueron asesinados en la monstruosa ráfaga que asoló su finca. La pérdida había golpeado a los guerreros muy fuerte, y no sólo por el hecho de que Reichen había sido un compañero instrumental en los actuales esfuerzos de la Orden para eliminar a Dragos. Él era un buen hombre, un macho honorable que debería haber vivido para ver la paz que sus esfuerzos con la Orden estaban ayudando a asegurar.

El tono de Tegan era tan grave como su expresión.

—Gideon consiguió un informe de Hamburgo hoy. Parece que otro Refugio Oscuro ardió en llamas anoche. Completa aniquilación.

—Señor —susurró Gabrielle, agarrando un poco más fuerte la mano de Lucan.

—¿Hubo algún superviviente?

—Solo uno —dijo Tegan—. Un agente de la ley que estaba haciendo detalles de seguridad consiguió escapar e informar del ataque. Él murió unas horas más tarde.

—¿Dijiste 'ataque'? —Lucan frunció el ceño, sin gustarle el sonido de todo aquello—. ¿Qué sabemos exactamente sobre esto?

—No mucho ahora. Gideon está todavía reuniendo inteligencia, pero la agencia está manteniendo mucho de ello cerrado a su círculo. El Refugio Oscuro que cayó anoche pertenecía a uno de sus directores. Un civil de segunda generación llamado Wilhelm Roth. Aparentemente, el director y su compañera estaban ambos fuera de la ciudad a tiempo, afortunados ellos.

Lucan no conocía a Roth, pero entonces él y el resto de la Orden no estaba exactamente en términos amistosos con la mayoría de la Agencia de la Ley, o aquí en los Estados Unidos o en el extranjero. La Orden tendía a pensar que la agencia eran muchos jactanciosos pomposos más interesados en su propia ganancia personal que en la seguridad pública, y la agencia tendía a creer que la Orden era una banda de peligrosos vigilantes sin

consideración por la ley. Particularmente cierto, Lucan tenía que saber. O él o alguno de sus compañeros de raza tenía alguna utilidad para el círculo de imbéciles políticos y políticas con la cabeza escondida en la arena que eran la noción de la ley para la Agencia. Como resultado, generalmente les ignoraban a favor de actuar y tener la mierda hecha. Si eso no se adecuara bien con la gente como Wilhelm Roth y el resto de la Agencia de la ley, eran más que bienvenidos a besar el trasero de la Orden y apartarse de su camino.

—Veamos que consiguió Gideon. —Dijo Lucan, ya dirigiéndose con Gabrielle hacia el laboratorio tecnológico al fondo del corredor.

Tegan cayó en un paso de andar fácil junto a ellos, y Lucan no pudo evitar pensar en una época no hace mucho cuando él y su amigo guerrero, ambos Gen Uno con muchos siglos de vida entre ellos, habían pasado más tiempo en las gargantas del otro que caminando juntos como iguales. Ahora, mientras los dos se dirigían hacia el laboratorio tecnológico con Gabrielle, los otros guerreros reunidos en lo que servía como la sala de conferencias de la Orden alzaron todos la vista de lo que estaban haciendo, como si su aire fuera de alguna manera más fuerte con la llegada de los dos más mayores y más poderosos miembros del grupo.

Las tres sumas más recientes a los rangos de la Orden: Kade, Brock y Chase, estaban vestidos con la ropa negra básica de patrulla, desde sus plantillas Docs y oscuro denim, a sus camisetas negras, chaquetas de cuero y arsenal de semi-automáticas y espadas que llevaban en sus caderas. El trío de machos no muy amigos habían tomado muchas de las misiones, una noche problemática de caza en los callejones traseros de Boston se remató cazando a un tipo diferente en algunos de los clubs de after-hours de la ciudad.

Mientras para los otros, guerreros y socios, ellos hacían su repartición de pesado ascenso para la Orden, también, pero mirándoles a ellos ahora; Rio estaba sentado junto a su compañera de raza, Dylan, y Dante, incapaz de acariciar la hinchada barriga de embarazada de seis meses de su compañera Tess mientras él casualmente manejaba la mierda con Chase y los otros, estaba claro que las cosas estaban cambiando aquí en la finca. Evolucionando, pensó Lucan, mientras Gabrielle soltaba su mano para caminar y sentarse en el suelo junto a la pequeña Mira y Savannah, quien era la compañera del actual genio, Gideon. El corazón de Lucan se puso un poco tenso cuando vio a su compañera de raza sonreír y conversar con la niña y Savannah, quienes habían estado pasando entre ellas una goma de caucho, jugando a un juego de mantenerse alejada con un feo terrier que pertenecía a Dante y Tess.

La escena completa era desconcertante como el infierno.

De alguna manera, en el pasado año y medio, la finca había comenzado a sentirse menos como un fuerte militar y más como un hogar. Eso dio a Lucan más que un pequeño desconcierto. Los hogares podían ser vulnerables, especialmente en tiempos de guerra. Él pensó en los dos Refugios Oscuros de Alemania que habían sido fuertes un día y fueron escombros al siguiente. Era duro hacer desaparecer el frío que había en su estómago cuando consideró lo fácil que las vidas, y seres queridos, podían dejar de existir.

—Puedo ver por la mirada en tu cara que Tegan te informó rápidamente sobre las noticias de Hamburgo —dijo Gideon, alejándose de su flota de ordenadores y contemplando a Lucan sobriamente sobre la montura de sus pálidas gafas azules—. ¿Quieres oír la parte realmente jodida de todo esto?

—¿Por qué no? —señaló Lucan.

—He estado escarbando un poco en los archivos de la agencia en Alemania. Resulta que están teniendo algunos problemas manteniendo a sus hombres vivos por allí. —Ante la mirada interrogativa de Lucan, Gideon continuó—. Durante las últimas semanas, nueve agentes de la ley entre las oficinas de Berlín y Hamburgo han sido asesinados.

Tegan se unió a la conversación ahora, asomándose para mirar los datos en los monitores de Gideon.

—¿Estás hablando de asesinatos?

Lucan había estado pensando lo mismo, instantáneamente preguntándose si los otros como Hunter, entrenaban a asesinos de Gen Uno que habían sido ordenados recientemente por Dragos para rastrear y asesinar a los miembros más viejos de la raza vampira, habían ahora fijado de alguna manera sus vistas sobre individuos dentro de la agencia de la ley.

—No es como cualquiera de las cosas que hemos estado viendo entre la población civil dijo Gideon—. Estos asesinos son meticulosos, mierda, son prácticamente obras de arte de lo eficientes que son. —Él se balanceó por los alrededores y mecanografió algo que trajo una imagen cadavérica de un macho de la raza, amoratado y ensangrentado, que había perdido parte de su cráneo—. Estos asesinatos de la agencia son brutales, muy personales. Una unidad de campo completa fue eliminada hombre a hombre, y había agentes de alto rango, estoy hablando de gente a nivel del director, que han

sido eliminados, también. Alguien ahí fuera está intentando hacer una afirmación muy alta. Si me preguntas, apesta a venganza.



Capítulo 7

Andreas no había salido de la biblioteca en todo el día.

Claire se sentó en el vestíbulo de afuera con las puertas cerradas, silenciosamente quieta apoyada en una columna sobre un pequeño banco tapizado unos minutos después de que él la había expulsado de la habitación con su vociferante demanda de que ella se fuera. Su espalda le dolía por el asiento incómodo y estaba agotada, no se había atrevido a dormir por más que unos pocos minutos de vez en cuando.

Ella no sabía que estaba haciendo él allí. Ella aún no sabía si era bueno. No había habido ninguna respuesta cuando golpeó las puertas hace un par de horas para inspeccionarlo. Ahora estaba sentada sobre el pequeño banco con sus pies recogidos sobre el cojín y sus brazos cerrados alrededor de sus rodillas, mientras miraba fijamente el silencioso cuarto como si un animal salvaje, rabioso esperara adentro.

Era casi la puesta del sol. No pasaría mucho tiempo antes de que la Agencia de Ejecución entrara en detalles con Wilhelm para que retiraran a Andreas.

Claire sabía que había hecho las cosas correctas al haber ido con Wilhelm por ayuda. Ella había hecho lo único que podía hacer, no sólo por su propia seguridad inminente y él de su compañero, sino también por Andreas. El miedo severo que ella había sentido por él anoche se había suavizado en un tipo de compasión cautelosa. Estaba tan destrozado ahora. Herido en lo más vivo de su furia.

Ella solamente esperaba que él tuviera el juicio de ir silenciosamente con los Agentes de Ejecución cuando llegaran. Si él presentara una lucha... bien, ella no podía dejar que su mente viajara allí.

El pestillo sobre las puertas de la biblioteca hizo un suave clic. Claire miró hacia arriba, dejó a sus piernas desplazarse, y sus pies se decidieron por ir hacia el piso del vestíbulo cuando Andreas salió de la habitación. Él se veía mucho mejor físicamente y aun cuando él le envió un oscuro ceño

fruncido en su dirección, parecía más tranquilo, más descansado que cuando lo había dejado allí.

Tal vez había alguna esperanza de que pudiera ser razonable después de todo.

—Todavía estás aquí —comentó, claramente disgustado—. Había pensado que estarías desde hace horas lejos de aquí.

—No —murmuró Claire.

Andreas se mofó.

—Roth debe conocer un número de casas de seguridad de la Agencia en el área donde pudo haberte enviado. Estoy sorprendido de que no escaparas hacia una de ellas a la primera oportunidad que tuviste.

Claire no le dijo que Wilhelm le había ordenado quedarse en la casa de campo. Esto la había molestado entonces, pero ahora, siendo forzada a sostener la mirada penetrante de Andreas, ella sintió más de un indicio de vergüenza por pensar que su compañero la retendría voluntariamente en algún tipo de peligro. Por supuesto que ella nunca se había presentado como una mujer desafortunada y desvalida, y Wilhelm no habría esperado que ella permaneciera en la compañía de Andreas a no ser que él confiara en que ella podía manejar la situación.

Esa justificación se sentía un poco vacía cuando recordó la manera mordaz en que le había dicho que hiciera lo que sea con tal de detener a Andreas durante el suficiente tiempo hasta que los agentes pudieran llegar allí. Tú lo conoces mejor que la mayoría. Estoy seguro de que pensarás en algo.

—Debe estar cerca el crepúsculo. —La voz profunda de Andreas corrió por toda su piel como una carga—. ¿Cuánto tiempo supones que tardará Roth en llegar aquí?

Claire parpadeó, luego sacudió su cabeza.

—No sé a lo que te refieres.

Su risa de respuesta estaba fría, poco convencida.

—¿Realmente vas a sentarse allí y fingir que no lo buscaste para pedirle ayuda y advertirle sobre mí? —Cuando ella habría intentado negarlo, su boca fue un poco más firme—. Solamente tú lo conoces, Claire, esperaba que realmente fueras hacia él. Espero que le dijeras que viniera

tan rápido como pudiera, porque estoy malditamente listo para terminar con esto.

Su sangre se enfrió.

—¿Realmente estás tan impaciente por morir, Andre?

Él se mofó.

—No soy por él que tienes que preocuparte.

Chispas de color ámbar se encendieron en su iris, y ella pudo ver los puntos de sus agudos colmillos blancos cuando habló, un recordatorio potente que aunque su cólera pareciera haber sido amortiguada, no tardaría mucho en encenderse de nuevo. Podría ser más seguro tratar de mentirle, pero sintió que le debía un poco de honestidad independientemente de los riesgos.

—Muy bien. Realmente fui hacia Wilhelm. Caminando en sueños hacia él mientras estabas en el sótano, tal como lo adivinaste. Pero tu equivocada necesidad de venganza tendrá que esperar porque él no viene.

—¿Le dijiste que yo estaba aquí?

—Sí. —Claire se puso de pie cuando Andreas dio un paso más cerca de ella sobre el banco—. Es mi compañero. Tuve que advertirle.

—¿Le dijiste sobre los fuegos? ¿Sobre su Refugio Oscuro en Hamburgo? —En su asentimiento, sus ojos se estrecharon sobre ella. Él se movió poco a poco más cerca, atestándola entre su cuerpo grande y el banco tapizado presionándola fuertemente contra la espalda de sus piernas—. ¿Sabe él que te quedas a solas conmigo, a mi merced?

Claire tragó.

—Él sabe todo eso.

Y todavía él no viene.

Aunque Andreas no dijo las palabras, éstas estaban claramente escritas en su rostro. Claire echó un vistazo lejos de él porque era repentinamente demasiado difícil sostener su mirada perspicaz. Para su sorpresa, ella sintió sus ligeros dedos suavemente debajo de su barbilla. Cuando ella siguió aquel dirigido toque, levantando sus ojos hacia él, no había ni la menor parte de amabilidad en su expresión.

—¿Tiene él alguna idea de cuan peligroso es para ti estar a solas conmigo de este modo, Claire?

Él buscó su cara, su aliento caliente se deslizó a través de su frente. Él estuvo de pie tan cerca de ella, que podía sentir los latidos de su corazón, fuertes y regulares haciendo totalmente loco a su propio pulso, también.

Un anhelo espontáneo se armó dentro de ella, caliente y mórbido. Esto le tomó toda su fuerza de voluntad para no girar su mejilla en su palma y acariciar la curva caliente de sus dedos contra su piel.

Esto estaba mal

Esto era insano.

Oh, Dios... esto era algo que ella no había conocido por mucho tiempo.

Cual solamente demostró que Andreas tenía razón. Estando a solas con él como ahora era muy, muy peligroso.

—Si fueras mía —murmuró él bajo su aliento—, caminaría a través de los fuegos del infierno para mantenerte lejos de un hombre como yo.

Claire le miró fijamente hacia sus moteados ojos ámbar insegura de que decirle. Insegura de que pensar. Todo lo que ella sabía era el sentimiento que estaba repentinamente ardiendo dentro de ella-un sentido que se enciende de deseo y de pesar que sacudió su corazón.

El pesar fue el que consiguió triunfar.

Frunciendo el ceño repentinamente, Andreas rompió su fija mirada. Él echó un vistazo sobre su hombro, su cabeza se inclinó ligeramente a un lado, escuchando. Claire no escuchó nada, pero desde luego que ella no poseía el oído sobrenaturalmente penetrante de la raza. Pero tampoco tenía que escuchar para entender que era lo que estaba ocurriendo fuera de la casa de campo.

—Agentes de Ejecución —susurró—. Wilhelm dijo que él pediría que una unidad llegara al atardecer para resolver todo contigo.

Andreas se echó atrás con una sonrisita oscura.

—Una brigada de muerte.

—No —ella dijo. Dios querido, ella esperaba que no—. Nada va a pasarte. No lo dejaré André—

Él no le estaba escuchando ahora. En un movimiento fluido, él anduvo a zancadas hacia las escaleras y empezó a trepar dos escalones a la vez.

—Sal de la casa, Claire. Hazlo ahora.

Ni en el infierno ella lo haría. Dijo entre dientes una maldición y corrió detrás de él.

Él buscó refugio en un dormitorio delantero del segundo piso de la casa, yendo directamente hacia la ventana. Él arrancó los bloqueadores de UV y miró detenidamente por el metal destrozado hacia el patio, jurando algo desagradable. Claire se acercó detrás de él justo a tiempo para ver las formas negras de varios agentes armados que trepaban en formación de cautela hacia la casa.

Andreas se giró alrededor, las puntas de sus colmillos brillaban detrás de su labio superior. La acusación destelló con fuerza en sus ojos.

—¿Parece que ellos hayan venido a negociar conmigo?

Claire no tenía nada que contestar.

Escaleras abajo, se había escuchado un choque contra el cristal, seguido de una libra pesada de botas que golpeaban el pulido mármol. Los agentes estaban entrando.

—¿Qué harás? —Ella le preguntó en un apretado susurro, sintiendo la energía en la habitación que ya comenzaba a calentarse. Era Andreas que generaba el extraño crujido en el aire. Su furia crecía, trayendo con ello el poder terrible de su pyrokinética—. Andre, escúchame... no puedes continuar de este modo. Por favor. Te lo ruego—

Su cara era feroz, sus ojos estaban ardiendo.

—Wilhelm Roth es el que debería rogarme. No tú.

Los estrepitosos pasos siguieron en la primera planta cuando los agentes se separaron para registrar la casa. Alguien pasó a recoger a Claire, aconsejándola hacer conocer su posición a la unidad de invasión.

—Vete —dijo Andreas—. Déjales que te lleven hacia la zona de seguridad.

Ella sabía lo que debería hacer. Que Dios le ayude, pero ella sabía que con cada pedazo de lógica de su mente la cosa más, más razonable que ella podía hacer es dejar que los hombres de Wilhelm la escoltaran afuera de la

casa mientras ellos intentaban convencer a Andreas de entregarse tranquilamente.

Su mente sabía todo eso.

Su corazón fue el que vaciló.

—Maldita sea, Claire. —Andreas caminó con paso majestuoso hacia ella y agarró sus brazos en un apretón doloroso. Él le dio una sacudida enérgica—. ¿Qué diablos está mal contigo?

Un estrepitoso sonido explotó detrás de ella. Una flecha caliente paso por delante de su oreja derecha, haciendo volar los mechones sueltos de su cabello a su cara. Ella sintió el impacto repentino de la bala cuando esta la rozó por menos de una escasa pulgada y se cerró de golpe en el lado izquierdo superior del pecho de Andreas.

—¡Nooo! —gritó ella, horrorizada.

Él se tambaleó hacia atrás sobre sus talones, pero el tiro no lo venció. Los olores mezclados de pólvora y sangre llenaron la cabeza de Claire.

Ellos le habían pegado un tiro.

Oh, Cristo... no.

Bloqueando a Andreas con su propio cuerpo, lo hizo girar alrededor de ella para afrontar al Agente de Ejecución que estaba de pie en la entrada abierta del dormitorio. Su enorme rifle negro todavía estaba apuntado a Andreas, su dedo se cernía peligrosamente en el gatillo.

—¿Está usted bien, Sra. Roth?

Durante un largo momento, ella no tenía nada de aliento para hablar. Su corazón estaba latiendo enloquecidamente en su pecho, sus rodillas casi se derretían bajo ella. El agente le habló, pero su foco estaba totalmente centrado sobre Andreas, que surgió detrás de ella, tirándole calor como un horno.

—Está bien —dijo el agente—. Lo tengo cubierto. Él no le hará más daño.

El agente dio un paso más dentro de la habitación, progresando cautelosamente sobre el brazo extendido de Claire. Su arma permaneció cerrada sobre el objetivo. Cuando él se acercó, Andreas dejó salir un rugido-salvaje. El calor que Claire sintió antes de descender de él, se estaba

haciendo más fuerte ahora, haciendo que los cabellos finos detrás de su cuello se erizaran hasta el final de su espalda.

—Por favor —ella finalmente logró graznar—. No tiene idea de lo que está haciendo. Suelte su arma.

Los ojos del agente se lanzaron hacia ella por solamente una fracción de segundo, como si estuviera calibrando su cordura—o la falta de eso.

—Necesita hacerse a un lado, Sra. Roth. Tengo órdenes específicas aquí. Y quiero llevarlas a cabo.

Órdenes específicas de matar a Andreas ante cualquier cosa.

La comprensión cayó en su conocimiento como veneno. Allí estaban los escuadrones de la muerte, justo como Andreas sabía que sería. Wilhelm había pedido su muerte. No sólo eso sino también él había mandado a sus hombres a matar a Andre a sangre fría, justo en frente de ella.

La voz del agente estaba letalmente fría ahora, y en la distancia se estrechó fuera del dormitorio, más agentes estaban haciendo un ascenso rápido por las escaleras.

—Hágase a un lado, Sra. Roth. Me temo que no podré pedirle esto de nuevo.

El rifle se acercó aún más, una amenaza muy convincente. Ella no tenía ninguna intención de cooperar con el agente, pero en aquel mismo instante ella sintió, más bien miró, el brazo de Andreas surgió alrededor de ella para alcanzar el arma con una velocidad sorprendente. Todo el calor viajó a lo largo de ella con un movimiento, enviando una corriente eléctrica que vibró profundamente en sus huesos.

Andreas cerró su puño alrededor del cañón del arma. Su brazo estaba encendido con el calor que irradió debajo de sus dedos como pulsantes aureolas de extremo calor. La energía saltó de él y hacia el rifle en brillantes ondulaciones.

Al instante, los ojos del agente se ampliaron. Su cabeza cayó hacia atrás sobre sus hombros y su cuerpo entró en un violento espasmo que hizo hacer ruidos con sus dientes. Claire olió la piel quemada y el pelo. Asqueada, ella miró a lo lejos como el macho de raza se dejó caer al piso y se convulsionaba de la dosis de poder letal.

Antes de que él estuviera muerto, otro agente vino corriendo hacía la habitación, con su arma lista.

—¡Claire, permanece atrás! —le bramó Andreas.

En aquel mismo instante, él tiró más calor y luz, expulsándolo como una bala de cañón que se materializaba de la palma de su mano. Él lanzó el orbe de fuego al agente recién llegado, matándolo allí mismo. Las llamas estallaron por todas partes. El fuego se acercó hacia las paredes y al techo.

Andreas lanzó una mirada feroz sobre su hombro sangrante en donde Claire estaba de pie detrás de él, aterrada por el terrible poder que él poseía.

—Vámonos. Tenemos que salir de aquí.

Ella lo siguió a través de la ardiente habitación hacía el segundo piso. Más otros dos agentes subían por las escaleras para atraparlos. Él los paró allí a mitad de camino, soltando bolas de fuego iguales que explotaron como bombas, haciendo un agujero en la empapelada pared de seda y tomando un gran pedazo de la madera de las escaleras.

Cuando ellos llegaron al patio, Claire se quedó muy cerca de él-pero no demasiado, atenta a la energía punzante que se deslizaba en cada pulgada de su cuerpo. Aun cuando ella se puso a un pie de distancia de Andreas, su calor era aplastante. El brillo incinerador que lo había cubierto en los bosques anoche estaba de nuevo. Si ella lo tocaba ahora, incluso por casualidad, sabía que eso la mataría.

Pero cuando se hizo el pavoroso incendio se levantó más caliente hacía arriba y en el vestíbulo, cuando Andreas envió al resto de la brigada de muerte que había venido para matarlo sobre lo que sólo podría haber sido las órdenes explícitas de Wilhelm, Claire sabía que este mortal ser-este hombre que ella posiblemente nunca lo había entendido del todo-era su mejor posibilidad de sobrevivir los siguientes pocos minutos.

Entonces ella corrió cuando él le dijo que corriera. Ella se pegó tan cerca como se atrevía. No fue hasta que ambos estaban fuera de la casa de campo, que sus pies volaban sobre la hierba fresca de otoño, iluminada por la luna, con la cual Claire se permitió a ella misma dejarse caer sobre sus rodillas y derramar algunas lagrimas

Ella giró alrededor, mientras se ahogaba en el aire espeso de la noche y en su propia confusión que estrangulaba sus emociones. Su casa estaba en llamas. Más vidas estaban perdidas. Ella quería gritar, pero en la esquina más profunda de su corazón, todo lo que sabía era que era una egoísta, sintiendo alivio de que Andreas todavía respirara.

Ella giró su cabeza para mirarlo. La forma grande y brillante de él se tambaleó a través de las lágrimas de alivio.

¿Cuántas veces en los últimos meses había deseado que todavía estuviera vivo? ¿Cuántas fueron las lágrimas que ella había derramado en secreto por él y su familia fallecida?

No importa lo que Andreas dijo, ella no podía permitirse creer durante un segundo que Wilhelm había tenido algo que ver con la destrucción del Refugio Oscuro de Andreas. Ella esperaba con cada fragmento de su ser, que sus acusaciones estuvieran equivocadas.

Pero ahora, después de lo que pasó aquí esta noche, ella no podía desalojar ni una pizca de duda que se había acomodado bajo su piel. Y sabía que no sería capaz de descansar hasta que supiera de la culpa o inocencia de Wilhelm a ciencia cierta.

Ella necesitaba respuestas. Ahora más que nunca, ella tenía que entender qué clase de hombre era realmente Wilhelm Roth.

—¿Estás bien? —preguntó Andreas cuando ella limpió sus ojos mojados y se puso de pie.

Claire asintió, pero por dentro ella se sentía entumecida, una creciente sensación de alguna enfermedad se enrollaba dentro de un hoyo en su estómago.

—Él los había enviado a matarte esta noche —murmuró ella—. Yo no lo sabía, Andreas. Te lo juro, que no lo sabía.

Él la miró fijamente en silencio, mirándola a través del brillante fuego que todavía viajaba por su cuerpo. Él estaba sangrante y herido, monstruosamente caliente debido a Wilhelm. Y debido a ella. Ella lamentó ponerse en contacto con Wilhelm ahora, independientemente de cualquier obligación que ella podría tenerle como su compañero de raza.

Ella prácticamente había firmado la orden de ejecución de Andreas.

—Ellos enviarán más agentes poco después —dijo ella—. Cuando esta unidad no haga un informe a Wilhelm, él sólo enviará a más para encontrarte.

—Sí —dijo Andreas, con un tono fuerte y aceptando gravemente—. Él enviará a más hombres y yo los mataré, también, hasta que yo dé de baja a tantos que Roth no tendrá otra opción, que venir a afrontarme él mismo. Le

doy la bienvenida a ese momento. No me importa lo que pase hasta llegar a ese momento.

Claire se estremeció internamente con el pensamiento de tanta violencia y muerte. Ella estaba desesperada por respuestas del propio Wilhelm, y ella no estaba dispuesta a esperar a ir mientras esto pasaba y ser testigo de más derramamiento de sangre y fuego.

Ella caminó por delante de Andreas y se dirigió hacia el camino que conducía a la ciudad.

—Claire —la llamó desde atrás, pero ella siguió andando, moviéndose con una nueva clase de resolución. La voz profunda de Andreas se extendió en ella como una oscuridad.

—¿Claire... dónde mierda piensas que vas? —Ella hizo una pausa, giró y dio una expresión cansada—. Dices que piensas localizar a Wilhelm y tomar venganza sobre él. Ahora necesito la verdad de él. La mayor parte de su negocio se maneja desde una oficina privada en la ciudad. Tal vez si vamos allí, ambos encontraremos las respuestas que necesitamos.



Capítulo 8

Reichen no estaba seguro de que era peor: el persistente dolor de la herida de bala, o la forma en que su intestino se retorció por la urgencia de comida. Una cosa se encargaría de ambos problemas.

Sangre.

Sintió un gruñido hacerse camino a través de su seca garganta mientras sus fosas nasales se llenaban con los mezclados olores de docenas de humanos cerca de él, todos ellos atrapados en el estrecho compartimiento del tren a Hamburgo. La tentación de echar un vistazo y seleccionar una presa viable—la necesidad de apagar su quemante sed—era casi aplastante.

—Mantén tu cabeza abajo —le susurró Claire, su respiración patinando contra su oreja—. Tus ojos, también, Andre.

Ya era suficientemente malo que estuviese herido y sangrando, y que tanto él como Claire olían como un par de deshollinadores. No sería una buena idea dejar que alguno de los pasajeros sentados a su alrededor echara un vistazo a sus transformados ojos o siquiera a su inusual situación dental.

Al menos su furia se había enfriado.

Él y Claire habían caminado durante aproximadamente una hora antes de que el resplandor de su Pyrokinética hubiera decaído. No habían tenido más remedio que viajar a pie. Hasta que su metabolismo se estabilizara, todo lo que tocara, todo lo que estuviera demasiado cerca de él, sería ceniza. Claire parecía entender ese hecho, y había mantenido una prudente distancia de él mientras luchaba por mantener sus sistemas internos de nuevo en línea.

Siendo de la raza, y a pesar de que le habían disparado, Reichen podía haber caminado fácilmente las dos horas desde la casa de campo de Roth a su oficina privada en Hamburgo. Podía haber cruzado las millas a una velocidad que los ojos humanos no podrían rastrear fácilmente, pero no había forma de que abandonara a Claire en la noche yendo por sí misma. No

después de todo lo que ella había pasado. O, más bien, todo lo que la había hecho pasar.

Estaba cansada y fatigada, incluso ahora, sentada a su lado en el tren de entrada. No había argumentado en absoluto cuando él la llevó a la estación rural y le preguntó qué camino tomar. Ellos no habían tenido nada de dinero, por lo que Reichen había conseguido sus pasajes con un poco de lo que había heredado de la raza, un juego de manos. A propuesta suya, el hombre que recogía las entradas cayó en un trance rápido, pero breve, dándoles la oportunidad de deslizarse más allá de los molinetes y el tren sin que nadie se enterara.

El truco había agotado casi todas sus fuerzas, pero al menos Claire estaba lejos del frío y capaz de relajarse. Él, por otra parte, estaba tan tenso como podía. Reichen metió la barbilla en el pecho y se encogió de hombros para ayudar a ocultar sus visibles problemas de cualquier mirada curiosa de los humanos.

Su sed era otra cosa.

Lo corroía, siempre en su punto más febril después del incendio. Bajo circunstancias comunes, él y su especie podían pasar una semana sin alimentarse, pero desde el ataque a su Refugio Oscuro y el despertar de la fuerza mortal en su interior, su sed era persistente.

Casi constante.

Él había visto a otros caer en la adicción a la sangre. No sucedía a menudo, sobre todo entre los de mentes más débiles y menor edad, o por el otro lado del espectro, las primeras generaciones de la raza, cuyo linaje estaba menos diluido con los genes humanos y más cerca de los Ancianos—los padres alienígenos de la raza de vampiros en la Tierra.

La maldición de la pyrokinética de Reichen ya era lo suficientemente mala, pero la sed que se levantaba a su paso los horrorizaba tanto como los incendios que podía crear a voluntad. Y si estaba siendo honesto consigo mismo, al menos no podía negar que los incendios eran cada vez menos en respuesta a su furia y más bien eran una parte de lo que él era.

Desde que había empezado su misión de venganza contra Roth hacia unas semanas, los incendios se habían estado fortaleciendo. Ahora saltaban a la vida con apenas un pensamiento, quemando más y más, cada vez más explosivos. Y una vez que decaían, le acometían con una sed de sangre que no podía ser contenida o saciada.

Se estaba perdiendo a sí mismo y a ambos, y lo sabía. Si se quedaba en compañía de Claire por mucho más tiempo, ella también lo sabría.

Incluso mientras la gravedad de ese pensamiento giraba en espiral a su alrededor, Reichen no pudo dejar de ver en su periferia mientras un muchacho se levantaba de su lugar en el compartimiento y se movía a otro que había sido dejado libre en la última parada. Reichen siguió al humano con una mirada depredadora, tomando nota de la falta de conciencia del joven en cuanto a su entorno cuando se dejó caer en el asiento. Los auriculares blancos emitían pequeños ecos de la música que estaba sonando en la cabeza del ser humano. Abatido, los huraños ojos se asomaron debajo de un oscuro e irregular flequillo barrido, toda la atención del muchacho se concentraba en la pantalla táctil de su iPhone mientras se ocupaba de una extensa ronda de mensajes de texto.

Reichen observaba con el mismo interés de un león hacia un abrevadero con animales salvajes, sus instintos de caza punzaban por atención, separando ya la presa más fácil de la manada de pasajeros. El tren fue más lento. Cuando se detuvo en una estación, el hombre se levantó. Los músculos de Reichen se tensaron como reflejo. Empezó a perseguirlo, el hambre gobernando, pero la mano de Claire descendió suavemente en su antebrazo.

—No en esta. Nos bajamos en la próxima estación.

Se sentó y trató de no dejar escapar un gruñido de irritación mientras las puertas del tren se cerraban y su antigua comida deambulaba olvidadizamente entre la multitud que recién salía por la plataforma.

Unos minutos después, él y Claire alcanzaron su parada. Se bajaron del tren y caminaron el resto del camino al Speicherstadt, distrito de almacenes de Hamburgo. Hileras de edificios de ladrillo rojo divididos por canales de agua brillaban con luz incandescente en el cielo nocturno. Los aromas se mezclaban de los granos de café y especias cabalgando en la brisa crujiente mientras Claire los llevaba más allá de un puente arqueado y luego profundizaba más en el distrito histórico. Como indicaban los olores, algunos de los edificios góticos aun parecían estar en uso como almacenes; mientras que otros se habían convertido en las tiendas de alfombras orientales.

Claire continuó durante un par de cuadras antes de detenerse frente a un edificio de ladrillo y piedra caliza que lucía igual que los edificios vecinos. Un trío de medidas concretas flanqueadas por delicadas verjas de hierro forjado conducían a una puerta sin identificación, sin número.

—¿Este lugar pertenece a Roth? —Reichen preguntó al llegar al escalón superior.

Ella se giró.

—Una de las varias oficinas privadas que mantiene en la ciudad. ¿Serás capaz de abrir los candados?

—Si no es por la fuerza de voluntad, entonces por la bruta —dijo él, moviéndose en frente de ella para dirigir una orden mental a los tornillos dobles en la puerta. Los golpeó fuerte con su mente, con cuidado de no despertar el fuego que todavía acechaba en el borde de su control, esperando por una excusa para quemar de nuevo. Con una serie de clics metálicos, los tornillos se liberaron y la puerta se abrió ampliamente. Cuando Claire empezó a pasarlo y entrar, Reichen la detuvo con una mirada—. Espera aquí mientras reviso alrededor. Puede que no sea seguro.

Reconoció la ironía en su sentido protector cuando entró en el edificio oscuro y buscó cualquier señal de problemas. Correr a más Agentes del Orden sería un problema definido, pero él era de lejos la peor amenaza en la seguridad de Claire. Especialmente en su actual estado de hambre.

—Está bien —le dijo él cuando estuvo seguro de que el edificio estaba tranquilo y vacío. Encendió un interruptor de luz para ella cuando entró.

Los gustos de Roth en este lugar eran una mezcla incongruente del Viejo Mundo y la moderna minimalista. Piezas de cromo y vidrio competían con exquisitas antigüedades. El arte en las paredes eran obras maestras, sin embargo, cada cuadro representaba una escena de horrible brutalidad. Escenas de muerte parecían ser las favoritas, sin importar si el tema eran hombres, mujeres o animales. Aparentemente Roth no discriminaba a la hora de reconocer la violencia.

—¿Qué tan a menudo se hospeda aquí? —preguntó Reichen, sin perder el hecho de que había un dormitorio que ocupaba toda la planta superior.

—Con frecuencia. Al menos, por lo que entiendo —dijo Claire en voz baja, pero sin amargura mientras se acercaba al ordenador y encendía la máquina. Mientras se prendía, ella abrió uno de los cajones del escritorio y empezó a filtrar su contenido—. Sé que su trabajo para la Agencia también lo ha llevado a Berlín, de vez en cuando.

Reichen la miró, viendo la duda en su suave mirada marrón. Puede que ella no quisiera creer sus acusaciones contra su pareja, pero Claire estaba

luchando con al menos un cierto grado de incertidumbre acerca de Wilhelm Roth.

—¿Como está tu herida? —preguntó, buscando remordimiento cuando no tenía razón de ser.

Reichen se encogió con su hombro bueno. La bala había atravesado limpiamente, una vez que se alimentara, podría acelerar la curación.

—Viviré —dijo—. Lo suficiente para hacer lo que se tiene que hacer.

Él podía ver su garganta trabajar mientras tragaba.

—¿Cuándo detendrás todo esto, Andre? ¿Cuántas personas tienen que morir?

Su respuesta fue sombría y resuelta.

—Solo una.

Ella mantuvo la dura mirada.

—¿Qué harás si tus acusaciones contra él resultan ser falsas?

—¿Qué harás tú si resultan ser verdad?

Ella no dijo nada cuando se acercó a donde estaba, sólo se alejó unos pasos y le dio acceso a la computadora y el puñado de tarjetas de visita y los ingresos que había vaciado en el escritorio. Reichen miró el e-mail de Roth y empezó a buscar en sus discos—buscando, precisamente que, no estaba seguro. Pistas de las actividades de Roth, sus contactos. Algo que los condujera a su paradero actual. Cualquiera cosa.

Lo que tenía que hacer era concentrarse en sus razones para estar allí en primer lugar, no la conciencia ineludible de Claire de pie allí, tan cerca de él, un calor y una presencia que sentía directamente en la médula. Estaba trabajando tan duro para ignorar su respuesta visceral que miró el desorden de tarjetas de visita en el escritorio de Roth tres veces antes de que sus ojos se enfocaran en la que estaba hecha de pergamino plateado con un estilo negro y elegante.

Cogió la tarjeta de la colección y la leyó, a pesar de que sabía el nombre y la dirección que aparecía en ella por el corazón. A pesar de que realmente no era una sorpresa el encontrar la tarjeta entre las pertenencias de Roth, aún sentía su sangre helarse en sus venas.

—¿Qué encontraste? —preguntó Claire, sin duda sintiendo su repentina tensión. Ella se acercó, miró a su alrededor hacia el trozo de papel transparente que tenía en la mano—. Afrodita. ¿Qué es eso?

—Un club en Berlín —respondió Reichen—. Se trata de un exclusivo burdel muy caro.

Miró a Claire a tiempo para ver su cambio de la curiosidad a la tranquila molestia.

—Wilhelm nunca ha tenido escasez de compañía femenina. Lo consideraría por debajo de él tener que pagar por ella. El hecho de que tenga esa carta no significa nada.

—Significa que estuvo allí —dijo Reichen—. No necesito este pedazo de papel para demostrarlo. El propietario de Afrodita y yo somos... cercanos. Confío en Helene implícitamente.

Claire miró lejos de él por un momento.

—Había oído hace un tiempo que habías tomado a una mortal. Una de muchas por lo que entiendo.

Dejó que el comentario quedara inconcluso, pero se sorprendió al escuchar que había sido consciente de sus asuntos personales. Y sí, habían habido muchas mujeres en su vida con el paso de los años, una serie de enlaces para olvidar que había tomado con poco orgullo, incluso ahora. Sobre todo ahora.

Pero había respetado a Helene más que a las otras hembras humanas que había tenido en su cama o en virtud de sus colmillos. Se había convertido en una confidente, una amiga de verdad, aunque ni siquiera había sido ajena al lado oscuro, mortal, de lo que había trabajado tan duro por suprimir.

—Helene era una buena mujer. Ella sabía que yo era de la raza y mantuvo el secreto. También me mantuvo al tanto de las cosas que sucedían en el club. Recientemente me enteré de que una de sus empleadas había comenzado a salir con un hombre rico muy importante. Esta empleada se había presentado a trabajar más de una vez con marcas de mordeduras en el cuello. No mucho tiempo después, ella desapareció sin dejar rastro. Le pedí a Helene que averiguara, y ella regresó con un nombre: Wilhelm Roth.

Claire frunció el ceño.

—El hecho de que esta chica podría haber pasado tiempo con él no significa que la mató.

—Él no se detuvo allí —dijo Reichen, con la voz apretada—. Mientras estaba ausente, en otro asunto, Helene se presentó en mi DarkHaven. Alguien la dejó entrar, sin darse cuenta de que era una emboscada. Helene había sido una sierva desde que la había visto por última vez. Su maestro la envió a mi casa con una unidad de asesinos armados—un escuadrón de la muerte de la Agencia de Control. Mataron a todos adentro. Le dispararon a todos, a sangre fría, Claire. Incluso a los niños.

Ella lo miró boquiabierta, moviendo la cabeza.

—No, hubo una explosión. Un terrible incendio—

—Sí, lo hubo —admitió Reichen, tomándola por los brazos cuando su ira comenzó a enturbiar en recuerdo—. Dejé la casa en llamas, pero no hasta después de que llegué y vi la masacre en el interior. Y no hasta después de que encontré a Helene esperándome, cubierta de la sangre de mi familia. Me dijo quien lo hizo, Claire... justo antes de que pusiera fin a su miseria y después quemé mi casa y todas las almas de la tierra.

Los sensibles ojos café de Claire nadaron en una brusca marea de lágrimas, pero no dijo nada. Ni una palabra de negación o incredulidad. Ni una sola sílaba en defensa de su compañero.

—Andre...

Ella no debería haberlo tocado. El cálido roce de su palma descansando suavemente en su mejilla lo llevó a un borde en el que había estado tambaleándose desde el momento en que posó sus ojos en ella. Un infierno mucho más que eso, si estaba siendo honesto.

Reichen se llevó la mano al arco suave de la nuca y la atrajo hacia sí. Agachó la cabeza y apretó su boca contra la suya. No hubo provisionalidad, ni humildes comienzos, ya que sus labios se juntaron en un beso febril que era tan familiar y legítimo, como estaba prohibido.

Claire.

Ah, Cristo.

Casi había olvidado lo que se sentía al abrazarla y besarla. Desearla con una necesidad que era tan caliente como lava en su vientre. Su cuerpo recordaba todas las maneras en que una vez le había hecho arder. La excitación se apoderó de él, convirtiendo su sangre en fuego y su dura polla

en acero forjado. En ese instante, no le importaba que estaba lesionado, sangrando y deseoso de venganza.

A él no le importaba que ella perteneciera a otro—su enemigo más traicionero. Todo lo que conocía era el calor de Claire en su boca. La cálida presión de sus curvas contra él.

Él quería más.

Quería todo de ella, ahora el hambre que se había aferrado a él de una manera tan implacable estaba envolviendo con sus tentáculos aun más fuerte. Su estómago se retorció, ardiendo. Sus colmillos salieron más allá de sus encías, las puntas afiladas latían con cada húmeda cepillada de sus labios contra los suyos.

Quería saborearla. Que Dios lo ayudara, quería ahogarse en ella, aquí y ahora.

Ella debía ser suya. El beso le dijo que ella era suya, aún, incluso si la ley de la raza y el vínculo de sangre que le había dado a otro hombre lo prohibían.

Ella debía ser siempre suya...

No.

Reichen gruñó cuando separó su boca de la de ella y la apartó de él ásperamente, con las manos temblorosas. Su pecho estaba agitado, la respiración pasando a través de sus dientes y colmillos. La herida de bala en la parte superior del pecho dio un grito con dolor renovado, tanto o peor para la forma en que sus venas estaban golpeando con hambre. La habitación se sentía muy caliente, sofocante. Tenía que enfriarse antes de que su raída restricción se hiciese más delgada.

Claire lo miraba con los dedos presionando sobre su boca hinchada por el beso, como si no supiera si gritar o llorar.

—Necesito algo de aire —murmuró él—. Jesucristo, venir contigo fue una mierda de error. Tengo que largarme de aquí.

—Andreas. —Se volvió para dirigirse a la puerta, pero antes de que pudiera tomar más de un par de pasos, Claire ya estaba detrás de él—. ¿Adónde vas? Habla conmigo, por favor.

Siguió caminando, esperando como en el infierno que sólo lo dejaría ir. Quería que Roth pagara por todo lo que había hecho, pero ¿De verdad tenía

derecho a tomar a Claire en el proceso? Una parte egoísta lo motivaba a que sólo sería justo si la pareja de Roth era parte del precio. ¿Qué mejor venganza que arruinar al corrupto hijo de puta y reclamar a su mujer como suya?

Jesús.

No quería ir allí.

Por muy tentador que fuera, de eso no se trataba. Se había ido muy lejos hacia décadas para proteger a Claire del mortal monstruo en que se había convertido. Él no había hecho eso sólo para regresar y destruirla... ¿o sí?

—Andreas, por favor no te alejes de mí. —Su voz le llegó cuando se estiraba para abrir la puerta. Ella dejó escapar una ahogada risa, llena de dolor y desprecio. Cuando finalmente encontró su voz de nuevo, era suave pero condenante—. ¡Maldito seas! ¿Cómo puedes hacerme sentir así después de todos estos años? ¡Maldito seas por dejarme! Y maldito seas por regresar así, justo cuando pensé que te habías ido para siempre y que finalmente sería capaz de olvidarte.

A pesar de todos los instintos que le gritaban que pusiera un pie delante del otro y se llevara sus mortales asuntos con Roth lejos de Claire, Reichen se detuvo. Ella no sabía cuan peligroso era él ahora. O tal vez sí, pero estaba demasiado confundida y enojada para que le importara.

Ella tomó una respiración audible y luego la apagó en un suspiro derrotado.

—Maldito seas, Andre, por estar aquí y hacerme dudar de cada decisión que he hecho.

Se volvió para encarar su justa indignación. La sed de sangre lo inundó mientras la miraba, su necesidad de sustento físico rivalizando con el deseo carnal que ninguna cantidad de aire frío sería capaz de enfriar. Ella era tan hermosa y fuerte. Tan buena y honesta. Y estaba furiosa con él ahora; el frenético tic-tac de su pulso en la base de la garganta era prueba de ello.

Reichen no podía apartar la mirada de los constantes latidos de su corazón.

El fuego había cobrado su precio en él tanto como el golpe en el pecho que le habían dado a principios de la noche. Ya no estaba controlando su sed; había derrocado su voluntad, ahora. Era todo lo que sabía mientras se

movía hacia Claire, todo lo que era de la raza en él estaba entrenado completamente para ella.

—¿Por qué me dejaste? —preguntó ella mientras él se acercaba.

Él gruñó, saboreando el dulce aroma de vainilla de su sangre mientras corría bajo la delicada piel.

—Para protegerte.

Ella frunció el ceño, dudosa.

—¿De qué?

—De lo peor de mí.

Ella dio una lenta sacudida de cabeza.

—Nunca tuve miedo de ti, Andre. Aún no te tengo miedo.

—Deberías tenerlo... Sra. Roth.

Mostró sus colmillos y la inmovilizó en el brillo de sus transformados ojos color ámbar—un breve instante de advertencia, lo suficiente para que se alejara, le pegara o gritara. Ella no podía saber lo difícil que era para él darle eso. Se movió más cerca de ella, acorralándola con su cuerpo, incluso mientras se decía a sí mismo que tenía honor, que el fuego viviendo dentro de él aún no había quemado del todo su humanidad.

Pero era una mentira.

Sintió el vacío desolador de esa esperanza desmoronándose en el instante que sus colmillos se clavaron en la tierna carne de la garganta de Claire.

Ella jadeó. Sus manos se acercaron a la dura presión de su cuerpo contra el suyo, sus palmas se aplastaron contra su esternón. Él sintió su repentina tensión, su sacudida de adrenalina mientras la enjaulaba en sus brazos y daba la primera prueba de su caliente sangre, deliciosa en su boca.

Al principio, se alimentó con hambre sin sentido. Trago tras trago, impulsado por la necesidad primordial de alimentarse. Pero a través de la bruma de su mente afiebrada de sangre, mientras bebía de la vena de Claire, empezó a sentir...algo.

El olor de su sangre lo inundó, llenando su cabeza con la más dulce de la intoxicación. El rápido latido de su pulso contra su lengua ahora florecía

en un fuerte palpito que hacía eco en su propia sangre. La posesión se elevó dentro de él, oscura y peligrosa. La sostuvo en su mordida, saboreando su sabor mientras su cuerpo se ponía rígido con la necesidad de reclamarla de una forma más carnal, también.

Él sintió sus dedos clavarse en su espalda mientras bebía de ella. Sus sentidos se llenaron de ella. Un bajo poder fluyó dentro de él, lo sintió rugir a través de sus células, y en cada fibra de su cuerpo. Aún más profundo, en el tejido de su alma, el núcleo de todo su ser.

Claire era la primera, la única compañera de raza de la que había bebido, y ahora no podía haber otra para él tanto como ella viviera. Todo lo que era de la raza en él cobró vida como si hubiera dormido toda su vida y ahora se desbordaba con una profunda conciencia de esta mujer—ahora y para siempre. Un sello eterno, un vínculo de sangre.

Una conexión a ella que no podía deshacer, excepto por la muerte, la de ella o de él mismo.

—Andreas.

El suave grito de angustia de Claire lo atravesó como un cuchillo.

Horrorizado por lo que le había hecho—a ambos—selló la herida con un movimiento rápido de la lengua y se tambaleó hacia atrás sobre los talones. Tenía las mejillas encendidas de un rosa oscuro, su aliento era entrecortado a través de los labios entreabiertos mientras lo miraba con absoluto shock. Reichen sintió su temor como suyo. Cada intensa emoción que sentía a partir de ahora sería suya, también.

—Andre —susurró, levantando la mano para tocar la mordedura curada. Su rostro estaba torcido con una miserable especie de confusión.

—Oh, Dios mío... ¿Qué has hecho?

Dio un paso atrás, nivelado por la vergüenza.

Claire pertenecía a otro hombre. No a él. Ella se había dado a sí misma a Roth, aun si a Reichen le gustara o no.

Ella ya tenía un vínculo de sangre, así como Roth lo tenía con ella. Ahora, con esta violación intolerable de ese sacramento, Reichen se había impuesto a sí mismo en ese vínculo.

Al beber de Claire, se había vinculado a sí mismo de manera irrevocable.

Estaría empatado con Claire siempre. Consciente siempre. Era el regalo más sagrado que una compañera de raza podría dar uno a de su especie, y él lo había tomado de ella—robado—en un acto de puro egoísmo.

—Perdóname, Claire —murmuró. Enfermo de sí mismo por lo mucho que le quería, con o sin la intensidad de un vínculo de sangre, se alejó de ella. Volvió a hundirse hacia atrás, avanzando hacia la puerta—. Ah, Cristo... Por favor, perdóname.



Capítulo 9

Andreas espera. Él no esperó. No, él ni siquiera pudo verla. Dando vueltas, él estuvo en la puerta más rápido de lo que sus ojos humanos pudieron ver. Tiró de la puerta abierta hacia la fría noche. Salió por la escalera de cemento del exterior.

—Andre—

La breve mirada que le echó a su hombro fue salvaje y caliente. Sus colmillos brillaron completamente blancos y terriblemente grandes. Claire todavía podía sentir sus puntas en la región sensible del cuello. Si viviera cien años más, no creía que jamás podría olvidar el terrible dolor sensual de su mordedura. O el placer.

Dios, el ardiente, maravilloso placer de sentir a Andreas succionando desde sus venas.

Condenó a ambos un instante. Ella lo sabía, y así murió, la verdad había sido escrita a través de las líneas en su rostro tenso, y ahora el resplandor de su mirada atormentada. Se detuvo a mirarla bajo la luz de las farolas.

Ella no estaba en su derecho de reclamación. Claire tuvo que recordarse a sí misma de ese hecho, cuando sus piernas comenzaron a moverse instintivamente hacia él. Pertenecía a otro por la sangre y voto, pero no por amor.

Otro que se había sentido era el pico emocional en el cuerpo de Claire como si fuera el suyo propio. Según la ley de la raza, no hay mayor pecado que traicionar el sacramento de la unión por la sangre.

Pero como Andreas dio la vuelta y saltó las escaleras, Claire corrió hacia la puerta sólo a tiempo de verlo desaparecer en la noche, ella sabía que había cometido un pecado mucho peor. El pecado de haberse entregado a alguien como su compañero de sangre en condiciones de servidumbre, mientras que su corazón había anhelado a otro.

Hace treinta años, había sido una joven mujer con apenas unos veinte años, ingenua acerca de muchas cosas, no menos que la fe de la existencia de otra raza de seres que se nutrían de sangre y oscuridad, increíble que los seres humanos eran parte de alguna forma... pero lejos de la misma.

Ella había sido una estudiante en el extranjero por su cuenta, por primera vez cuando fue asaltada por un vampiro en el distrito de Hamburgo. Se había quedado a salvo de la mordedura de otro como él, no de una bestia bruta, que se abalanzó sobre ella desde las sombras, pero un hombre alto, de oro, un caballero sofisticado llamado Wilhelm Roth.

Se la llevó a su casa-su Refugio Oscuro como ella sabía que se llamaba-y le ofreció su protección mientras se encontraba en la ciudad. Claire había sentido agrado hacia Wilhelm Roth y su compañera, una tímida mujer joven llamada Ilsa quien usaba la misma vieja extraña marca de nacimiento en el tobillo que Claire tenía al lado del cuello. Claire había aprendido mucho en las primeras semanas de vida entre la raza viviendo con él, incluyendo el hecho de que era perfectamente posible para ella enamorarse de uno de su especie, que es exactamente lo que sucedió una vez que se reunió con Andreas Reichen.

Después de cuatro meses juntos, había sido devastada cuando Andreas bruscamente desapareció de su vida. Wilhelm Roth le había dado un hombro fuerte en que apoyarse. No mucho tiempo después había sido la vuelta de Claire para ofrecerle apoyo, cuando perdió a Ilsa en un ataque de los vampiros Rogue. Claire había conocido hasta entonces la compasión y la simpatía, apenas siendo lo mismo que el amor. Wilhelm no le había parecido importar que su corazón todavía estaba roto y sangrado por Andreas, la presionó para que fuera compañera de él ese mismo año. Entonces, otra vez no fue hasta una semana después de que la sangre estuviera en condiciones de servidumbre y unido a Wilhelm la movió fuera del país, mientras que él permaneció en Hamburgo.

¡Qué terrible y estúpido error había hecho! Ella sabía ahora-una amarga lección de cuando su cabeza estaba llena de dudas acerca de Wilhelm y su corazón se rompió de nuevo para Andreas.

Claire aún estaba conmocionada por esa falta de comprensión cuando un SUV negro paró en seco en la acera cerca de ella. Dos agentes fuertemente armados bajaron del vehículo y llegó a ella el haz de cegamiento de una linterna.

—¿Sra. Roth?— preguntó uno de ellos, claramente sorprendido de encontrarla allí—. Fuimos alertados por una alarma silenciosa a un robo en la oficina ¿Se encuentra bien?

Ella no sabía si responder o no. Se sentía entumecida, a la deriva.... desconsolada.

—¿Hay alguien más en el edificio? —preguntó el otro guardia.

—¿Está sola aquí, Sra. Roth? ¿Cómo se las ingenió para escapar del loco que ha estado causando estragos sangrientos en las dos últimas noches?

Claire no tenía respuesta para ellos. Todo lo que quería hacer era correr detrás de Andreas, pero los dos grandes y bien armados agentes la mantuvieron cerca hasta que entraron y comenzaron a buscar en el lugar.

—No te preocupes —uno le aseguro—. Esta pesadilla es todo por ahora. Nosotros, junto con el Director Roth vamos a encontrar a ese bastardo que atracó en su casa y lo vamos a domar como el perro rabioso que es.

—Es cierto —coincidió el segundo hombre, sonriendo, como si fuera suficiente para tranquilizarla—. Ya lo verás. Pronto será un lugar seguro, como si ninguna de las dos últimas noches hubieran pasado.

Claire usó la excusa de que tenía que ir al baño y se sentó en la oscuridad tratando de no gritar.

En una instalación subterránea escondida debajo de un bosque virgen en el sur de Nueva Inglaterra, una criatura que no pertenece a este tiempo, -o en realidad, a esta Tierra-enseñó sus enormes colmillos y soltó un gruñido de hueso discordante. Siete pies de altura, sin pelo y desnudo salvo por una espesa maraña de ondulantes marcas en la piel que lo cubrían de pies a cabeza, el anciano era imponente y un terrible espectáculo que contemplar. Deseó más la prisión UV cilíndrica, el asesinato ardiente de los alumnos delgados situados en pozos de ámbar de fuego.

Mirando seguro desde la distancia por encima de la sala de observación del ala del laboratorio de alta tecnología, Wilhelm Roth fue distraído por una verdad repentina, simple: su compañera de raza le estaba traicionando con Andreas Reichen.

Los sentidos de Roth le dijeron inmediatamente que ella había sangrado por Reichen. El sabor era ácido en la lengua. Al igual que el

antiguo cautico en la otra habitación, Roth se estremeció con el repentino impulso de una rabia salvaje.

Incluso ahora podía sentir el tormento de Claire, la punta de sus emociones, su confusión y la desesperación reverberando en sus venas. Que todavía suspiraba por Reichen no fue una sorpresa para él. Se había esforzado mucho para desterrar sus sentimientos por él todos estos años, pero su voluntad era débil y su sangre había hecho fácil crear la distancia. No es que Roth se preocupara por todo lo que pasaba en el corazón sin fe de Claire. El amor era fugitivo, la emoción voluble nunca había tenido mucho uso. Ambición y empuje, las posiciones y ganar... estas cosas eran las que valoraba.

Y él era un perdedor del maldito dolor.

—La anciana se había negado a una alimentación por 21 días —dijo el hombre desde la ventana cerca de él.

Su nombre era Dragos, a pesar de que se había ido con otro nombre, uno de los varios días se acercó a Roth para unirse a su revolución. O, más bien, su evolución, como el plan de Dragos tenía la intención de elevar la raza del submundo oscuro en el que eran obligados a vivir ahora, a un lugar de poder supremo sobre la humanidad. Uno podía ver a Dragos y a algunos de sus socios cogidos a mano libre en el timón.

—La prolongada falta de alimento es dolorosa, por supuesto —continuó Dragos—, pero en unos pocos días, sus funciones corporales comenzarán a disminuir a un nivel adecuado. Hemos enviado la administración de dosis regulares de sedantes para acelerar el proceso que es tan largo, pero desafortunadamente con este tipo de operación, el tiempo es el único método probado y más seguro... me dice si le estoy aburriendo, Sr. Roth.

Roth salió de su distracción. Incluyó la cabeza en un gesto que estaba lleno de cuidadoso respeto.

—No, en absoluto Señor.

Era un suicidio discutir con Dragos, y basado en el macho de la raza, en comparación con el tono agradable, este fue positivamente hirviente.

—Estas comenzando a preocuparme Roth. ¿Es el problema que has tenido últimamente con esa plaga que anda devuelta en la casa en Alemania lo que desvía tú atención de asuntos más importantes?

Aunque rallado, bajó la cabeza aun más bajo

—No Señor. En absoluto.

Dragos sabía sobre la destrucción del Refugio Oscuro de Roth en Hamburgo y en su casa de campo. Sabía que la compañera de Roth había sido atrapada entre esa violencia, pero no sabía de ningún hecho que podía perpetrar los asaltos y a ella en una historia juntos.

Roth tenía su propia historia con Reichen también. Un odio que comenzó desde meses antes que Claire entrara en la fotografía, aunque a menudo se preguntaba si Reichen entendía la profundidad de su enemistad, o de los extremos a los que Roth estaba dispuesto a ir para ver a Reichen sufrir.

Tuvo que frenar la situación para volver a su casa en Hamburgo lo que significaba que debía asegurarse que Andreas Reichen tuviera una vía rápida, segura y de preferencia dolorosa.

Roth levantó la cabeza para conocer la dura mirada de su comandante.

—Usted no tiene ninguna causa de preocupación alguna, Señor. Nuestra misión es nuestra única prioridad.

—Bien —la astuta mirada de Dragos lo perforaba—, ver para creer, Sr. Roth.

En el otro lado de la ventana de visualización el anciano soltó otro grito agónico. Dragos observaba sin concesiones, como la criatura que fue el padre de su padre, con garras de sí mismo gritaba de dolor.

—No tengo necesidad de seguir contigo en este momento —murmuró Dragos ignorando a Roth—. Iré a buscar un informe de su estado actual esta tarde.

—Sí, Señor —susurró Roth con una sonrisa que sostenía firmemente. Esa sonrisa se volvió una mueca al salir del laboratorio y salió para asistir a su negocio para Dragos. Cuando sonó su móvil en el bolsillo, era todo lo que podía hacer para acabar la cosa cuando interrumpió en el bunker.

—¿Qué es esto? —espetó al receptor.

Él escuchó mientras la sangre hervía en sus venas, cuando una agente de la aplicación le informó que tenía a su compañera en la seguridad de una custodia.

—¿Está sola?

—Sí, Director Roth. Y por algún milagro, ella parece estar intacta. La tenemos con nosotros aquí, en su oficina en la Speicherstadt.

—Excelente —Roth entró en una sala de suministro desocupada y cerró la puerta tras él—. Ponla en la línea. Me gustaría hablar con ella.

Claire quería ignorar el agente llamando a la puerta del baño, pero no podía esconderse allí para siempre. No más de lo que podía hablar con Wilhelm, quien al parecer estaba al teléfono, esperando para hablar con ella, ahora mismo.

—Sra. Roth —llamó el agente—. ¿Está todo bien adentro?

Ella se levantó del suelo, donde había estado sentada y abrió la puerta. Al salir de la habitación oscura, el agente empujó el teléfono móvil hacia ella. Ella lo tomó. Poco a poco lo acercaba a su oído.

Tan pronto como se enteró de que Wilhelm estaba allí con su aliento soplando acaloradamente en el receptor, ella sabía que estaba furioso con ella. Sus venas sonaban en una advertencia que no tenía paciencia para reconocer.

—Me mentiste —dijo ella a modo de saludo—. Pero, me has mentido sobre muchas cosas, ¿no?

Su respuesta fue una burla tan cortante como una cuchilla

—¿De qué diablos estás hablando?

—Los hombres que enviaste a casa a principios de esta noche. No tenían intención de tomar a Andreas y salir pacíficamente de allí. Enviaste un escuadrón de la muerte para matarlo.

—Andreas Reichen es un individuo muy peligroso —fue su respuesta de hielo—. Y yo sólo pensaba en tu seguridad, Claire.

—¿De veras? —su voz subió ligeramente, lo suficiente como para llamar la atención de la agencia de aplicación—. Si mi seguridad era nada más que un problema para ti, entonces ¿Por qué insististe que estuviera con él? Prácticamente me empujaste a él.

Bajó el tono, de divertido a nervioso.

—A decir verdad, no le veo el punto de angustia cariño. Te las arreglaste muy bien para salir de la situación con tu cuello bastante indemne, supongo.

Claire desestimó el comentario, obviamente ponderada con un movimiento firme de cabeza. Ella no iba a dejar que la vergüenza de que lo que él hizo fuera enfermizo y la repugnancia le diera algo de miedo.

—¿Qué pasa con la chica de Afrodita, Wilhelm? ¿Ella se alejó de ti ileso?

El silencio se extendía al otro lado de la línea y le dio a Claire la valentía para seguir adelante, para lanzar todo en una ráfaga de aire.

—¿Qué sabes sobre el ataque al DarkHaven, Wilhelm? ¿Tuviste algo que ver con eso? —Ella casi se atraganta con las terribles palabras—. ¿Enviaste a un siervo a su casa con un escuadrón de la muerte con la orden de matar a todos en su interior? ¿Eres un asesino a sangre fría?

—Por amor a Dios, Claire. Escúchate a ti misma. Me estás lanzando un montón de tonterías paranoicas.

—¿Lo estoy haciendo? —ella escuchó la vacilación en su voz. Ella casi se podía oír en su mente sagaz de irreflexión, el cálculo de sus errores y lo suaves que eran—. ¿Qué es lo que hay entre tú y Andreas? Te ha amenazado con denunciarte de alguna manera, o es algo personal... ¿Por el pasado?

—No me importa el pasado —contestó, carente de alguna emoción—. Y si pierdo mi conjetura, Claire, lo que hay entre Reichen es muy personal como podría ser algo de hace poco tiempo.

—¿Qué clase de compañero sería yo si le dejo profanar la santidad de nuestra unión y sin oposición? No hay un hombre vivo en la nación de toda la raza que se niegue el derecho de defender su honor.

Oh Dios, él tenía razón.

Si la violencia que Andreas había orquestado en las últimas semanas no era razón suficiente para beber de ella, con una compañera de raza unida por sangre, él acababa de escribir su propia sentencia de muerte.

Claire tragó el nudo de miedo que se había formado en su garganta.

—Tú nunca me amaste, Wilhelm. ¿O sí? ¿Por qué me querías como tu compañera? ¿Por qué te importa lo que hago ahora, cuando yo nunca he sido realmente una parte de tu vida? Nuestro vínculo nunca ha sido algo más que una farsa—

—Si estás buscando una manera de justificar tus acciones, Claire, estás muy equivocada. El hecho es, que tú eres mi compañera. Y cuando ponga

mis manos en Andreas Reichen, yo demandaré todos los derechos que él me debe. Puedes contar con eso.

Ella podía escuchar el peligro en su tono y supo de la forma aguda que él la iba a cortar y que no iba a encontrar piedad en lo absoluto de él. Ella nunca había sido una para cubrir pero el pensamiento de él enviando más de sus repartidores de muerte dentro de la ciudad para perseguir a Andreas hizo que su corazón se apretara como si estuviera amordazado.

—Wilhelm, por favor...

—No me ruegues, Claire. No por él —él lanzó, lleno de veneno—. Pon al agente de nuevo al teléfono ahora. Vas a ir a la sede de los agentes del orden y los ayudarás con la busca de este... animal.

—Wilhelm, no—

—¡Pon al agente en el teléfono, maldita sea!

Ella no tuvo que llamar la atención de los guardias. Ambos quedaron boquiabiertos como ella por el furioso estallido de Wilhelm, que resonó en toda la habitación. Uno de los agentes se acercó a ella y obtuvo el teléfono de su alcance renuente. Él escuchó sólo un momento antes de que le indicara a otro guardia acerca de Claire, y le dio instrucciones de no dejarla salir de su custodia.

El corazón de Claire golpeó en su pecho mientras el agente concluía su conversación privada. Ella podía ver la confusión y simpatía en los ojos del macho de la raza, mientras colgaba y se acercaba a ella con la calma constante de un soldado acostumbrado a manejar con situaciones difíciles.

—Necesitas venir con nosotros ahora —él le dijo gentil pero firmemente—. Tenemos órdenes, Sra. Roth. Lo siento.

—No —Él llegó por ella y el pánico de Claire se disparó—. Yo no voy con ustedes. ¡Quita tus manos de mí!

El segundo agente se movió, su expresión grave.

—Mejor no hacemos esto difícil, ¿De acuerdo?

Claire arrancó su brazo del alcance de los moretones. Ella dio dos pasos alejándose de ellos, completamente preparada para huir, si sólo pudiera alcanzar la puerta. Ella ni siquiera se acercó. Un guardia estaba ahí antes de que ella tuviera una oportunidad para pestañear. El otro se acercó

por atrás de ella y le empujó a algo duro y frío en contra de la parte baja de su espalda.

Ella sintió la mordida abrasadora del arma tocar por sólo un instante antes de que el shock tomara sus piernas por debajo de ella.

Ella se estrelló contra el piso en un grito roto, el dolor ondulando a través de ella.

—Recógela —ella escuchó a uno de ellos decir acerca de ella—. Yo iré a abrir el vehículo.

Claire se sentía larga, duras manos la pusieron de pie. Ella escuchó la puerta del apartamento abrirse, sintió el frío entrante del aire nocturno patinar a través del suelo para afuera. Luego un gruñido alto y un enfermo, empapado sonido de alguien ahogándose, jadeando, chisporroteando por aliento.

El agente sosteniendo a Claire se fue como si él enfrentara lo que sea que ahora estaba en el umbral de la puerta abierta.

—¡Que mierda!

Claire levantó la cabeza y no pudo contener su llanto de aturdido alivio.

Andreas.

Oh Dios... él regresó por ella.

Su gran cuerpo bloqueaba la entrada, sus ojos flameantes, colmillos de un blanco brillante con amenaza. A sus pies yacía el sangrante cadáver del agente que la había neutralizado, su garganta brutalmente cortada y todos pero separados por una longitud de negro torcido hierro forjado. Mientras el segundo agente sacó su arma y se preparó para el fuego, Andreas lo asechó adentro y le disparó con el arma de su compañero, matándolo con el rápido, mortal objetivo de un francotirador.

Luego él estaba a su lado como si nada más existiera.

—Claire...Jesús Cristo —su voz ronca, su expresión más grave de lo que ella jamás lo había visto. Él suavizó sus manos por la cara de ella, tocando cada palmo como si temiera que ella estuviera rota. Sus fuertes dedos temblaban a través de su piel. Por un momento ella pensó—desesperadamente esperanzada—que él podría besarla de nuevo—. ¿Estás herida?

Ella sacudió la cabeza, sintiéndose inestable y vacilante hasta que Andreas envolvió su brazo por sus hombros y la condujo fuera de toda la sangre y muerte en el piso.

—Nosotros ya no estamos a salvo en la ciudad ahora —le dijo—. Acabo de hablar con Wilhelm. Él sabe que estoy contigo. Sabe que bebiste de mí esta noche. —La boca de Andreas se comprimió fuertemente. Algo oscuro destellaba en sus ojos.

Remordimiento, ¿Tal vez? ¿Era arrepentimiento?

—Yo no creo que ninguno de nosotros esté a salvo de él desde ahora —dijo ella.

Él se le quedó mirando por un largo momento, una intensa, penetrante mirada. Luego él le dio un corto asentimiento.

—Tú vienes conmigo, Claire. No importa lo que pase, te mantendré a salvo.



Capítulo 10

Despojados de sus armas. Llaves, celulares y dinero, Reichen dejó a los agentes del orden muertos donde estaban, después le hizo una señal a Claire para que lo siguiera a la SUV estacionada en la calle.

—¿Dónde irás? —le preguntó mientras se montaban en el vehículo y Reichen se alejaba lejos de la acera—. No le tomará a Wilhelm mucho tiempo para tener la mitad de la agencia sobre nuestras ruedas.

Reichen reconoció este hecho con un gesto sombrío.

—No nos podemos quedar en Hamburgo. Probablemente sería sabio si dejáramos Alemania por completo.

—¿Ir a donde? Él tiene contactos en toda Europa. No podemos confiar en nadie en los darkhavens o que los agentes del orden nos entreguen a la primera oportunidad que tengan.

—¿Podemos confiar en la Orden?

En su vista periférica, Reichen vio la reacción dudosa de Claire.

—¿La Orden? De lo que he escuchado de ellos, no tienen exactamente una política de puerta abierta. ¿Por qué un grupo de peligrosos vigilantes de los Estados estarían dispuestos a ayudarnos?

Reichen resistió la tentación de corregir su opinión de la Orden, una que haya sido injusta aunque ampliamente aceptada entre la población de la raza en general por generaciones. El deslizó su mirada hacia ella.

—Yo he estado trabajando con Lucan, Tegan y los otros guerreros cerca de un año. La noche que mi Darkhaven fue atacado, yo estaba lejos de Berlín, en el seguimiento de una misión de la Orden. Nosotros habíamos estado recolectando información relativa sobre una serie de asesinatos de Gen Uno y buscando posibles vínculos con los clubes de sangre alrededor de Europa.

—¿Tú y la Orden...trabajando juntos? —ella se tranquilizó, considerándolo en un silencio estudiado mientras él volteaba la SUV hacia un agitado

boulevard que llevaba hacia fuera de Hamburgo—. Hay tanto que ya no sé de ti, Andre. Todo sobre ti parece tan diferente ahora.

No todo, pensó él, recordando todo lo muy familiar que ella se sentía presionada contra él, sus bocas unidas en un beso caliente. Él se sentía posesivo a su lado. Fieramente posesivo. Todas las cosas que él sentía con ella en el principio. El tiempo no había fundido nada de eso, a pesar de que eso difícilmente le daba una causa para celebrar.

Le necesidad de tenerla cerca ahora en este momento era casi abrumadora. El sabía que ella estaba básicamente bien. Pero solo la idea de ella siendo empujada por agentes —neutralizada por ellos, por el amor de dios —hacia que su sangre hirviera con furia. El sabor de su miedo, su dolor, todavía hacía eco en sus venas.

Aquí estaba una cosa que era diferente de él ahora: el vínculo que él le había robado con su mordida sin invitación. A pesar de que Claire todavía no lo había condenado por eso, él llevaría la culpa de sus acciones por siempre. Especialmente una vez que la deje viuda y sola, después de que él aplaste la vida de Wilhelm Roth.

Alguna parte mercenaria de él encontraba la perspectiva de la muerte inminente de Roth incluso más atractiva cuando liberaría a Claire para tomar a otro compañero. Particularmente si ese nuevo compañero pudiera ser él. Pero a pesar del hecho de que él ya se había vinculado con ella por sangre, Claire merecía algo más de lo que él pudiera darle. Ella siempre lo había hecho.

—¿Tienes hambre? —le preguntó, ansioso por alejar su mente de todas las cosas que había hecho mal por ella, ahora y antes—. No has comido en todo el día. Debes estar hambrienta.

Ella le dio un encogimiento de hombros evasivo.

—Si no es una buena idea detenerse en algún lado todavía, yo entenderé...

—Necesitas comida —dijo más rudamente de lo que había intentado—. Nos detendremos.

Como una Breedmate, la salud perfecta de Claire y su longevidad sin edad dependía de una toma regular de la sangre de un macho de la raza pero su cuerpo todavía requería comida para funcionar. Era un infierno mucho más apetecible para Reichen arriesgar el tiempo para buscarle un sándwich de

lo que era para el pensar en Wilhelm Roth nutriendo a Claire como solamente su verdadero compañero podía hacer. El se preguntaba cuanto tiempo había pasado desde que ella se había alimentado de la vena de Roth. No mucho, adivinó, basado en cuan fuerte y juvenil se veía. Se preguntaba cuanto tiempo había pasado desde que ella se había acostado con Roth. *¿Alguna vez lo había amado?*

Las preguntas eran amargas en su lengua, pero las ahogó de vuelta. No quería saber todas las maneras en que Wilhelm Roth había estado con Claire, o cuan reciente. Ella no le pertenecía y sería mejor que pusiera todos sus pensamientos sobre ella a un lado para mantener su concentración en la cosa que sí le importaba a él ahora —mantener su promesa de vengar las inocentes almas que Roth destruyó. Si no podía hacer eso, entonces no era bueno ni para ella ni para nadie más.

Reichen manejó por un rato sin hablar, trabajando duro para ignorar el hecho que sólo una pequeña pieza de cuero y plástico lo separaba de Claire. No se había vuelto polvo en la oficina de Roth. La sangre de Claire era gustosamente agradecida por esa pequeña bendición. Sintió que los fuegos volvían a la vida dentro de él cuando sintió su angustia a unas cuerdas del lugar, pero de alguna manera, por el momento que él regresó para enfrentar a los agentes que la cazaban, se las ingenió para abstener las llamas de erupcionar. Apenas.

A pesar de todas sus seguridades de que la mantendría a salvo, sabía que su poder destructivo era un verdadero peligro para ella. Mientras más lo usaba, su dominio se convertía más resbaladizo. No sabía cuánto tiempo podría durar antes de que el fuego atrapado dentro de él quemara su control completamente. No le podía importar menos lo que le pasara, pero si el calor quemaba su correa cuando Claire estuviera cerca de él...

Reichen miró hacia su hermoso perfil en la luz lechosa del salpicadero. Su cabeza estaba desviada intentando deslizar un obstáculo desagradable de su suéter. Ella se concentró en la imperfección, preocupada de perder el hilo suelto entre sus graciosos, dedos de pianista, su pelo ébano suelto se agitaba bajo el soplo caluroso de la ventilación.

—¿De qué tienes miedo? —murmuró ella, miró, frunciendo el ceño ahora—. ¿Qué es lo que siente Wilhelm, qué se tiene que proteger de ti?

Reichen sacudió su cabeza.

—No lo sé, y francamente, no puedo decir que me importa ahora. No me importa porque él hizo lo que hizo. Todo lo que queda es el hecho que debe pagar.

Ella se giró en su asiento, sus ojos oscuros brillaban, tercamente sospechosos.

—Se siente amenazado por ti, Andreas. No por algo que pasó en estas dos pasadas noches, sino antes de eso. ¿Por qué más tomaría un paso tan drástico y ordenaría atacar tu Darkhaven?

—Supongo que no apreciará que yo estuviera escarbando en sus asuntos. Sintió que necesitaba enviarme un fuerte mensaje.

Claire asintió entusiastamente.

—¿Qué creyó que podrías encontrar? No puedo creer que tenga algo que ver con la chica desaparecida del club. No para justificar el tipo de represalias que tu describiste.

—Así que, ¿Me crees ahora? —preguntó.

Ella le dio una franca, inquebrantable Mirada.

—Yo no quiero, pero después de hablar con Wilhelm esta noche...es muy difícil para mí dudar de ti que confiar en algo de lo que él dice. Tú lo asustaste Andre. El todavía tiene miedo de lo que tú puedas saber o lo que él podrías hacer. La pregunta es, ¿Por qué? ¿Qué es lo que está protegiendo? ... O ¿A quién?

Un nudo de frialdad se formó en las entrañas de Reichen mientras Claire hablaba. Nunca se había preguntado por qué Roth vino tras él. Asumió que era por una combinación de vieja minuciosidad y nueva oportunidad cuando Reichen sin saberlo envió a Helena a un punto en la mira de Roth. El por qué de eso de verdad no había parecido importante. No cuando rabia y dolor eran las únicas cosas que Reichen había conocido en las secuelas de la masacre.

El había estado cegado por su furia. Por la necesidad de venganza. Nunca se detuvo a considerar la simple verdad que Claire acababa de sacar tan plenamente.

Roth tenía algo muy importante que ocultar. Algo que iba mucho más allá

que sus susurradas alianzas gánster con los ladrones y los políticos que tendían a gravitar hacia los agentes del orden. Estaba protegiendo un secreto monumental. Algo que valía derramar las vidas de más de una docena de personas sin dudarle un instante. Valía incluso más que eso. Reichen estaba seguro ahora.

Mientras observaba la cinta negra del camino, un nombre se deslizó en su mente como una serpiente: Dragos.

Buen dios. ¿Podrían estar los dos conectados de alguna manera? ¿Había llegado muy cerca para detectar un tipo de alianza entre Dragos y Roth?

Si hubiera tenido motivos para contactar con la Orden en Boston antes, ahora no podía comunicarse con ellos lo suficientemente rápido.

Reichen se apoyó en el acelerador, sus pensamientos volando tan negros como el paisaje nocturno que pasaba en las ventanas de la SUV.

Unos minutos fuera de la ciudad, vio un cibercafé. Salió de la carretera y se dirigió hacia allí, rezando como el infierno para que sus instintos estuvieran equivocados sobre Roth y Dragos estando juntos. ¿Si sus instintos tenían razón?

¡Ah, mierda!

Si tenían razón, entonces acababa de clavar el último clavo en la tapa no sólo en su ataúd sino en el de Claire también.

La llevó dentro del café, hacia una mesa vacía tan alejada de los clientes como pudo encontrar. Usó algunos de los euros que les había quitado a los agentes muertos, Reichen le compró a Claire un plato de sopa y un sándwich, y se consiguió a sí mismo una hora en una computadora.

Mientras ella se fue a comer, abrió el buscador de Internet en su computadora rentada y metió el acceso de seguridad de emergencia que pertenecía a la Orden. Era una página de un buscador genérico, básicamente negra, con un sistema sin etiqueta que parpadeaba en la pantalla como si esperara cargarse.

Reichen tapeó un código de acceso y la clave que Gideon le había dado en Boston hace algunos meses, cuando había comenzado su trabajo a distancia para la Orden. Pulsó la tecla intro y esperó, inseguro si la identificación

única que le había asignado todavía era válida, entonces el sistema desapareció y se quedó mirando a la pantalla negra y vacía.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Claire, acercándose a él.

Reichen sacudió su cabeza, suponiendo que los guerreros debieron haberlo puesto como muerto por los tres meses que él había estado fuera de contacto desde la destrucción de su Darkhaven.

—Este sitio se vincula al compuesto de Boston. Esta completamente encriptado y continuamente monitoreado por la Orden. Una vez que sea verificado, deberíamos recibir una respuesta de Gideon.

Apenas lo había dicho cuando el sistema volvió a aparecer preguntando por el método de contacto. Reichen escribió uno de los números de los teléfonos celulares de la Agencia, informando que la línea fue robado, lo más probable comprometida, y lejos de segura.

La respuesta de Gideon fue instantánea: reconocido, y no es un problema. Llamando ahora.

El celular comenzó a sonar.

Reichen respondió, hablando su nombre y una serie de palabras de seguridad a la petición computarizada que simplemente dijo: identificar.

—Supongo que fue una maldita buena cosa que me pusiera perezoso y mantuviera tus datos de acceso en el sistema —dijo Gideon cuando la llamada conectó—. ¡Jesús! Es bueno escuchar tu voz, Reichen. La última palabra de Alemania fue que te habíamos perdido. Veo que estás llamando de Hamburgo. ¿Qué diablos ha estado pasando ahí?

Reichen trató de relatar las últimas semanas en una explicación sucinta de los eventos, dándole a saber todo, desde el ataque a su casa por Wilhelm Roth a la sistemática, y la paga de esto al vampiro y a sus asociados conocidos desde entonces.

Le dijo que Roth y sus compinches agentes de la agencia estaban en su trasero y que la situación se había vuelto incluso más complicada ahora que Claire estaba huyendo con él. Y no podía dejar el sujeto de Claire sin confesar lo que le había hecho en la oficina de Roth.

—¡Por el amor de Dios, Reichen! —el guerrero siseó en el otro lado de la línea—. Ella es su compañera de sangre. Sabes que está en su derecho de matarte por eso. Diablos, podría tomar tu cabeza enfrente de cada líder de Darkhaven en toda la nación de vampiros y nadie podría condenarlo por eso.

—Si, lo sé —no pudo abstenerse de mirar a Claire y pensando cuán lejos hacia el sur su vida había ido en los pocos días en que había estado en su compañía—. No me importa lo que Roth pueda tratar de hacerme. Es Claire la que necesita protección ahora. Roth está más que molesto, y no creo que pase de descargar su rabia en ella. Sólo esta noche sus agentes trataron de ponerla en custodia bajo sus órdenes. Uno de ellos la golpeó con un láser antes de que yo tuviera la oportunidad de desactivarlo.

Gideon dejó escapar un suspiro agudo.

—Jesús. Este Roth es un verdadero príncipe, ¿eh?

—Es tan sucio como vienen —dijo Reichen—. Hay más. Estoy empezando a sospechar que puede estar envuelto en algo mucho más grande que sus tratos habituales. Hay una posibilidad de que el pueda estar mezclado con Dragos.

—Ah, mierda... ¿Tienes una prueba?, o ¿Estás siguiendo tus instintos?

—Instintos por ahora, pero seguro como el infierno de que no me sorprendería.

—Vale —dijo Gideon. Hubo un repentino sonido de dedos volando sobre un teclado mientras el guerrero en Boston hablaba—. Primero lo primero, os tenemos que sacar de Hamburgo. Estoy arreglando para recogeros ahora, pero desafortunadamente no seremos capaces poner las alas en el suelo allí hasta mañana por la noche. ¿Tienes algún lugar donde esperar las próximas pocas horas antes del amanecer para esperar tu aventón?

Reichen consideró sus opciones, que eran cerca a inexistentes.

—Nada sólido aquí ahora, me temo. Roth tiene los dedos en los bolsillos de mucha gente. Cualquiera de ellos podría entregarnos.

—Entendido. Muy bien, escucha. Estás sólo a tres horas de Dinamarca. Si arreglamos un techo a salvo ahí con un amigo de la orden, ¿Crees que puedes arreglártelas para hacer el viaje por ti mismo?

—Lo haremos —dijo Reichen, convencido de que lo harían. Su herida de bala se estaba curando rápidamente, y su fuerza estaba a todo poder. Si tenía que hacer el viaje a Dinamarca a pie, llevando a Claire en sus brazos, por Dios, que lo haría.

Más sonido de tapeo sonó en el otro lado.

—Estoy enviando el mensaje hacia nuestro contacto mientras hablamos —dijo Gideon—. Debería tomar solo un minuto o dos oírlo de vuelta.

—Gideon —dijo Reichen—. No puedo agradecerte lo suficiente.

—No es necesario agradecer. Tú has cubierto nuestra espalda más de una vez. Nosotros tenemos la tuya ahora. —Hubo una ligera pausa en el extremo de Gideon, después una risita baja—. Vale, acabamos de tener una confirmación de Dinamarca. Tu contacto te encontrara en la estación de trenes en Varde. Ella sabrá cómo cuidar de ti. Busca a una rubia escultural con un niño pequeño en su cadera. Su nombre es Danika.

Reichen escuchó, después le dio a Claire un asentimiento asegurador.

—Muy bien. Estamos en camino ahí ahora.

Dragos saltó despierto de una pesadilla, sudor frío cayendo de su frente. Se sentó en su cama y parpadeó en sus alrededores, aliviado de ver que todavía se encontraba en su cuartel general prodigo. Todavía amo y señor de lo oculto, en su dominio subterráneo que había tenido que esculpir de una gran extensión de granito de Connecticut y piedra angular hacía más de un siglo. Todo todavía estaba ahí.

La pesadilla no era real.

No todavía, de todos modos.

Y nunca lo será, si tenía que decir algo sobre ello.

En las varias semanas desde que por primera vez había visto la visión de su humillante derrota —una visión que había sido revelada en los ojos de una joven bruja presumiblemente ahora instalada con la Orden—Dragos había sido acosado con pesadillas. No podía librarse de la visión de su laboratorio lleno de de humo, todo su preciado equipo destrozado y destruido...y la

jaula de la luz UV vacía, su monstruoso ocupante—la arma secreta de dragos—ya no estaba en su interior.

Lo peor de todo fue la lamentable visión que había visto de sí mismo: vencido, suplicando, rogando de rodillas por piedad.

—¡Nunca! —dijo bruscamente, como si pensara que pudiera desvanecer la revelación de la niña vidente sólo con su furia. Salió de la cama y se puso una bata de seda charmeuse sobre su cuerpo desnudo mientras salía de su habitación hacia el estudio adyacente. Un gran monitor de pantalla táctil estaba en un escritorio antiguo, ornamentado que había pertenecido a un emperador romano. Dragos pasó un dedo por la superficie de la pantalla trayendo un video de su laboratorio.

Ah, sí, pensó, preocupado por la profundidad de su alivio. ESTÁ TODAVIA TODO AHI.

El brillo de las estrechas barras verticales UV molestaba en sus ojos hipersensibles, pero no le importaba. Acercó la imagen hacia la letárgica criatura medio muerta de hambre que contenía la celda —la criatura que compartía la misma línea de sangre que él. El letal de otro mundo que era, de hecho, su abuelo. No es como si la línea de sangre importara personalmente. El poder de las ponderosas células sanguíneas del anciano y DNA, en la otra mano habían probado ser un instrumento para los objetivos de Dragos.

Después de décadas de trabajo, después de siglos de paciencia permaneciendo escondido, organizando las piezas mientras esperaba el momento correcto para hacer su movimiento, la hora coronadora de Dragos estaba casi en sus manos.

Estaría maldito si dejara que la Orden se lo arrebatara de las manos antes de que tuviera la oportunidad de apoderarse de la gloria que iba a ser suya.

Ya estaban los pasos en marcha para prevenir la visión que presencié, de volverse realidad. Estaba haciendo unos cuantos cambios a su operación. Tomando caras y de alguna manera drásticas medidas para proteger su patrimonio.

No iba a sentarse y dejar que los guerreros en Boston perjudicaran su trabajo. La Orden era un problema que no necesitaba —uno con el cual no podía correr el riesgo cuando estaba tan cerca de la victoria. Ellos habían invitado a la guerra cuando irrumpieron en su reunión fuera de Montreal el

verano pasado, enviándolo a él y a su círculo privado de aliados de alta sociedad a huir a los bosques como ratas en un barco que se hunde. Fue un estúpido golpe público que sonsacaba su autoridad, sin mencionar el coste de su precioso tiempo. Haría que los guerreros pagaran por eso.

Pero Dragos también tenía otro problema.

Abrió el programa de teleconferencias en su computadora y marcó hacia los cuarteles de Wilhelm Roth al otro lado de la fortaleza. El vampiro alemán, un director de una agencia de Hamburgo, estaba sin duda acostumbrado a trabajar y jugar de subordinado, y Dragos se divertía en la noción de que llamaría a mitad de la mañana para despertar al hombre. Para su crédito, respondió la llamada antes del segundo repique, eficiente como siempre. Era una de sus virtudes tan lejos como le preocupaba a Dragos. Eso, y el hecho de que Roth era implacable con sus ambiciones.

—Sire —dijo, su cara moviéndose hacia el frente del monitor de sus cuartos—. ¿Cómo puedo servirle?

—Estado —demandó Dragos o, mirando fijamente a su teniente.

Roth se aclaró su garganta.

—Todo está arreglado. El primer pasó de la operación comenzó la noche pasada. No debería pasar mucho tiempo antes de que tengamos el compromiso.

Dragos gruñó su aprobación.

—¿Y el otro asunto?

Hubo un momento de duda, pero eso fue todo. Dragos se preguntó si Roth sabía que su honestidad ahora era la única cosa que lo mantenía con vida. Roth se aclaró la garganta.

—Estoy manejando algo como...una situación personal en Hamburgo, Sire.

—Sí —dijo Dragos, sin necesidad de timidez. Había oído todo sobre el devastador asalto en las dos residencias alemanas de otros contactos del extranjero. También había oído que la compañera de Roth estaba desaparecida. Después de la confrontación con los agentes en la oficina privada de Roth en Hamburgo, se presume que había sido secuestrada por

un vampiro quien evidentemente tenía algún hueso que recoger con Roth. Un vampiro que se rumoreaba tenía lazos con la Orden.

La mandíbula de Dragos se apretó de la furia mientras pensaba en todos los escenarios que podrían traer un montón de problemas y hacer que aterrizaran en su puerta.

—¿Qué piensas hacer? ¿Señor Roth?

—Será tratado, Sire.

—Eso es —siseó Dragos—. Estoy seguro que no necesito decirte que la mujer es un riesgo ahora. Si ella está en las manos del enemigo, entonces ella no es más que un arma que va a ser usada contra nosotros. Y contra mí.

Roth lo miró, con los ojos estrechos.

—Ella no tiene idea de donde estoy. Ella no sabe donde estoy. Yo nunca le confié nada de importancia. Además, ella sabe su lugar cuando las cosas involucran mis asuntos.

—¿Cuanto crees que le tomará a su captor encontrarte a través de tu vínculo de sangre con ella? —preguntó Dragos—. Si ellos la usan para encontrarte, ellos me encontrarán, también.

—Eso no pasará, Sire.

—Requiero una solución permanente para esto —dijo Dragos, sabiendo que le estaba pidiendo al hombre—. ¿Estás preparado para llevarlo a cabo señor Roth?

El alemán sonrió fríamente.

—Considéralo hecho, Sire.

Dragos asintió.

—Bien. Obviamente, mientras la mujer esté respirando, tu presencia es veneno para esta operación. Múdate hasta Boston hasta que puedas asegurarme que has eliminado este problema. Deberás haberte ido para el amanecer, señor Roth.

El vampiro inclinó la cabeza en un gesto deferente.

—Por supuesto, Sire. Como deseese.



Capítulo 11

Unas pocas horas después de que ellos se fueron del cibercafé en Hamburgo para abordar un tren a Denmark, Claire y Andreas estaban siendo escoltados a un pueblo Darkhaven rural, cortesía de la Orden. Su contacto, una hermosa rubia compañera de raza llamada Danika, los había llevado dentro de su vivienda como si fueran su propia familia -todo calidez y hospitalidad, sin preguntas.

—Espero que no os importe lo acogedor —dijo ella mientras los conducía dentro de una alegre cocina localizada en la puerta trasera—. Sólo tenemos una habitación de repuesto y baño, pero sois bienvenidos a ellos.

La granja en la que Danika vivía con su bebé varón, Connor, y otra pareja de compañeros era pequeña para los estándares Darkhaven. Usualmente los miembros de la población de la raza vivían en mansiones o grandes casas de piedra, algunas veces los ocasionales edificios de alto-piso. Los Darkhavens generalmente estaban constituidos por comunidades muy unidas de una docena o individuales, todo el mundo buscando otros como familiares, aun aunque no estén relacionados por sangre.

Pero la organización de la vida de Danika no era lo único inusual acerca de ella. Ella era madre de un niño muy joven, un dulce bebé varón con su color justo e innegable fuertes genes de un padre que era de la raza. Ella no había mencionado tener un compañero, y ahí parecía haber un aire de nostalgia en la mujer, especialmente cuando ella estaba mirando a su hijo.

Como ahora, cuando el pequeño Connor estaba recostado en los brazos de Danika para señalar empáticamente a Andreas. Los grandes ojos azules del niño estaban anchos y ansiosos, mientras la mirada de Andreas estaba sombría por la arruga de su frente.

—Lo siento —le dijo Danika—. Son los *dermaglifos* asomándose por lo alto de tu cuello. Connor ha estado fascinado por ellos en las últimas pocas semanas.

Andreas gruñó y le dio un asentimiento al joven de la raza.

—El ya reconoce a los de su especie. Chico inteligente.

Danika sonrió.

—Sí, lo es.

Claire miraba en silenciosa sorpresa como Andreas empujaba su manga para revelar más de sus marcas de piel de raza, para el obvio deleite de Connor. El niño vampiro buscó con su pequeña mano regordeta y le dio unas palmaditas a los hermosos remolinos y arcos que corrían a través del musculoso antebrazo de Andreas.

—Pa... —exclamó—. ¡Pa! ¡Pa!— *

—¡Oh! —Las mejillas de tez blanquecina de Danika se volvieron instantáneamente rosa brillante—. No, cariño, este no es tu padre. Oh, Dios... lo siento. Que embarazoso.

Claire rió y Andreas se carcajeó, también.

—Está bien —dijo—. Te aseguro, que me han llamado cosas mucho peores.

Danika sonrió, pero ese rastro de dolor estaba de vuelta en sus ojos.

—El padre de Connor, Conlan, fue un guerrero de la orden. Fue asesinado en una misión antes de que Connor naciera.

—Lo siento tanto —murmuró Claire, dándose cuenta de que tan reciente todavía era la pérdida, ya que el hijo de Danika probablemente no tenía ni dos años de edad.

Danika dio un suave encogimiento de hombros, aclarando su garganta.

—Después de que perdí a Conlan, fui a Scotland— su ciudad natal— a tener a Connor. Pensé que tal vez podría quedarme ahí permanentemente y criar a nuestro hijo en las tierras altas que Conlan tanto amaba, pero estar en su país sin él solo me hizo extrañarlo aun más. Regresé a casa en Denmark el año pasado.

Andreas deslizó su ancha mano por la cima de la cabeza rubia pálida de Connor.

—Él estaría orgulloso de ti, Danika, no importa donde hayas elegido criar a su hijo.

—Gracias por decirlo.

Ella sonrió tímidamente, encantada, Claire supuso por la suave mirada que ella le dio. Y Andreas estaba encantado, particularmente mientras tomaba al pequeño niño hacia sus grandes brazos para dejarlo más cerca para explorar los dermaglifos que tanto lo intrigaban. Claire vio un centelleo del hombre que ella recordaba de antes —el despreocupado, carismático hombre del que ella se había enamorado sin remedio hace todos esos años.

Desde que él había regresado a su vida hace dos noches atrás, Claire pensó que el hombre que ella conoció y adoró estaba desaparecido. Pensó que una parte de él había sido consumida por las llamas que se habían llevado a su familia y lo habían dejado como único sobreviviente, empecinado en la venganza.

Pensar que ella en realidad lo había condenado por no ser lo suficientemente serio acerca de la vida... acerca de ella.

Había llegado a temer sus elusivos, al diablo-podría-importarle maneras. Se preocupó de que tal vez nunca estaría contento con solo una mujer, y tal vez el no lo haría después de todo. Ciertamente había escuchado de sus numerosas compañías femeninas durante los años, mujeres mortales, todas ellas.

Sabía que él nunca había tomado a una compañera de raza para sí y se había asentado para tener hijos con ella, y Claire había nutrido una secreta alegría de que él había permanecido no-unido todo este tiempo. Y por su propio mal-elegido compañero, su unión sin amor con Wilhelm Roth no había producido descendencia tampoco— era una bendición, ahora que ella estaba empezando a entender más acerca de la traición de Wilhelm.

A pesar de la temeridad y tendencias libertinas exteriores de cuando Claire lo había conocido mejor, él podría haber hecho de alguna mujer una maravillosa compañera. Ella vio eso ahora, en la manera en que él hablaba tan compasivamente a Danika y como él tomaba a su hijo con tanta facilidad.

Claire lo miró y se preguntó como perdieron tanto tiempo -tantos errores y equivocaciones -entrometiéndose entre ellos.

Se preguntó cuánto tiempo tomaría olvidar este vibrante, magnético lado de

él de nuevo, una vez que el polvo y las cenizas se asentaron en el peligroso viaje en el que se encontraron juntos.

¿Cómo podía su vida salir a la luz con todo lo que ella estaba averiguando de Wilhelm y todo lo que ella anhelaba tener una vez más a Andreas?

—Dios mío, no puedo creer que ya sea casi el amanecer —dijo Danika, su melódica voz rompiendo a través del pesado peso de los pensamientos de Claire—. Debéis estar exhaustos. ¿Os gustaría ver donde vais a dormir?

Claire asintió, con miedo de que sus sentimientos se mostraran en su cara, por la manera en que la otra compañera de raza la estaba mirando con tanta ternura y simpatía. Ella le dio a sus características una placida, mascara ilegible- una habilidad que ella había perfeccionado perfectamente durante años como compañera de Wilhelm Roth.

—Lo que realmente podría usar es un gran baño caliente —dijo ella, sintiendo la mirada de Andreas reparar en ella, aunque parecía una demanda perfectamente razonable.

—Por supuesto —replicó Danika. Ella le dio una mirada a Andreas, que todavía estaba sosteniendo al deleitado Connor.

—¿Te importaría vigilarlo mientras le enseño a Claire el piso de arriba?

—No hay problema —dijo, sus ojos mirando a Claire con una intensidad que hizo que su sangre siseara en sus venas.

—Toma el tiempo que necesites. El pequeño chico y yo estaremos bien por nuestra cuenta.

Claire sintió su caliente mirada siguiéndola, tan palpable como una caricia prolongada, mientras Danika la condujo fuera de la cocina hacia arriba de las escaleras al segundo piso de la casa.

—El baño es aquí —dijo la alta hembra rubia, señalando la puerta abierta de un baño entero en el principio de las escaleras—. Nadie usa esta parte de la casa, así que por favor considérenla tuya. Aquí está el dormitorio al final del pasillo.

Claire pudo arduamente contener un suspiro contenido mientras caminaba dentro de la habitación de invitados con sus pisos de madera dura dorados, muebles cereza oscuro, y cama tamaño-king, completamente cubierta.

Había pasado mucho tiempo desde que ella había estado en un cuarto que emanaba algo tan casero, simplemente cálido.

—Alisté una camisa de dormir para ti, y encontraréis plenitud de toallas en el baño. No sé lo que tal vez uséis en casa, pero espero que estéis lo suficientemente cómodos aquí.

—Es adorable —replicó Claire. Ella se acercó a la masiva cama y deslizó sus dedos a través de la cuidadosamente elaborada y hermosa tela, gris, y crema de diseño Nórdico—. Este cuarto me recuerda a la casa de mi familia en Rhode Island.

Danika sonrió.

—Oh, ¿Entonces, eres Americana? —ella caminó hacia un alto, enfundado armario y abrió el gabinete barnizado en puertas de bronce manejado—. Yo no pensé que sonaras como un alemán nativo. No tienes nada de acento.

—No. Yo vine a Europa hace muchos años, a estudiar música, en realidad. — Claire caminó para ayudar a la otra mujer a sacar un par de almohadas extras y una manta de lana doblada—. Supongo que yo era muy idealista entonces, como mucha gente joven. Yo, estaba estancada entre mi amor por el piano y mi necesidad personal de hacer algo importante con mi vida, como salvar al mundo.

—No estoy segura de que el mundo pueda ser salvado —dijo Danika, poniendo una mirada azul solemne en sí misma—. Hay tanta corrupción y tragedia por todos lados en donde miras. La buena gente muere todo el tiempo, incluso los que sus únicas faltas son esforzarse por hacer un buen trabajo y hacer las cosas mejores para otros.

Claire asintió.

—Mis padres fueron esa clase de personas. Mi madre dejó una vida muy confortable en Nueva Inglaterra para ayudar a traer agua limpia y suplementos médicos a un pequeño país en África. Ella conoció a mi padre, un joven doctor de Zimbabwe, mientras estaba trabajando en el extranjero. Se enamoraron casi instantáneamente, pero en aquel tiempo, el matrimonio no era algo tan fácil de obtener para una mujer blanca americana y un hombre negro de África. Cuando mi madre se quedó embarazada de mí, regresó a los Estados antes de que yo naciera. Mi padre se quedó atrás para continuar con su trabajo y esperar a que nosotras regresáramos para que fuéramos una familia. Unos pocos meses después, el conflicto rompió en

nuestra región. Mi madre no podía soportar estar alejada de él mientras la villa en la que ellos trabajaban tan duro para construir estaba siendo destruida por la guerra. Regresó a África, y después de un mes de su llegada ellos dos fueron asesinados cuando las fuerzas rebeldes se presentaron en su campo.

—Oh, Claire —Danika la empujó dentro de su cariñoso abrazo—. Que horrible para ti y tu familia. Lo siento tanto. —Había pasado mucho tiempo desde que ella pensó acerca de perder a sus padres— una pareja que ella conocía sólo por fotos e historias que su abuela en Rhode Island había compartido con ella mientras iba creciendo, sin padres y diferente, todavía una niña en la privilegiada alta sociedad de Newport. Ahora todos sus parientes en los estados se habían ido. La casa en Newport todavía era de su fideicomiso, atendida por un personal privado que cuidaba de los motivos y el básico mantenimiento del lugar, pero habían pasado casi dos décadas desde que Claire había regresado. Ella la extrañó repentinamente, extrañó el sentimiento de estar realmente en casa.

Danika la soltó después de un momento y atenuó un interruptor de luz.

—Así que, ¿Cuál de tus metas terminaste por alcanzar?

—Ninguna, de hecho —admitió Claire—. No mucho después de llegar a Alemania, tuve mi primer encuentro con uno de los de la raza. El era muy joven— casi un adolescente. Era tarde en la noche, yo estaba caminando hacia casa de un concierto, sola. Pensé que él quería robar mi cartera, pero él estaba realmente detrás de algo más. Estaba a punto de mordirme cuando otro macho de la raza lo detuvo.

—¿Andreas? —supuso Danika, sonriendo.

Claire sacudió su cabeza.

—No, no él. Era alguien.... Mas. Alguien muy importante en Hamburgo, aunque no lo conocí de inmediato. Capturó el olor de mi sangre cuando el otro macho me golpeó al suelo y yo me raspé las rodillas. Comprendió enseguida que yo era una compañera de raza, así que se marchó con el otro vampiro y me tomó como su pupila. No conocí Andreas hasta después.

Y, como la condenada relación de sus padres, ella y Andre también cayeron instantemente, e imposiblemente, enamorados. Había pasado los últimos treinta años intentando olvidarlo, tratando de convencerse a ella misma que todavía no estaba enamorada de él después de todo este tiempo.

—Hace algún tiempo estuve apartada. Sé lo difícil que es, siendo rechazado de cosas que tu corazón más ansia —murmuró Danika algo ausentemente.

Claire lanzó una mirada sobresaltada hacia ella.

—Que.....como sabes—

La otra compañera de Raza soltó su respiración.

—Perdóname. No quise entrometerme en tus pensamientos —Llevó su dedo índice a su sien—. Mi talento, me da miedo. No me gusta leer pensamientos, y te digo la verdad, la mayor parte del tiempo odio lo que puedo hacer. Desafortunadamente, desde que Conlan se ha ido mi talento se está volviendo inmanejable. No he tomado a otro compañero, ni siquiera lo intento, y sin la succión regular de la sangre de Conlan mis habilidades parecen retornar y salir a su propio antojo. Lo siento, Claire. Es muy maleducado por mi parte.

—Está bien.

—No sé que si te traerá alguna clase de consuelo, pero no estás sufriendo sola. Andreas lo siente, también, lo sabes. El siente el mismo dolor que tú llevas dentro. —Danika sonrió suavemente—. Sus pensamientos están tan claros para mí en la otra habitación como los tuyos están ahora. Esta debatiéndose y rompiéndose de rabia, pero esta herido de otra manera, también.

Claire la miró fijamente, incapaz de hablar. Escasamente capaz de respirar.

—La vida es preciosa —continuó Danika—. Y es tan corta, incluso para aquellos como nosotros. Cuatrocientos dos años con Conlan no fue bastante tiempo. No tenemos a menudo segundas oportunidades, ni en la vida o en el amor. Si tuviera sólo un minuto más con Conlan, no desperdiciaría un segundo en lamentaciones. Deja que Andreas sepa lo que verdaderamente sientes.

—Pero él no es mío —murmuró Claire suavemente—. Ya no.

—Trata de decir eso a tu corazón —Danika dio un ligero apretón a la mano de Claire—. Trata de decir eso al suyo.

Reichen evitó subir escaleras arriba durante las horas después de que Danika regresó para recoger a su hijo. Ella y Connor habían ido a entretenerse por el resto del día, dejando a Reichen rondar por la silenciosa granja, matando el tiempo y tratando no pensar en el hecho de que Claire estaba en la cama en alguna parte del piso de arriba sobre él.

En la cama completamente sola, su dulce cuerpo relajado y lánguido. Su piel ligeramente morena y aterciopelada al tacto, cada pulgada exquisita de su pulcro y suave y caluroso....

Buen Cristo.

Desde el momento que ella había pedido tomar un baño, lo había condenado a imaginarla sin vestido y fragante después de una larga, ducha caliente. Había estado tentado casi más allá de la razón de saltar los escalones detrás de ella cuando se fue con Danika, una sensación que todavía tenía que pasar. No había querido más nada que estar con ella ahora, confortándola y dejarla saber que estaba a salvo de Roth y sus camaradas. Para asegurarse que sin importar que tan malas estaban las cosas alrededor de ellos, él la mantendría a salvo a cualquier costo.

Cosas que él no le había proporcionado a sus familiares o a Helene.

Pasando tiempo alrededor de Danika y su joven hijo había traído su atención de vuelta a esa realidad con feroz concentración. El no estaba aquí para disminuir los miedos de Claire, estaba aquí nada más para satisfacer sus propios anhelos por ella o para responder a la primera llamada del vínculo de sangre que lo atraería a ella siempre. El vínculo de sangre que él había impuesto en ella, rápidamente estaba recordándose a sí mismo.

No. Estaba ahora aquí por un único propósito: venganza.

Todo lo demás – sus gustos y deseos, su futuro, su derecho de exigir incluso el momento más escaso de egoísmo – se había quemado en el fuego que devoró su casa en el Darkhaven. Hacia tanto tiempo de eso, pensó severamente, proyectando de vuelta la última noche que había visto a Claire. Había sido una noche de estupideces y violencia que lo había dejado vencido y ensangrentado, cociéndose un campo abierto bajo el potente sol de la mañana. Hasta ese momento, no había conocido nada de el poder al que había estado condenado desde siempre – un poder pasado a él por una

madre compañera de Raza que nunca había conocido, que no había vivido bastante tiempo para advertirle de lo que su furia podría hacer.

Había aprendido esa lección en un momento brutalmente vivido esa horrible mañana a las a fueras de Hamburgo, y el horror de lo que había hecho que nunca lo dejaría.

Tantas vidas inocentes que se habían desboronado a cenizas alrededor de él. Su propia vida estaba encabezada rápidamente en esa misma dirección, pero todavía tenía tiempo para ver justicia encontrada, al menos por aquellas vidas que se habían perdido por la orden de Wilhelm Roth. No tenía duda de que su furia y odio estaban sólo fortaleciendo el fuego que vivía dentro de él. Destruyéndolo más pronto que tarde, pero no se condenaría si se fuera abajo tomando a Roth con él.

El solo pensar que su resolución era bastante firme para mantener a Claire lejos de él mientras se movía más cerca de aquel inevitable fin.

Era la profundidad de esa convicción que finalmente le dio la fuerza para subir las escaleras y encontrar la habitación que Danika les había dado. Tampoco sabía si la pareja que compartía la granja era consciente de él y Claire, y no estaba en la posición de poner a Danika en tener que mentir por cubrirlo si los otros habitantes tenían que bajar y encontrar a un extraño.

Reichen hizo una pausa enfrente de la habitación cerrada al final del pasillo. Su pulso palpitaba fuertemente con el instinto conocimiento de Claire en el otro lado de aquella imagen de la puerta blanca. Pensar que ella estaba durmiendo, imaginar que ella tenía que estarlo después de las horas que había pasado en el piso de abajo. Tan silencioso como pudo, giró la manilla de porcelana estropeada y se asomó adentro.

—Hola —dijo ella, escasamente sobre un murmullo. Estaba sentada en un lado de la enorme cama, usando una delgada camiseta azul que no ocultaba realmente las puntas oscuras de sus pezones o el bulto bien formado de sus pechos. Una lámpara pequeña brillaba en la penumbra al lado de ella, resaltando el ligero dorado de su cabello castaño y su encantadora cara.

El frunció el ceño y avanzó en la habitación, cerrando la puerta detrás de él sin hacer ningún sonido.

—Deberías estar durmiendo.

Ella alzó un hombro.

—Pensé que el baño me relajaría, pero no puedo cerrar los ojos.

Tenía que trabajar condenadamente para ignorar la inesperada lujuria que se disparó a través de él con la renovada imagen de Claire desnuda sentada en una tina llena de agua humeante y burbujas blancas de seda.

—El anochecer vendrá temprano —refunfuñó él—. Tenemos que estar listos para tomar el vuelo de regreso a los Estados Unidos a la puesta de sol. Deberías apagar esa lámpara e intentar descansar algo.

Ella se acomodó en la cama, pero sólo extendió la mano y gesticuló al lado vacío.

—Tomé una de las almohadas más suaves, pero si tú la quieres tener puedes tomarla.

El la miró ceñudo, más por la incomodidad de su creciente erección que por su oferta de la opción de la almohada. Su movimiento en el colchón había estirado su camiseta como una segunda piel. Y con apartar la sábana de la colcha mientras se acomodaba, su ardiente mirada se posó en el diminuto pedazo de sus bragas.

Bragas rojo carmesí, por el amor de Dios.

Se heló donde estaba parado, cada terminación nerviosa en su cuerpo iba a terminar con una nuclear excitación.

—Podrás recordar que soy bastante dormilona —dijo ella, pero él apenas estaba oyendo lo que estaba diciendo—. No te preocupes por despertarme si todavía das vueltas y acaparas las sábanas. Probablemente ni me daré cuenta.

Dio un paso atrás cuando comprendió que ella esperaba que el durmiera en la cama con ella. Justamente al lado de ella, cuando la única cosa que le impedía actuar en su desafiante deseo por ella era un pequeño resbalón de algodón y un minúsculo triángulo de seda roja.

—La cama es tuya —dijo él, su voz raspaba ásperamente su garganta—. Esta no es una pijamada, por un coño que no lo es. Realmente no puedes esperar que yo duerma contigo, Claire.

Su expresión vaciló.

—No quise decir....

—¡Jesucristo! —Murmuró él. Su piel punzaba con un repentino baño de calor y hambre que hacía su deseo más caliente—. Entrar en la cama contigo es la última cosa sangrienta que necesito hacer ahora.

Debió haber sonado incluso más áspero de lo que imaginó, basado en lo rápido que ella apartó la mirada de él. Ella sacudió su cabeza, luego soltó un suspiro.

—La cama es bastante grande para ambos. Eso es todo lo que estaba intentando decir.—

El la miró fijamente por un largo momento, sus músculos tiraban bruscamente por el ansia de moverse, para enviarlo a donde ella estaba en el colchón y acomodarla debajo de él.

Quería todo eso que tan condenadamente podía ver. Todo lo que podía probar mientras las puntas de sus colmillos surgían en la carne de su lengua.

—Duerme un poco, Claire.

Se obligó a apartar la vista de ella y tomar su propio lugar cerca del suelo. La alfombra que cubría los tablones viejos de madera estaba abultada y olía vagamente a cera de limón. Se echó en su lado del duro suelo, la única posición que no lo hacía dolorosamente consciente de lo duro que estaba saliendo entre sus muslos como una columna de piedra.

¿Realmente tenía que intentar avisarle hace unos minutos que el anochecer vendría temprano?

Como el infierno.

Iba hacer una maldita larga espera hasta la puesta de sol.



Capítulo 12

Claire estaba sobre la enorme cama, muy despierta, mirando en la oscuridad las persianas de la habitación. No se había movido desde que el mismo Andreas se acomodó en el suelo. Arrastrando el tiempo, y por un buen rato estaba segura de que él había estado tan despierto y alerta como lo estaba ella – así como determinado a quedarse allí en silencio y pretender que no notaba nada.

Pero en algún lugar alrededor de una hora, su respiración había cambiado del regular inhalar y exhalar que apenas podía distinguir, a un profundo, y rítmico sonido de sueño.

Claire escuchaba el lento sonido de su ensueño, mientras que las palabras de Danika sobre lo extraño de una segunda oportunidad y no perder el precioso tiempo en lamentaciones estaba jugando una y otra vez en su mente como una canción que no podía sacar de su cabeza. Había muchas cosas que quería decirle a Andreas. Cosas que necesitaba que él escuchara.

No es que él quisiera escuchar. No parecía dispuesto a dejarla acercarse lo suficiente para llegar a él, para nada. Y ella necesitaba estar cerca de él ahora, así sólo fuera para sentir su fuerza a su lado cuando todo lo que creía saber sobre su mundo estaba derrumbándose a sus pies.

Había sentido que una pared se interponía entre ellos esta noche. Parecía crecer más alto y menos escalable de lo que ya estaban en la granja del Darkhaven. Claire no estaba segura de lo que había hecho para molestarlo, o quizás era simplemente el hecho de que se había visto obligado a cuidar de ella ahora que Wilhelm estaba cazándolos con una escopeta.

Por un momento deseó que hubiera sido dotada del talento de Danika para que la mente de Andreas, y sus secretas emociones, no fueran un misterio para ella justo ahora.

Su propia habilidad podría ayudarla allí, también. Todos eran más accesibles en el reino de los sueños. No todo lo visto o dicho era verdad, por

supuesto, pero la naturaleza surrealista de los sueños tenía una forma de exhibir las inhibiciones.

Claire se aventuró a mirar sobre la extensión de la amplia cama el gran volumen del cuerpo de Andreas donde dormía en el suelo. Envolvió su brazo sobre su cabeza y se acurrucó a su lado, mirándolo. Preguntando donde sus sueños lo habían llevado. Cerró los ojos y pendió en él mientras ella permitía relajar su cuerpo, deseando que su mente se calmara y se preparara para dormir.

Dejó que su talento se expandiera, sensibilizando la conciencia para alcanzar...la búsqueda. Usualmente tomaba una increíble concentración para encontrar al soñador, pero con Andreas, ni bien se había deslizado bajo el velo de la conciencia y el sueño que de pronto allí estaba. Siempre había sido así con él, como si su conexión hubiera estado allí desde el primer instante en que se conocieron y nunca se hubiera debilitado.

Había veces, mucho después de que Andreas se había ido de su vida, que Claire había estado tentada a buscarlo, así solo fuera en el reino de los sueños. Pero había tenido tanto miedo de enfrentarse a más de su rechazo, y demasiada vergüenza de sí misma que, por más que lo intentara, no podía encontrar nada en Wilhelm cercano al amor que ella había sido incapaz de remover por Andreas.

Después de todo lo que había pasado en el último par de noches, lo que sentía ella ahora por Wilhelm y el vínculo de sangre que la encadenaba a él era una fría y cortante desconfianza. Desprecio, si todo lo que estaba averiguando de él era verdad.

Después de todo lo que ella había pasado con Andreas en estas desgarradoras, e intensas largas horas juntos, tenía que admitir que tenía un cierto grado de temor por el letal individuo que era ahora. Pero junto con el temor venía aumentado una emoción que la aterrorizaba aun más por la intensidad que sentía por el todavía.

Por lo mucho que todavía lo quería, y lo necesitaba.

Con qué facilidad ella podría verse enamorando de nuevo de él...si alguna vez lo había dejado de hacer verdaderamente.

Mientras avanzaba en su sueño ahora, su respiración se cortó al encontrarlo bajo la luz de las estrellas, de una clara noche; sentado, sin camisa y descalzo en el fresco césped, del sagrado parque que había diseñado para

su propiedad en el Darkhaven. Todos los detalles estaban tal y como ella los tenía en el modelo arquitectónico, hasta la última banca y el sendero de flores.

Buen señor. El había memorizado el plan entero.

—Es hermoso —dijo él, su profunda voz era una vibración que ella sentía en todas las partes de sus huesos—. Sabías exactamente lo que necesitaba estar aquí. De alguna manera, lo sabías.

El no se giró para enfrentarla mientras ella se le acercaba cautelosamente en el borde de su sueño, donde la tierra que él estaba imaginado en su sueño abrazaba el resplandeciente lago de mas allá. La piel dorada de Andreas estaba iluminada por la luna, haciendo todo más llamativo y por el entrelazado a la vista de glifos que recorría su musculosa espalda, como la obra maestra del pincel de un artista. Claire recordó trazar aquellas hermosas marcas con su lengua; como si cerrando sus ojos, pudiera todavía imaginar cada único arco y adorno que se trazaba sobre su suave y firme piel.

—Sabes que no deberías estar aquí —dijo él una vez que sus pies se detuvieron y estuvo de pie junto a él. Ahora él la miró, y su expresión no era lo que ella consideraba amigable. Su iris estaba arrojando una luz ámbar penetrante. Cuando frunció sus labios para hablar, la punta de sus colmillos brillaba completamente de blanco y con gran nitidez—. No perteneces aquí, Claire. No conmigo. No así. No deberías haber venido aquí cuando no eres invitada.

—Tenía que encontrarte.

—¿Para qué?

—Necesitaba verte. Quería.... Hablar...

—Hablar —escupió la palabra al resoplar una exhalación. Antes de que Claire supiera lo que él estaba haciendo, se puso de pie, sobrepasándola. Sus ojos estaban brillando, tan calientes que era una maravilla que su camiseta y bragas no se derritieran a medida que su intensa mirada vagaba sobre ella desde la cima de su cabeza hasta los dedos de los pies descalzos—. ¿De qué quieres hablar, Señora Roth?

—No hagas eso —dijo ella, haciendo una mueca a su tono mordaz—. No lo uses a él para abrir una brecha entre nosotros.

—El es una brecha entre nosotros, Claire. Los dos lo pusimos ahí, ¿no es así? Si sólo estás lamentándolo ahora, ese no es mi problema.

Ella lo miró con ceño fruncido, sin querer sentir el roce de sus palabras cuando llegó allí por afecto a él, como su amigo.

—¿Por qué haces esto, Andre?

—¿Qué estoy haciendo?

—Apartándome. Tratándome como Wilhelm y yo soy una cosa diferente, ambos somos enemigos.

—¿Qué quieres que haga en cambio? ¿Decirte que todo se resolverá entre nosotros al final? ¿Pretender que Roth no existe para que tú y yo podamos continuar donde lo dejamos hace tantos años?

Claire miró hacia abajo, sintiéndose tonta por haberle querido decir todas aquellas cosas – y más. Palabras que él nunca podría ofrecerle de nuevo, incluso en el débil refugio de un sueño.

El levantó su barbilla con la punta de sus fuertes dedos.

—No podemos cambiar nada de lo que pasó, Claire. No voy a pararme aquí y decirte mentiras que haría a uno de nosotros sentirse mejor. Y no voy a darte promesas que sé que no puedo mantener.

—No —dijo ella—. Prefieres huir.

Su boca se cerró y sacudió su cabeza, sus ojos oscuros resplandecieron.

—Crees que yo quiero dejarte.

No era una pregunta, sino una tranquila acusación.

—¿Importa si lo hago? —ella se apartó de él. Se burló, todavía punzando la herida que él le había causado hace treinta años—. No importa, no respondas eso. No quiero presionarte a decir algo sólo para hacerme sentir mejor.

Comprendiendo que había cometido un error al venir allí, se giró, a punto de marcharse y dejarlo de mal humor solo en su sueño. Pero antes de que

pudiera dar un solo paso para alejarse, sus dedos se envolvieron alrededor de sus brazos y la mantuvo allí. El se movió en frente de ella, con su rostro tenso y mortalmente serio.

—Dejarte era la última cosa que quería hacer —frunció el ceño, su agarre la sostuvo más firme, moviéndola más allá de la pared de su cuerpo—. Fue la cosa más condenadamente difícil que he hecho, nunca, Claire.

Ella lo miró fijamente sin hablar, perdiéndose en el brillo oscuro de sus ojos. Al momento siguiente, el inclinó su cabeza y la besó, sus bocas fundiéndose en una larga, y jadeante unión.

Ella no quería parar. No creía que pudiera apartarse de él ahora que estaba de nuevo en sus brazos, aunque sólo fuera en sus sueños.

—Dios, te deseo, Claire —gimió él contra su boca, la punzada de sus afilados colmillos rozaban sus labios—. Quiero estar contigo ahora...Ah, Cristo, he necesitado estar contigo por tanto tiempo.

Porque era un sueño, los deseos a menudo sólo necesitaban ser susurrados para hacerlos realidad. En un instante, Claire se encontraba aprisionada sobre el suave, y fresco césped, con el magnífico cuerpo de Andreas sobre ella.

Estaban desnudos ahora, la ropa debió haber caído como si estuviera hecha de niebla. Pero incluso en los sueños, la piel de Andreas era cálida y firme al tacto. Sus anchos hombros y gruesos brazos, su musculoso pecho y rígido abdomen... todo de él era real y fuerte y perfecto en su masculinidad. Claire no podía mantener sus ojos viajando la longitud de él. Recordaba tan vívidamente esa perfección de Andreas que se extendía más abajo, también.

Porque era un sueño, apartó el conocimiento de todas las razones por las que no deberían estar juntos. Sabía sólo de la llamada de su corazón, y como la palma de su mano como el resto vino a descansar en el centro de su pecho, sabía la llamada de su corazón, también. Su pulso martillaba contra sus dedos. Su respiración era rápida, pesada, caliente con necesidad. Claire miró los ojos que quemaban tan intenso como una llama, su rostro era una firme, y atormentada máscara.

—Sí —dijo ella entre dientes, casi incapaz de formular palabras.

Contuvo su respiración cuando la ancha cabeza de la polla la tocó levemente, penetrándola. Con un empuje lento de sus caderas él estaba

resbalándose dentro de ella, enterrándose por completo, gloriosamente profundo. Claire gritó, arqueándose para tomar todo dentro de ella, necesítandolo para llenarla. El la estiró firmemente, su longitud tocándola muy en el centro.

—Oh, sí —jadeó ella cuando encontraron un ritmo familiar, encajando juntos como si nunca hubieran estado separados.

El era un amante feroz, ella sabía que él ya estaba listo y se deleitaba en su salvaje intensidad. Cada golpe duro la hacía añicos un poco, cada gemido bajo y gruñido enviaba un escalofrío corriendo por sus venas.

El sabía cómo moverse con ella, precisamente el tiempo justo para exprimir hasta la última gota de placer de su cuerpo. Claire sentía los primeros temblores de la liberación a través de ella como pequeños volteos de un relámpago en su sangre. No podía contenerlo, no tenía fuerzas para resistir el dominio de Andreas a sus sentidos.

Ella sólo podía clavar sus dedos en el grueso músculo de sus hombros y esperar como él la llevaba hacia un astillado clímax. No sabía si él la seguiría allí. Todo lo que sabía era la increíble oleada de placer que se precipitaba sobre ella... entonces el repentino y hueco dolor de la comprensión de que Andreas se había ido.

Claire lo llamó en el sueño, pero él no estaba donde había estado. Y ahora el santuario jardín donde habían permanecido juntos se había ido, también. Ella estaba sentada en medio de un campo soleado, la luz del día cegando sus ojos.

—¿Andre?

Se levantó y empezó a caminar, sosteniendo su brazo sobre su frente como una visera mientras se esforzaba por conseguir su paradero. No conocía este lugar. No podía valerse de la dorada luz, o el penetrante olor de humo y algo peor, algo irreconocible que llenaba sus fosas nasales y ahogaba su garganta. Tosiendo, Claire avanzó por la vegetación chamuscada.

Tropezó, su pie chocó con un trozo negro carbonizado que yacía en el suelo. El horror se apoderó de ella incluso antes de que sus sentidos procesaran lo que estaba viendo.

Era un niño.

Un niño muerto, totalmente quemado como para no reconocerlo.

—OH, Dios mío —Claire retrocedió, perturbada. Afectada—. ¡Andreas!

Giró su cabeza y gritó de alivio al ver el verde y amplio césped y la mansión de piedra- y - madera que había sido propiedad del Darkhaven de Andreas que se encontraba en la cima de una cuesta ligeramente inclinada. Claire corrió hacia la casa. Estaba desnuda y fría, aterrorizada y confusa por lo que acaba de ver en el exterior.

—¿Andre? —llamó frenéticamente mientras caminaba por la parte de atrás de la mansión, no había luz o movimiento en el interior—. Andreas... ¿estás ahí adentro?

Fue hacia el frente, sus brazos envolvieron su desnudez mientras subía los escalones de la elegante entrada. Golpeó en la puerta. Abriéndose fácilmente en silencio las bisagras, pero nadie le esperaba adentro.

Claire cruzó el umbral y un extraño mausoleo de blanco. Por todas partes miraba - los pisos, las paredes, los muebles - todo era delicado, blanco como la nieve. Y silencioso como una tumba.

—Andreas, por favor. Estoy asustada. Donde estás—

El salió de una de las habitaciones al fantasmal vestíbulo. Estaba desnudo como estaba ella, con los ojos todavía ardiendo de ámbar, sus colmillos todavía llenando su boca. Se acercaba furtivamente sin decir una palabra y tiró de ella en un doloroso, e inflexible agarre. La besó con tanto calor y deseo, sus rodillas casi se doblaron debajo de ella.

Entonces, justo cuando estaba empezando a sentirse segura de nuevo, el se apartó de ella. Se alejó tan fuertemente, empujándola fuera de su alcance, que ella tropezó un poco antes de equilibrarse. Algo húmedo y resbaladizo estaba bajo sus pies. Resbaló en ello... Un momento antes de que aquel estado cobrizo de sangre derramada fuera registrado por su nariz.

—Oh, Dios mío.

Claire miró hacia el suelo, que ya no era blanco sino mármol en ese tono. Mármol que estaba manchado y horriblemente cubierto de sangre. Las paredes y los muebles ya no eran pulcros y descoloridos. Ahora todo estaba

arruinado, acribillado—a balazos, ensangrentado. El mobiliario y el arte de la pared caído, roto, todo en ruinas.

—Oh, no.....Oh, Dios...no.

No sabía qué hacer con el campo quemado o el trágico niño afuera, pero no había ninguna duda de lo que estaba viendo aquí. Claire lo miró con horror y miseria dolorida, comprendiendo que él estaba mostrándole la destrucción de su casa. La destrucción hecha por Wilhelm Roth, tal como le había dicho aquella primera noche en la casa de campo. Extendió su mano a Andreas, pero él no la tomó. Su expresión era dura, condenada. Cuando ella miró hacia abajo, vio por qué.

La sangre cubría sus dedos y las palmas de las manos. Estaba salpicada con ella toda su frente, incluso su cabello estaba pegajoso con ella. Y allí, a sus pies, estaba el cuerpo sin vida de un niño pequeño – uno de los hijos de los sobrinos de Reichen, asesinados por el tiroteo. Todavía más cuerpos yacían en otras partes de la mansión, en el primer piso, en la mitad de la escalera, cerca de una puerta al sótano debajo del vestíbulo. Ella estaba parada en el centro de la masacre que no habría podido imaginar en la peor de sus pesadillas.

Cuando miró a Andreas de nuevo, estaba envuelto en un calor mortalmente claro-candente. Las llamas saltaban de su cuerpo para encender las paredes y los muebles. En cuestión de segundos, todo lo que Claire podía ver era fuego.

El grito desgarrador que salió de su garganta, era frío y desesperado. Se sacudió a sí misma del sueño, incapaz de soportar otro momento la crueldad de ello.

Enferma y temblando, se sentó en la cama y tiró a un lado la colcha y las sábanas. No había sangre sobre ella ahora. Ni cenizas. Sólo el frío sudor del verdadero terror y la angustia de haber presenciado la horrible pesadilla de Andreas por ella misma.

Claire lo esperaba a que despertara y le ofrecería algún tipo de explicación o consuelo. El tenía que saber como de afectada estaba ahora. Pero siguió durmiendo, todavía acostado y respirado tranquilo en el piso junto a la cama. Le daba su tiempo y su profunda angustia sola, como si hubiera querido perturbarla – horrorizarla – con lo que le había mostrado.

Quizás había querido horrorizarla con él de alguna manera también.

Claire esperó hasta que su pulso se estabilizó y su cuerpo dejó de temblar, luego se acomodó lentamente bajo las sábanas y contó las horas hasta el amanecer.



Capítulo 13

La mierda de lugar está muerto esta noche —murmuró Chase mientras examinaba la pista de baile llena y al parecer, la encontró poco a su gusto—. Teníamos que haber ido a la parte norte de la ciudad, como te dije, en vez de perder el tiempo en Dorchester.

Kade se encogió de hombros, sonriendo a Brock, el tercer miembro de su patrulla.

—¿Quieres ver clubs muertos, déjame llevarte a Alaska. Es patético, hombre. Tenemos más alces por kilómetro cuadrado que mujeres.

—¿Es eso cierto? —Chase gruñó—. No me extraña que aprovecharas la oportunidad para salir de allí y venir a Boston el año pasado. ¿Cuántos meses tienes que congelarte la cabeza antes de que todo aquel alce americano asome el culo?

Brock ríó por lo bajo, Kade frunció los labios hacia atrás hasta los puntos de sus colmillos y saludó a los dos hombres breed con doble jarra de cerveza.

—Bueno, esto ha sido divertido, pero me voy de aquí —Chase anunció. Se pasó la mano por la barba crecida de la mandíbula, sus ojos azules mirando poco fiables y desenfocados por debajo la gorra—. Tengo ganas de zambullirme en algo que no sea este antro. Buena suerte con la caza del alce. —Kade dio al ex-agente un movimiento de cabeza—. Nos vemos de vuelta en el recinto.

—Finalmente —Chase respondió, dirigiéndose a la salida del club.

Cuando se fue, Brock dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—Ese hijo de puta tiene un grave problema.

—¿Quieres decir, que no sea el caminar todo el tiempo por la Agencia con un palo metido por el culo?

Kade dijo, mirando al gran guerrero que había sido reclutado en la Orden de Detroit por la misma época que él había venido de Alaska.

No es que a Kade no le gustara Sterling Chase-o Harvard, ya que a veces le hace referencia, a razón de su elaborado pedigrí de Ivy League. Chase era un guerrero bastante competente, uno de los mejores, de hecho. Él era un excelente tirador y un infierno de hombre a tener en su espalda en el combate, pero en el lado personal, era tan frío como un glaciar.

—No sé cómo será su trato —dijo Brock—. Pero será mejor que cuides tus pasos, es todo lo que digo. Golpea cómo el tipo que tiene un pie en la tumba y el otro ansioso por entrar. No da una mierda por nada, y eso es peligroso. No sólo para sí mismo, sino para cualquiera que necesite contar con él. —Kade lo consideró mientras miraba al otro lado del bar y la pista de baile.

Un par de mujeres jóvenes se dirigían a una mesa más cercana. Brock les dio su mejor sonrisa, una que nunca le falla para pescarse a las mujeres más calientes del lugar. El tipo tenía que hacerlo, sin duda. Kade no hizo ningún tipo de encogimiento. Miró al par de bellezas que paseaban a través de la multitud, bloqueando a los dos vampiros como misiles láseres guiados.

—Puede quedarte a la rubia —murmuró él, estableciendo su propia vista sobre la morena con las piernas que parecían eternas debajo de su corta minifalda de cuero rojo.

Les tomó tres segundos hablarles a las damas para que salieran fuera con ellos.

Lamentablemente, una vez que estaban en el estacionamiento, sólo tomo otros tres para que la nariz de Kade se contrajera con los fuertes pinchazos de sus sentidos breed.

Olía a sangre. Sangre fresca, y mucha, procedente de algún sitio alrededor de la parte trasera del club.

Una mirada a Brock le dijo que al otro vampiro no le había pasado inadvertido el sabor a cobre rojo derramado de los humanos. Se echaron a correr en tándem, dejando a las mujeres quejándose cuando los dos transportaron su culo a la parte posterior del edificio.

No había nada.

La solitaria luz de emergencia en el techo brilló sobre el hormigón del lugar que se veía vacío. Pero el olor de la sangre impregnaba el aire, particularmente fuerte para Kade y cualquiera de su especie.

—Aquí —dijo, al ver la mancha oscura en el suelo a pocos metros de él.

Salpicaduras próximas entre ellas empapaban la tierra seca cerca de un tramo inclinado irregular de la valla. Quien se desangró tuvo su peor momento allí, y el sendero de la hemoglobina en la de tierra dejó claro todo lo que había sucedido, la víctima no iba a llegar demasiado lejos antes de que él o ella se desangrara por completo.

—Esto no es sólo sangre humana —dijo Brock, su voz sombría—. El atacante es Breed. Él derramó algo de su propia sangre en el proceso.

Ahora que el guerrero lo mencionó, la nariz de Kade también recogió algo más que las —básicas células Homo sapiens—.

—No es un Rogue —supuso, no detectando ninguno de los malos olores dejados por los adictos de su raza.

—¿Quién más podría ser lo suficiente idiota para alimentarse tan descuidadamente y dejar a su anfitrión como si fuera un cerdo atascado?

Brock, sacudió la cabeza, pero la sospecha oscureció su firme mirada de obsidiana. Aunque no lo dijo, Kade pudo leer la tranquila duda en los ojos del hombre mayor.

—¿Chase? —Kade se burló—. De ninguna manera.

—Algo no está bien con él, hombre.

—No es eso —dijo Kade. El ex-agente no era el Sr. Rogers, ¿pero sangrar a un humano y romper una de las leyes más esenciales de los Breed? Cuando dijo que tenía otras cosas de las que ocuparse, él estaba seguro que no se refería a algo como esto...

Brock asintió con gravedad.

—Tal vez será mejor ir a verlo, sólo para estar seguros.

Marcharon, siguiendo el rastro de sangre a través del baldío terreno y un callejón estrecho. Cuanto más profundo que hacía, más grave el derrame de sangre era. Salpicaduras encaminadas a las piscinas, algunas de ellas muy abiertas y manchas donde la víctima al parecer había caído, luego de alguna manera logró levantarse y seguir un poco más.

El camino los llevó a la entrada de un depósito de chatarra al final de una zona industrial. El lugar estaba cerrado, pero el candado y la cadena seguro se habían aflojado. No había espacio suficiente para que alguien se colase. Y alguien lo había hecho, las manchas en el picaporte y el borde de la puerta no dejaban duda sobre eso.

—Vamos —dijo Kade, abriendo lo suficiente para que ambos pasaran a través de él.

Oyó los movimientos el instante antes de que los grandes perros negros se dejaran caer en torno a un montón de chatarra y basura. Dos rottweilers, grandes como tanques y malos como el infierno.

—¡Mierda!

El grito de Brock estaba casi ahogado por los ladridos salvajes y gruñidos de los perros. Ningún animal podría tomar a un vampiro, pero eso no significa que la visión de la combinación de trescientas libras de hirviente y furioso perro no fuese motivo para alarmarse un poco. Kade se mantuvo firme, las piernas se separaron preparadas cuando el par de rottweilers rápidamente acortaron la distancia de él. Miró hacia abajo, a sus ojos. Se desaceleraron... luego se detuvieron, se encogieron de miedo a sus pies. Los perros gimieron, se tumbaron y mantuvieron la cabeza baja.

—¡Fuera de aquí! —Se marcharon, tan dóciles como cachorros.

Brock se apartó.

—¿Qué diablos fue eso?

—Por aquí —dijo Kade, haciendo caso omiso a la pregunta y la mirada de asombro que lo siguieron mientras profundizaba más en el depósito. Ellos tenían cosas más importantes que enfrentar en este momento.

No fue difícil encontrar a la víctima ensangrentada. El joven se había desplomado contra una caja de metal oxidado, vestía unos jeans en una pierna doblados en la rodilla. Se veía sin fuerzas y cansado, como una marioneta cuyos hilos se habían cortado. Levantó la mano hacia su garganta cuando la hemorragia fue a peor. No pudo contener el flujo. En tan sólo unos minutos más, ya estaría muerto.

—Jesucristo —silbó Brock.

La voz del guerrero era gruesa y tensa, ya fuese de repulsión o por el simple hecho de la vista y el olor de la sangre fresca hicieron que incluso la sed del vampiro más controlado pareciese como si estuviera muriendo de hambre, eso no había manera de saberlo.

Los propios colmillos de Kade salieron más de sus encías cuando miró la hemorragia. Él hizo lo posible para ocultar las puntas afiladas cuando se acercó.

—¿Qué te pasó? —Preguntó, a pesar de las lesiones evidentes que sólo podían provenir de uno de su especie.

—Saltó por mí... —respiraba dificultosamente—. Mi cuello... hijo de puta... me mordió.

Cuando el hombre se quitó la mano para mostrarle la lesión, el cobre de su sangre se clavó como un puño en el estómago de Kade. Se había alimentado ayer, pero la necesidad de beber de nuevo tiró de él. Su visión afilada, todo bañado en ámbar.

—¿Quién te mordió? —Brock pidió al humano, interviniendo sin problemas cuando Kade tuvo que apartar la mirada—. ¿Puedes describir quién te hizo esto?

El hombre dejó escapar un lento suspiro tembloroso. No le quedaba mucho tiempo. Miró hacia arriba, con los ojos indiferentes y vidriosos en la oscuridad. Levantó el brazo, poco a poco extendió el dedo hacia algún punto por detrás de Brock.

—Él —dijo con voz entrecortada, la voz filiforme y sin aire—. Detrás de ti... es él...

Kade y Brock giraron alrededor de sus cabezas al unísono, justo a tiempo para ver a un hombre Breed enorme corriendo por la parte trasera de la chatarrería. El vampiro vestía uniforme negro y una camisa de manga larga de punto negro. Tenía la cabeza rapada, la parte posterior de su cráneo cubierto con un patrón inconfundible de dermaglifos.

—Santo Infierno —murmuró Kade.

Él echó a correr con Brock pisándole los talones. Corrieron hacia la parte trasera del patio cubierto, pero el hombre Gen One frente a ellos era diez veces más rápido. Subió a una montaña de vehículos aplastados con un salto rápido, luego se había ido.

No era Chase quien atacaba salvajemente a los humanos y los dejaba por muertos, más bien otro hombre Breed quien era recientemente familiar para todos los de la Orden. Un Gen One que se había unido a ellos hacía sólo unas semanas.

—Hunter —gruñó Brock—. Hijo de puta.



Capítulo 14

Claire se sentía un poco mareada por el vuelo cuando ella y Andreas se bajaron del jet privado de la Orden en Boston después, esa noche. Había sido un largo viaje, principalmente por el enorme silencio incomodo que parecía haberse abierto entre Andreas y ella. Afortunadamente su falta de sueño después del desastre de soñar despierta con él la había cansado bastante en el vuelo de Dinamarca a los Estados Unidos. Durmió la mayor parte del trayecto pero Él parecía demasiado nervioso para descansar.

Incluso ahora, mientras él la dirigía a través del hangar privado hacia un elegante Land Rover negra que aguardaba hasta recibirlos, Andreas prácticamente vibraba con energía malhumorada, y peligrosa.

—Tegan y Elise —le dijo él mientras un gran macho Raza de cabellera-castaña y su delicada compañera rubia salían del vehículo. Al verlos a ellos, el comportamiento de Andreas cambió de una actitud indiferente a la que la había estado sometiéndola en el vuelo, a una cálida familiaridad—. Mis amigos. —Dijo, dando un paso hacia adelante para saludar a la resplandeciente y hermosa pareja.

En uno de sus breves momentos de conversación en el vuelo, Andreas había mencionado que Elise había sido la compañera del director de la Agencia de Ejecución aquí en Boston. Lo había perdido hace algunos años en un altercado con un Bribón en el trabajo, y había perdido a su único hijo más recientemente que eso. Claire no estaba al tanto de cómo Elise había encontrado la felicidad de nuevo con Tegan, pero era obvio el brillo de paz que ambos irradiaban mientras se acercaban, los dos estaban profundamente enamorados.

Claire se quedó atrás mientras Andreas llevó la mano de la Hembra a sus labios y presionó sus dedos con un simple pero amistoso beso. Ella no tenía derecho a sentir la más mínima pizca de posesividad sobre él, pero la punzada la apuñaló mientras la hermosa compañera de Raza tomó a Andreas en un abrazo de bienvenida.

El compañero de Elise parecía casi tan afectado como Claire se sentía. El alto, y musculoso guerrero de Raza tenía una fuerte mirada – afilada sobre

él, desde el salvaje enredijo de su cabello dorado, a los relucientes y hermosos ojos verdes que miraban a su mujer con una combinación de orgullo y protección puramente masculina. Andreas había dicho que Tegan era un macho de Raza Gen Uno, y al verlo de cerca, Claire lo hubiera adivinado por su cuenta. Su estudiada tranquilidad le trajo a la mente el aspecto de un gato grande, todos esos músculos podrían parecer estar en forma de espiral y a gusto, pero le tomaría sólo una fracción de segundo para que él saltara a la acción letal si sentía que su mundo o su compañera que abiertamente adoraba fueran amenazados de alguna manera.

—Hola, Claire. Soy Elise —dijo la compañera de Raza de Tegan, soltando a Andreas para venir a saludarla con igual amabilidad. Mientras los dos machos estrechaban las manos, Claire se encontró sumida en un rápido, y acogedor abrazo de bienvenida. Elise dio un paso atrás, sus ojos color lavanda claros brillaron con intelecto y calidez, su barbilla — su resplandeciente corte de cabello corto enmarcaba su delicado rostro—. Es un gran placer conocerte. Aunque nuestros caminos nunca se cruzaron en la Agencia, estoy familiarizada con algunos de tus trabajos filantrópicos en Hamburgo. Realmente has hecho mucho por las comunidades de Refugios Oscuros de allí.

Claire se encogió ligeramente de hombros por el incómodo elogio, dado el propósito de urgente llegada a los Estados Unidos con Andreas. Y aunque los dos hombres hablaban en voz baja, escuchó las condolencias murmuradas de Tegan por las muertes de los familiares de Andreas y la destrucción de su Refugio Oscuro.

—Recuerdo uno de tus jóvenes sobrinos y tu tímida compañera de Raza que habían estado con el niño cuando te vi por última vez en Berlín hace un año —agregó Tegan, sus cejas frunciéndose sobre aquellos feroces ojos verdes.

Andreas le dio una prudente inclinación—. Me pidieron que fuera el padrino mientras estuviste allí, creo.

—Sí —respondió el guerrero, una leve sonrisa surgió por el recuerdo antes de que su expresión se ensombreciera con simpatía—. A todos nos sorprendió el escuchar lo ocurrido. El ataque no será en vano, no si la Orden tiene algo que decir al respecto.

Tegan envió la más breve mirada en dirección a Claire, reconociéndola inmediatamente como la compañera de aquel que perpetró la tragedia que sólo Andreas había logrado sobrevivir. Su sentido de culpa y torpeza aumentó, al igual que el nudo de tensión en su estómago. Sus nervios se

extendieron peculiarmente tensos, poniendo una ansiosa vibración en su pecho.

Andreas puso su mano sobre el hombro de Tegan mientras continuaban su apacible conversación.

—Quiero tu palabra en algo, mi amigo. Si resulta que Dragos se entera remotamente con lo que pasó en mi DarkHaven, haré lo que pueda para ayudarte a capturar al bastardo y acabarlo. Pero Roth es sólo mío, ¿puedes darme eso por hecho?

El guerrero inclinó su cabeza en un gesto lento.

—Sé de la clase de odio que sientes. He estado allí. Soy el último para decirte cómo lidiar con tus propios demonios, pero sólo ten cuidado, ¿sí? demasiados bastardos por ahí merecen una buena matanza, pero la venganza te consumirá si no la controlas.

Puede ser demasiado tarde para aquel consejo, pensó Claire, mirando la rígida postura y tormento de Andreas, la fuerte mirada mientras los cuatro se dirigían hacia la SUV esperando, la necesidad de vengar a su familia y su amante humano sólo parecía estar creciendo más rápido, más volátil, por el hecho de que la justicia que él ansiaba aun tenía que ser cobrada.

Después de los horrores que él había mostrado en sus sueños, había una parte de ella que comprendía su rabia, incluso la compartía. Pero desde que ella lo había visto aquellos últimos dos días, le preocupaba que su propia vida pudiera no significar nada para él. ¿Mantendría algo sagrado si finalmente tuviera su oportunidad de destruir al que lo había herido?

Wilhelm.

Sólo pensar en él le revolvió su estómago por el desprecio. Claire no podía aferrarse a una esperanza razonable que las acusaciones de Andreas contra Wilhelm no tuvieran fundamento. Pero lo que más le aterrorizaba era que su relación ahora con Andreas no pudiera traer nada bueno – nada para ninguno de ellos. Su afecto por él era algo que él no parecía querer o necesitar. Tenía un solo propósito ahora en su vida, y ella lo conocía bastante bien para entender que si esto llegaba a una elección entre su propia vida y obtener la justicia que sentía que necesitaba, él gastaría su último aliento viendo aquella propuesta llegar al final.

La idea de Andreas muriendo-de nuevo, después del milagro de su resurrección y el regreso a su vida-era algo que Claire no podría soportar.

La idea casi la anonadaba mientras se acercaba al vehículo y sentía el frío aire de la noche viniendo desde más allá de la ciudad.

La sensación de inquietud la perseguía ahora, y había una irritación aumentando en sus venas. Una sensación de una presencia aumentando que ella realmente no había reconocido hasta ahora, cuando estaba resonando en sus células como una alarma.

Wilhelm está cerca.

Oh, Dios. ¿Cómo había olvidado eso? Había estado tan enfocada en Andreas y en sus amigos, en su propia confusión de emociones, que no había notado las señales de su cuerpo que su obstinado compañero-de sangre estaba en alguna parte de la zona.

En algún lugar de la ciudad de Boston, estaba segura de ello.

¿Qué estaba haciendo aquí?

—Claire, ¿estás bien? —Elise puso su mano en su brazo de preocupación—. ¿Qué es?

Ella sacudió su cabeza, más fervorosamente cuando Andreas se detuvo con Tegan con una interrogativa, y sospechosa mirada sobre ella.

—Me siento un poco mareada —dijo ella, lanzando una excusa razonable que no involucrara decirle a Andreas que el enemigo que él pensaba matar-quien estaría igualmente determinado a matarlo, también-estaba probablemente a pocas millas de distancia de donde él estaba. Andreas no podía saber que Wilhelm estaba tan cerca ahora, ella no podía dejarlo saber eso, pensó, un repentino temor se arrastraba en su garganta.

—¿Qué pasa? —la profunda voz de Andreas se caló sobre ella, pero no era lo bastante para calmar la alarma que estaba aumentando ahora en su interior.

—No pasa nada —dijo ella, mintiendo sólo porque la verdad lo enviaría directo a las manos de la muerte—. Estoy bien. No he volado en un tiempo, así que probablemente sea un poco de mareo. Estaré bien. Necesito un momento mientras me pasa, eso es todo. ¿Hay algún baño en algún sitio?

—Por allí —dijo Elise, gesticulando hacia la terminal anexa más cercana—. Te llevaré.

—No —exclamó Claire—. Puedo encontrarlo sola. Por favor... espera aquí. Regresaré en un par de minutos.

Todo lo que le impidió correr era la dudosa mirada de Anderas. Sabía que ella estaba apenada, el vínculo de sangre que lo unía él a ella ahora le diría eso bastante fácil. Pero era su otro vínculo – el que le pondría grilletes sobre Wilhelm Roth mientras el tiempo que él viviera – lo que la envió huyendo en un estado cerca de pánico.

Voló en dirección al baño, jadeante y temblorosa. Si, sentía en su sangre que Wilhelm estaba cerca, entonces él tenía que saber que ella estaba en la ciudad ahora, también. Las probabilidades de que él viniera a buscarlas eran demasiado horribles para considerar. Por el contrario, ¿y si Andreas estuviera forzándola para encontrar a Wilhelm a través de su vínculo de sangre? Ella nunca se lo perdonaría a sí misma, o a él.

Y había una más grande y preocupante pregunta, también. ¿Qué si Wilhelm Roth estuviera involucrado en algo más grande de lo que ella suponía – algo relacionado con Dragos? ¿Cómo podía Andreas enfrentarse a los escuadrones de la muerte de Wilhelm y el gran mal de alguien cuando ni siquiera la Orden había sido capaz de derrotar hasta el momento?

Oh, Dios. No podía dejarle saber a Andreas que Wilhelm estaba en la zona.

Por mucho que quisiera vengarse, Claire lo quería vivo aun más. Ella no podía ser parte de su destrucción, que era exactamente donde estaba ahora, mientras ella permanecía en su compañía.

Tenía que salir de Boston.

Tenía que alejarse de Andreas.... Antes de que el vínculo que compartía con Wilhelm Roth la traicionara y lo llevara directamente a su muerte.

—¿Estás seguro de que eso es lo que viste? Porque esto es una mierda seria, y necesito estar absolutamente seguro. —Lucan dejó de pasearse por el laboratorio de tecnología para mirar a Kade y Brock, que acababan de llegar de patrullar con una mierda de informe—. No hay duda en sus rostros de que era Hunter.

—Sí —dijo Kade, rastrillando sus dedos por la espesura de su cabello negro-puntiagudo. A través de sus oscuras pestañas, sus ojos sostuvieron la mirada de Lucan—. Era él. Difícilmente para confundir esos demoligramos, y no es como si nos encontráramos con un Gen Uno todas la noches de patrulla.

Lucan gruñó.

—Y os vio a vosotros dos—te reconoció, ¿también?

—El hijo de puta nos miró justamente antes de desaparecer de la ciudad. —Respondió Brook. El guerrero le enseñó sus dientes en un gruñido apenas contenido—. Era como si quisiera que nosotros lo viéramos. Al igual como quería que viéramos lo que había hecho.

Mientras Lucan absorbía ese momento de felices noticias, las puertas del laboratorio de tecnología se abatieron abriéndose y Chase llegó al acecho en la habitación. Olía a pólvora, adrenalina, y el olor metálico de la coagulación de sangre humana.

Con la interrupción, Gideon se apartó de su computadora mientras una pantalla llena dividida de datos se desplazaba detrás de él.

—Jesús, Harvard. ¿Qué diablos te pasó?

El ex - agente se derrumbó con los hombros caídos en la silla más cercana y se quitó la gorra negra tejida tirándola sobre la mesa de conferencias en frente de él.

—Acabo de pasar la ultima hora deshaciéndome de un pandillero muerto en el lado norte de la ciudad. Alguien rasgó la garganta del bastardo y prácticamente lo agotó. Lo dejaron tirado donde cayó, directamente al aire libre para que alguien encontrara el cuerpo.

Lucan notó la mirada de reojo de Kate. La descripción de las lecciones y la descarada forma del ataque era demasiada malditamente familiar para ser coincidencia.

—¿Viste algún rastro del vampiro que lo hizo?

Chase alzó la vista y dudó, como si no estuviera seguro de poder hablar de sus sospechas en alto.

—Vi alguien en la zona, pero se fue antes de que consiguiera acercarme bastante y ojear posiblemente su identidad.

—Sí, bueno, seguro como la mierda que llegaste bastante cerca. — Intervino Kade.

Los ojos azules de acero de Chase se estrecharon.

—¿Qué quieres decir?

—Después de que te fuiste del club esta noche, Brock y yo encontramos la misma clase de cosa en Dorchester. Humanos con un grave caso de la laringe hecha trizas, chorreando sangre por al menos dos cuadradas y dejado muerto en un área pública. Cuando seguimos a la víctima, su asesino aun se encontraba rondando cerca. Grandísimo bastardo con demolígramos de un Gen Uno y una cabeza rapada.

—Ah, hijo de puta —dijo Chase en una lenta exhalación—. Así que, realmente era Hunter. Lo vi, también, pero mi instinto me decía que no lo juzgara hasta que pudiera verle mejor. Maldita sea, sé que el tipo no tiene muchas habilidades sociales, dada su trayectoria, pero esta mierda es sicótica.

—Supongo que no tenemos que preguntarle que le gusta hacer en su tiempo libre —propuso Gideon secamente.

Lucan le disparó una oscura mirada a sus guerreros.

—Si alguien lo ve o escucha hablar de él, quiero saberlo cuanto antes. Y si alguno de ustedes es testigo de otra matanza humana como la de esta noche y nuestro chico está en la vecindad y se niega a venir con toda tranquilidad tenéis mi permiso para eliminar al bastardo.

—Mierda, Lucan, ¿hablas en serio? —Gideon dio una sacudida a su cabeza—. Hay una pequeña niña que vive aquí en el complejo que va a tener su corazón roto si algo le pasa a Hunter. Podría no estar ganando una disputa de personalidad, pero Mira lo adora. Por extraño que esto va a sonar, creo que el sentimiento es mutuo. Has visto cómo es él de cuidadoso con esa niña. Él sabe que si no fuera por Mira que aboga por su vida después de la incursión reciente de Dragos, Niko habría puesto una bala en su cráneo. Hunter haría cualquier cosa por esa niña.

—Eso no disminuye el hecho de lo que es —Lucan le recordó a Gideon y a los otros—. Quiero creer que está de nuestro lado tanto como los demás — demonios, como van las cosas últimamente, lo necesitamos de nuestro lado. Pero no olvidemos que hasta hace tres meses él era justamente otra arma en el arsenal de Dragos. Una piedra-fría, un arma mortal.

Gideon dio un gesto de aceptación.

—Quizás Tegan debería tener una charla con él, ver qué clase de lectura consigue sacarle al chico-saldado ahora. —Dijo él, refiriéndose a la capacidad de Tegan de distinguir las emociones de alguien con un toque. Una habilidad que le había dado luz verde a Hunter cuando había dado su brazo al servicio de la Orden el verano pasado en Montreal.

—Tegan está recogiendo algo en el aeropuerto —dijo Lucan—. ¿Alguien sabe cuando Hunter tenía previsto regresar de sus patrullas esta noche?

A la ronda de encogimientos de hombros que recorrieron la habitación, Lucan dejó escapar un suspiro.

—Tenemos bastante en nuestros platos ahora sin tener que lidiar con una mierda como esta. Lo quiero inmovilizado, y quiero que tan pronto llegue Hunter podamos conseguir algunas malditas respuestas.

Kade, Brock y Chase murmuraron estar de acuerdo, luego salieron del laboratorio de tecnología juntos. Cuando se hubieron ido, Lucan giró su atención a Gideon.

—Si tienes alguna buena noticia de aquellos informes de desaparecidos que Dylan y Savannah han estado trabajando sobre las áreas del Refugio Oscuro, estaré encantado de oírlo.

De la mirada que Gideon le dio, Lucan tuvo la sensación de que su noche iba ir de mal en peor.

Reichen estaba sentado en la Rover con Tegan y Elise, poniéndose más ansioso con cada minuto. Claire se había ido hace un rato. Diecisiete minutos y contando.

Ella haría todo menos escaparse inmediatamente después de que él y Tegan hubieran estado discutiendo sobre qué hacer con Wilhelm Roth. Había sido imprudente de él hablar tan insensiblemente mientras ella estaba presente; se dio cuenta de eso ahora. A pesar del odio que sentía por Roth, el macho era todavía el compañero de Claire desde hacía muchos años, y eso contaba para algo. Él le debía una disculpa, que le daría tan pronto como ella regresara al vehículo.

Él había sentido el claro desconcierto de Claire durante el vuelo, también, y sabía que también era culpable de eso. Se sentía como un culo después de lo que pasó cuando ella había entrado en su sueño en el lugar de Danika. El sexo, mientras increíble, no había sido planeado. Él la había querido tan mal, y una vez que había estado de pie en frente de él—en su sueño mismo o no—él había sido incapaz de apartarla.

Era la otra parte del sueño que él lamentaba.

Igualmente imposible de contener, no había tenido intención de llevar a Claire al centro de la carnicería en su Refugio Oscuro. Tampoco había

querido exponerla a la otra parte de la verdadera pesadilla que lo había perseguido durante tanto tiempo, y siempre lo haría.

Nadie necesitaba ser testigo de ese tipo de horror, y aun menos ella. Ella no tenía la culpa de nada de eso, pero eso no había detenido a su mente de proyectarla en la matanza, y peor aún, en el papel de Helene. Su culpa sobre todo lo que había pasado con sus familiares y con Helene seguía siendo un crudo dolor en su alma.

Y si, quizás en algún rincón paranoico de su corazón él se preocupaba que, como Helene, Claire pudiera ser usada contra el - que su vínculo de sangre pudiera traicionarlo de alguna manera con Roth. Había un poco más que Roth podía hacer para hacerle daño; él ya había tomado todo lo que Reichen tenía.

Pero podría herir a Claire.

Reichen había soportado y sobrevivido más de lo que había pensado capaz de hacer. Si cualquier ráfaga viniera sobre Claire, especialmente por su indispuerta participación en su búsqueda de venganza, sabía sin duda que lo enviaría sobre el borde. Lo mataría, sin duda.

—Tarda demasiado —murmuro él, una extraña sensación de vacío empezaba a expandirse en su pecho. —Algo no está bien.

Elise giró hacia él desde el asiento del copiloto.

—Ha pasado un tiempo. Iré a asegurarme de que está bien.

La compañera de Raza de Tegan salió de la SUV y se dirigió a la terminal donde Claire había ido. Volvió a salir sin siquiera haber pasado un minuto, una mirada de preocupación que apretaba su boca mientras se apresuraba hacia el auto.

—No está en el baño. Revisé todos los puestos y la zona justamente afuera de la terminal. Ella no está allí.

—Maldita sea. Entra. Nena —dijo Tegan a Elise—. No puede estar lejos, conduciremos hasta encontrarla.

—No —Reichen abrió la puerta trasera y salió—. Me encargaré de esto. Creo que sé donde podría haber ido.

Comprendió por el vínculo de sangre que le decía que ella estaba moviéndose rápido para alejarse de él, centrando sus sentidos en ella como faro. El vínculo lo llevaría a ella, pero incluso sin ello, tenía la sensación de

que sabía donde Claire podría correr si estaba sintiéndose abrumada y confundida.

Tegan bajó su ventana y fijó su intensa mirada esmeralda en él.

—¿Seguro que no necesitas una mano?

Reichen sacudió su cabeza.

—Continúa sin mí. Tengo que ir tras ella.

Tegan le dio una inclinación de cabeza, y luego metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó un teléfono celular.

—Toma esto. Las dos últimas marcaciones rápidas te conectarán con el complejo.

—Gracias —dijo Reichen—. Estaré en contacto tan pronto como pueda.



Capítulo 15

Los pasos de Claire hacían un eco hueco en los pisos desnudos de la casa de su abuela. Había pasado mucho tiempo desde que había estado, el último gran estilo victoriano que se encontraba en la orilla de la bahía de Narragansett en bruto, pero aún se sentía lo mismo. Todavía olía a lo mismo, como la madera vieja y cera para muebles y el aire salado crujiente. Por supuesto, en el tiempo desde que fue modificada por última vez, antes de que ella la hubiera dejado como una mujer joven para comenzar sus estudios en el extranjero en Alemania, había cambiado mucho. Su abuela ya había fallecido, y ahora la finca se mantenía a nombre de Claire, como era la única heredera y la última de la línea de su madre. Ni siquiera Wilhelm sabía sobre este lugar. Ella había mantenido su existencia para ella sola, un secreto del que estaba contenta de tenerle.

Los cuidadores habían sido contratados fuera de la confianza, habían hecho un trabajo excelente cuidando de la casa y los extensos terrenos después de fallecer su abuela. Como se estipulaba en el acuerdo, una llave de repuesto estaba detrás de un ladrillo teóricamente suelto junto a la terraza, el mismo lugar que había sido utilizado desde el momento en que la madre de Claire era una niña que crecía en la vieja y gran casa. Claire había contado con que la custodia de la clave cuando había huido del aeropuerto de Boston y se montó en el autobús que la llevó a Newport.

Viendo que era donde había estado siempre había tenido la esperanza de que tal vez todo estaría bien otra vez. Tal vez todavía encontraría algo de paz y encontrar su verdadero hogar, cuando todo el polvo se asentó desde el levantamiento de su vida ahora mismo.

El problema era que con la esperanza ella seguía imaginando a Andreas en su futuro, y que sólo era esperanzarse a sí misma para decepcionarse.

Trató de sacarlo de su mente mientras se deslizaba a través de la planta baja de la casa, familiarizándose a sí misma con los recuerdos de su pasado distante.

Retratos de familia y arte enmarcado habían sido desmontados y embalados para su conservación. El mobiliario elegante con el que su abuela había tomado un cuidado meticuloso estaba envuelto en unos largos cobertores blancos, dándole un aspecto fantasmagórico, el aspecto olvidado incluso con todas las luces encendidas. Las cortinas y las persianas estaban echadas sobre las ventanas y la pared de puertas francesas que dejaba salir al patio que daba al mar.

Entonces Claire se acercó a las puertas francesas. Abrió, los cuatro pares, y dejó que soplara el viento salobre en otoño sobre el Atlántico. Su llamada era demasiado fuerte para que ella se resistiera. Ella salió y cruzó la gama de ladrillos de la terraza, patio, y luego bajó a la hierba, respirando profundamente el aroma del océano que siempre había querido para su casa.

Más lejos había un saliente de rocas que había sido uno de sus puntos de pensar favoritos. Fue allí ahora, navegando con cuidado sobre la voluminosa piedra negra en la oscuridad. Ella encontró el borde plano que formaba el asiento perfecto en el borde áspero de la saliente y se acomodó sobre ella.

Durante mucho tiempo, ella simplemente se quedó mirando el agua, observando el brillar de las olas bajo la pálida luz de la luna y las estrellas. Podía haber estado en ese lugar tranquilo durante más horas, pero la marea se arrastraba cada vez más alta en las rocas y de pronto el agua se la llevara lejos. Lamentablemente, se dio la vuelta y muy lentamente se levantó del borde. Cuando se puso de pie, ella se sorprendió al encontrar que no estaba sola.

—Andreas —dijo, sorprendida de verlo.

Su pecho subía y bajaba de manera visible, las inquietudes surgían a través de las líneas de su rostro tenso.

Claire tuvo que obligar a sus pies a permanecer conectados a tierra y no moverse hacia él reflexivamente. Ella no quería que él estuviese allí, a pesar de lo que su corazón parecía pensar.

—¿Cómo me encontraste?

A pesar de que ella hizo una pregunta de la que sabía la respuesta. Una raza con sentidos sobrehumanamente agudos. Como si el vínculo de sangre que ahora tenía con ella no fuera suficiente, podría fácilmente haber seguido su olor. No es que no pareciera dispuesto a explicárselo a sí mismo. Estaba

molesto y preocupado, y el hecho de que había venido de tan lejos para encontrarla debería haber sido tranquilizador, incluso halagador.

Podría haber sido, si no fuera por el hecho de que no había menos de cien kilómetros de distancia desde Wilhelm Roth, que era lo que necesitaba

Andreas para haber ido tan lejos por ella. Y cuanto antes, mejor.

—Te fuiste sin decir una palabra, Claire.

Ella no trató de burlarse de la ironía en eso.

—Yo hubiera esperado que te sería un poco más fácil de aceptar, teniendo en cuenta tu historia con las despedidas.

Se la quedó mirando, con los ojos entornados

—¿Qué pasa contigo?

Ella se encogió de hombros con una indiferencia que no sentía.

—Nada.

—¿Por qué te fuiste así? ¿No pensaste por un minuto que se verían afectados si simplemente desaparecieras sin explicación alguna? —Sopló una maldición baja y sacudió la cabeza, contrito, a pesar de que sus ojos estaban aún calientes por la ira—. Yo muy bien lo merecía, lo sé. Pero te asustaste mucho antes. Habla conmigo. Dime lo que está pasando.

Ella no podía decírselo. Temor por lo que haría si supiera que Roth estaba cerca, congeló esa parte de la verdad en la garganta. Ella desvió la mirada de su intensa mirada de sondeo.

—Tengo miedo, Andreas. Yo sólo quería estar en un lugar familiar, en algún lugar al que yo pertenezca. Después de todo lo que ha pasado, supongo que sólo quería estar en casa. Yo quería un poco de paz.

—Hogar y paz —dijo, la duda entre paréntesis, su boca con las líneas de tensión—. No, yo no lo creo. Tú saliste disparada de allí como si fueras yo y no podías salir con la suficiente rapidez. Quiero saber por qué. ¿Fue a causa de lo que pasó... en el sueño? Porque yo no quise hacerte daño. Quiero que sepas que te quiero.

Cuando ella sólo lo miró en un mudo tormento, su mano se acercó a acariciar suavemente su mejilla.

—Dios, Claire... todo lo que quería era mantenerte a salvo.

Un sollozo se abrió camino hasta la garganta.

—¿Por qué? —Murmuró—. ¿Por qué me muestras todo el cariño ahora, Andre? ¿Por qué no entonces?

Él juró en voz baja.

—Tuve que dejarte ir para mantenerte a salvo.

Sacudió la cabeza, poco dispuesta a aceptar esa excusa, pero él le cogió suavemente la barbilla. La almohadilla del pulgar era un suave contacto, rozando los labios.

—Me fui por lo que me había convertido. Tú lo has visto ahora, el fuego que vive dentro de mí. Yo estaba horrorizado al pensar en lo que podría hacer a los que amaba. Al igual que a ti, Claire. Cristo... especialmente a ti.

Ella tragó saliva con la garganta seca.

—¿Por qué no me dices todo esto a la vez? Podríamos haber trabajado a través de ella.

—No —dijo—. No había trabajo a través de él, entonces no. El artefacto explotó fuera de mí sin ninguna advertencia. Yo viví parte de mi vida sin saber lo que mi furia podía hacer. Una vez que se soltó la primera vez, es mi propiedad.

Me fui de Alemania porque era la única cosa que podía hacer. Me tomó gran parte del año, para finalmente llevar el fuego a los pies. En el momento en que regresé, ya estabas con Roth.

Claire escuchaba, tratando de poner todas las piezas en su lugar en su mente.

—Por lo tanto, toda tu vida, ¿nunca has sabido nada acerca de tu capacidad pirotécnica?

—No fue sino hasta la última noche que te vi.

—‘Hemos discutido’ —dijo, recordando sus palabras de despedida.

Llevaban a cabo la mayor parte de la noche en Hamburgo, disfrutando de la compañía del otro como lo habían hecho durante el puñado de meses que habían estado juntos. Pero entonces se habían convertido en celos cuando otra mujer comenzó a coquetear con él. Andreas había sido siempre

un imán para la compañía femenina, con su buena apariencia y su carisma fácil, pero él le juró que él sólo estaba interesado en ella. Claire no le creyó. Ella le dijo que quería una prueba, un compromiso de que su amor era verdadero. Cuando dudó, se había molestado y asustado que en realidad no la amaba. Ella lo llamó egoísta, irresponsable. Cosas desagradables. Ella había sido razonable y lo sabía, incluso entonces.

—Me arrepentí de mis palabras el momento en que las dije —le dijo ella ahora, una disculpa algunas décadas demasiado tarde—. Yo era joven y tonta, y yo era injustamente dura contigo, Andreas. —Se encogió de hombros.

—Y yo era un tonto cabezón que debería haberlo sabido mejor. En tu lugar, yo había estado muy ansioso de probar tu verdad. Después de dejarte en DarkHaven Roth, fui a la ciudad en busca de una pelea. He encontrado unas pocas, en realidad, y después de que hubiera hecho sangrar suficientes nudillos y utilizarlos para romper la cara de algunos otros, me encontré en un hotel de carretera en compañía de dos mujeres intoxicadas que me traje de un bar en el camino.

La decepción de Claire al conocer de ese momento fue retractada por su preocupación por lo que al parecer le sucedió a continuación.

—En algún momento, alguien llamó a la puerta. Otra mujer. La dejé entrar, y porque estaba distraído... por mi propia estupidez, no me di cuenta que tenía un cuchillo en la mano hasta que ella me cortó en la garganta.

Claire dio un respingo, torciendo su corazón ante la idea.

—¿Qué hiciste?

—Yo sangraba —respondió simplemente—. Yo sangraba mucho, pensé que me iba a morir por eso. Casi lo hice, de hecho. Yo estaba demasiado débil para luchar, cuando un grupo de hombres Raza entraron en la habitación y me llevaron a un camión en el callejón exterior. Me esposaron y me dejaron en el campo de un agricultor remoto para desangrarme y luego freírme hasta ser polvo con el amanecer.

—¡Oh, Dios mío. Andre... vi ese campo, ¿no? Tú me lo mostraste en tu sueño de ayer.

Su mirada era una respuesta a una confirmación sombría.

—En algún momento entre esas horas terribles, y el amanecer, sentí un calor natural que empezaba a arder dentro de mí. Siguió creciendo, hasta

que mi cuerpo estaba bañado en ampollas de energía. Y entonces explotó fuera de mí. No recuerdo todo, que es uno de los efectos secundarios menos desagradables, como me gustaría aprender. Los incendios quemaron dentro de mí, pero mi piel no se encendió. En los albores de tiempo empezó a crecer, las cadenas se habían disuelto. Traté de luchar por un poco de sombra, pero yo estaba débil por la pérdida de sangre. No vi a la joven hasta que ella estuvo de pie junto a mí.

Un nudo de miedo apretó detrás del esternón de Claire.

—¿Una chica?

Él asintió con la cabeza, sólo el más mínimo movimiento de su cabeza.

Tenía la boca estirada, su rostro rígido con pesar.

—Ella sólo puede tener unos diez o doce años, por la mañana llamando a un gato perdido. Ella vino a mí que luchaba con la tierra y me preguntó qué podía hacer para ayudarme. Debido a la lesión en la garganta, yo no tenía voz. No podría haber advertido de distancia, aunque yo no tenía la menor idea de lo que sucedería si ella se acercaba demasiado a mí, mientras mi cuerpo todavía moría con el calor.

Claire cerró los ojos, la comprensión ahora. Puso su mano en la mejilla, sin palabras para expresar el dolor que ella sabía que él debe haber sentido por lo que había hecho a la niña. El dolor era evidente que se sentía incluso ahora, todo este tiempo más tarde.

—Me arrastré fuera del campo como un animal, que es como me sentí. Peor que un animal, que ha destruido a alguien tan inocente y pura. Encontré refugio en una cueva para que pudiera curarme. Una vez que me recuperé, huí. No podía quedarme... no después de lo que había hecho. Y en el tiempo, ya que, a pesar de que pasaron muchos años sin que los incendios regresaran, yo todavía vivía con el temor de que podría lastimar a la gente que me importaba más. —Sus dedos eran la luz en su cabello, de licitación, ya que le rozó la frente. —Dejarte nunca había estado en mis planes. Después regresé y había oído que te aparearon a Roth, me quedé en Berlín, y me dije que estabas mejor con él. Así podría estar seguro de que siempre estarías a salvo de la muerte dentro de mí.

—He visto tu poder, Andre. He visto lo que puedes hacer. Pero no me duele, no me has hecho daño.

—Todavía no —respondió, su tono oscuro—. Pero ahora es más fuerte que nunca antes. Es imprudente de mi parte convocar a los fuegos de la

noche mi DarkHaven fue atacado. Es más mortal que antes, y cada vez que la furia cobra vida en mí, quema más caliente que la última vez.

Claire vio su tormento, pero en vez de despertar su simpatía, provocó la rabia a morder.

—¿Tu venganza vale la pena todo eso? ¿Es algo digno de quitarse la vida, a fin de tenerlo? Eso es lo que estás haciendo, Andre. Te estás matando con este terrible poder tuyo, y tú lo sabes.

Se burló bruscamente, una negación sin palabras.

—Estoy haciendo lo que se debe hacer. No me importa lo que me pase en el final.

—Yo —dijo—, ¡Maldita sea, me importa lo que te suceda! Estoy mirando ahora y veo a un hombre que está destruyéndose a sí mismo con furia. ¿Cuántas veces se puede salir de las llamas, sin perderse en ellas? ¿Cuánto tiempo antes de que el fuego consuma tu humanidad?

La miró durante un largo rato, su mandíbula cuadrada agarró fuerte.

Sacudió la cabeza.

—¿Qué quieres que haga?

—Para —dijo—. Para todo esto, antes de que ya no tengas la capacidad de ponerle fin.

La lógica era tan clara para ella. Había una opción obvia: se soltó de la rabia y de vivir, o continuar su búsqueda de venganza y de perecer, ya sea por el poder que podía ver era la destrucción de él, o por la guerra fue a propósito avivar con Wilhelm Roth.

—No hay que detenerse, Claire. He llegado demasiado lejos para dar marcha atrás y lo sabes. He presionado demasiado lejos a Roth estas últimas noches y las semanas que he estado buscando hacia abajo. —Él exhalado un suspiro cortado y la boca curvada en una sonrisa sin sentido del humor—. Irónico, ¿no? Que lo que me llevó lejos de ti, sea pues, lo que nos ha traído de nuevo juntos, tal como es. Pero lo que has dicho antes que es correcto. Te mereces la paz ahora... y te dejo a él.

Se acercó y apretó sus labios contra su frente, luego bajó un tierno beso en la boca. Dio un paso atrás, se volvió y comenzó a alejarse.

Claire le vio iniciar su partida. Su corazón se rompió un poco con cada paso que daba. No podía dejarlo ir, no como esto. No, cuando cada fibra de su ser estaba pidiendo a gritos que se quedara.

—Andreas, espera.

Él siguió, a grandes zancadas que lo llevaba cada vez más lejos de ella.

Ella no pudo haberlas frenado si ella misma estaba encadenada y dejada y olvidada detrás de él. Claire corrió hacia la hierba y le cogió la mano. Ella le dio la vuelta para mirarle, tantas palabras y pesares que obstruyeron su garganta.

—No te vayas —fue todo lo que pudo decir. Era raída, una súplica. Sus ojos oscuros brillaban con chispas de color ámbar. Su piel dorada parecía más estricta en la luna, su boca una popa, la línea determinada que no llegaba a ocultar el oleaje de colmillos detrás de los labios.

—Andre, por favor... no te vayas.

Claire se levantó sobre sus pies y curvó sus dedos alrededor de su nuca fuerte, arrastrándolo hacia abajo para cumplir con sus labios. Ella lo besó con toda la pasión que siempre había lugar para él—toda la desesperación, los anhelos imposibles que habían vivido en su corazón todos estos largos años.

Él le devolvió el beso con ardor aún mayor. Sus brazos la envolvieron, aplastándola contra él para que pudiera sentir el calor duro de su pecho y los muslos en su contra y la más difícil, una parte más caliente de lo que pulsa como un trozo de acero de espesor en la cadera. Claire se deleitaba en su excitación, en el cálido y áspero gemido que vibraba en sus huesos, mientras rompía el beso de enterrar su cara en la curva de su cuello y hombro. Él la quería, tanto o más que ella lo quería—necesitaba.

Este no era un sueño ahora. Esto era real y crudo, y así, tan correcto.

—Dios, Claire —jadeó, la punta de sus colmillos lesionando la piel suave de su clavícula—. ¿Por qué no pudiste dejar que me fuera?

Sacudió la cabeza, también le faltaban las palabras o la razón. Todo lo que sabía era el deseo que sentía por este hombre, era increíble, macho Raza honorable que debería haber sido suyo. Que nunca podría ser suyo una vez más, una vez que su búsqueda de la justicia lo consumiera, finalmente lo alejara de ella.

Claire le acarició las manos sobre los músculos dorsales de su cuerpo, depositando la cabeza hacia atrás para dejar que su boca vagara por donde quisiera en su piel. Ella jadeaba con el hambre, con las piernas debajo de su fusión con el calor que fue detonante en su núcleo.

Andreas retrocedió a mirarla a la cara. Se veía tan hermosa, tan salvaje y poderosa, que la hacía sufrir. Vio la pasión desnuda en sus crepitantes ojos de color ámbar y sabía que él vio la misma necesidad en ella. Ella no podía negarlo. Ella casi no era lo suficientemente fuerte como para intentarlo.

Demasiado tiempo se habían mantenido separados. Demasiados obstáculos que ahora parecían imposibles de superar. Pero tenían el deseo. Claire se estremeció con él, y sintió una vibración similar a través cursando Andreas mientras se aferraba a él.

-Por favor- susurró, que necesitado sentir su peso en su contra. Necesitaba sentir su cuerpo fusionándose con el de ella, no en un sueño o la memoria, pero la carne a la carne. Desnudo y carnal.

—¡Oh!, Dios, Andre... por favor estate conmigo de nuevo ahora.

Él gruñó contra su garganta, una blasfemia en bruto, que sólo hacía latir el pulso más fuerte.

Con seguridad y una gracia fluida de movimiento, la levantó, alzando sus pies del suelo y cargándola con fuerza en los músculos de sus brazos. Él la llevó a través del césped, a las puertas francesas de la casa. En el interior, que poco a poco la dejó en medio de los envueltos, muebles fantasmales. La besó con ternura, con dulzura, agarró el borde de una sábana blanca que cubría una antigüedad, una silla acojinada y la echó a un lado.

Claire se dejó guiar por él al asiento elegante, recostada mientras él se cernía sobre ella como una especie de inmenso, de otro dios. La besó un poco más, mientras sus dedos empezaron desabrochar los botones de su suéter.

A diferencia de su encuentro en su sueño, esta vez la ropa no se limitó a disolverse. Andreas se tomó su tiempo para desnudarla, la boca rozando con adoración en cada pulgada de su piel, como dio a conocer de ella. Él succionó los pechos y se burlaban de la curva de su vientre y cadera. Cuando cuidadosamente le quitó los pantalones y las bragas, metió la cabeza entre los muslos y cortaba enloquecedoramente la tierna piel, su lengua pegada a los pétalos húmedos de su núcleo.

Claire echó atrás la cabeza y gimiendo de placer, mientras él la amaba con su boca y le tomaba el pelo con las puntas blancas de sus colmillos.

Su primer orgasmo la tomó por sorpresa total. Se abalanzó sobre ella y la llevó a lo más alto, el placer que ella no podría contener más que el grito roto que envió hasta el techo, mientras el orgasmo se apoderó de ella. Andreas rodó en su amor, paciencia, a pesar de que le temblaban las manos, ya que patinaba sobre su cuerpo desnudo, amasaba y acariciaba su piel caliente.

—Sabes tan bien —murmuró contra su humedad -Incluso más dulce de lo que yo recordaba. Mejor que cualquier sueño Claire puso las manos sobre sus hombros, empujando de vuelta cuando ella se enderezó. Ella le facilitó abajo, y luego se arrastró por encima de él, a caballo entre las piernas con los muslos desnudos. Le pasó las manos por debajo de la camisa abierta, desnudándolo para que su boca lo explorara.

Cuando ella había trabajado su camino hasta la garganta, le despojó de la camisa por completo y dejó que sus ojos disfrutaran de la belleza única de sus patrones de dermaglyph. Ahora, con el deseo grabado en cada músculo tenso de Andreas y expresión, sus glyphs fueron inundados con el añil, burdeos y oro más oscuro. Claire trazó con la punta del dedo, luego con la cabeza inclinada y siguió los remolinos intrincados y floridos con la lengua como había deseado a morir desde que lo vio sentado en la orilla del lago iluminado por la luna de su sueño.

Algunos de los glyphs de seguimiento de más abajo de su cuerpo, lo recordaban vívidamente. No quería descuidar ninguna parte de él, Claire le desabrochó el botón de su pantalón y le aflojó la cremallera. Contuvo la respiración mientras le acarició la suave piel de la ingle y recortaba su carne tierna. Cuando tiró de los pantalones abajo, más allá de la liza, que sobresalía la cabeza de su pene, a continuación, más abajo, exhaló un juramento escrito.

Claire besó a su manera alrededor de su polla gruesa, admirando la anchura, la longitud y la potencia de él antes de que bajara la cabeza y tomara la punta roma de él en la boca. Ella sólo jugaba, por ahora, amantes de la seda, el sabor salado de él. Ella no quería apresurarse. Ella quería prolongar este momento, esta noche robada que había soñado durante tanto tiempo.

Cuando habló, su voz ronca de pasión y un fresco, necesitaba encender.

—¿Tienes alguna idea de cuántas veces quise buscarte cuando yo estaba durmiendo? Había días, a veces semanas a la vez, cuando eras todo lo que pensaba... todo lo que lo que quería hacer era salir corriendo a buscarte. Para conocer este placer de nuevo contigo. Tú fuiste el único, André. Siempre has sido tú.

Él gruñó, un sonido de posesión total, descarado. Sus manos estaban en bruto en el pelo, con fuerza contra la parte trasera de su cráneo mientras se inclinaba sobre él una vez más y se lo llevó totalmente a la boca. Él se arqueó, silbando un grito mudo mientras se hundía más profundamente en él.

—¡Ay, Dios! —dijo con voz entrecortada—. Eso se siente tan condenadamente bien. Claire, no te detengas...

Ella no se detuvo. Ella no se cansaba de él, ni siquiera cuando su cuerpo se estremeció duro y su puesta en libertad rugió de él. Ella lo acarició con la lengua y la garganta, ávida de todo lo que le daría después de tantos años de quererle. De amarlo.

Ella no podía negar que era amor lo que sentía por él a medida que se fuera de su alcance y saqueara su boca con febriles, besos exigentes. Era amor lo que llenaba su corazón mientras llenaba su cuerpo con el suyo.

El amor que le hizo gritar su nombre mientras él la trajo a la altura de otro punto culminante devastador, antes de empezar a seducirla de nuevo.

La perra estaba dolorosamente probando su paciencia. Wilhelm Roth cerró sus manos en puños y las condujo a través de la ventana nublada del almacén de Boston al que se había visto obligado a trasladarse hacia poco. El dolor pasó a través de él como cuando sacó la mano de los cristales rotos, la carne sobre los nudillos rallados y ensangrentado. Sabía que Claire se iba a sentir, también, si de lejos, tal y como se sentía con la prueba de su infidelidad actual con Andreas Reichen.

Su placer hizo hervir el ácido en el estómago. Que esa alegría la compartiera con Reichen le dio ganas de matar a ambos.

Salvajemente.

Había estado más que un poco sorprendido al detectar la presencia de Claire, cerca de Boston a principios de esta noche. La conciencia de ella se había desvanecido ya, pero estaba seguro de que ella estaba en Nueva Inglaterra, en alguna parte. Ella y Reichen tanto, al parecer, lo único que lo de la caza a la pareja por el hecho de que sus manos estaban llenas con la

misión actual de Dragos en la ciudad. Sus prioridades se habían hecho muy claras por Dragos cuando lo había desterrado a Boston, y Roth no iba a defraudarlo.

Él tendría su oportunidad de hacer que Claire y su maldito amante pagaran.

Estaba seguro de que tendría una gran oportunidad para infligir un gran dolor en ambos pronto.

Y él no podía esperar.

Él había estado masticando el hecho de que Dragos, Reichen, había dado a entender que estaba involucrado con la Orden. No sería sorprendente si fuera cierto. A pesar de la arrogancia del varón y la insubordinación, había sido durante mucho tiempo un aire de auto-justicia hacia él.

Roth supuso que el hombre había suscrito a un determinado código de honor, aun así, en el pasado, cuando estuvo husmeando en las faldas de Claire después de Roth ya había decidido que sería para él solo. No importa que ya tenía una compañera, él y Ilsa habían sido un partido de pobres, que le había hecho a toda prisa en un momento de pasión y aburrido no mucho tiempo después.

Tendría que haberse librado de ella antes de lo que había hecho, pero luego Claire se acercó y le dio la excusa que necesitaba.

O, más bien, Andreas Reichen había proporcionado la excusa, poco tiempo antes de que otro hombre hubiera encontrado a la bella Claire Samuels.

Roth se había preguntado a menudo si Reichen contaba el desprecio hirviente que había inspirado al que Ilsa se había mostrado poco débil un gesto de amabilidad en la recepción DarkHaven. Había sido una cosa pequeña, en realidad, una chaqueta seca para cubrirlo cuando Roth los había enviado a un balcón empapado de lluvia, cuando se atrevió a contradecirlo delante de sus compañeros. Había tenido la intención de castigarla en privado, pero Reichen había paseado por su exterior y la descubrió sentada sola en el frío. Aunque parezca increíble, había tenido el descaro de insistirle que tomara su abrigo y luego dispuso su conductor a enviarla a su casa sin el permiso de Roth.

Roth se encendía incluso ahora con sólo pensar en ello.

Había pirógena entonces, también, y esperó una oportunidad para poner a Reichen firmemente en su lugar. Se encontró que el azar, una vez Claire llegó a Hamburgo y llamó la atención de hombres de casi todas las razas disponibles en la región. Reichen incluido. Así que Roth había esperado y observado, y cuando fue el momento, había tenido a sus hombres frente a Reichen. Luego se lanzó a la tarea de ayudar a los pobres, Claire devastada recogió los pedazos de su corazón destrozado. Tomando como su compañera no era más que formación de hielo en un pastel ya delicioso.

Oh, él había tenido que matar a Ilsa para despejar el camino, pero fue un pequeño inconveniente de tener la satisfacción de saber que había hecho su punto con Reichen y robar a la mujer que amaba.

No podía haber estado más sorprendido al saber que Reichen había reaparecido en Berlín ese mismo año. Para crédito de los jóvenes de sexo masculino, después de lo que probablemente fue una lección muy amarga de aprender, se quedó muy lejos de Hamburgo, y de Claire. Hasta el verano pasado, cuando la prostituta humana que había sido la última amante de Reichen comenzó a husmear en los asuntos de Roth.

No había tenido paciencia para tratar con Reichen de nuevo, y así que había enviado un muy rápido, claro mensaje a la DarkHaven Berlín, donde Reichen y su familia vivían. Rápida y clara, pero no lo suficiente a fondo, ya que el ataque había dejado Reichen vivo. No de nuevo, Roth prometió.

Cuando volviera a tener a Andreas Reichen en su mira, el hijo de puta moriría.

Tanto mejor si podía enviar a Claire con él a la muerte. Las agradablemente sádicas reflexiones de cómo se podría lograr estos dos objetivos se arremolinaban en su cabeza cuando el teléfono celular en el bolsillo del abrigo sonó.

—Sí, señor.

—Confío en que su operación se lleva a cabo como estaba previsto — dijo

Dragos, en un tono casi retando a Roth a defraudarlo.

—El desvío está perfectamente bajo control, señor. Como le prometí que sería.

Dragos gruñó.

—Mantente en este camino. Estoy casi terminando con los preparativos aquí. Pronto el nuevo objetivo estará en marcha.

—Muy bien, señor —dijo Roth—. Voy a continuar con el plan como lo hablamos y aguardando más comandos.



Capítulo 16

A la mañana siguiente, mientras que Reichen se quedó y trató de no ser paranoide sobre el peligro que acechaba en cada esquina de la calle o callejón, Claire se marchó de la casa con sus euros restantes y se dirigió a la ciudad a cambiar el dinero y recoger algo de comida para ella y ropa fresca para ambos. Reichen había intentado convencerla de que esperara hasta la noche cuando podía ir con ella, sólo en caso de que se metiera en problemas, pero ella le rozó con una mirada y lo dejó sentado en la casa. Se había olvidado de que tan independiente era, y una parte de él admiraba el hecho de que varias décadas bajo el pulgar de Roth no había robado su espíritu.

Sin embargo, él se preocupó.

Él sabía que ella estaba a salvo de Roth o Dragos o cualquier otro miembro de la Raza tanto tiempo como durara el día y el sol los mantuviera en el interior, encerrados. Pero la parte protectora de él, la parte que aún no había aceptado que no era el líder de un DarkHaven, responsable de mantener su hogar y su familia fuera de peligro, se opuso a la idea de que Claire caminara por ahí sin él. Ella era demasiado preciosa, demasiado vulnerable en un mundo lleno de peligros ocultos.

Ella era un tesoro digno de preservarse a cualquier costo.

Y ella no era su...

Maldita sea, ella no era suya, pero tomó un poco de esfuerzo para recordar la noche anterior. Habían pasado una increíble noche juntos, hacer el amor en la sala de estar con vistas al Atlántico, luego otra vez arriba, en la cama con dosel en la sala de palacio que había sido de Claire cuando ella era una mujer joven en la casa de su abuela. Y otra vez antes del amanecer de esta mañana, después de que ella se había levantado para asegurarse que todas las persianas y las cortinas estuvieran corridas para protegerlo del sol.

Le habría gustado haberla seguido en la ducha antes de que se marchara para realizar sus actividades, pero lo reprendió suavemente y le

recordó que tendrían mucho tiempo, juntos. Pero no tenían ese lujo, y él lo sabía. Era fácil imaginar que su reunión era un respiro en un entorno idílico, sin constantes recordatorios de la oscuridad que habían dejado atrás en Alemania podría durar para siempre.

No podía.

Se sentía tan bien el estar de nuevo con Claire, ellos no podían quedarse en Newport juntos por mucho tiempo. Hasta que Roth fuera encontrado y eliminado, ella necesitaba estar en un lugar protegido y fuera de su alcance, no le iba a gustar, pero siempre que Roth estuviera vivo y capaz de poner sus manos sobre ella, tenía que estar bajo la guardia de la Orden. Cuanto antes mejor.

Para Reichen, cada minuto que no estaba buscando a Roth era una oportunidad para que el bastardo cavara más profundo de donde estaba y continuara sus maquinaciones junto a Dragos. Reichen sabía que tenía que gastar cada respiración y agotar todos los esfuerzos para cazar a Roth. Su venganza aún ardía en su vientre y su problema con Wilhelm Roth no sería perdonada simplemente porque él tenía a Claire para calentar su corazón y su cama.

A Roth no se le puede permitir que continúe respirando cuando es malo hasta la médula. Ni mientras que podría decidir sancionar a Claire apartándola de la vida Reichen de nuevo.

Con aquel pensamiento alimentando su cabeza, él sacó el teléfono celular que Tegan le había dado y pulsó el último número de la marcación rápida. El número sonó dos veces antes de que el acento Británico de Gideon contestara la línea.

—¿Quién habla? —dijo la voz al otro lado de la línea.

—Es Reichen. Pido disculpas por no llamar anoche.

—No te preocupes. ¿Dónde estás?

Desnudo después de su reciente ducha, se recostó en una silla en—

—Newport, Rhode Island.

—¿Te encuentras con tu hembra?

—Sí —respondió Reichen, sin molestarse en aclarar que ella no es su hembra, de hecho, su nada.

—Todo está bien. Claire está a salvo, y yo también. ¿Has encontrado algo sobre Roth?

—Nada todavía, pero estamos trabajando en ello. Estoy sobre un par de contactos internacionales en estos momentos. Confía en mí, queremos conseguir a este bastardo tanto como tú. Él puede ser nuestro vínculo más sólido para llegar a Dragos en este momento, así que estamos golpeando con fuerza sobre cada pista que podemos juntar sobre él.

La forma en que Gideon habló, le hizo a Reichen considerar el hecho de que él debería estar ahí con los guerreros, profundizando en todas las pistas sobre el paradero de Roth y ayudarlos a encontrar al hijo de puta. Estaba ansioso por hacer precisamente eso, sentía en las palmas picazón con la necesidad de estrangular el cuello de Roth hasta dejarlo sin vida, por todo lo que había hecho.

—Entonces, ¿cómo está la historia ahí en Newport? —Preguntó Gideon—. ¿Te vas a retrasar allí un ratito más?

—No —dijo, a pesar de que su respuesta había estado dividida entre lo que su corazón quería decir y lo que su deber le exigía—. No más retrasos. Tengo que aclarar unas cosas, pero Claire y yo podemos estar listos para que nos recojan más tarde esta noche si es que se puede arreglar.

—No hay problema. Puedo tener uno de los hombres alrededor de una hora después de la puesta del sol.

Reichen frunció el ceño, calculando el breve lapso de horas, que le dejarían para darle la noticia a Claire, que iba a ser en cuanto llegara a su casa. Otra vez.

—Es posible que necesite un poco más de tiempo Gideon. Claire no sabe que yo he llamado, o que vamos a salir esta noche de Newport. Ella acaba de salir de una jaula dorada, tengo la sensación de que no estará ansiosa de que la llevemos a otra.

—Ah. —El guerrero dejó escapar un suspiro de poca profundidad.

—Por lo tanto tengo que hablar con ella de un par de cosas.

—Bien, buena suerte con eso.

—De hecho —respondió Reichen, sabiendo que era una conversación que debió tener antes con Claire—, voy a estar en contacto más adelante sobre la programación de la camioneta.

Al desconectar la llamada, la cerradura de la puerta delantera se abrió. Claire entró, mirando con cautela dentro de la casa para asegurarse de que no estaría en el camino de la luz que se derrama en torno a ella.

—Hola —dijo sonriendo mientras cerraba la puerta y se puso de pie para saludarla.

—Estás desnudo.

—Y tú deberías estarlo —dijo, sorprendido por la rapidez con que su cuerpo respondía a la vista de ella—. ¿Cómo te fue con las compras?

—Con éxito. —Levantó dos bolsas llenas de comestibles en una mano y un montón de bolsas de tiendas departamentales en el otro—. Una de estas bolsas es para ti —dijo, sosteniendo una bolsa con el logotipo de una tienda de ropa para hombres—. Este es un juego de sábanas y almohadas, y el resto es para mí. No puedo esperar para ponerme algo más fresco que estas cosas.

Reichen caminó hacia ella, con sus intenciones descaradamente claras.

—Creo que debería ayudarte. —La sonrisa que le dio de respuesta fue juguetona—. Mato al que trate de separarme de ti.

—Primero tienes que atraparme a mí.

Dejó caer las bolsas de comestibles y corrió hacia la escalera con las bolsas de ropa a su lado. Reichen se lanzó tras ella, dando un paso por cada tres de los suyos. Él la tomó a mitad de camino hasta el segundo piso. Se escuchó un grito de sobresalto disuelto entre risa, entonces, en poco tiempo, gemidos y suspiros de una mujer plenamente satisfecha.

Esa noche, después de una larga ducha caliente Claire se secaba con la toalla, su cuerpo estaba todavía zumbido de las horas de amor que había pasado con Andreas. Ella salió del baño y lo encontró descansando como un rey en la cama. Su larga, musculosa pierna se extendía hasta el final del colchón, la otra doblada por casualidad en la rodilla. Estaba apoyado en las almohadas, su brazo derecho escondido detrás de su cabeza. Los glifos en el torso, brazos y muslos estaban aún con vida pero poco a poco cambiaban hacia el tono dorado de su piel.

Incluso en reposo, su sexo era impresionante.

Ella no podía acostumbrarse a verlo desnudo. La lenta curva de sus labios, le dijo que no sabía exactamente lo que la vista de él le hizo a ella, y

su ego masculino, por no mencionar otras partes, se enorgullecían de ser observados de manera regular y agradecida.

Claire se rompió del hechizo que su cuerpo desnudo parecía poner sobre ella y se acercó a recoger la ropa limpia que había escogido para vestirse. Ella le dirigió una mirada irónica, sacó las etiquetas de fuera del par de pantalones vaqueros y el suéter de color gris pálido.

—Eres malo para mí, ¿sabes?

—Sin duda —replicó, pero mientras ella estaba bromeando, parecía sombrío. Él parecía preocupado de alguna manera, como si los pensamientos oscuros le pesaran. Estaba a punto de preguntarle qué le pasaba cuando se levantó de la cama y caminó hacia ella, trayendo una ceñida falda de lana negro con él—. Usa la falda esta noche en lugar de los pantalones vaqueros, también las botas altas.

Ella lo miró, dudosa.

—Puedes mostrarme los alrededores de tu ciudad natal.

—¿Ahora? —preguntó ella, sin duda emocionada por la idea.

Parte de su duda era por el hecho de que todo el día Andreas lo había pasado sin mencionar a Wilhelm Roth o el negocio con la Orden que todavía le esperaba en Boston. Claire no quería que ninguna de esas cosas interfirieran en su tiempo juntos, pero no era tan ingenua como para pensar que un par de horas de sexo, sexo realmente sorprendente, le haría olvidar la venganza que él arrastraba.

Como ella lo veía, esta era quizás una pausa placentera antes de una tormenta. Que podría despertar y encontrar que este breve escape con Andreas había sido sólo un sueño. Esperó a que ésta fracción de tiempo perfecto se hiciera añicos y derrumbara a pedazos alrededor de sus pies, pero la sonrisa de Andreas era tan encantadora como siempre, más aún, su cuerpo todavía estaba caliente y emitiendo zumbidos por el resplandor de su amor.

—Ha pasado mucho tiempo desde que te pedí una cita adecuadamente, Claire. ¿Aceptas?

—Sí. —Ella asintió con entusiasmo—. Me encantaría.

—Vístete —dijo—. Voy a darme una ducha y espérame en la planta baja.

Ella estaba feliz como una colegiala recién enamorada, se puso la falda y el suéter, y luego se colocó las botas sexy y bajó flotando hacia la sala a esperarlo. Cuando bajó unos minutos más tarde, recién duchado, afeitado y vestido, su cabello castaño despeinado y húmedo alrededor de su rostro, Claire sintió un tirón en el pecho. Se veía increíble en el pantalón gris y la camisa negra de seda que le compró. Tan asombroso, todo lo que quería hacer era quitárselos y tener su cuerpo desnudo con ella de nuevo.

—¿Estás lista? —preguntó.

Ella asintió y tomó su mano extendida. Fue una noche agradable, pero claro, recorrieron la corta distancia al centro histórico de Newport. Había cambiado mucho desde la última vez que Claire había estado en su hogar hace unos veinte años atrás. Boutiques, tiendas familiares, y los restaurantes habían sido desplazado por los hoteles y tiempo compartido, las cadenas de ropa al por menor y restaurantes chic.

La parte favorita de Claire de la ciudad seguía siendo los muelles de Newport. Los muelles era un lugar mágico, especialmente de noche. Flotando suavemente en la corriente oscura, de entrada era una mezcla ecléctica de yates y veleros millonarios atados juntos a los pescadores comerciales y barcos turísticos en todas partes del puerto. Galerías, tiendas, restaurantes y salieron a las calles peatonales de ladrillo que los llevó a los muelles, radiantes con suaves luces amarillas y vibrantes con el sonido de la risa y la conversación de una multitud de turistas de finales de otoño que estaban de paseo, al igual que Claire y Andreas.

Ahí fuera, entre esta humanidad inmensa, tan anónima y muy lejos del trauma y la violencia de la vida que había dejado sólo un par de noches, Claire casi podía cerrar los ojos e imaginar un futuro en paz. Tanto mejor con su mano suavemente atrapada por el control de Andreas. Con él a su lado como esta, casi podía fingir que su amor era como lo había sido antes, con nada más que la aventura y la felicidad delante de ellos.

Claire trató de no pensar en Wilhelm Roth. Ya no podía pensar en él como su pareja, si alguna vez había realmente llenado ese papel. Ella sabía que era peligroso, más aún ahora que era consciente de que se había acostado con Andreas. Le había hecho conocer su disgusto anoche, cuando le envió una punzada de dolor físico a través de la conexión de sangre que compartía con él. Su mensaje no pudo ser más claro. La mate o no, Wilhelm Roth ahora era su enemigo tanto como era de Andreas.

Ese pensamiento se aferró a ella cuando entraron a una chocolatería gourmet junto al muelle.

—Ven aquí —dijo, la llevó a las vitrinas brillantes que contenía un surtido de deliciosos dulces.

Claire le miró con curiosidad, sabiendo que el sistema digestivo de la raza no podía procesar los alimentos humanos, excepto en las cantidades más insignificantes y, en general sólo para efecto de aparentar ser un ser humano. Que era una lástima, pensó, mirando la colección de chocolates que la deslumbró a los ojos y la tentación del paladar.

—¿Cuál quieres probar primero?

Se mordió el labio, en apuros para decidir.

—El brillante con las franjas rojas se ve bien. Ooh, también la pequeña con las manchas de oro en ella. Y el que tiene coco en la parte superior.

Mientras ella estaba vacilando entre sus opciones, un calvo, hombre de mediana edad salió de la parte trasera de la tienda con suministro. Él les dio una sonrisa amable y un gesto de saludo, dejó sus cosas detrás del mostrador.

—Otra buena noche de verano —dijo—. ¿Podría ayudarlos en algo?

—A la señora le gustaría probar algunos de sus chocolates —dijo Andreas.

—Por supuesto. ¿Cuáles son de su interés, querida?

Claire levantó la vista y se reunió con la amable mirada del comerciante.

—¿Puedo probar un poco de ese chocolate?

Él asintió con la cabeza.

—Una excelente elección. Es el chocolate de la casa.

Claire dio un pequeño mordisco y saboreó el sabor agridulce de cacao con un porcentaje alto de chocolate oscuro. Se derritió como mantequilla en la lengua.

—¡Oh, mi Dios! —murmuró alrededor de la explosión de la felicidad en la boca—. Es maravilloso.

El tendero sonrió, sus ojos parecían detenerse en el rostro de Claire durante un buen rato antes de que mirara a Andreas.

—¿Para usted, señor?

—No, gracias. Pero por favor, dele lo que a ella le guste.

El hombre se echó a reír.

—Una filosofía de sabios.

Claire señaló al chocolate oscuro con franjas rojas.

—¿Cuál es éste?

—Es chocolate negro con puré de frambuesa. ¿Quiere uno?

Y cuando Claire lo miró él sintió que lo reconocía.

—Lo siento —dijo frunciendo el ceño—. ¿Nos conocemos?

—No, no lo creo.

Se rió, se rascó la barbilla gris.

—Usted se ve como alguien que conocí hace mucho tiempo. La viva imagen, de hecho.

—¿Es eso cierto? —Preguntó Claire, su atención se dirigió hasta la etiqueta de latón plateado que llevaba el logotipo de la tienda y su nombre: Robert Vincent—. No creo que te conozca.

—Es la cosa más descabellada. Te ves exactamente igual que una compañera mía de la escuela secundaria. ¿Te dice algo el nombre de Claire Samuels? ¿Significa algo para usted?

Junto a ella Andreas había guardado un mortal silencio. Claire parpadeó, sorprendida al oír su nombre de soltera salir de la boca del hombre. Por supuesto que podrían haber sido compañeros de clase. Ella había viajado a estudiar en el extranjero cuando tenía veinte años. Si no fuera por la sangre de Wilhelm Roth y la composición química inusual de su propio cuerpo, ella tendría signos externos similares de la mediana edad. En cambio, parecía la misma de hace treinta años.

—M-mi madre —balbuceó—. Usted debe estar pensando en mi madre.

—¡Ah! —Su sonrisa fue aún mayor ahora—. Su madre, por supuesto. ¡Dios mío, usted podría ser su gemela!

Claire sonrió.

—He oído eso de vez en cuando.

—Debemos seguir nuestro camino —dijo Andreas, con un tono oscuro en su voz.

—¿Cómo está su madre? —Preguntó el tendero.

—Bien —respondió Claire—. Ella ha estado viviendo en el extranjero durante muchos años.

—Ella era la chica más guapa de nuestra clase, también una de las más amables. Tocaba el piano. Ahí es donde la vi por primera vez. Yo era asistente del director de la orquesta sinfónica en nuestra escuela secundaria.

—Buddy Vincent —exclamó Claire, recordando el muchacho simpático, pero con dificultad, ya que miraba un rostro cansado y envejecido por el tiempo, un hombre mortal.

—¿Ella le contó de mi entonces? —Dijo sonriente.

Andreas se aclaró la garganta con impaciencia, pero Claire lo ignoró.

—Siempre fue muy dulce —dijo Buddy, recordando cómo, muchas veces había intentado hacerla sentir bienvenidos y especial en un momento en que ser diferente no siempre era la cosa más fácil.

—Significó mucho para ella que usted fuera su amigo.

—Bueno —dijo. Se acercó a recoger a una de las cajas de regalo de las pequeñas y empezó a llenar con varias piezas de los dos chocolates que llamaron la atención de Claire—. Nunca fue una tarea ser amable con una mujer joven y bella. Cuando usted hable con ella, por favor, dígame a su madre que le envió mis mejores deseos.

—Lo haré —dijo Claire.

Volvió y le entregó la caja llena.

—Disfrute de estos, con mis saludos.

—¿Está seguro?

—Vamos a pagar por ellos —dijo Andreas, al mismo tiempo—. ¿Cuánto cuestan?

Buddy sólo sacudió la cabeza.

—No aceptaré su dinero. Por favor. Son un regalo.

Claire se acercó y le dio la mano de una compresión suave.

—Gracias, Buddy. Fue un placer verte.

—Cuídese mucho. Usted y su hermosa madre.

Claire dijo un amable adiós a su antiguo compañero de clase, y Andreas salió en un silencio extrañamente inquietante. Más que eso, parecía francamente irritado por algo.

—¿Estás... celoso?

Resopló.

—Por favor.

Claire echó atrás la cabeza y se rió.

—¡Oh, no lo puedo creer! Caminamos a través de una multitud de hombres y mujeres por igual. ¿Y crees que me llama la atención un anciano inofensivo?

—Ningún hombre es inofensivo, Claire.

—Vincent Buddy tiene fácil unos cincuenta años de edad y es tan dulce como un gatito—, señaló, sin dejar de sonreír y completamente divertida.

—Sigue siendo hombre —gruñó Andreas—. Y sigue mirando.

—¿Sí? —Claire agarró la parte delantera de la camisa para llamar su atención—. Entonces, mejor deja de pensar en él y me das un beso.

Con una mirada oscura que prometía más que unos besos, Andreas hizo exactamente lo que ella pedía.



Capítulo 17

Kade capturó el olor de sangre humana recientemente derramada a sólo un par de horas en la patrulla de la noche.

—Abajo a ese callejón. —dijo a Brock y Chase, quienes asintieron con la cabeza en silencio.

Los tres guerreros se dirigieron juntos, sigilosos, las armas desenfundadas y listas para disparar, mientras comenzaron a bajar el tramo sin luz de asfalto que separaba dos viejos edificios de ladrillo en la parte más sórdida de la ciudad. La estrecha franja de pavimento era asquerosa con el hedor de los desechos humanos y basura podrida. Pero nada de eso podía disimular el sabor cobrizo que emanaba del otro lado de un contenedor de basura en mal estado.

Kade alcanzó al primer ser humano muerto. Era una joven mujer esta vez, lacerada tan brutalmente como el varón que él y Brock habían encontrado la noche anterior. Por desgracia para ella, el vampiro que había masacrado su garganta, también había tenido un gusto por algo más. Su falda corta estaba destrozada en la parte delantera y manchada con la sangre. Sus brillantes uñas pintadas de rosa estaban rotas, sus rodillas raspadas, como si ella hubiera intentado sin éxito alejarse de su asesino.

—Jesús —murmuró Brock entre dientes—. Esta chica es la hija de alguien. Tal vez la hermana de alguien. Qué clase de maldito animal haría —

El puño de Chase subió en una señal para cortar la charla. Él señaló hacia los tejados sobre sus cabezas. Alguien estaba allí. El crujido de una pisada viajó hasta el callejón en la quietud de la tranquila noche de otoño.

¿Era Hunter?

Este nuevo cadáver verdaderamente parecía encajar en su pasatiempo aparente.

—Voy a subir. —Chase articuló.

—No sin respaldo. —Respondió Kade, pero el ex-agente ya estaba en marcha. Él desenfundó su arma y saltó sobre el contenedor de basura en silencio antes de saltar desde allí para agarrar la parte inferior de una escalera de incendios negra del edificio. Con apenas un ruido, escaló los peldaños de hierro desvencijado, después saltó arriba y sobre el techo.

Un tiroteo se desató en el instante en que Chase desapareció de la vista.

—Ah, mierda —siseó Brock—. Ese demente hijo de puta. Tú toma la escalera interior; voy a subir la escalera después de él.

Se impulsaron a través de vías separadas hacia el techo, ambos llegaron en cuestión de segundos para encontrar a Chase yaciendo en un charco de su propia sangre, manando de una feroz herida en el pecho. Él estaba gravemente afectado, pero respirando.

—Hijo de puta. —Dijo Kade mientras corría al lado del guerrero caído.

—No... él —gimió Chase, contrayendo la cara con el esfuerzo—. No era Hunter...

—¿Qué quieres decir, con que no es Hunter? —dijo Kade—. Entonces quién diablos...

Otra lluvia de balas entrantes atravesó la oscuridad desde un punto invisible. El metal silbó como una bala. Los viejos ladrillos destrozados.

Kade y Brock devolvieron el fuego, disparando hacia la fuente del asalto, pero sin ver nada sólido para apuntar. Más balas volaron a ellos.

Brock gritó de dolor repentino.

—¡Joder! Me han dado.

—Maldita sea—, gruñó Kade, echando un vistazo por encima a tiempo para ver que el gran guerrero negro había recibido una bala en la parte superior del bíceps. Se trataba de una herida debilitante, pero nada grave. Chase, por otro lado... mierda, el tipo estaba realmente en mal estado.

La furia por sus hermanos heridos rugió por las venas de Kade mientras él se apretujó fuera de una lluvia infernal de balas. Captó un destello de movimiento —oscuro contra la oscuridad— y vio a su agresor saltando a la azotea del edificio adyacente.

—Cabrón en movimiento. Voy detrás de él.

Dejó a Brock para cubrir a Chase y arrastró el culo tras el enorme vampiro que saltaba de un edificio a otro como un gato. Al no ser un Gen Uno, como era obviamente su presa, Kade no tenía ese tipo de velocidad, pero tenía determinación. Se mantuvo arriba, conduciéndose por el desorden de una variedad de sistemas de ventilación, puertas de acceso, tuberías sueltas y herramientas, y otros objetos que de alguna manera había encontrado en su camino por los techos sobre Boston.

Justo cuando estaba ganando terreno sobre el hijo de puta, él obtuvo un vistazo de más problemas encabezando su camino. En un techo lejano, otro Gen Uno vestido de negro salió. Este tenía un arma automática, también. Si ambos vampiros venían tras él con armas de fuego abrasadoras, estaba más que jodido.

Pero el segundo Gen Uno no abrió fuego sobre él. Él abrió fuego contra la presa que huía de Kade.

Hubo un ruido espantoso cuando las dos pistolas iluminaron la noche. Kade se quedó en la azotea más cercana y vio con asombro cuando el combate atravesó el camino de vuelta con armas de fuego de mano en mano.

La lucha fue feroz. Huesos fueron agrietados, la carne fue rasgada, y los sonidos que no eran nada cerca a ser humanos dividieron el aire cuando la batalla se intensificó.

Kade sostuvo su propia arma apuntada y preparada para abrir fuego, pero en medio de la pelea no podía estar seguro de a cuál de los vampiros eliminar. Finalmente uno ganó control sobre el otro. Él golpeó la cabeza de su oponente hacia abajo en el hormigón del techo, luego agarró lo que parecía ser un trozo de tubo y lo elevó por encima de su cabeza. El Gen Uno que lo sostenía soltó un rugido furioso, entonces trajo el tubo a estrellarse abajo como un martillo del propio infierno.

Un ruido metálico y agudo sonó un instante antes de que un relámpago de luz blanca y pura saliera disparado de la oscuridad.

Kade golpeó el suelo. El instinto lo llevó abajo sobre su vientre y lo mantuvo allí hasta que el rayo penetrante saliera un momento después. Cuando ya estuvo oscuro otra vez, se sentó en cuclillas. En la otra azotea, el Gen Uno victorioso también empezaba a levantarse. A pesar de la mayor parte de sus músculos y casi la totalidad de su sentido común diciéndole que mantuviera su culo plantado, Kade tomó su arma y saltó a través de la distancia para hacerle frente.

Él se acercó con cautela, el dedo listo para cargar al hijo de puta con un montón de plomo. Cuando se acercó, consiguió un vistazo del Gen Uno muerto. Su cabeza estaba separada de su cuerpo, quemaduras aún candentes en un círculo perfecto alrededor de su cuello y esos familiares dermaglifos que Kade había visto en el vampiro que había seguido la noche anterior.

En el suelo junto al cadáver ahumado había un collar negro y abollado equipado con algún tipo de dispositivo electrónico. El pequeño LED* era rojo intermitente, luego se desvaneció. (*LED.- Light-Emitting Diode, Diodo Emisor de Luz)

Kade miró el rostro del vampiro muerto y maldijo en voz baja. Chase tenía razón. No era Hunter. Se parecían lo suficiente como para ser relacionados en sangre –hermanos, incluso– pero no era el asesino Gen Uno que había llegado a bordo con la Orden hace unas semanas.

No, Hunter se levantó y se acercó a Kade ahora. Él echó una mirada desapasionada sobre la terrible muerte que acababa de propinar a alguien evidentemente muy cercano a él genéticamente. Se adelantó, después se inclinó para recuperar el extraño collar de su nido de sangre.

—La última vez que vi a Dragos, dijo que había otros como yo —dijo Hunter rotundamente—. He estado siguiendo a este en la ciudad durante las últimas tres noches. No está solo. Y más vendrán. Pronto.

Kade se pasó una mano por encima de su cuero cabelludo.

—Bueno, no son precisamente un rayo de sol encantador.

Hunter giró la cabeza y lo miró sin responder.

—Vamos —dijo Kade—. Vamos a cuidar de los demás y a informar al recinto.

Él no quería que su velada juntos terminara. El paseo alrededor de Newport había sido bastante agradable, aunque sólo para ver la forma en que Claire se iluminaba cuando le mostró todos los lugares que recordaba como una mujer joven, los lugares que todavía parecían importarle. Éste era su hogar, no Alemania. Ella pertenecía aquí, con las brisas saladas y la fresca Nueva Inglaterra otoñal ruborizando sus mejillas con un profundo y sonrosado rojo.

Reichen no podía verla regresando a Alemania. Él no sabía lo que iba a tener lugar en los próximos días o semanas, el tiempo que le llevaría

encontrar a Wilhelm Roth y quitarlo de su existencia. Ni siquiera sabía si él mismo estaría vivo una vez que todo el humo se disipara. Pero él sabía esto: el tiempo que tenía con Claire, ahora mismo, esta inverosímil y demasiado breve-reunión que estaban experimentando resultaría ser las horas más preciosas de su vida.

En verdad, si él no sobrevivía a su enfrentamiento con Roth, su muerte valdría la pena, sólo por haber conocido a Claire de nuevo como está y tener la certeza de que Roth no podría hacer nada para hacerle daño.

—Es realmente una lástima que no puedas compartir cualquiera de estos chocolates conmigo —dijo ella, mordiendo un pedazo mientras pasó junto a él dentro de la casa. Cerrando la puerta detrás de ellos, él encendió las luces para ella y observó el balanceo fluido de sus caderas en la falda negra que abrazaba su forma. Esa vista había sido lo más tentador de la noche—. ¿Estás seguro de que no puedo convencerte a probar aunque sea una pequeña pizca?

Él cerró el espacio entre ellos en aproximadamente el tiempo que le tomó a ella parpadear. La besó, barriendo su lengua más allá de sus labios suaves y dentro del delicioso calor de su boca. El chocolate era agridulce en su lengua, pero en ninguna parte tentadora como la sensación de ella en sus brazos.

—Delicioso —murmuró contra su boca—. Creo que tengo que comerte.

Ella rió y le dio un empujón burlón, pero sus ojos brillaban con interés cuando ella lo miró.

—Vamos a dar un paseo a lo largo de la costa.

Él sacudió su cabeza.

—Tengo una idea mejor.

—Oh, sí, apuesto a que sí.

Él sonrió, le dio en la mejilla enrojecida una caricia suave.

—¿Quieres hacer algo por mí en su lugar? —En su mirada inquisitiva, él tomó su mano y la acompañó al piano de cola* que estaba cubierto con una cortina de tela—. Toca para mí, Claire. (*Piano de cola. —es un tipo de piano en el que las cuerdas y la caja de resonancia se encuentran en posición horizontal.)

—Oh, no sé... —ella contesto con evasivas, frunciendo el ceño mientras él quitaba el gran cuadro de tela y revelaba el reluciente Steinway* negro—. Ha sido tanto tiempo sin tocar nada. Estoy segura de que sería terrible. Además, es probable que sean años desde que este piano ha sido afinado. (*Steinway.—marca del piano)

—Por favor —dijo, negándose a ser disuadido. Se irían de Newport en cuestión de un par de horas —tan pronto le diera la noticia a ella y llamara a la Orden para que enviaran un coche— y no sabía si este podría ser uno de sus últimos momentos juntos. Egoísta o no, él quería exprimir cada último momento de esta noche especial juntos—. Toca lo que quieras. No estoy interesado en la perfección. Sólo quiero escuchar tu música de nuevo. Para mí.

—Para ti —respondió ella, dándole una suave sonrisa mientras sacaba el banquito y se sentaba—. Está bien, pero no me culpes cuando tus oídos comiencen a sangrar.

Él se echó a reír.

—No tengo preocupación alguna. Toca, Claire.

Ella levantó la tapa que protegía las teclas, entonces suspiró pensativa cuando llevó sus manos a cernirse sobre ellas.

Desde las primeras notas, ella lo cautivó. No conocía la pieza que tocaba, pero era hermosa, inquietante y triste, intensa. Allí estaba un corazón roto en cada nota, el movimiento lírico tan profundo y emocional, sólo podía estar allí y dejar a la música moverse sobre él... a través de él.

Mientras la veía tocar la pieza de memoria, él sintió la profundidad de su propia reacción a la música. Ella estaba viviendo lo que tocaba, cada estrofa llena de significado. Era su propia creación, él se dio cuenta.

La bella composición había venido del propio corazón de Claire... su propia alma.

—Tú escribiste esa —dijo en voz baja cuando la nota final se desvaneció.

Ella lo miró con ojos brillantes.

—Después de que te fuiste, la música fue todo lo que tuve por un tiempo. Escribí varias piezas, incluyendo ésta. Me parecía que... no sé... las vacíe de mí en las primeras semanas después de que te fuiste.

Reichen se acercó a ella, movido por la fuerza de todo lo que estaba escuchando y sintiendo cuando estaba en presencia de esta mujer.

—Es increíble, Claire. Eres increíble.

Se sentó a su lado en el banquillo. Él miró dentro de sus ojos oscuros, sus dedos acariciando suavemente la lisa perfección de su hermosa piel morena.

Cuando él la besó en esta ocasión, no fue con hambre abrasadora sino con infinito cuidado y respeto. Él la sostuvo como si estuviera hecha de vidrio, adorando su boca como si fuera la más rara delicadeza.

Él la amaba.

Si él hubiera querido negarlo —incluso a sí mismo— la verdad lo estaba mirando a la cara ahora. Él amaba a esta mujer, a pesar de que ella no era suya. A pesar de que no era lo suficientemente bueno para ella, y nunca lo había sido. Si, sólo en eso, Roth había tenido razón hace todos esos años.

—Él sabe de nosotros —exclamó Claire en voz baja mientras Reichen la tenía en sus brazos—. Él sabe que hemos estado juntos, que yo estoy contigo ahora.

No lo sobresaltó escucharlo. El vínculo de sangre de Roth con Claire lo había traicionado a él. Pero el temblor de miedo en su voz hizo hervir la propia sangre de Reichen.

—¿Qué pasó? ¿Él hizo algo contra ti?

—Anoche, mientras estábamos haciendo el amor, él me dejó saber que era consciente de mi infidelidad hacia él. No sé lo que podría haber hecho, pero su mensaje de dolor vino fuerte y claro contra mí.

—No me lo dijiste —Reichen la llevó lejos de él y miró fijamente sus ojos—. ¿Por qué guardaste eso de mí?

—Porque no hay nada que hacer al respecto, Andre.

—Al igual que el infierno no existe —rechinó—. Tan pronto como sepa dónde se esconde ese hijo de puta, condenadamente bien voy a hacer algo con él.

Claire dio un respingo, movió su cabeza.

—Tengo miedo de lo que él te hará. Te matará si puede. Tienes que saber eso. No es un esfuerzo suponer que fue él quien trató de matarte de vuelta en Hamburgo hace tantos años. Él estaba allí en el DarkHaven después de que tú y yo discutimos. Yo estaba llorando cuando entró. Le dije lo que ocurrió, cómo deseaba más que cualquier cosa que me quisieras como tu compañera. Le conté todo, Andre. Y lo siguiente que supe, es que habías desaparecido. No pensé en el hecho de que le hablé a él sobre ti entonces, pero ahora...

Reichen la atrajo hacia sí y la besó en la parte superior de su cabeza.

—No has hecho nada malo. He sentido todo el tiempo que el asalto sobre mí fue demasiado personal y violento para ser al azar. Podría incluso no estar centrado exclusivamente en nosotros estando juntos. Pero si Roth tenía o no una mano en eso no importa, porque el resultado final —el cambio que se apoderó de mí en ese campo— es lo que me llevó lejos de ti. Es lo único que podía haberme mantenido lejos.

Ella se abrazó a él y hundió su rostro en su pecho.

—Lo siento mucho. Lo siento por todo lo que él te ha hecho. Tu familia, tu amiga en Berlín la que él convirtió en un Subordinado... Oh, Dios, Andre. Lo siento tanto por todo el dolor que has sufrido.

Reichen la hizo callar, apretándola.

—Esto es entre Roth y yo. Ninguna parte de la culpa recae en ti. Lo que me pasó a mí es insignificante. Pero mi familia merece justicia. Así como Helene.

Claire guardó silencio un largo rato, y luego le preguntó suavemente.

—¿La amabas mucho?

Él pensó en Helene y en el fuerte lazo de confianza y comprensión que habían compartido. Ella fue una mujer extraordinaria que había sido algo más que otra en su larga lista de amoríos ocasionales y sin compromiso. Lo había casi matado verla agotar su humanidad, pero no más de lo que lo había devastado tener que ser el que terminara con ella después de que Roth había dejado un cascarón vacío, su mente esclavizada para llevar a cabo sus órdenes malvadas.

—Me preocupaba por Helene profundamente —admitió—. La amé como mejor fui capaz. Pero no fui capaz de darle mi corazón, porque ya se había quedado con otra.

Claire salió de sus brazos, y lo miró.

—Siempre ha sido tuyo, lo sabes. —Él tomó su cara entre sus manos—. He estado enamorado de ti todo el tiempo.

Ella cerró los ojos por un largo rato. Cuando los abrió de nuevo, estaban llenos de lágrimas.

—Oh, Andreas. Todavía te amo. Nunca dejé de hacerlo.

Con un gruñido que no podía contener, Reichen capturó su boca en un beso posesivo. Cuando ambos estaban jadeando con deseo, él empujó el banco del piano y la puso de pie delante de él. Las teclas soltaron una ráfaga de ruido discordante cuando Claire se apoyó en ellas. Él levanto su larga falda hasta sus muslos.

—Ay, Jesús —susurró a través de sus enormes colmillos—. No llevas ropa interior.

Ella le dio una sonrisa insolente.

—Sorpresa.

Si él lo hubiera sabido, jamás la hubiera hecho salir de la casa en primer lugar. Famélico por el sabor de ella, hundió su cabeza entre sus piernas y saqueó su dulzura. Ella se aferró a él, retorciendo los dedos en su pelo. Él la besó sin piedad, necesitando sentirla deshaciéndose contra su boca. Cuando ella se retorció, gimiendo y suspirando con la acometida de un feroz orgasmo, él se agachó para desabrochar sus pantalones y liberar su furiosa erección.

Se levantó del banco y se encajó a sí mismo entre sus magníficos muslos. Todo lo que quería hacer era conducir su pene a casa, pero ella lucía demasiado atractiva como para precipitarse, su sexo profundamente enrojecido y jugoso, sus rizos negros como la seda húmeda. Él se tomó a sí mismo en la mano y movió la cabeza de su pene a lo largo de la hendidura resbaladiza de su cuerpo, deleitándose en su lloriqueo jadeante de placer.

Era una tortura que lo venció totalmente antes que a ella.

En el filo de la navaja sólo por la próxima sensación de ella, él movió sus caderas y empujó dentro. Ella era calor fundido a su alrededor, su envoltura de felpa engulléndolo desde la punta hasta las bolas. Él comenzó a bombear, lentamente al principio, todavía bastante engañado para pensar que él tenía paciencia cuando de amar a Claire se trataba. Su cuerpo

ordeñándolo, el calor, la fricción húmeda impulsándolo a un ritmo más urgente. No podía parar. Él no podía soportarlo, no por un segundo más.

Apretó sus dientes y soltó un rugido agudo cuando su semen explotó fuera de él y profundamente en ella. Ella llegó a su clímax con él, sus uñas marcando sus hombros cuando ella gritó con su propia liberación. Él murmuró su nombre una y otra vez, su polla tan dura como el mármol incluso cuando los últimos temblores de su orgasmo lo aquejaron.

Se quedó mirando sus ojos, impresionado como siempre por su exquisita y delicada belleza. Amaba la manera en que lucían juntos, el contraste de sus pieles, el ajuste perfecto de ellos cuando se unían. Y amaba el especiado aroma de su sangre caliente, especialmente cuando se mezclaba con el perfume almizclado de su excitación.

—No quiero dejar pasar esta noche —murmuró él, mirando el interesante color de sus ojos—. No quiero alejarme de ti.

—Entonces no te alejes. —Ella se abrazó a él un poco más apretado—. Esta vez, no voy a dejarte ir.

Él sonrió, arrepentimiento y deber desgarrándolo desde dentro. Tuvo la intención de explicarle por lo menos media docena de veces esta noche que su tiempo en Newport había terminado. Tenía la intención de explicarle ahora, también, pero en cambio se encontraba perdido en sus ojos. Perdido en el placer embriagador de su cuerpo.

—Por ahora —dijo, besándola mientras hablaba—. Ninguno de los dos vamos a alejarnos.

—Sí —dijo ella, moviendo sus caderas de una manera provocativa en su contra. Entonces lo miró, sus ojos intensos y suplicantes—. ¿Quieres hacer algo más por mí esta noche, André?

Él gruñó, inclinando su cabeza para probar la suave piel debajo de su oreja.

—Cualquier cosa.

—Hazme el amor de nuevo, de la forma en que lo harías si nosotros estuviéramos realmente emparejados.

Él se alzó para mirarla con el ceño fruncido.

—Bebe de mí. —Dijo, acariciando su rostro con un toque tierno de amor—. Déjame pretender que estamos juntos como compañeros unidos de sangre. Sólo por esta noche.

Dios, la misma idea se encendió por sus venas como un destello de fuego. Podía sentir sus glifos emergiendo con los colores del hambre, y sus colmillos extendiéndose aún más en su boca.

—Quiero que lo hagas —dijo, una suave demanda—. Bebe de mí como si yo fuera realmente tuya.

El sonido que salió de su boca era crudo, profano. Él retrocedió, luchando contra la necesidad que se disparó a través de él. Pero entonces Claire inclinó su cabeza hacia un lado y movió su cabello lejos de su cuello, y él estuvo perdido.

Se abalanzó sobre ella en un arranque primitivo de movimiento, sus colmillos buscando su vena mientras se hundía profundamente en su acogedor calor una vez más.

El sabor de su sangre dulce y caliente se estrelló contra sus sentidos en un torrente de poder rugiente. No pudo frenar su gruñido posesivo mientras succionaba con fuerza en su garganta. Tampoco pudo mientras sostenía a Claire apretada contra él y se hundía hasta el fondo. Bombeó duro y rápido, no podía ser suave cuando su sangre estaba estimulándolo como la más potente y embriagadora droga.

Él nunca había conocido este tipo de unión primaria y visceral.

Lo asombró.

Lo honró.

Lo lastimó también, cuando quería más que nada entregarse a Claire en la misma forma, pero no podía hacerlo porque ella ya estaba unida a otro hombre. Reichen podía ofrecerle su vena, pero no importa cuánto de él ella bebiera, su vínculo permanecería con Wilhelm Roth.

Una chispa de agresión y furia comenzó a girar y encenderse en el estómago de Reichen cuando pensó en un varón con derecho a reclamar a Claire. Que fuera Roth sólo le daba más combustible a la ira que amenazaba con incendiar su interior.

No, pensó ferozmente, negando el calor que estaba tan impaciente de saltar a la vida, sólo a la espera de su llamamiento.

Reichen centró toda su atención en Claire, haciendo caso omiso de todo salvo el ritmo fuerte de su pulso contra su lengua, y la presión suave de su sexo a su alrededor. Él se deleitó con sus suaves gritos cuando ella se vino, memorizando cada rubor y temblor que recorrió su cuerpo mientras él la complacía una y otra vez, poco dispuesto a permitir que la noche –y su fugaz tiempo juntos– llegará a su fin.



Capítulo 18

—¿Cómo se encuentra Harvard? —Lucan preguntó a Gideon cuando este salió de la enfermería del complejo.

—Todavía está inconsciente, lo que es probablemente lo mejor ahora mismo. Afortunadamente la bala cruzó por completo, pero los orificios de entrada y salida que dejó en su pecho van a necesitar un poco de tiempo para curarse. Va a estar bien, pero le dolerá por algún rato, y estará fuera de servicio por una semana, como mínimo.

—Mierda —masculló Lucan—. Lo último que necesitamos es perder a cualquiera de nuestros números mientras Dragos está aparentemente en la cúspide de su operación.

El altercado de la pasada noche en la ciudad había resultado un infierno de revelación. La Orden se había dado cuenta del hecho de que Dragos tenía a otros asesinos altamente expertos como Hunter a su servicio, todos ellos supuestamente mantenidos leales por inamovibles collares que proyectaban rayos UV, programados para desencadenar y separar la cabeza de cualquiera que manipulara indebidamente el dispositivo o desobedeciera su orden. Pero lo que Lucan y la Orden no habían dado por hecho y, francamente, habían temido suponerse, era que uno o más de esos asesinos podrían ser de la primera generación de la Raza, como Hunter.

Y llevando ese pensamiento perturbador un paso más allá, era factible suponer que si Dragos tuviese otros asesinos de primera generación a su servicio, los Gen Uno se parecerían notablemente al mismo Hunter y con glifos similares, en ese entonces el hijo de puta tuvo que crearlos desde cero de uno de los originales, los padres de la raza del mundo del vampiro de este planeta.

Un antiguo.

El mismo que la Orden recientemente descubrió había sido mantenido en hibernación intensa dentro de la roca de las montañas bohemias por

probablemente siglos. El que Dragos había despertado y removido Dios sabe hace cuanto tiempo.

Si esa criatura estaba en realidad viva, utilizándose para reproducir a los nuevos hijos con las habilidades y fuerza de la primera generación y, si un proceso reproductor como ese había estado durando decenios o más tiempo, en ese entonces no era sólo la Orden y la nación del vampiro la que tenía que preocuparse, sino todo el género humano. Criada en grandes números, una fuerza tan brutal, tan sedienta de sangre y poderosa, que sería virtualmente imparable.

Los pensamientos oscuros siguieron a Lucan hasta que él y Gideon dejaron el ala de enfermería y caminaron por los corredores serpenteantes hacia el laboratorio de alta tecnología. El recinto entero estaba reunido allí, los guerreros de las patrullas, y todas las compañeras de raza. Hunter también estaba presente, el enorme Gen Uno se disponía amenazadoramente en la parte trasera del cuarto, mientras el resto del grupo había tomado asientos alrededor de la amplia mesa del centro.

Lucan dirigió al macho una breve inclinación de cabeza en señal de bienvenida, reconociendo silenciosamente la asistencia de Hunter esta noche, asistencia que había probablemente salvado más de un culo de los guerreros y también daba a la Orden una visión cercana a la maravilla tecnológica del collar UV del asesino muerto. Aunque estaba hecho pedazos y detonado, Gideon había estado jugando con el dispositivo desde que llegó, tratando de conseguir una idea de cómo funcionaba la cosa y cómo podría ser usada potencialmente en contra de su calzador.

—¿Cómo está tu brazo? —preguntó Lucan, dirigiendo su atención hacia Brock, quien se sentaba entre Kade y Nikolai en la mesa.

El guerrero negro corpulento encogió su hombro herido y esbozó una amplia sonrisa.

—Me sentiré mucho mejor cuando, ¡demonios!, tenga la oportunidad de fumarme uno de estos fenómenos de la naturaleza Gen Uno. —Él dirigió su mirada hacia Hunter—. Sin intención de ofender.

La fija mirada dorada del vampiro era tan plana como la pizarra.

—No lo has hecho.

Lucan tomó su lugar junto a Gabrielle a la cabeza de la mesa y se dirigió al equipo reunido.

—Obviamente, después de lo que aprendimos hace algunas horas, nuestra misión para desactivar a Dragos y su operación han adquirido un nuevo objetivo, inmediato. No necesito decirlo a ninguno de vosotros que lo último que necesitamos es un asesino Gen Uno suelto en la ciudad, matando a los humanos a voluntad y causando estragos en general. Ahora, podríamos suponer que fuese simplemente el único individuo, un incidente aislado, pero yo no soy del tipo que cree en la esperanza. Necesito respuestas. La sólida inteligencia de lo que podríamos simplemente estar tratando aquí, antes de que Dragos lo envíe a nuestra puerta.

Hubo algunas inclinaciones de cabeza alrededor de la mesa, y más de uno de los guerreros emparejados le dirigieron a Lucan una mirada que comunicaba el mismo temor que él sentía cada vez que pensaba acerca del potencial de su guerra con Dragos dirigiéndose a casa hacia el complejo.

—Mañana por la noche quiero un barrido de la ciudad entera —dijo—. Vamos a dividirnos: Tegan, Hunter, y yo cada uno acompañaremos a cada uno de los grupos en caso que nos topamos con más de un Gen uno. Ésta es una misión de exterminación. Si uno de los asesinos de Dragos es divisado, lo acabamos. Quiero enviarle un mensaje muy claro a ese hijo de puta y hacerlo retroceder. Duro.

—Eso podría ser exactamente lo que él quiere que nosotros hagamos —contestó Tegan—. ¿Has considerado que esto que sucedió estas pasadas dos noches podría haber sido la forma de que Dragos nos esté poniendo un cebo? ¿Intentando llevarnos hacia un combate callejero con sus subordinados así que, nosotros no deberíamos ir tras él?

Lucan asintió con la cabeza.

—Podría ser. Pero si él ha enviado asesinos a la ciudad, ¿Nosotros realmente podemos darnos ese lujo de correr ese riesgo y no enfrentar la amenaza de enfrente?

Muy sutilmente, con ternura, Tegan deslizó su mano sobre la mano de Elise.

—No, no podemos.

—Muy bien —dijo Lucan—. Pasemos sobre el mapa y repartamos los territorios de la patrulla para esta noche.

Reichen cerró el teléfono celular y rastrilló su mano sobre la parte superior de su cabeza.

—¡Jesús!

—¿Esas eran malas noticias? —Claire salió del cuarto de baño envuelta en una toalla, su cuerpo todavía refulgiendo con gotitas de agua de la ducha.

—No son buenas —contestó, mirando hacia arriba desde dónde él estaba sentado sobre el borde de la cama. Era aproximadamente la medianoche, y él había estado esperando a que Claire se duchara y vistiera antes de que él sacase a colación el tema de dejar Newport, cuando una perturbadora llamada llegó desde la Orden—. Dos de los guerreros recibieron disparos más temprano esta noche en una confrontación con uno de los secuaces de Dragos.

—Dios mío —susurró ella—. Siento mucho oír eso, André. ¡Qué terrible!

Reichen asintió con la cabeza con gravedad.

—Están abajo por un hombre ahora, y pensando hacer redadas intensivas sobre la ciudad mañana por la noche para rebuscar algunas otras amenazas potenciales.

Claire avanzó lentamente hacia él para unírsele donde estaba sentado, pero en lugar de tocarle, ella se abrigó los brazos alrededor de sí misma. Él podría sentir su ansiedad tanto de forma tentativa como cuando ella se movía así como con el repentino aumento de su adrenalina, lo cual hizo eco en sus venas.

—¿Creen que Dragos está en Boston, entonces?

—No lo sé. Pero ya es bastante malo que haya enviado a sus asesinos Gen Uno para provocar problemas.

—¿Tiene asesinos que son también de la primera generación de la Raza? —La expresión de Claire decayó un poco más—. No tenía ni idea. Dragos debe ser un enemigo muy peligroso.

—Sí —Reichen estuvo de acuerdo—. Pero los asesinos Gen Uno son solo parte de lo que lo hace tan peligroso. Él tiene otras cosas, también... la Orden cree que controla uno de los antiguos, escondido en algún lugar que todavía nos falta por descubrir.

Claire frunció el ceño.

—Pero todos los antiguos fueron muertos durante la Edad Media. Fue la Orden la que les declaró la guerra y llevó a cabo los asesinatos. Hasta yo sé parte de la historia de la Raza.

Reichen lentamente negó con la cabeza.

—Uno se libró de la guerra con la Orden. Él fue secretamente oculto en una cripta en Bohemia por un tiempo larguísimo, hasta que Dragos lo liberó. Vi la cripta vacía por mí mismo, el año pasado, cuando escalé la montaña fuera de Praga con algunos de los guerreros. Habíamos estado esperando que el Anciano estuviese muerto y convertido en polvo en este tiempo, pero no lo estaba. Aparentemente Dragos había estado manteniendo viva a la criatura por siglos, utilizándolo para crear a una generación nueva de vampiros más poderosos que existiera. Con suficiente tiempo y recursos, Dragos pudo crear su propio ejército personal de asesinos Gen Uno entrenados para hacer su voluntad.

—No, si la Orden lo detiene —dijo Claire esperanzada.

—Tenemos que Detenerle —corrigió Reichen—. Tenemos que atacarlo donde sea y de cualquier forma que podamos.

Claire lo observó con ojos cautelosos.

—¿Nosotros? Pero tú no es...

—Se lo debo —dijo él solemnemente—. La Orden ha estado allí para mí cuando los necesité en el pasado, y les he dado mi palabra que estaré allí cuando me necesiten. Quiero decir que. No puedo retractarme de eso.

—¿Qué estás diciendo?

—Están abajo por un hombre en Boston ahora. Necesito intervenir y ayudarlos.

—¿Te marchas a Boston? —No supo por qué sintió una estocada en su pulso como lo hizo, pero él sintió su alarma hacer eco en sus venas—. Pero tú no eres uno de ellos, Andreas. Tú no eres un guerrero, ¿cómo te podrían pedir eso a ti?

—No me han pedido nada a mí. Les he ofrecido mi ayuda porque son mis amigos.

Ella apartó la vista de él, pareciendo luchar contra sus palabras.

—Pero yo creí que estábamos... pensé, después de anoche, después de todo lo que nos dijimos el uno al otro...

Él colocó su mano amablemente al lado de su rostro.

—No cambia nada de lo que hemos compartido aquí, o cómo me siento acerca ti. Te amo a ti, Claire. Pero ésta no es una elección entre tú y ellos. Es simplemente mi deber. Mi honor. Y si el trabajar en equipo con la Orden para avanzar en contra de Dragos me lleva más cerca de encontrar a Roth, tanto mejor.

Claire se levantó y camino lejos de él, a través del cuarto. Sus hombros estaban sujetos en una línea tensa. Aun si él no se hubiese vinculado con ella por el lazo de sangre, habría sabido sin lugar a dudas que ella estaba preocupada por algo más profundo que todo lo que había dicho hasta ahora.

—No quiero que te vayas, André. Tú no puedes ir a Boston. No ahora.

—Sabías que ninguno de nosotros podría quedarse aquí tranquilamente por mucho tiempo. —Se acercó a ella, suavemente le dio la vuelta para que lo mirara—. La Orden va enviar un vehículo. Estará aquí dentro de una hora.

—Vas a morir —dijo ella, con voz quebrada—. Andreas, morirás si vas a Boston. Lo puedo sentir en mi corazón. Si esta venganza tuya no te mata, en ese entonces, su furia seguramente lo hará.

Él alzó su barbilla a fin de que ella se viese forzada a mirar directamente a sus ojos.

—Tengo más razón para vivir de la que tuve alguna vez. No ando buscando la muerte, pero no puedo disimular que tendré un momento de paz hasta que Roth y sus calañas sean borrados de la existencia. Ni lo harás tú.

—Tú no puedes ir —se quejó, tercamente rehusándose a oírle. Cuando él comenzó a negar con la cabeza, ella habló con aun más determinación—. ¿Qué ocurriría si te pidiera que te olvidaras de tu odio hacia Wilhelm Roth? ¿Qué ocurriría si te pidiera que escojas...?

—No lo hagas —susurró—. No hay elección alguna que hacer aquí. —Él alisó el cabello de su rostro, sintiendo que algo hermoso se deslizaba por sus dedos—. ¿Si me quedara ahora, aun si dejo a un lado mi odio hacia Roth, qué vamos hacer cuando el venga a buscarnos? Porque él vendrá, Claire. Sabes eso tan bien como yo.

—En ese entonces lo enfrentaremos juntos. Siempre y cuando llegue ese momento, lo derrotaremos juntos.

Reichen negó con la cabeza lentamente.

—Ésta es mi batalla, no la tuya. No te quiero cerca cuando finalmente atrape a Roth. Es demasiado grande el riesgo. ¿Qué crees que pasaría si el fuego dentro de mí comienza a arder y no se extingue?

Dios mío, él había pensado en ese escenario terrible un centenar de veces, a partir de ese día en el campo del agricultor en las afueras de Hamburgo. Él había estado pensando acerca de ello recientemente como anoche, y también hoy, cuando aun podía sentir el rescoldo caliente irradiando en su vientre.

¿Cómo podría perdonarse alguna vez si él hiciera algún daño a Claire?

—No puedo correr el riesgo —dijo él otra vez, con más fuerza ahora—. Y no te dejaré arriesgarte tampoco. Quiero que vengas conmigo esta noche al centro de operaciones de la Orden. Estarás protegida en su Recinto, y puedes quedarte allí hasta...

—¿Hasta cuándo? —Ella cerró sus ojos por un largo momento, como absorbiendo el peso de sus palabras—. ¿Hasta que estés muerto o muy cercano a eso? ¿Deseas que me cruce de brazos y observe como persigues tu propia destrucción, André? Ahora eres tú el que pide demasiado.

Él deseaba decirle a ella que sus miedos eran infundados. Más que cualquier cosa, deseaba prometerle que él no tenía ninguna duda acerca de cómo las cosas iban a funcionar con Roth. Deseaba poder asegurarle que de alguna manera regresaría una vez que todo esto acabase, que podrían tener un futuro juntos, el futuro que Wilhelm Roth les había negado hace tantos años.

Pero no podría engañarla.

Acabar con Roth podría exigir lo último de su fino control. Si tuviese que liberar su poder hacia su máximo infernal para vencer a ese bastardo, él lo haría. Y si la situación exigiese eso, él sabía que las probabilidades que habían de salir de ella con cualquier ápice de su humanidad intacta eran virtualmente nulas.

Él contempló hacia abajo su hermoso rostro y tiernamente alisó un mechón húmedo de su frente.

—Vístete ahora, ¿está bien? Podemos hablar un poco más, pero no pasará mucho tiempo antes de que nuestro vehículo llegue para recogerlos. Y vienes conmigo, Claire. Eso no está abierto a discusión.

Ella lo miró por un largo momento, no diciendo nada. En ese momento ella apretó sus labios y sacudió levemente su cabeza.

—Sé dónde está Roth, Andre.

Reichen no pudo hablar cuando esas palabras fueron pronunciadas por su boca. Se quedó allí, mudo y confuso, un sentimiento de furia se formaba velozmente desde lo profundo de él.

—Sentí su presencia a través de mi vínculo de sangre la noche anterior, cuando llegamos por primera vez a Boston.

Su admisión serenamente expresada y estable, llena de seguridad. Le hizo tomar una pausa, mientras su pulso se estrellaba con un ritmo violento.

—¿Él está aquí en los Estados Unidos?

Ella asintió con la cabeza débilmente.

—En Boston.

La sangre de Reichen comenzó a crepitar.

—¿Lo sabías? ¿Sabías eso, pero no me lo dijiste?

Él no quiso decirlo como si fuera una acusación, pero el calor titilante surgiendo a la vida dentro de él le hacía difícil formar palabras. Su cabeza zumbaba, y le era difícil hacer cualquier cosa excepto luchar para mantener el control del fuego encendido que ya comenzaba a dispersarse a través de su cuerpo.

Roth estaba apenas a una hora de distancia.

Todo este tiempo, tan cerca de su alcance.

—No podía decirte, André. No quería darte información que sólo te podría matar. Es por eso que salí del aeropuerto sin decírtelo. Pero entonces me seguiste hasta aquí, y pensé que tal vez si estábamos algún tiempo juntos, en la forma en que solíamos hacerlo, entonces yo podría convencerte de renunciar a tu necesidad de venganza.

Reichen apenas podía respirar. Las ventanas de su nariz se llenaron del fuerte aroma del humo acre y el calor. A todo lo largo de sus extremidades, la electricidad crujía, volviéndose más caliente al paso de los segundos.

—Joder, Claire. Debiste haberme hablado sobre esto. Necesitaba saber. Maldita sea, la Orden necesita saberlo también.

—No quería que mi vínculo de sangre con Roth te pusiese en peligro a ti o a cualquier otra persona.

Su visión comenzó a transformarse roja por la ira, se alejó de ella, humeante.

—Claire, has sido la única que peligraba todo este tiempo. Con Roth tan cerca, él pudo saber que estabas aquí, también. Él pudo haberse aparecido en este umbral en cualquier momento.

—Pero no lo hizo —ella dijo en voz baja desde atrás de él—. No podía decirte que sabía dónde estaba él, o hubieras ido tras de él. No me puedes decir que no habrías insistido en que te ayudara a localizarlo, Andreas. Estás tan determinado a reclamar justicia, ¿cuánto tiempo habrías tardado antes de pedirme que usara mi vínculo de sangre para conducirte a él?

—Jamás —dijo él, consternado. Entonces se giró para afrontarla, su cuerpo rebosando de calor—. Yo nunca te hubiese utilizado. Nunca. Dios, ¿no sabes eso?

—Supongo que no estaba dispuesta a averiguarlo —contestó ella—. Andreas, por favor, no estés furioso conmigo...

—¡Estoy malditamente furioso contigo! —Él rugió, incapaz de refrenar el miedo que sujetaba firmemente su corazón. Su pecho subía y bajaba con cada aliento que introducía en sus pulmones. Tembló desde lo más profundo de su ser, un hoyo de temor tan negro e infinito, que le podría haber tragado enteramente. Y el calor de su poder destructivo continuaba elevándose, quemándole a través de la razón y su autocontrol—. No puedo estar cerca de ti ahora mismo. Tengo que largarme de aquí.

Cuando se movió para pasar por delante de ella, la mano de Claire salió disparada hacia él.

Demasiado tarde para advertirle que no se acercara, él sintió sus dedos alrededor de su mano. Ella gritó por el dolor repentino y se echó hacia atrás, sosteniendo su mano en su pecho.

Oh, Dios Mío. Él la había quemado.

Él había pisoteado duramente su corazón y ahora él le había hecho daño de otra forma. Tal y como temía hacer tarde o temprano.

Él dio un paso por adelante de ella y, con algunas zancadas enérgicas, alcanzó la distancia de la puerta.

—¡Andreas! —gritó detrás de él.

Él no volvió la mirada atrás.

Su cuerpo letal por el calor de su furia, salió violentamente del cuarto y brincó fuera del balcón del segundo piso hacia el vestíbulo de debajo. Él le oyó gritar su nombre otra vez, pero no se detuvo más que por un segundo. Resplandeciendo ahora, por su maldición pyrokinética que gritaba a través de sus venas y sus extremidades, mente y alma, abrió de golpe la puerta principal que llevaba a la calle con una aguda orden mental. Entonces se marchó hacia el aire fresco de la noche sin mirar hacia atrás.



Capítulo 19

Le tomó casi una hora ser capaz de controlar lo peor de su calor pyrokinético. Seguía enojado con Claire para cuando regresó a casa pero al menos no la podría lastimar más. No es que ella no sintiera algo de dolor, se dio cuenta mientras caminaba por el camino de entrada y la encontró parada afuera con el guerrero que había sido enviado de Boston para recogerlos.

—Ah, ¿ves? —Dijo Rio cuando vio Reichen—. Te dije que volvería.

La voz del macho de Raza se escuchó con su acento español, y cuando él le dirigió una sonrisa de bienvenida y estiró su mano en bienvenida, las cicatrices que estropeaban el lado izquierdo de su rostro prácticamente desaparecieron.

—Es bueno verte, mi amigo.

—Igualmente. —Dijo Reichen mientras estrechaba brevemente la mano del guerrero.

La pareja de cabellos castaños de Rio, Dylan, estaba con él esta noche. Ella dio una zancada y le dio a Reichen un beso casual en la mejilla.

—Nos tenías a todos algo preocupados.

—Mis disculpas. —Murmuró, inclinando su mirada hacia Claire. Ella apenas y lo miraba, y él podía ver que ella estaba acunando sus dedos quemados cerca de su pecho. Reichen se sintió enfermo de que su maldición la hubiese lastimado, incluso un poquito. Quería decírselo, pero era mejor tener esa conversación en privado.

De igual manera ella no parecía impaciente por hablar con él.

Ni parecía querer discutir más acerca de ir con él a la oficina central de la orden. Ella siguió a Dylan al vehículo y se dirigió al asiento trasero.

—¿Todo bien? —preguntó Rio cuando las mujeres estaban lo suficientemente lejos como para no escuchar—. No luces muy bien, amigo.

—Me sentiré mejor una vez que ella esté a salvo en el complejo habitacional. —Dijo.

La verdad es que él se iba a sentir mejor una vez que tuviera la oportunidad de cazar y saciar la sed que todavía tenía del pyro. Lo último que necesitaba era ser encerrado con Claire durante la siguiente hora más en el camino de regreso a Boston. Ya era suficientemente malo el ansia de sangre para refrescar las últimas brasas que seguían quemando dentro de él. Iba a ser una tortura tener que frenar su necesidad si estaba sentado a unos centímetros alejado de la mujer con la cual su sed era más fuerte.

Rio pareció darse cuenta de esto mientras caminaban juntos a la camioneta.

—A Dylan no le importara si montas a escopeta —dijo él—. Ella y Claire pueden viajar juntas en la parte de atrás y conocerse. Dylan es una mejor compañía que cualquiera de nosotros.

Reichen no iba a discutirlo. Tomó el asiento del copiloto y se sentó mientras Rio sacaba la Rover de la cochera y se dirigía a la carretera que los llevaba a la interestatal.

Tenía razón acerca de que el viaje sería un largo ejercicio en cuanto a paciencia y control. Mientras que Claire y Dylan hablaban en voz baja detrás de él, acerca de las cosas que más amaban de Nueva Inglaterra, y donde creció cada una, y una docena de cosas inofensivas y bromas, Reichen miró fijamente el vidrio polarizado de la ventana y trató de no pensar en su hambre.

Era una batalla perdida.

Para cuando salieron de la autopista de peaje y llegaron a los límites internos de la ciudad de Boston, su ferviente hambre estaba demandando ser alimentada.

—Necesito caminar un rato —le dijo a Rio mientras el guerrero se detuvo en un semáforo en rojo. No esperó el permiso, sólo abrió la puerta y saltó fuera. -Te veo en el complejo dentro de poco, sé dónde encontrarte.

Del asiento trasero, captó la mirada preocupada de Claire. Sentía su preocupación vibrar en su sangre, también. Ella pensaba que él podría ir detrás de Roth por su cuenta.

Podría estar tentado de no ser por el clamor de su sed. En su lugar, una vez que la SUV se perdió en la oscuridad, Reichen se escondió por el

densamente colocado, vecindario de clase obrera. Tuvo cuidado de permanecer en las sombras del callejón, donde era más fácil conciliar su presencia y sus oscuras intenciones. Era una noche lluviosa y tempestuosa noche en Boston, lo que significa muchísimos menos peatones en las aceras o parados fuera de los negocios fumándose un cigarro. Sólo un puñado de los individuos más ásperos y desesperados tenían una razón para estar fuera esta noche, Reichen era uno de ellos.

Buscó las ofertas de la ciudad con ojo chulo, sabiendo que cuando él está de esta manera, llevando al extremo a su poder, era un depredador en toda la extensión de la palabra. Su boca estaba seca, sus colmillos le picaban la lengua. Así, era tan peligroso como el antiguo en la guarida secreta de Drago. Un monstruo sediento.

Mientras Reichen merodeaba la parte trasera de una calle estrecha de un vecindario, el golpe de una puerta hizo que levantara bruscamente la cabeza. Un hombre humano con gorra y sudadera holgada pisó fuertemente en el raquítico piso de madera del porche, gritando obscenidades a la mujer de mayor de edad que era sólo una silueta por las luces de dentro de la casa.

—Trae tu trasero de vuelta aquí, ¡Daniel! ¿Me escuchas?— Gritó ella, lo suficientemente alto como para que las cuatro cuadras a la redonda la escucharan.

El joven la ignoró y siguió caminando mientras le gritaba.

—¡Si, si, púdrete tu también Ma! Regresa a tu botella y aléjate de mi maldita hierba, me debes 20 dólares de la mierda que me robaste.

Reichen ladeó su cabeza, hasta que desapareció en una calle transversal oscura. Con la cabeza gacha y su boca trabajando distraídamente en todas las cosas que él aun quería decir a la borracha que lo engendró, el chico ni siquiera notó que no estaba solo en el estrecho callejón.

No vio a Reichen moviéndose por detrás de él; probablemente sólo lo sintió como una ventisca de aire helado en su cuello tatuado. Antes de que el humano tuviera la oportunidad de soltar un jadeo Reichen salto sobre él.

Rápidamente lo bajó al concreto rajado. Empujó hacia arriba la barbilla del humano y a un lado, descubriendo el pulso martilleante de su cuello. Mordió profundamente, y tomó un sorbo de la nutritiva y caliente sangre. Se alimentó ávidamente, con gula, ignorando la débil lucha de su anfitrión.

Cada trago era amargo en su lengua e hizo poco para quitar la sequedad de su garganta...

Su hambre persistía, incluso cuando la resistencia del humano había terminado. Reichen se siguió alimentando. No podía detenerse. Ni siquiera estaba seguro de saber cómo, una de las terribles consecuencias de usar su talento. Pudo haber matado al hombre, de no ser por la repentina aparición de hierro helado presionando fuertemente un lado de su cabeza.

—El buffet está cerrado, idiota.

Reichen gruñó, sólo una pequeña parte de reconocimiento llegó a su cerebro. Siguió bebiendo, deseoso de más.

El martillo de la pistola larga sonó con un fuerte sonido metálico de advertencia.

—Retrocede, o vas a comer plomo.

Gruñó, ahora molesto por la interrupción y aun demasiado hambriento como para dejar a su víctima. La sangre caía a borbotones sobre su lengua, y abajo por su garganta, pero el fuego en su estomago seguía quemando, imposible de extinguir. Él le dio una mirada fija salvaje al lado para calibrar al macho de Raza con el arma puesta y cargada en su cabeza.

—Santo infierno. —Masculló el enorme vampiro. La nariz helada de la pistola cayó de su sien—. ¿Reichen? ¿Qué demonios?

Reichen conocía a este enorme hombre de cabello leonado y de ojos verde. El instinto lo llamaba guerrero-amigo, aunque su postura y tono hace un momento pudieron llegar a ser un asesinato muy grave.

Era esa conciencia instintiva que detuvo a Reichen de convertirse en el vampiro cuando una mano fuerte se posó sobre su hombro y físicamente lo despegó de la presa. Lo empujaron hacia tras fuertemente, y el otro hombre agarró al humano para sellar la mordida con un eficiente lengüetazo.

Reichen observó, sentado en el cemento, mientras el gran macho de raza le daba golpes en la frente y borró su memoria acerca del ataque.

—Ahora, lárgate de aquí.

El hombre atontado se paró y vagó aturdido hacia el otro final del callejón.

—Tegan.

Reichen murmuró pesadamente, diciendo el nombre que finalmente había recordado.

El guerrero le siguió los pasos.

—¿Qué estás haciendo aquí? Lo último que escuché, fue que Lucan había enviado a Rio a Newport para traer tu trasero al complejo.

Reichen se encogió de hombros.

—Tuve la urgencia de irme durante el viaje.

Tegan no se rió. Mantuvo esa mirada fiera y fija sobre Reichen, mirándolo como si fuera una granada a punto de explotar.

—Te ves de mierda.

—Estoy mejor, ahora. —Respondió Reichen, sintiendo la nueva sangre cómo llenaba sus órganos y células. Pero no había sido suficiente. Su sed seguía corroyéndolo, suplicando por más—. Estoy bien.

Tegan se mofó.

—Estás temblando y no puedes mantener tus ojos en una maldita cosa.

—Se me va a pasar.

Esta vez una palabrota.

—Dame tu mano. No parece que te puedas levantar por tu propio pie.

Reichen aceptó la ayuda, agarrando la mano de Tegan y dejándose jalar para poder pararse. Tan pronto estuvo de pie Tegan dejó escapar un jadeo. Sus colmillos se veían detrás de sus labios, y el verde de sus ojos de repente tenía destellos de un ámbar brillante. Reichen recordó la habilidad de los guerreros de leer las emociones con un toque, y él podía adivinar el torrente de cosas inquietantes que copió en ese corto toque.

—¿Qué demonios está pasando contigo, hombre? —Demandó.

—Es el pyro... me hace esto después. No es gran cosa. —Cuando lo dijo, Reichen se preguntó si era verdad. Convocar su poder se estaba haciendo más fácil todo el tiempo; salir de su despertar era otra cosa.

Tal vez Claire tenía razón cuando lo retó sobre su furia. ¿Cuántas veces podría hacer esto y salir de una sola pieza? ¿Qué tan pronto llegaría al punto decisivo y el fuego se comería todo rastro de su humanidad?

Y si el fuego no lo hacía, y tenía la sensación de que la inestable sed que le dejaba al despertar lo haría.

—Mierda —exhaló Tegan, atrapándolo con una mirada asesina. Sacó un celular del bolsillo de su chaqueta y pulsó marcar—. Sí, soy yo. Estoy en Jamaica Plain. Tengo a Reichen aquí conmigo, lo voy a llevar al complejo.

Las mujeres de la Orden hicieron sentir a Claire tan bienvenida como se sentía con sus contemporáneos en el DarkHaven. Tres de las parejas de los guerreros, Savannah, Gabrielle, y Elise, le habían preparado una linda cena de sopa de crema y biscochos hechos en casa, y Dylan le había mostrado un apartamento privado que estaba bajo el laberinto de corredores revestidos de mármol que se lo ofrecieron a Claire para que habitara mientras estaba en el complejo.

Le habían dicho que se sintiera como en casa, y no pudo resistirse pasar algunos minutos husmeando por ahí al montón de cuarteles que se extendían aparentemente de manera indefinida. Era fascinante y un poco incómodo el darse cuenta que una organización como la Orden no sólo existía si no que se necesitaba que existiera. Se sintió tan ingenua, reflexionando sobre como Wilhelm Roth y su agencia y sus compañeros se pavoneaban, presumiendo ser los protectores de la raza, cuando habían sido tan corruptos como el cáncer, masticando lentamente a la fundación alejándolos de lo que realmente es verdad y justo. Wilhelm Roth había sido un villano todo el tiempo, y Claire había estado demasiado ciega como para verlo.

Pero lo que más dolía que eso era el hecho de que ella había estado enamorada de Andreas Reichen la mayor parte de su vida, y ahora que había tenido una milagrosa segunda oportunidad con él, podría ser Wilhelm Roth quien los separase una vez más. Sólo podía esperar que el bien ganara sobre el mal como el Dragos. Sólo podía rezar para que una vez que lo peor hubiera pasado, ella y Andreas pudieran comenzar a restarle importancia al miedo y la ira que había entre ellos.

El viaje desde Newport a Boston pareció tomar años en lugar de una hora. Había odiado que ella y Andreas no hubieran tenido la oportunidad de hablar antes que Rio y Dylan hubieran llegado a llevarlos al recinto. Y aun sobrellevaba el nudo de la fría ansiedad que se había instalado en su corazón en ese instante cuando él había saltado del vehículo una vez que llegaron a la ciudad.

Ella no sabía dónde había ido, pero había tomado un poco de consuelo en el hecho que Elise le había informado que él estaba con Tegan ahora, ambos presumiblemente en su camino de regreso al recinto.

Por lo menos, él estaba a salvo.

Por lo menos ella aun tendría la oportunidad de intentar arreglar las cosas entre ellos.

Claire dobló por uno de los sinuosos pasillos blancos y siguió el patrón de golfos negros incrustados en el suelo. Las marcas eran fascinantes, especialmente cuando ella ya estaba perdida en sus pensamientos. Captó un débil olor a cloro un instante antes que la puerta se abriera enfrente de ella en el pasillo.

Una niña de cabello rubio mojado se paró en seco directamente en su camino. Ella tenía una toalla envuelta en su diminuta figura, con las correas de un rosado traje de baño enterizo asomando por encima de la tela blanca rizada.

—¡Oh!—, exclamó Claire, alarmada y sorprendida de ver a la niña en el recinto—. Lo lamento. No te vi saliendo de...

Su voz se apagó mientras se encontraba mirando un par de amplios y luminiscentes ojos del color de la plata pulida. Eran el color más extraño, no realmente un color en absoluto, pero casi blancos. Lisos como el cristal... hipnóticos.

—Yo sólo estaba... —murmuró Claire, sin saber lo que decir a continuación porque en ese instante los ojos de la niña comenzaron a cambiar.

La superficie de sus irises trinaba, como un estanque de repente enviando temblores por la caída de un guijarro dentro del agua. Sus pupilas comenzaron a encogerse a diminutos puntitos, llevando a Claire más profundo dentro del encanto de los ojos de la niña. Luego vio algo moverse dentro de las espejadas profundidades.

Era una imagen tomando forma rápidamente, entrando en foco mientras Claire miraba fijamente en completa fascinación absorta. Era una mujer, corriendo en la oscuridad. Gritando, desconsolada.

Era ella misma.

Claire observaba mientras la visión pasaba como el clip de una película. Pero esto no era una película, era su vida. Su angustia personal. Lo

supo instintivamente, mientras se observaba llorando a través de la espesura de los árboles y zarzas, desesperada por alcanzar algo, o alguien, aún sabiendo por el dolor en su alma que lo que buscaba ya estaba perdido para ella. Había un brillo cegador de fuego delante de ella, un gran pozo de escombros que rugió con llamas y humo, lanzando fuera un calor tan intenso que la quemó como si estuviera caminando en un horno.

Alguien le gritó para que retrocediera.

Aún así, ella corrió hacia ello.

No podía voltearse de eso.

Aún cuando sabía en su corazón que él se había ido, ella no podía volverse de él.

—Andre —murmuró en voz alta.

La puerta se abrió nuevamente y esta vez salió una mujer.

—Oh, Dios... Mira. —Exclamó, y rápidamente giró a la niña lejos de Claire, enterrando la cara de la niña en el generoso abultamiento de su vientre embarazado.

Claire salió de su estupor como si hubiera sido abofeteada.

—¿Qué acaba de ocurrir?

La otra mujer se estaba ahora arrodillando enfrente de la niña, pasando una palma suave por sus mejillas, y murmurándole palabras tranquilizadoras. Ella le ofreció a Claire una mirada de disculpas.

—Hola, soy Tess. Tú debes ser Claire. Está es Mira. Nosotras justo estábamos dándonos un baño. ¿Estás bien?

Claire asintió.

—Sus ojos...

—Sí —dijo Tess—. Mira es una vidente. Ella por lo general usa lentes de contacto especiales para silenciar su talento, pero se los sacó porque temía perderlos en la piscina.

—Hola, Claire —dijo Mira, ahora con cuidado de mantener su vista baja—. No fue mi intención asustarte.

—Está bien. —Claire sonrió y pasó una mano por la parte superior de la cabeza húmeda de la niña, aunque todavía estaba muy aturdida por lo que había presenciado.

Tess parecía darse cuenta de su incomodidad. Los ojos agua marinos de la Compañera de Raza embarazada eran tiernos, compasivos.

—Mira, ¿por qué no te marchas ahora? Estaré justo allí para leerte una historia mientras esperamos a que Renata y Niko regresen de su patrulla.

—Vale. —La niña se volvió hacia Claire y murmuró hacia sus pies—. Un placer conocerte.

—A ti también, Mira.

Después que se hubo ido, Tess le dio a Claire una sonrisa compasiva.

—¿Fue horrible, lo que te mostró?

—Sí. —respondió ella, demasiado afectada para explicar lo que vio.

Tess hizo una mueca.

—Lo lamento. Me gustaría poder decirte que las visiones de Mira no siempre se hacen realidad. Su don es despiadadamente honesto. Ella no puede evitarlo. Ni siquiera puede controlarlo, razón por la cual ahora posee lentes especiales. Cada vez que usa su talento, ella pierde algo de su propia vista.

—Qué horrible. —Y ahora Claire se sentía peor por haber inadvertidamente sacado algo de ella—. No tenía idea.

—No la podrías haber tenido, así que por favor no te sientas mal —dijo Tess, amablemente absolviéndola de la culpa—. El vampiro que tenía a Mira antes que viniera aquí al recinto usaba su talento constantemente. Niko y Renata la sacaron de esa mala situación hace sólo algunas semanas. Tenemos la esperanza que su visión pueda ser restaurada con el tiempo.

—También lo espero. —murmuró Claire, sintiendo pena por la niña, pero sus propios pensamientos estaban a kilómetros de distancia.

Ella tenía que decirle a Andreas lo que había visto.

No se engañaba a sí misma que él escucharía nada más lo que ella tenía para decirle, o incluso que él quisiera verla después de la forma en que habían dejado las cosas en Newport. Pero tenía que intentar llegar a él,

aunque sólo fuera para que él estuviera al tanto y pudiera decidir por sí mismo que hacer al respecto.

Claire sintió a la otra Compañera de Raza observándola de cerca como si entendiera el peso de sus pensamientos.

—Cuando pasé por el cuarto de armas hace un rato, él estaba dentro con Tegan y Rio. Creo que acababan de entrar. ¿Quieres que te acompañe allí?

—Gracias —dijo Claire, luego comenzó a caminar junto a Tess, con el corazón apretado fuertemente en el pecho.



Capítulo 20

En los pocos minutos que tardaron Claire y Tess en llegar a la habitación de armas de la orden, Andreas ya no estaba allí. Tegan y Rio estaban parados cerca de la línea de disparos con Gideon, revisando un alijo de municiones y armas de fuego colocadas sobre una tabla cerca de un gran armario lleno de lo mismo. Tegan miró hacia arriba cuando Tess llevó a Claire al cuarto.

—¿Has visto a Andreas? —preguntó Claire al temible macho Gen Uno.

Él asintió gravemente.

—Lo he visto. Y estoy seguro como el infierno que no lo recomendaría. Por lo menos no hasta que pasen algunas horas. Él no está exactamente apto para compañía.

—Tengo que hablarle, Tegan. Es importante.

Cuando el guerrero parecía que iba a encerrarla en las habitaciones de abajo, Tess intervino.

—Yo nadaba con Mira en la piscina. Ella no llevaba sus lentes, y Claire... vio algo.

—Ah, joder. —Tegan no era el único vampiro en el cuarto para farfullar una oscura maldición. Se llevó una mano a la mandíbula y lo pensó, luego con un gesto le envió hacia el pasillo fuera—. Sus cuartos están arriba en el vestíbulo. Quinta puerta después de la primera vuelta.

Claire asintió dando gracias tanto a Tess como a Tegan, luego giró y se apresuró hacia afuera, al vestíbulo.

Encontró la curva en el pasillo de mármol y echó un vistazo adelante para contar las puertas cerradas cuando ella andaba rápidamente hacia la quinta puerta.

Antes de que ella aún alcanzara la mitad de camino hacia el punto, sintió que los cabellos finos detrás de su cuello comenzaban a moverse.

La sensación viajó por su piel como una carga baja de corriente eléctrica. Conocería ese sentimiento en todas partes.

Andreas.

Ella hizo una pausa en frente de una entrada abierta a su derecha. La cámara estaba oscura, alumbrada sólo por el parpadeo de una sola vela en el fondo del cuarto. Era un santuario de alguna clase. Una capilla, con paredes de piedra esculpida e hileras emparejadas de bancos que miraban hacia un altar de pedestal simple, y sobrio.

Andreas estaba sobre sus rodillas delante de aquel altar, su oscura cabeza inclinada.

Los pulsos diminutos de luz patinaron por todo su cuerpo. Esto no era el calor a escala natural y el fuego que ella había atestiguado antes, más bien una clase más pequeña de energía. En gran medida menos volátil, sin embargo lo bastante fuerte para hacer que sus miembros y cuello picaran en reacción. Cuando ella miró, los pulsos comenzaron a bajar y disminuir en fuerza. En poco tiempo, se habían descolorado completamente.

Andreas aun estaba pensativo, Claire estaba poco dispuesta a molestarlo.

Demasiado tarde, sin embargo. Él giró su cabeza y abrió sus ojos, perforándola con una ráfaga de color ámbar que se hundía en sus irises.

—No deberías estar aquí —dijo él, su voz terriblemente baja y espesa por la presencia de los colmillos—. Vete, Claire. No quiero que me veas así. —Ella no tenía que preguntar lo que él quería decir con esto porque aun cuando su cuerpo hubiese sido liberado del control de su pyrokinética, la miseria estaba saliendo a raudales de él en ondas palpables. Estaba atrapado en una profunda influencia de sed de sangre. Sus colmillos extendidos y sus ojos transformados eran pruebas suficientes de esto, pero eran sus dermaglíficos que realmente le hacían pensar en eso. Las marcas de su piel eran visibles desde el frente abierto de su camisa, lívidas con los colores de hambre.

Claire fue adentrándose más en la capilla santuario.

—¿Estás bien?

Él gruñó, anomalísticamente y amenazando, cuando ella se acercó a él. Claire pensó que él podría levantarse y alejarse de ella, pero permaneció

sobre sus rodillas cuando ella se movió al banco más cerca de él y se sentó despacio.

La visión que ella había visto en los ojos de Mira era todavía demasiado para su mente, pero cuando miró a Andreas, su preocupación por él era más inmediata. Quería extender su mano hacia él, cepillar el enredo de la lluvia – su cabello despeinado fuera de su rostro, pero sostuvo sus manos cerca, estaba incierta si él daría la bienvenida a su bondad después del modo en que las cosas habían sido dejadas entre ellos en Newport.

—¿A dónde fuiste esta noche, Andre?

—¿Quieres decir que Tegan no te dijo cómo tuvo que apartarme de un humano antes de que agotara al pobre bastardo? ¿No te dijo que le tocó presionarme con un frío acero en mi sien y amenazarme con dispararme en el cráneo para volverme en mí?

Claire tragó.

—No. No sabía nada de eso.

En su negación, él echó un vistazo lejos de ella, sacudiendo la cabeza cuando miró fijamente la llama de la vela que se bamboleaba sobre el altar carmesí.

—A no ser que tengas una pistola oculta en algún sitio, te aconsejaría que te dieras la vuelta y busques el infierno más lejano de mí mientras puedas.

Ella escuchó el peligro en su tono, curiosamente sobrio, pero se quedó allí mismo donde estaba.

—Estoy aquí porque estuve muy preocupada por ti esta noche. Y porque algo va a ocurrir muy pronto que hace que me aterrorice.

Él balanceó una mirada penetrante hacia ella, sus cejas bajaron la intensidad de su mirada brillante de color ámbar.

—¿Qué pasó? ¿Tiene algo que ver esto con Roth? ¿Hizo él algo para hacerte daño otra vez?

—Nada de eso, no. Pero vi algo que estoy segura de que está relacionado con él. —Ante su ceño de interrogación, ella continuó—. Hay una niña aquí en el recinto con el regalo de premonición—

—Mira. —dijo él, lo que le habían contado de la niña por los guerreros.

—Sí, Mira. Vi algo terrible en sus ojos justo hace unos minutos. Vi tu muerte, Andreas.

Claire exhaló suavemente y cerró sus ojos durante un momento, afligida simplemente por decir esas palabras.

—Vi un hoyo de fuego y escombros, y tú estabas dentro de él. Intenté salvarte, pero no pude llegar a tiempo. Y el fuego estaba... tan caliente.

Él maldijo suavemente y se levantó. Su expresión oscura dijo que estaba listo a negar lo que estaba escuchando, pero Claire lo cortó antes de que tuviera una oportunidad de hablar.

—Sentí tu muerte, Andre. Yo estaba allí, en la visión. Era verdad. Si no te liberas de esta necesidad de destruir a Wilhelm Roth, creo que vas a morir.

Él escuchó, su mandíbula se inmovilizó en lo que parecía ser una severa aceptación. Como si él supiera por un momento que su muerte vendría entre llamas y ruinas, pero no vio ninguna necesidad de huir de ello.

—Dios mío —dijo ella, furiosa de que ella apenas lo entendía ahora—. Siempre que dejabas que el fuego aumentara dentro de ti, mirabas tu propia muerte directo en la cara. ¿Sabes esto, verdad? Lo sabías todo el tiempo, y aún sigues usando el mismo poder que solamente te destruirá al final.

Él escuchaba como si nada, su expresión ilegible y exasperadamente impasible.

—No tengo miedo de morir, Claire.

—No —dijo ella, forzando la palabra por delante de su lengua sobre una miserable risa—. No tienes el miedo de eso, Andre. Ahora veo eso, finalmente. Corres hacia eso tan rápido como puedes. ¿Soy tan fácil de alejar de esto? Debo serlo, ya que sigues haciéndolo.

¿Qué me harías hacer? —murmuró él.

—Deja tu venganza sobre Wilhelm Roth, aquí y ahora. Deja a la Orden acabar con él cuando persigan a Dragos, pero no tú. Quiero que estés lejos de él. ¿Acaso no puedes hacer esto... por mí?

Su mano pasó tiernamente, sus dedos se curvaron alrededor de la línea de su mandíbula temblorosa.

—Me estás pidiendo darle la espalda a aquellos que han estado dispuestos a arriesgar sus vidas por mí en el pasado. Me estás pidiendo que olvide todo lo que Roth me ha hecho y a mi familia - lo que él ha hecho a numerosas vidas inocentes. Me estás pidiendo mirar a otro lado sobre un criminal que no vacilaría en vaciar su furia sobre ti, Claire.

Ella examinó sus ojos empapados por ámbar—un vampiro con ojos hambrientos – y vio como una cruda emoción se hinchaba dentro de él.

—Hay mil cosas que quiero decirte, Claire. Promesas que yo deseo poder hacer. Pero he ido demasiado lejos con Roth ahora. He provocado una guerra con él esto no va a terminarse hasta que uno de los dos termine en llamas. No quiero que ser yo, pero no voy a retroceder ante cualquier situación que venga.

Dios le ayude, pero ella no quería perdonarle ahora mismo - no por volver a su vida, no por recordarle tan intensamente que nunca había dejado de quererlo, y más seguramente no por la posibilidad de perderlo otra vez después de haber probado un sabor tan extraordinario de felicidad.

Pero cuando él llevó sus dedos a sus labios con tierno cuidado y con total reverencia, la cólera de Claire y el miedo se derritieron bajo su toque.

Y cuando él besó el corazón de su palma, luego siguió con la misma adoración suave hacia su boca, ella se perdió completamente.

Ella no trató de resistirse cuando él retrocedió, sin aliento y salvaje, antes de quitar a ambos de su ropa en medio de la capilla sagrada del recinto. Sus besos crecieron con más exigencia, más salvajes.

Se deleitó en su pasión, agarrando su aliento cuando él levantó sus piernas alrededor de su cintura y la besó aun más profundo. Él la atravesó en un largo, y duro empuje, capturando su agudo jadeo de placer con su boca.

Entonces él se movió con ella, carne sobre carne, cuando él la llevó con velocidad rápida y la fuerza que lo marcó como algo más que humano. Claire sintió la fría piedra firme, subida contra ella con su espalda desnuda. Y montando en la coyuntura de la extensión de sus muslos, sintió el calor de la carne rígida, caliente que la llenaba tan profundamente, tan deliciosamente.

Andreas la sostuvo en un asimiento apretado cuando se condujo dentro ella, su ritmo agresivo y la conciencia tranquila. Claire entendió su

necesidad. Ella lo sintió, también. Le dio la bienvenida a cada aplastante empuje, a cada furiosa y cruel retirada.

Ella quería oírle gritar su liberación, incluso si esto traicionaba su pasión a la orden entero. No se preocupó por nada más, excepto él, y la declaración segura de hacer añicos a sus cuerpos unidos juntamente para lo que rezó que no fuera la última vez.

—Fóllame —susurró contra su oído cuando él meció sus caderas contra ella en un ritmo más urgente—. Oh, Dios, Andre... tengo que sentir esto. Por favor, no pares.

Con un gruñido, la montó más duro, mientras la llevaba a un nivel de clímax que ella no conocía que existiera. Claire se hizo pedazos con un grito amortiguado, enterrando su cara en su hombro cuando su cuerpo se contrajo alrededor de él en un gran movimiento súbito de sensaciones. Él se vino con ella, resoplando una oscura maldición cuando esquivó su pelvis apretada contra ella y la sostuvo cerca, inundando su centro con la promesa apresurada de su liberación. Reichen liberó los muslos de Claire y con cuidado colocó sus pies hacia atrás en el terreno firme. Él temblaba con las réplicas de su liberación, pero aún más por la necesidad palpitante de enterrar sus colmillos en su cuello sensible.

Él nunca se había sentido más vivo que cuando estaba con Claire. Estando con ella solamente amplificaba esto, una farsa que había estado llevando todos los años en que habían estado separados. Después de que la maldición de su pyrokinética se hizo conocida para él, había sido muy cuidadoso de mantener a todo el mundo a cierta distancia. Había enladrillado su corazón detrás de una fortaleza—de paredes gruesas.

Pero no con Claire. Ella de algún modo había trabajado su camino hacia la fibra de quien él era y de quién un día esperó que él pudiera ser. Él era su compañero de todas las maneras que importaban.

Pero no de un modo que ella necesitaba.

Él no debería haber hecho esto con ella - por una docena de motivos y luego algunos más.

De ningún modo de lo que esto hubiera sido, iba a cambiar su mente sobre perseguir después a Roth.

Ella conocía esto, también.

Podía ver esto en sus ojos, cuando ella estuvo de pie ante él con las mejillas rojas y los ojos marrones oscurecidos aún más oscuros por la oscuridad aterciopelada de sus pupilas mojadas por la pasión.

—¿Ya has hablado con ellos sobre cuando piensas ayudar a la Orden?

No tenía ningún sentido protegerla de la verdad cuando era obvio que ella lo conocía mejor que cualquiera podría hacerlo.

—Tegan y Yo discutimos algunas cosas en el camino de regreso, esta noche. Comenzando mañana por la tarde, me uniré las patrullas en el lugar donde el guerrero que fue herido. Ya que ahora sabemos que Roth está en Boston, barreremos la ciudad para localizarlo, también. —Ella asintió brevemente, luego se movió por delante de él para recoger su ropa. Se vistió oportunamente, apresuradamente, como si no pudiera alejarse de él lo suficientemente rápido.

Reichen dio una sacudida débil de su cabeza, perdido por las palabras correctas.

—Lo siento, Claire.

— Lo sé —contestó ella silenciosamente—. Yo lo siento, también.

Él no trató de pararla cuando salió de la capilla y desapareció abajo por el sinuoso corredor. Tan duro como debía mantener sus pies arraigados en el piso, él estuvo de pie allí como una estatua, hasta que estuviera seguro de que ella se había ido.

Entonces se dejó caer sobre sus rodillas y continuó rezando por la fuerza que necesitaría para ver su venganza a través de su fin necesario.



Capítulo 21

Fue poco después del amanecer, cuando Claire se quedó fuera de la ducha en su habitación y se estiró para abrir la llave del agua. Observó fijamente, sin ver, en la niebla caliente que comenzaba a levantarse en el otro lado del cristal.

Lo estaba perdiendo de nuevo. De nuevo, por Wilhelm Roth.

Toda fría al pensar en todo lo que Roth ya había tomado de Andreas, y de ella, se metió bajo el agua hirviendo y se quedó allí, temblando del frío que reinaba dentro de sus huesos. En sólo unas pocas horas, el sol se ajustaría de nuevo y Andreas se uniría a la Orden en sus patrullas de combate—dirigiéndose justo a la ciudad en donde estaba Roth ahora. Dirigiéndose directamente a la muerte.

Él había dejado muy claro que nada de lo que ella dijera le impediría prestar su ayuda a la Orden. Así como nada le impediría perseguir la justicia de la que tenía necesidad, sin importar el costo para él. O el costo para el amor que estaban redescubriendo después de permanecer tanto tiempo separados.

Al menos esta vez él no se estaba yendo sin ninguna explicación. Tenía sus razones. Buenas, nobles razones. Ninguna de las cuales hacía la verdad fácil de aceptar.

Alguna parte desesperada y egoísta de ella había querido correr directamente al gremio de la Orden y rogar por reconsiderarlo. Ella le ofrecería cualquier cosa. Diría cualquier cosa.

Pero sabía que él no podía, o podría, cambiar de opinión.

Era un hombre muy honorable.

Y ella lo amaba demasiado para tratar de hacerle doblar su integridad sólo para satisfacer su corazón destrozado. Pero Dios, dolía pensar en dejarlo ir. De perderlo por siempre.

Dolor y furia la inundaron.

Se sentía tan confundida y asustada... tan sola.

Claire se sentó en el suelo de baldosas de la ducha y dejó que el agua caliente y el vapor la engulleran. Cerró los ojos y pensó en cuán difícil iba a ser cuando él se fuera con los guerreros esa noche. Estar en el recinto a la espera de su regreso mitigaría algo del dolor de su corazón, pero sólo hasta que ella considerara que él también estaría allí afuera buscando su batalla con Roth. ¿Y si agregaba a Dragos a esa ecuación, también?

Casi no podía soportar imaginar el resultado de una confrontación de esa magnitud. ¿Pero qué podía hacer ella para prevenirlo? Una pequeña y desesperada voz en la esquina de su mente susurró que había algo. Algo que ella aun no había considerado. Algo tan desagradable que causó que la bilis subiera por la parte posterior de su garganta.

Ella iría directamente al mismísimo Roth.

No por piedad porque sabía que él no tenía ninguna, especialmente no ahora. No cuando se trataba de ella o Andreas. Pero tan segura como estaba de ese hecho, también estaba profundamente segura de que Wilhelm Roth despreciaba perder.

Siempre había sido consumido por ganar, incluso el más trivial de los concursos.

¿Estaría dispuesto a aceptar lo único que le quedaba para ofrecerle?

Claire no podía estar segura a menos que lo intentara.

Rechazándose por lo que estaba a punto de hacer, pero sintiendo que era su última esperanza en lo que concernía a Andreas, inclinó la cabeza hacia atrás y frenó su respiración. Ella era una experta en ponerse a sí misma en un sueño rápido, pero encontrar a Roth, —esperando que él estuviera durmiendo también—no era tan fácil. Montó la corriente fuera de la conciencia y se desvió hacia el universo de ensueño, buscando, rogando encontrar a Roth allí.

Le tomó varios minutos antes de sentir el borde de su mente a través del velo del sueño.

El Hielo que se formó en su estómago mientras se movía hacia él, haciendo caso omiso a todos los instintos en su interior que pedían a gritos huir en dirección contraria lo más rápido que pudiera. Lo vio en frente de

ella ahora. Estaba de espaldas a ella, apresurándose a hacer su camino a través de lo que parecía ser una especie de bóveda de tierra.

Claire lo siguió en silencio, formulando su desesperado llamado.

Delante de él, una pesada puerta se abrió para dejarle pasar. Claire se deslizó detrás de él al tiempo que el panel de piedra gruesa se cerraba.

Roth estaba refunfuñándose a sí mismo en voz baja, palabras ininteligibles llenas de veneno y frustración. Dentro de otra sala, esta con un aspecto más clínico que el primitivo look de la cámara anterior, irrumpió más allá de un mostrador lleno de microscopios, platos y vasos. Cuando se acercaba el final de la larga superficie, él disparó a su mano y barrió un grupo de equipos hacia el piso. Claire jadeó cuando el vidrio roto se estrelló en frente de ella.

—Que mierda —Roth dio media vuelta. Cuando la vio allí, sus ojos crueles se entrecerraron y se rió, un frágil, peligroso estruendo en la parte posterior de la garganta—. Bueno, bueno. Si es mi perra infiel.

Ella no dejó que su bofetada verbal la afectara.

—Necesitamos hablar, Wilhelm. Tú y yo tenemos que llegar a algún tipo de acuerdo antes de que las cosas vayan más lejos entre Andreas y tú.

Ahora él se rio con verdadera diversión.

—Déjame adivinar. ¿Él te ha enviado aquí para pedir mi misericordia? ¿Mi sentido del honor?

—Él no me envió, no. Él ni siquiera sabe que estoy aquí. —Cuando arqueó las cejas con curiosidad, ella continuó—. He venido a pedirte que te mantengas alejado de Andreas. Deja tu animosidad por él—y por mí—y deja a Andreas continuar con su vida.

Roth se burló.

—No puedes hablar en serio.

—Sí —dijo Claire—. Y estoy dispuesta a ofrecerte todo lo que tengo para garantizar tu palabra, aquí y ahora. Regresaré a ti, Wilhelm. Haré lo que quieras que haga—toma tu odio hacia y dámelo a mí. Solo déjalo en paz. Por favor.

Sus ojos se estrecharon como cuchillas, cortándola con su malicia.

—¿De verdad eres tan ingenua, Claire? Me podía preocupar menos por él —dijo, careciendo completamente de emociones—. O por ti, si es el caso.

La esperanza se encendió, tenue, pero prometedora. Pero Wilhelm Roth soltó una carcajada terrible que hizo erizar los pelos de su nuca.

—Nunca ha sido acerca de ti, Claire. ¿No lo sabías? ¿Nunca lo sospechaste? Tú eras un premio que yo quería porque significaría tomar algo precioso lejos de él. Destruir su DarkHaven las personas más cercanas a él fue sólo un placer que no había anticipado. Uno que me encantó, no obstante.

—Estás enfermo, Wilhelm. —Su estomago se retorció con desprecio—. Dios mío. De verdad eres un monstruo.

—Y tú, Claire, ya estás muerta para mí —susurró él, su voz fue un gruñido sin aire que la heló hasta los huesos—. Tú y Andreas ya estáis muertos. Sólo que aun no lo sabéis. Sois obstáculos que se interponen en el camino de la grandeza, y seréis removidos. Vosotros y la Orden, también.

—¿Es eso lo que le prometiste a Dragos? —preguntó ella, inexpresiva. ¿Cuánto tiempo has estado haciendo su maldad por él?

Roth sonrió maliciosamente con su disgusto.

—Nuestra revolución comenzó incluso antes de que cometiera el error de tomarte como mi compañera. No debí haberme molestado en perder el tiempo contigo, sin importar cuánto me complacía haber tomado lo que tome de ti y de Reichen. Podría haber sido igual de gratificante para mí si te hubiese mandado con Dragos como con las otras mujeres que le envié en los últimos años.

Claire luchó para darle sentido a lo que decía.

Otras mujeres. Roth estaba enviando mujeres—¿querría decir Compañeras de Raza?—a Dragos. Para qué propósito, se preguntó, pero sólo necesitaba suponer por otro momento.

Desde fuera del éter de los sueños, una pared de celdas apareció. Húmeda, sin luz, una horrible prisión. Y dentro de ella estaban cautivas mujeres. Compañeras de Raza. Claire podía ver la marca de nacimiento en forma de lagrima y media luna en algunas de ellas, incluso desde donde estaba.

La misma marca con la que ella había nacido. La misma marca que denotaba a una mujer humana como capaz de unirse con uno de la Raza y llevar a sus más jóvenes.

Buen Señor, había aproximadamente veinte mujeres encerradas en esas celdas. Su estómago se revolvió aún más al ver que algunas de ellas estaban embarazadas.

—¿Qué está sucediendo aquí? —preguntó ella, horrorizada y asqueada—. ¿Qué diablos estáis haciendo tú y Dragos?

Mientras lo decía, alzando la voz en indignación, captó el bajo aullido de un animal que emanaba de algún lugar dentro del sitio donde estaban ella y Roth. El aullido se elevó a un rugido—un doloroso, quejumbroso grito que vibró a través de las plantas de sus pies y directamente en su médula.

Era diferente a todo lo que jamás había escuchado antes... un ruido totalmente extraño que puso un nudo de terror en sus pulmones.

Dios, ¿qué era este lugar? ¿Qué horrores estaban llevando a cabo Roth y Dragos aquí?

El terrible grito continuo, tan fuerte que sacudió el suelo bajo sus pies. Roth echó atrás la cabeza y aulló junto con la criatura invisible, burlona y sádica.

Luego él sonrió, una sonrisa asesina.

—Estás muerta, Claire. Justo como esas mujeres allí dentro. Él va a arrancarte miembro por miembro. A menos que yo tenga el placer primero. Piensa en eso la próxima vez que dejes a Reichen tocarte. La próxima vez que lo dejes follarte, se consiente que esto está esperándote. Voy a mataros a ambos, y disfrutaré haciéndolo.

Luego, así como así, Roth y la cámara del terror se fueron. Se cortó la red que los conectaba en el sueño, y Claire se despertó temblando, jadeando bajo el agua caliente de la ducha.

—Oh, Dios —musitó, poniéndose la cara entre las manos. La bilis subió por su garganta—. Oh, Dios... ¿qué he hecho?

No fue sino hasta unos minutos después de que se despertara que Wilhelm Roth se dio cuenta de la profundidad del error que acababa de cometer con Claire.

Al principio había estado en shock por verla en su sueño—no había esperado que la mujer tuviera ese tipo de agallas, poniéndose a sí misma muy cerca de él, incluso en el reino de los sueños, aun después de haber alimentado su ira con la prostitución de Andreas Reichen. Después de sorprenderse por ella espiándolo, Roth se había dejado caer a sí mismo en su provocación, incitando su miedo con una dura mirada de lo que él y Dragos eran capaces de hacer.

Se había encantado en dejarla oír el rugido salvaje del Antiguo en su jaula. Su horror al ver a las mujeres cautivas que Dragos había estado usando en toda clase de experimentos, le había dado una deliciosa emoción sádica.

Ahora que estaba despierto, tenía tiempo para considerar el precio de su pequeño juego.

Él le había mostrado el laboratorio y búnker subterráneo donde Dragos mantenía todos sus secretos.

¿Entendería ella lo que había visto? Él esperaba que no.

Claire tenía una mente inquisitiva, pero ¿qué podía hacer ella con este conocimiento? Decirle a la Orden, por supuesto, pero la gracia salvadora que había era que Dragos ya estaba anticipando un movimiento para los guerreros en Boston. Había estado en la banca de la Orden al final encontrándolo, desde la reunión que había interrumpido cerca de Montreal. Dragos había estado haciendo planes, moviendo las piezas en su tablero de diseño original.

Aun así, Roth sabía que no podía dejar pasar esto sin decirlo. Si lo hacía, sabía que sin duda, de alguna manera Dragos descubriría la verdad en algún momento. Él tenía que poseer el error y dejar que las fichas cayeran donde debían. Con suerte, su cabeza no caería junto a ellas.

Formulando sus excusas, Roth llamó a Dragos a su línea privada.

—Sire —dijo mientras el otro vampiro contestaba con un gruñido—. Perdone la interrupción, pero tengo noticias, que, desgraciadamente, no pueden esperar.

—Habla.

Roth le dijo sobre el encuentro con Claire en su sueño. Tuvo cuidado de pasar por alto la mayor parte de su propia culpa, haciendo uso de su talento como hombre de la Raza.

—Ella me espió sin mi consentimiento, sire. Cuando la descubrí allí, en el sueño conmigo, ya era demasiado tarde para impedir que viera el laboratorio.

—Hmm —Dragos gruñó, escuchando en un silencio enloquecedor—. Me estoy cansando de saber que esta mujer y su compañero aun respiran, Herr Roth. Ahora que tienes las cosas en marcha en Boston, tal vez es hora de tratar con ella como hemos discutido.

—Sí, sire. Lo haré.

Se aclaró la garganta, con la sensación de la agresión vertiéndose sobre la línea de teléfono a pesar de la calma exterior de Dragos.

—Para mi será un placer personal ahogar la vida de esa perra—después de dejarla verme matar a Andreas Reichen.

—Tengo una mejor idea —dijo Dragos, su voz suave y venenosa—. Quiero que vengas a la sede tras la puesta de sol.

—¿Sire? —Roth estaba confundido—. ¿Y qué sucede con el vínculo de sangre?

—¿Qué con ello?

—Si ella le dice a la Orden lo que vio hoy, que más se puede decir, ¿no usarán los guerreros el vínculo de sangre para encontrarme y el laboratorio?

Sólo hubo una breve vacilación en el otro extremo.

—Estate aquí en la puesta de sol, Herr Roth. Las instrucciones te estarán esperando.



Capítulo 22

El Complejo de la Orden en Boston era una maravilla arquitectónica y tecnológica. Incluso a pesar de la gravedad de las razones de Claire para estar allí, no podía sino estar impresionada por la extensa red subterránea de pasillos y cámaras ocultas debajo de la gran mansión de piedra caliza en la calle.

La Orden vivía en la comodidad indiscutible, pero estaba claro que se trataba de una situación táctica. Su función principal en la sede, el centro neurálgico de la ubicación de todo, era el laboratorio de alta tecnología, con sus bancos de computadoras, equipo de vigilancia, gráficos y mapas estratégicos de las principales ciudades en los Estados Unidos y el extranjero. Había entrado en una sala de guerra, y aunque había sido acogida como una huésped por todo el mundo que había conocido hasta ahora, mientras se sentaba en la mesa de conferencias, era muy consciente del hecho de que su compañero aún era Wilhelm Roth y era el vínculo más cercano a un individuo en alianza con el enemigo más traicionero de la Orden.

—Todo el mundo está de camino. —dijo Gideon después de llamar al resto de los guerreros y sus compañeras para que escucharan lo que Claire tenía que decirles.

Una de las residentes del complejo femenino, de aspecto majestuoso, con el color de cabello más hermoso, que debía ser natural, puso la mano encima de la de Claire en una muestra de apoyo femenino. Su nombre era Gabrielle, y ella era la Compañera de Raza del líder de la Orden, Lucan, que había sido el primero en enterarse de la inquietante noticia que Claire había reportado después de que anduviera en sueños con Wilhelm Roth más temprano el día de hoy. El gran vampiro Gen Uno comenzó a caminar por la habitación, sus largas piernas lo llevaban todo lo ancho del lugar en no más de media docena de pasos, mientras que Rio y Dylan lo veían desde el otro lado de la mesa.

Claire no sabía qué esperar de la Orden, y, francamente, habían sido más que un poco atemorizantes desde la primera vez que había llegado a su sede de Boston, anoche. Le sorprendió ver que no eran el lote de crudeza

que su reputación, entre la población general de la raza, pintaba, sino un grupo de compañeros de armas muy unido y profesional.

Con sus Compañeras de Raza, que vivían en el recinto con ellos, la Orden era una comunidad no muy diferente a cualquiera de los DarkHaven que Claire había conocido. Los guerreros y sus compañeras, obviamente velando por el otro, cuidándose el uno al otro.

Eran una familia.

Claire registró una pequeña punzada de envidia por eso, pero tuvo aún mas culpa cuando consideró el hecho de que Wilhelm Roth podría tener algo que ver con el peligro que amenazaba a los guerreros ahora. Después del horror que había visto en su sueño hace poco tiempo, de repente no tuvo vacilaciones, estaba comprometida con la causa de la Orden.

Todo lo que pudiera hacer para evitar que Roth-o Dragos- infligieran más daño, ella lo haría.

Lamentablemente, desde hoy a la puesta del sol, su vínculo de sangre con Roth parecía estar disminuyendo progresivamente. Él estaba en movimiento, estaba segura de ello. Podría haber estado en Boston un par de noches atrás la primera vez que había llegado con Reichen desde Europa, e incluso en una fecha tan reciente como la noche anterior, cuando habían estado manejando desde Newport, pero sus sentidos le dijeron que él ya no estaba en la ciudad. Había estado explicando ese mismo hecho a Gideon y los otros que estaban reunidos en el laboratorio de alta tecnología antes del inicio de las patrullas de la noche.

—¿Tienes alguna idea de a dónde podría ir Roth? —Savannah, compañera de Gideon, se sentó junto a él cerca de las estaciones de trabajo. La alta hembra negra, era una presencia tranquilizante en la sala, una fuente de fuerza serena que parecía ser un buen contrapunto a la energía frenética de Gideon—. ¿Había algún lugar de interés en el sueño?

Claire sacudió la cabeza.

—Nada que pueda señalar, por desgracia. Me gustaría que lo hubiera.

—¿Crees que él es consciente de que sabías que estaba en Boston? —preguntó Rio, con voz rodando con un rico acento español, sus cejas oscuras bajas sobre los ojos de topacio ahumado.

—Es posible que pudiera haber sospechado que yo lo sabía —supuso Claire—. Y si yo lo sentía a él, tengo que suponer que él sintió mi presencia en la ciudad también.

Gideon asintió.

—Eso podría ser motivo suficiente para que abandonara la ciudad, si él creyera también que podrías ser persuadida para entregarnos esa información.

—Y si está siguiendo órdenes de Dragos —dijo Dylan en la fila al lado de Rio—. Entonces, podría ser que él se mudara a algún lugar cerca de la guarida de Dragos. Tal vez si nos enteramos de donde está ahora, encontremos a Dragos, también.

Gideon frunció el ceño, pensativo, y luego miró a Claire.

—Vamos a ir otra vez a lo que has visto en tu sueño. Tal vez Roth nos dejó algunas pistas que nos ayuden a encontrarlo.

Claire empezó a recordar su caminata en sueños desde el principio. Mientras relataba los detalles de su enfrentamiento con Roth, las puertas de vidrio del laboratorio de alta tecnología se abrieron y entró Tegan con algunos guerreros, todos ellos vestidos para el combate de-la-cabeza-al-dedo-del-pie-de-negro. Y detrás de ellos estaba Andreas, vestido de manera similar y mirando todo tan letal como sus compañeros, fuertemente armados.

El corazón de Claire tartamudeó al verlo. Había pensado en ir directamente a él después de su caminata en sueños con Roth, pero no creía que pudiera soportar estar cerca de él después de la forma en que se había ido de la capilla.

Y una parte más cobarde de ella sabía que él se pondría furioso de averiguar lo que había hecho. La mirada que le dio al entrar en la habitación con Tegan difícilmente podría ser descrita como amistosa. Es evidente que ya había sido informado de la finalidad de esta reunión improvisada de la Orden.

—¿Qué más puedes recordar, Claire? —Le pidió Gideon ahora—. Has dicho que viste equipos de química y tablas forradas con material de laboratorio.

Ella asintió.

—Sí, había microscopios, computadoras y vasos, y viales químicos. Todo parecía muy técnico, pero no podría decir qué tipo de experimentos se están llevando a cabo allí.

—Y más allá del laboratorio habían celdas prohibidas. —le solicitó Gideon.

—Sí. Hileras de celdas que contienen a mujeres cautivas. Compañeras de Raza. Algunas de ellas estaban embarazadas. —Claire sintió la mirada fija de Andreas en ella mientras hablaba. Se quemó, la forma en que la miraba en silencio a fuego lento delante de toda la habitación—. Al oír hablar a Roth, tengo la impresión de que las Compañeras de Raza están siendo dadas a la criatura.

—Para los efectos de apareamiento —dijo Gideon, él envió una mirada sombría en dirección de Tegan—. Una nueva generación de Machos de la Raza, Gen Uno, a raíz de un antiguo.

Claire revivió la sensación de mareo que había tenido después de verlas y escuchar lo que Roth le había dicho.

—Él dijo que había suministrado a Dragos con Compañeras de Raza desde mucho antes de que lo conociera, que fue hace treinta años.

—Jesús —silbó Tegan—. ¿Cuántos Gen Unos podía crear en el transcurso de unas pocas décadas?

—¿Si hubiera un suministro continuo de Compañeras de Raza? —Replicó Gideon—. Me estremezco al imaginar.

—¿Y quién dice que Roth fue el único en suministrar? —Añadió Río gravemente. Miró a Dylan—. Los informes de personas desaparecidas. ¿Cuántas Compañeras de Raza desaparecidas has recogido de los registros de los DarkHaven, nena?

—¿Buscando desde cuán lejos? —Respondió ella, su expresión sobria—. Aunque los números han aumentado considerablemente en los últimos tiempos, hemos encontrado los informes que se remontan a comienzos del siglo pasado. Esto sin contar el número de mujeres que desaparecen de las poblaciones humanas cada año, que podrían ser Compañeras de Raza, también.

Se volvió a Claire a explicar. —Hace unos meses, cuando Río me encontró, descubrí que mi talento especial es ver gente muerta. Bueno, los muertos que resultan ser Compañeras de Raza, más bien. Vi varias en el

refugio donde mi madre solía trabajar. Me pidieron que ayudara a sus hermanas en cautiverio para salvarlas antes de que él las matara a todas. Me dijeron que había más, todavía vivas, que se mantienen bajo tierra, en la oscuridad. Me dieron el nombre de su captor, también: Dragos.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Claire, asombrada.

—Buscarlas a ellas se ha convertido un poco como una obsesión para mí. Desde entonces, hemos estado buscando registros de personas desaparecidas, tratando de seguir las pistas para ver si algunas de estas mujeres podrían haber sido vistas, a donde podrían haber ido. Tal vez podamos encontrarlas. Si podemos salvar una sola vida, valdrá la pena.

—Yo te ayudaré, si puedo. —dijo Claire.

—Si tengo que cubrir todo lo largo y ancho de los Estados Unidos y Alemania juntos para encontrar a Wilhelm Roth y obligarlo a renunciar a Dragos, entonces lo haré.

Dylan sonrió.

—Ya me gustas.

—Eso no es una mala idea, ya sabes. —Gideon se lanzó de la silla giratoria y corrió hacia uno de los grandes mapas de Nueva Inglaterra, que colgaban de la pared. Señaló a un pin rojo clavado en un lugar cercano a la frontera de Nueva York y Connecticut—. Sabemos dónde Dragos se ha visto recientemente. Sabemos que una vez tuvo una residencia en Nueva York en uno de sus alias. Si empezamos a buscar en esta región, y barrer hacia la costa, tal vez encontremos algo. —Miró a Claire—. Es demasiado cerca de la madrugada para hacer algo esta noche, pero, ¿estarías dispuesta a venir en un barrido de reconocimiento y usar tu vínculo de sangre para ver si puedes obtener una lectura sobre el paradero de Roth?

—Por supuesto. —Hizo como que no podía oír el bajo, y apenas audible, gruñido que emanaba de la dirección de Andreas. Él podría tratar de disuadirla, pero su mente ya estaba clara. Ella estaba en esta batalla ahora, también, no importa si le gustaba o no—. Puedo estar lista en cualquier momento.



Capítulo 23

Reichen alcanzó a Claire cuando la reunión en el laboratorio de alta tecnología se dispersaba. Se quedó atrás mientras el resto de los guerreros salieron de la habitación para prepararse para la última misión de la noche en la ciudad, con la mirada clavada en Claire en una explosiva mezcla de indignación y miedo absoluto.

—¿Qué diablos fue todo eso? —Exigió mientras ella, Gabrielle y Savannah salían del laboratorio juntas—. Cuando Tegan me dijo hace unos minutos que habías hecho contacto con Roth, yo no le creí. ¿Qué demonios estabas pensando, Claire? Más al punto, ¿estabas pensando? —Ella tragó saliva ante el asalto verbal, pero no se inmutó.

—Está bien —dijo a las dos Compañeras de Raza que la acompañaban—. Andreas y yo debemos hablar a solas.

La furia de Reichen ardía a fuego lento, mientras las compañeras de Lucan y Gideon se fueron y lo dejaron plantado en el pasillo con una muy desafiante e imperturbable Claire.

—Dios mío —dijo, sintiendo como si le hubieran sacado el aire. La misma sensación que había tenido cuando Tegan le dio la noticia de la visita en sueños de Claire a su compañero después del encuentro que había terminado con tanta torpeza en la capilla del complejo—. ¿Qué pensabas conseguir acercándote a Roth como lo hiciste?

—Tenía mis razones —respondió ella de manera uniforme.

—¿Por ejemplo?

—No importa. Él no estaba interesado en negociar. Estoy segura de que eso viene como una pequeña sorpresa para ti.

Reichen se burló.

—Roth nunca negocia. Toma. Y cuando no puede simplemente tomar, roba. Mata, Claire. ¿Qué demonios creíste que podías ganar buscándolo, incluso en un sueño?

Ella comenzó a alejarse de él, como si tuviera la intención de dejarlo de pie en el pasillo sin respuesta.

Antes de que pudiera dar dos pasos, él la agarró por el brazo y la atrajo hacia él.

—¿Qué le pediste, Claire? ¿Tu libertad? ¿Su misericordia? —Él frunció el ceño, tan furioso por su imprudencia como se sentía aliviado de que estaba viva y caliente en su mano que apretaba con fuerza—. ¿Pensaste que él simplemente te liberaría si se lo pedías?

—No —dijo, su barbilla levantada orgullosamente con su respuesta—. Yo no le pedí que me dejara ir, Andre. Le pedí que me tomara de vuelta... pero sólo con la condición de que estuviera de acuerdo en dejarte vivir.

Ella bien podría haberlo golpeado en el esternón con el puño de plomo.

—¿Tú, qué?

Buen Cristo, la idea de ella volviendo con Roth-bajo cualquier condición- era suficiente para hacer que su sangre hirviera. ¿Qué iba a ofrecerse a sí misma a Roth, a cambio de él? Él quería rugir su indignación a las vigas.

—Él no me quiere. Nunca lo hizo. —Sacudió la cabeza mientras se desprendía de su agarre—. Dijo que sólo me tomó como su compañera porque sabía que te lastimaría. Él ha estado tratando de hacerte daño durante mucho tiempo, Andreas.

Que el odio de Roth se extendiera desde hace muchos años no fue sorpresa para él, pero podía profesar apenas un poco de eso cuando la gravedad de lo que Claire había hecho-a lo que había estado dispuesta a someterse, por él-todavía estaba haciendo efecto como aceite caliente en su corazón.

—¿Tienes alguna idea de cómo me habría herido si hubiera aceptado tu oferta?

—Probablemente no tanto como el daño que me causaría cuando vayas a tu muerte tratando de acabar con él.

Reichen merecía eso, él sabía que lo hacía. Pero eso no le impidió bloquearle su camino mientras trataba de rodearlo de nuevo.

—No vas a ir a ninguna parte cerca de él, Claire. No con la Orden, no con una maldito ejército a tu lado. He oído lo que dijiste allí, y sé que quieres ayudarnos a vencerlo, pero no vas a dejar el complejo, no mientras Roth esté en alguna parte ahí afuera. Te lo prohíbo.

Se quedaron boquiabiertos.

—¿tú, qué? —tú prohíbes...

—No te dejaré hacerlo.

—Y yo no recuerdo haberte pedido tu permiso —dijo, con la ira saltando en su pulso ahora, tan aguda que podía sentir que hacía eco a la de él—. Después de lo que vi en el sueño de Roth hoy, tengo que ayudar a la Orden a vencerlo. Por cualquier medio que pueda. Yo creí que tú, de todas las personas, podías entender eso.

Reichen sacudió la cabeza, negándose a considerar siquiera la idea.

—No lo vas a hacer, Claire. No te dejaré.

Ella lo miró fijamente durante un largo rato, luego algo le llamó la atención más allá de su hombro, en el otro extremo del corredor.

—Tus compañeros te están esperando.

Él se volvió a mirar y se encontró Tegan, Rio, y un par de los otros guerreros de pie cerca del ascensor que los llevaría arriba. Él asintió hacia ellos, indicando que necesitaría un minuto más. Cuando miró de nuevo a Claire, ella ya no estaba de pie delante de él, sino que caminaba a un ritmo determinado por el corredor.

—Maldita sea —susurró bajo.

Entonces se giró de nuevo hacia los guerreros y cayó en un desplazamiento para unirse a ellos para las patrullas de la noche.

Wilhelm Roth sentía los fríos ojos sin emoción de los cinco asesinos Gen Uno mirándolo fijo mientras realizaba otra verificación de los sistemas del laboratorio subterráneo de Dragos. Todo estaba en su lugar, precisamente como había recibido instrucciones, y ahora todo lo que podía hacer era esperar. Esperar y tener esperanza de que Claire estuviera con la Orden ahora, llorando por su maltrato hacia ella y Andreas Reichen, y decirle todo a los guerreros de la maldita caminata de ensueño.

Tan difícil como podía ser encontrar la ubicación de la guarida oculta de Dragos, la Orden era ingeniosa y determinada. Esas fueron las cualidades, Dragos contaba con llevarlos hacia la trampa que él y Roth habían establecido para ellos.

El vínculo de sangre de Claire con Roth y su sentido del honor ridículo harían el resto.

Roth no tenía conceptos erróneos, su futuro estaba montado en el éxito, de este ataque ofensivo contra los guerreros. Si ninguno de los asesinos a los que se le había asignado matarlo no lo acababan y él fallaba, entonces Dragos ciertamente lo haría. Mientras hacía su inspección final en los detonadores y kilos de explosivos, se preguntó si no le había sido entregada una misión suicida.

Pero él no tenía ninguna intención de morir aquí.

Los guerreros, sin embargo...

Una vez que fueran guiados a su trampa, no habría ninguna posibilidad de que alguno de ellos saliera de allí con vida. Él solo podría esperar que la Orden enviara a sus miembros detrás de él. Sería un gran placer ver al grupo perecer en un solo golpe.

Tanto mejor si ese número incluía a Claire y a su amante reconciliado.

Satisfecho de que todo estaba preparado en el laboratorio, Roth se dirigió a la zona de la prisión de luz-uv para comprobar la configuración una última vez. Quería que todo fuera perfecto para la llegada inminente de la Orden... y su resultante desaparición.

Había demasiado maldito silencio.

Lucan y el resto de la Orden habían pasado la mayor parte de la noche registrando minuciosamente la ciudad, en busca de cualquier signo de Dragos o de los asesinos, al parecer, un Gen Uno había sido desatado en las calles para sacar a la Orden.

Varias horas de búsqueda por cada lote abandonado, almacén, callejón, y azotea, y Lucan venía con las manos vacías.

Así fue con el resto de los equipos de patrulla esta noche. Acababa de finalizar una llamada con Niko y Renata, que habían estado buscando en forma conjunta por el río Mystic con Dante y Hunter. Ni rastro de problemas, otros que la mierda de costumbre de la humanidad contra sus hermanos.

Francamente, la relativa paz que estaba encontrando esta noche no sentaba bien con él.

Algo parecía... apagado.

Lucan todavía podía sentir en su médula que algunos problemas serios habían estado aumentando en la ciudad la otra noche. Los asesinatos humanos fueron significativos en su brutalidad y su descaro. La Orden estaba siendo atraída a jugar de una manera muy evidente, de modo que, ¿por qué Dragos tiraría de sus golpes ahora que tenía su atención?

Mientras Lucan hacía un barrido más visual de su área en la última hora antes del amanecer, no podía dejar de sentir que él y el resto de la Orden se encontraban camino a un tsunami en espera. La marea y el viento había succionada duro, dejando un extraño y falso estado de calma.

Todo estaba en silencio ahora, pero en cualquier momento esa madre de una ola iba a venir, derramándose sobre ellos y consumiendo todo a su paso.



Capítulo 24

Sigo diciendo que estamos desperdiciando un tiempo precioso y una oportunidad, si al menos no consideramos un reconocimiento de día. —La compañera de Nikolai, Renata, saltó de la encimera de la habitación de armas y comenzó a pasear en sus botas de combate y fatiga negra. Su pelo largo y negro hasta la barbilla estaba suelto de la banda que lo tenía agarrado atrás durante sus patrullas y ahora se mecía libremente alrededor de su cara cuando discutía su punto de vista, por segunda vez—. Me refiero, vamos, chicos. Si el hombre de la resistencia a estado tirado por aquí, justo ahora sólo para mantenernos a salvo, sin salir. Lo peor que nosotros podemos encontrar durante las horas de luz son Subordinados, y desafío a cualquiera que me diga que no elimine una mente humana esclava en mis sueños. Con una mano atada detrás de mi espalda.

Niko sonríe a su mujer.

—Tiene un buen punto, Lucan. No hablamos sobre la situación de combate, sólo las enviamos a reunirse y que vuelvan a informar y así nosotros podremos movernos.

Lucan gruñó, mirando desde debajo de sus pestañas oscuras.

—No me gusta.

—A mí tampoco me gusta —señaló Rio—. Pero sé que Dylan estará a salvo con Renata. Si las mujeres están abiertas para hacer esto, entonces quizá deberíamos dejarlas ayudar. Tú lo has dicho, Lucan: Justo ahora necesitamos todas las manos disponibles.

Reichen se sentó al lado y escuchó en silencio, mordiendo su propia opinión, la cual era básicamente lo que la Orden decidiera estaba bien para él, tanto como ellos dejaran a Claire fuera del cuadro completo. Desafortunadamente para él y sus opiniones, Claire parecía tener otros planes.

Él la sintió en el umbral de la puerta de la sala antes de realmente verla, la fuerza de su unión con ella le hizo girar su cabeza en su dirección

como si su centro estuviera conectado con ella por un alambre. Ella entró con la compañera de Dante, ambas moviéndose hacia la parte de atrás de la sala cuando el debate continuó entre Lucan y Renata.

—Piensa en ello, Lucan. Si trabajamos a la luz del día, eso nos daría una ventaja de ocho a diez horas —dijo ella—. De ocho a diez horas más cerca de Roth podría ser una ventaja crucial para realmente acercarnos a Dragos. Si la retirada que nosotros vimos esta noche en Boston es una indicación de que ellos están asustados y huyeron, entonces, no tenemos ningún tiempo que perder.

Varias cabezas asintieron de acuerdo con Renata.

—¿Y si la retirada es un indicador de algo más? —Preguntó Lucan severamente—. ¿Y si ellos no han salido abruptamente de Boston porque están preocupados de ser encontrados, si no porque están trabajando en algo más grande?

—En realidad, creo que necesitamos asumir que no es tanto miedo como una estrategia —la voz de Claire llamó la atención de todos hacia la parte de atrás de la sala de armas. Ella miró a todo el grupo, persistiendo más tiempo sobre Reichen. Su mirada era molesta, y él podía sentir la angustia que tenía su corazón latiendo incómodamente en su pecho—. No conozco a Dragos, pero conozco a Wilhelm Roth bastante bien. Él nunca opera desde una posición de miedo. Él se cree a sí mismo invencible, más inteligente que todos los demás. En cualquier lugar donde esté, tiene un plan alternativo para usar cualquier ventaja para golpear, incluso más fuerte del que tenía antes.

—Mejor razón para usar cualquier ventaja que podamos encontrar —añadió Rio.

La mirada de Lucan viajó de Claire a Renata y a Dylan, el trío de Compañeras de la Raza quienes saldrían fuera a la luz del día de misión.

—¿Todas estáis de acuerdo, entonces? ¿Queréis hacer esto?

—Sí —respondieron al unísono.

Él lo consideró durante un largo momento, luego dio un solemne asentimiento.

—Bien, entonces. Gideon tendrá las coordenadas de la mejor área para que empecéis a buscar. Vamos a encontrarnos en el laboratorio de tecnología antes de que salgáis para un resumen final.

Con unos comentarios de asentimientos alrededor, la reunión comenzó a dispersarse. Reichen empezó a moverse hacia Claire, pero antes de que él pudiera alcanzarla y ofrecer una docena de disculpas diferentes, que había estado ensayando en su mente desde que se habían separado la última vez, Renata y Dylan la barrieron a lo largo de una conversación rápida.

Ella le dio sólo una mirada muy breve cuando pasó, el mensaje en su mirada sin lugar a dudas era claro. Él no tenía nada que decir sobre lo que ella estaba haciendo. Se había negado a darle promesas que él no podía mantener, y ahora ella estaba tratando de devolverle las espadas. El sabor de llevarse su merecido era mucho más amargo que el infierno.

Claire se apartó de él, luego continuó con sus dos compañeras femeninas para discutir la misión a la luz del día que había puesto un bulto de hielo en el intestino de Reichen.

En el momento que el sol se levantó, la frustración de Claire con Andreas hacía tiempo que se había agotado. Ella comprendía su asunto, y su enfado. Había sido insensata en pensar que podría negociar con Roth. Incluso más insensata en pensar que ella podía soportar el bienestar de Andreas. Especialmente después de la visión que había visto de su fiero fallecimiento. Todo lo que conocía era la necesidad de resistirle tensamente. Ese era el por qué ella le había pedido abandonar su búsqueda para vengar a su familia y a todos excepto suplicarle dejar que la Orden luchara la batalla con Roth y Dragos en primeras filas. Ese había sido un momento de entusiasta y egoísta desesperación, uno que la había cegado de todo, excepto a su amor por él. Todo lo que sabía era su necesidad de mantenerle cerca para que nada ni nadie pudiera apartarle de ella otra vez.

Pero cuando Claire se preparó para dejar el Complejo con Dylan y Renata esa mañana, se dio cuenta que le había estado pidiendo demasiado. En el laboratorio tecnológico del Complejo con los otros, observó como las dos compañeras femeninas de Rio y Nikolai, pasaban unos pocos momentos tranquilos murmurándoles tiernas palabras y abrazándolos.

Al presenciar las suaves despedidas y los persistentes abrazos de las dos parejas que iban a estar separadas durante el día, Claire sintió una punzada de pena por lo que ella había esperado de Andreas. Su amor no era más sagrado de lo que ella estaba viendo allí. La seguridad de todos ellos no era más importante que la de cualquier guerrero o sus Compañeras de Raza.

Andreas tuvo razón al rechazar lo que ella le estaba pidiendo.

Claire podría haber dicho mucho, pero él no había venido a verla con el resto de la Orden. En su lugar fueron Tess y Savannah quienes la

empujaron en un rápido y cálido abrazo cuando ella, Dylan y Renata comenzaron a reunir sus equipos para la misión del día. Lucan y Gabrielle llegaron un momento después, el líder de la Orden le dio un sombrío asentimiento cuando su Compañera de Raza abrazó brevemente a Claire.

—Quiero darte gracias por tu buena voluntad al ayudarnos para intentar rastrear a Roth —dijo él con su profunda voz de superioridad—. No espero que sea fácil para ti. Aún hay tiempo para que cambies de opinión, si tú no...

—No. —Interrumpió Claire. Dio una suave sacudida de cabeza—. Quiero hacer esto. Después de todo lo que sé de él, necesito hacer esto.

Un severo asentimiento fue la única respuesta de Lucan, cuando Gideon convocó la atención de todos para una carrera final a través de la cuadrícula que había marcado para que las hembras siguieran. Claire escuchó las instrucciones que les llevarían al sur de Boston y entrarían en Connecticut, comenzando con un barrido del área del estado a la línea de Nueva York, donde se enteró que el compañero de Dylan se enfrentó una vez con Dragos, Rio, pero se las arregló para escapar. Desde allí, la misión de reconocimiento cubriría tanta tierra como fuera posible durante las horas de luz, esperando que en algún lugar a lo largo del camino, la sangre de Claire unida a Roth levantara un sólido rastro que la Orden pudiera seguir después en la oscuridad.

—Os voy a dar a cada una un teléfono equipado con GPS —estaba diciendo Gideon ahora, apartándose del mapa que había trazado en la pared para recuperar los tres teléfonos móviles de la mesa. Se los entregó a Claire, Dylan y Renata—. Mantenedlos encendidos y asegurados siempre. Vamos a estar monitorizando vuestra localización y progreso desde aquí, pero queremos comprobaciones cada hora, como mínimo. Consigues algo de Roth y telefoneas lo antes posible. Todo lo que veáis o sentáis que haya enfrente de vosotras mientras estáis en esta misión, telefoneáis. Si tenéis cualquier razón para parar el vehículo, incluso para correr dos minutos al cuarto de baño, telefoneáis. ¿Entendido?

Las tres asintieron, aunque Renata lo hizo mientras giraba sus ojos hacia Claire y Dylan. El pelo de ébano debajo de su trinchera larga de becerro, llevaba botas de suela plana, pantalones vaqueros oscuros, y un suéter de cuello vuelto negro, bastante pasable como ropa de calle, si uno no miraba demasiado cerca los bultos que zumbaban en sus delgadas caderas. Un pequeño arsenal de cuchillas y pistolas estaban enfundadas y envainadas en el cinturón de cuero que rodeaba su cintura.

A la impresionante colección de armamento, Nikolai añadió una más: una pistola de apariencia asquerosa, de cañón largo, igual de largo que el brazo de Claire. Él se la entregó a Renata, luego situó un cargador de munición en su palma abierta.

—¿Tu especial de punta hueca de titanio? —Murmuró ella, luego le sonrió como si le hubiera dado un ramo de rosas de premio.

Niko sonrió, dos hoyuelos gemelos enmarcaron su ancha sonrisa.

—Nada dice te quiero como un disparo hecho costumbre.

Renata le besó y rió, metiendo en el bolsillo el cargador y cuidadosamente colgando la pistola en la correa sobre su hombro.

—Innecesario, pero dulce. Gracias, bebé.

—Estos disparos que ahúman Renegados no son sólo para matar vampiros —dijo Lucan—. Tomaran Subordinados también. No dudéis en disparar si sentís que la situación lo garantiza en algún momento.

Renata asintió.

—Confía en mí, sin preocupaciones. —Ella envió una mirada a Claire y a Dylan—. ¿Listas para golpear la carretera, chicas? Vamos, rock and roll.

Claire deslizó el teléfono dentro del bolsillo de sus pantalones sueltos, luego se movió con las otras dos mujeres hacia a las puertas de cristal automáticas del laboratorio tecnológico. Ella no pudo evitar que sus ojos buscaran por el corredor, buscando a Andreas. Pero él no estaba allí, y tampoco iba a venir. Ella no sabía si le apartaría o si ya le había perdido antes de su confrontación infructuosa unas pocas horas antes.

Eso no importaba.

Él no estaba allí.

Él no era suyo, y posiblemente nunca lo sería.

Claire supuso que ahora era un momento tan bueno como cualquiera otro para empezar a acostumbrarse a ese hecho, otra vez.



Capítulo 25

Reichen había estado rondando los pasillos del Complejo durante la mayor parte de la mañana, tratando sin éxito deshacerse de los espasmos y temblores que atormentaban su cuerpo. Caminó silenciosamente estando descalzo por una de las largas y adornadas tabletas de mármol blanco del vestíbulo, obligándose a hacer una pausa cada veinte pasos más o menos cuando los temblores y las arcadas eran demasiado malas como para seguir moviéndose.

Su pecho estaba húmedo, el aire fresco del complejo golpeaba su piel como una ráfaga de hielo. Los jeans que llevaba se sentían como pesos pesados en sus piernas, por la tela húmeda de sudor. Se estremeció y alcanzó la pared para estabilizarse a sí mismo mientras su cabeza zumbaba y otra oleada de náuseas se apoderaba de él. Cuando abrió los ojos, su visión roja ámbar-brillaba a través de las aberturas de sus párpados. Saboreó la sangre en su lengua y comprendió con cierta alarma que sus colmillos estaban totalmente expuestos, y pinchando la carne de su labio inferior. Sus dermaglifos pulsaron por todo su cuerpo, las marcas de la piel se oscurecieron con los colores de la intensa hambre.

—Mierda —dijo entre dientes con fuerza, mientras el fresco dolor golpeaba su estómago y cayó de rodillas en el duro y pulido suelo.

Agachado y jadeante, cruzó sus brazos sobre su estómago haciendo tiras y contuvo un gemido que rozaba el fondo de su garganta. Sus oídos zumbaban con el sonido de su propia sangre a través de sus venas, esa palpitación prácticamente lo estaba volviendo loco. Se inclinó hacia adelante para plantar la frente y la mejilla contra la helada piedra del suelo, hasta que la agonía pasara, simplemente concentrándose en respirar dentro y fuera, dentro y fuera...

Que Dios lo ayudara, su sed de sangre regresaba de nuevo, peor que nunca. Picoteándolo como un cuervo sobre la carroña durante la mayor parte de la mañana, fue lo único que lo había mantenido alejado de Claire cuando ésta y las otras Compañeras de Raza salían a empezar su día de recopilación-inteligencia para la Orden.

Afortunadamente para él, la mayoría de los guerreros y sus compañeras estaban ahora en el laboratorio de tecnología o en sus aposentos privados—una pequeña misericordia, ya que sólo habría lanzado insultos a la ya lesión insostenible si alguien pasaba y lo viera en tal lamentable condición.

Convocando cada gramo de su voluntad, Reichen forzó sus pies y empezó a arrastrarlos inestablemente fuera del pasillo. Estaba tan cerca del cuarto de armas, cuando de repente, la oscuridad de la instalación vacía le dio la bienvenida mientras se arrastraba al interior y se desplomaba contra la pared más cercana. Se dejó caer allí, agotado y miserable, su respiración salía entrecortada a través de sus dientes y colmillos.

Podría haber estado durmiendo unos segundos o incluso una hora, no tenía idea de cuánto tiempo había pasado antes del suave sonido de la abertura de la puerta que lo sacudió despertándolo y las luces del campo de tiro brillaron a su alrededor. Los reflectores rebotaron en el espejo de cristal del área de entrenamiento, y a través del cansancio de su visión, vio que Tegan estaba parado cerca de la puerta, su mano apenas alejándose del interruptor de la luz.

El guerrero murmuró una fuerte maldición y algo de déjà vu resonó, pero el cerebro de Reichen estaba demasiado asediado para intentar comprender su significado. Se sentó allí en la miseria, gruñendo una advertencia al otro hombre para que lo dejara solo.

Tegan se burló y en cambio dio un par de zancadas avanzando hacia él. Sus penetrantes ojos verdes se posaron sobre Reichen con una señal de fría comprensión.

—Te sientes tan mierda como te ves, lo entiendo. —Reichen tragó, su garganta demasiado seca como para hablar. Levantó la vista hacia el Gen Uno que consideraba un amigo, su visión naufragando con el continuo palpitar fuerte, golpeando su cabeza. Captó el destello de la mirada entrecortada de Tegan, sabía que el guerrero podía leer su agonía en los colores de sus abatidos glifos expuestos.

—Esa sangre que tomaste en la ciudad hace un par de noches debería haberte servido para largo —dijo él, su profunda voz como el acero martillando. La mandíbula de Tegan se contrajo, los orificios nasales palpitaban ligeramente con su respiración contenida cuando se agachó en cuclillas en frente de Reichen—. ¿Desde cuándo te persigue la sed?

Logró gesticular un encogimiento vago de hombros.

—Todo el día... Realmente nunca para, incluso después de comer.

—Mierda. —Tegan pasó una mano por su cabello rojizo oscuro suelto—. Sabes lo que es, ¿no?

Reichen gruñó, dejando que sus ojos se cerrasen cuando sus parpados resultaban demasiado como para mantenerlos abiertos.

—Es a causa de la pyrokinética —murmuró con voz ronca—. Al iniciar los incendios... luego el hambre de sangre aumenta. Pasa cada vez.

—Y cada vez que pasa, el hambre empeora —Dijo Tegan, ni de cerca siendo una pregunta—. Mierda, Reichen. Podría ser la pyrokinética la causante, pero lo que estás sintiendo es la primera señal de sed de sangre, hombre. No has caído todavía, pero estás empezando a dirigirte allí, y sabes condenadamente bien lo que está pasando, ¿no?

Reichen intentó negarlo con un movimiento de cabeza, pero Tegan no era ningún idiota. Cuando Reichen miró la cara del guerrero, vio la desoladora comprensión. Demonios, vio a un hombre que había probado esta absurda sed por sí mismo. Un hombre al que, mirándolo profundamente, todavía lo frecuentaba el recuerdo de una adicción a la sangre incluso más profunda que con la que Reichen luchaba cada vez que su pyrokinética lo abordaba.

Quería preguntarle cómo había luchado contra ello—cómo había ganado contra la feroz sed que podría convertir incluso a los miembros más fuertes de la Raza en salvajes asesinos—pero justo entonces su estómago dio otro violento giro. Gruñó por el dolor de los espasmos y sus miembros contrayéndose.

—Respira profundamente —le ordenó Tegan—. Tienes que ser más fuerte que la sed. No dejes que se apodere de ti.

Reichen hizo lo que dijo, dispuesto a escuchar cualquier consejo si ayudaba a aliviar parte de su agonía. Le tomó varios minutos antes de que lo peor pasara. Una vez logrado, asintió débilmente, aliviado por la pequeña paz que prosiguió al dolor.

—Háblame de la pyrokinética —dijo Tegan cuando Reichen soltó un suspiro y se arrastró hasta conseguir una posición más cómoda, sentándose—. ¿Cómo has logrado manejarlo tan bien hasta ahora? Demonios, nos conocemos hace mucho, hace un par de siglos, y no tenía pista de tu habilidad.

—No estoy a gusto con ello —murmuró Reichen, una absurda subestimación si alguna vez había proferido alguna.

La expresión de Tegan era sobria pero no culpable.

—¿Crees que no he hecho cosas que no lamente? Es difícil atravesar incluso un año sin lastimar a alguien o a algo cuando no tenías la intención. Si empezara contándote toda la mierda que he hecho mal o que desearía poder volver atrás.... Confía en mí, no tenemos esa clase de tiempo. Así que, por qué no empiezas primero. Háblame de la pyrokinética.

Sólo podría haber sido la forma del guerrero que lo distrajo, animándolo a hablar en lugar de anticiparse a la siguiente ronda de agonía, pero cuáles fueran los motivos de Tegan, Reichen se encontró explicándose cómo había vivido la mayor parte de su vida sin saber de la maldición que acechaba dentro de él. Le dijo a Tegan primero como había llegado a descubrir los fuegos a través de la traición de Roth hacía treinta años... y como aborrecía haber sido el primero en comprenderlo, era realmente terrible lo que el calor de su pyrokinética le haría a alguien que estuviera lo bastante cerca de él.

—Mate a una joven inocente, Tegan. En cuestión de segundos, estaba tan carbonizada que no podría ni siquiera reconocerla como humana. —Se sintió completamente enfermo de nuevo—no por la sed de sangre sino del profundo auto—aborrecimiento que no había disminuido y probablemente nunca lo haría—. Después de eso, estaba decidido a no dejar que mi poder surgiera de nuevo. Y trabajé condenadamente duro para asegurar que no lo hiciera. Luego Roth envió su cuadrilla de muerte a mi DarkHaven y no hubo nada que pudiera hacer para controlar el fuego. Se lo llevó todo y a todos los que me importaban.

—Casi todo el mundo —dijo Tegan, esos brillantes y sutiles ojos verdes brillaron—. ¿Hace cuánto tiempo has estado enamorado de Claire?

Reichen soltó un profundo suspiro.

—Hace mucho, ni siquiera recuerdo cómo era no estar enamorado de ella.

—Has bebido de ella, ¿verdad?

Él asintió, ya no tenía sentido negarlo.

—¿Y después de tratar la pyrokinética? ¿Entonces, bebes de ella?

—Sí —dijo Reichen, recordando aquella primera vez que había puesto sus colmillos en su garganta, la noche en la oficina de Roth en Hamburgo. Parecía que hubiera pasado una eternidad—. Bebí de ella la noche después de ir al DarkHaven de Roth.

—¿Cómo te sientes después de beber de Claire? ¿Tan mala era la sed después de tener su sangre dentro de ti?

Reichen lo consideró por un momento.

—Mejor, supongo. No fue tan grave.

No lo había notado, pero ahora estaba seguro que beber de Claire había disminuido su necesidad de sobredosis de sangre. Siempre la ansiaba, pero de una manera muy diferente a la post-pyrokínética que lo convertía a algo más cercano a un animal.

Reichen asintió.

—Haría cualquier cosa por ella, Tegan. Incluyendo alejarme de ella, como lo hice hace mucho tiempo.

—Y ahora... —incitó Tegan.

—Ahora...

Reichen frunció el ceño, pensando en la manera en la que había dejado las cosas con ella. Ella sólo le había pedido que estuviera con ella—lo único que quería más que cualquier otra cosa—pero en su corazón sabía que no podría dárselo. No, cuando su poder estaba tan cerca de gobernarlo. Más cerca de lo que quería admitir, incluso a sí mismo. Y luego estaba el hecho de que Wilhelm Roth y Dragos estaban todavía respirando, caminando libremente y con la intención de llevar a cabo sus perversos planes.

El poder de Reichen era terrible, pero quizás era un arma necesaria en esta guerra que empeoraba. Al menos entonces podría servir a un propósito—a uno noble. Serviría a un propósito, algo más que sólo sus propias necesidades y deseos.

—Un fuego más y realmente no sé si sería capaz de alejarme de ello, Tegan. Cada vez que aumenta mi poder, se vuelve más fuerte. Menos controlable. La sed de sangre después es bastante infernal, pero el fuego en sí es la muerte para cualquiera que se acerque. No me importa lo que pueda pasarme a mí, pero Claire... —se detuvo abruptamente, reusándose a considerar la idea—. Ella no merece ser parte de mi infierno personal.

Tegan arqueó una oscura ceja.

—¿Realmente crees que ella no es parte de ello ya? Sólo porque tú te alejes no significa que estará más segura sin ti.

—Ella vio mi muerte, Tegan.

—¿Qué?

—La niña. Mira, le mostró una visión de mi muerte hoy temprano. Claire me dijo que vio las llamas y el humo. Se vio corriendo hacia el fuego, hacia el calor, para intentar salvarme.

—Jesús.

Reichen asintió severamente.

—Entiendes, por supuesto, no puedo dejarla hacer eso. Ella no puede estar en algún lugar cerca de mí, no cuando el fuego esté al mando. Herirla es la única cosa que no podría soportar. La quiero a salvo de Roth, también. No me importa cuánto tiempo me lleve acabar con ese bastardo, lo encontraré, y lo veré morir.

—Sí, sobre eso —dijo Tegan—. Podrías tener tu oportunidad más pronto que tarde. En realidad es la razón por la que vine a buscarte. Recibimos una información de Claire y las otras hace pocos minutos.

La alarma vibró a través de la sangre de Reichen, incluso más fuerte que la sed de sangre que aún estaba apuñalándolo.

—¿Qué pasó? ¿Ella está bien?

—Claire, está bien. No pasa nada, pero notó la presencia de Roth hace un par de horas al sur de aquí. Era más fuerte en cuanto más se acercaban a Connecticut, así que están rastreándolo, esperando acorralarlo en una determinada ubicación antes de la puesta de sol.

—¿Roth está en Connecticut ahora? ¿Dónde, exactamente? —Reichen tragó con dificultad, cada músculo tenso. Sintió la indignación fluctuando de su ira que empezaba a despertar. Reconoció la necesidad de estamparlos al seco, pero su preocupación por Claire arremetió contra todo pensamiento racional—. Maldita sea, ¡no la quiero cerca de ese hijo de puta!

—Cálmate —dijo Tegan uniformemente, notando rápidamente, la obvia nota de calor que había empezado a crujir bajo la superficie de Reichen—. Claire no está en peligro en esta operación, te lo prometo. Sólo están

trazando el camino, y estarán dirigiéndose a Boston en un par de horas con cualquier información que encuentren.

Reichen se calmó, dejando encorvar su espalda contra la pared. Maldijo rotundamente y dejó caer su cabeza entre las rodillas regocijándose. Podría sentir a Claire en su sangre, su vínculo con ella le daba la seguridad que necesitaba de que ella, de hecho, estaba bien. Ella era una calma bajo el torrente de rabia en sus propias venas, el agua fresca que aliviaba el seco calor del fuego esperando la oportunidad para devorarlo.

—¿Y qué pasa si esto llega demasiado lejos, Tegan? —Su voz sonaba inexpresiva y vacía, incluso para sus propios oídos—. ¿Y qué pasa si después de todo lo que hemos pasado, después de todo lo que he intentado protegerla, no es suficiente? ¿Qué pasa si la visión que vio resulta que es cierta? La única cosa de la que no puedo protegerla es de mí. ¿Qué pasa si Claire se acerca demasiado un día, y el calor la destruye?

—¿Y si estás equivocado? —Dijo Tegan—. ¿Y si ella es la única cosa que podría salvarte de ti mismo?

Reichen miró al fuerte guerrero Gen Uno que una vez había derribado dieciséis crueles vampiros en una hazaña de legendaria eficacia, con una sola mano. Tegan nunca había sido la más cálida de las personas, pero tenía una tranquila sabiduría en sus ojos, ahora—un espiritual conocimiento que ni siquiera había estado presente aun cuando Reichen lo había visto por última vez, hacía casi un año en Berlín. El amor por su Compañera de Raza, Elise, lo había transformado de alguna manera. Lo hizo más fuerte y al mismo tiempo lo suavizó en algunos de sus lados más duros.

Pero Tegan y Elise tenían obstáculos diferentes que tuvieron que superar. La relación de Reichen con Claire había sido complicada casi desde el principio. Ahora se había convertido en un imposible después de lo otro.

—No puedo arriesgarme —dijo Reichen—. No voy arriesgarme. Si me hundo, maldita sea, me hundo solo.

Tegan exhaló bruscamente y enseñó sus dientes con una sonrisa que no era muy amigable.

—¿Una explosión de Gloria, eh?

—Algo así —respondió Reichen.

El guerrero se puso de pie abruptamente y lanzó una mirada evaluándolo.

—Puedes pensar que estás manteniendo a Claire fuera de peligro apartándola ahora, pero al único que estás protegiendo es a ti mismo. Si te hundes, ya sea por la pyrokinética o la sed de sangre, que te consumen, es eso lo que va a matar a esa mujer, y lo sabes. Sólo quieres asegurarte de que no estarás aquí para verlo.

Reichen no intentó negar la acusación. No es que Tegan le diera la oportunidad. Se apartó de donde Reichen estaba sentado, luego salió de la sala de armas, golpeando el interruptor de luz y sumergiendo el lugar de nuevo en la oscuridad.

Wilhelm Roth estaba al teléfono con Dragos cuando sus venas cobraron vida con la presencia de su antigua Compañera de Raza. Evidentemente, parecía que Claire no estaba lejos. De hecho, por la forma en que su pulso se movía por su vínculo de sangre con ella, estaba malditamente seguro de que Claire estaba dentro de unos veinte kilómetros de donde él estaba... y se acercaba cada vez más.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Miró el reloj del laboratorio de Dragos y frunció el ceño al ver que eran pasadas la una de la tarde. A plena luz del día.

¿Ella y Reichen no habían vuelto por ayuda a la Orden, después de todo? ¿O era que los guerreros por alguna razón les habían negado asilo en su Complejo?

Roth no podía pensar en ninguna razón para que Claire estuviera en la zona a mitad de día—probablemente sin la protección de Reichen o de algunos de los guerreros de Boston.

¿Podría ser en realidad lo bastante tonta para buscarlo de nuevo por su cuenta?

Roth podría haberse reído de tal idiotez si no fuera por el hecho de que su objetivo actual para Dragos dependía de que Claire llevara a la Orden directamente a sus manos. Si ella iba sola, estaría jodiendo el plan entero.

—Estás repentinamente muy callado, Señor Roth. ¿Algo anda mal? —preguntó Dragos. Su voz tenía que competir con un estruendoso ruido de fondo en el otro extremo de la línea, un ruido metálico que no enmascaraba

la furia que brotaba bajo la superficie de la aparente calma del vampiro—. Estaba diciéndome que todo está en su lugar, tal como quedamos.

—Sí, Señor —respondió Roth—. Pero hay algo... extraño.

—¿Oh? —El tono era tan leve como una hoja suspendida sobre la cabeza a punto de rodar—. Hable.

—Es Claire. La siento acercándose, señor. Creo que podría estar acercándose a la ubicación del laboratorio. Estoy seguro de que ella debe sentirme, lo mismo que yo soy consciente de ella. Mi suposición es que ha venido a buscarme.

—¿Qué hora es? —preguntó Dragos, su pregunta elevándose por la repentina explosión de una bocina y una voz apagada chillando algo ininteligible sobre alguna clase de alta voz de almacén.

—Es de tarde, señor. Unos minutos pasada la una.

Dragos gruñó, contemplando en silencio un largo momento.

—Si tu encantadora Compañera de Raza viene a buscarte, por todos los medios, ayudémosla a llegar. Dale a un Funcionario del nivel de seguridad la descripción de la hembra. Diles que los quiero fuera y la encuentren, y la lleven a la instalación.

—Pero, y el plan —intervino Roth—. Pensé que la necesitábamos para atraer a la Orden a nosotros.

—Sí —siseó Dragos—. Y lo hará. Su dolor atraerá al macho que está unido a ella, y él se asegurará de que la Orden venga.

—¿Torturarla? —sugirió Roth, desgarrándose entre el deleite del inminente dolor de Claire y su propia agonía compartida, desde que su vínculo de sangre con ella absorbería todo a lo que ella fuera sometida, también.

Dragos rió en el otro extremo de la línea.

—Dejaré que los detalles de su tratamiento dependan de ti, Señor Roth. Contáctame tan pronto como sepas algo más.

—Sí, señor. —Respondió Roth.

Cerró el teléfono y empezó a imaginar las muchas maneras lentas, y sádicas que podían hacer gritar a Claire.



Capítulo 26

Claire se secó las manos con una toalla de papel marrón cuando salió del baño público de una gasolinera situada en un tramo rural de dos carriles en algún lugar cerca de la frontera Noreste de Connecticut. A media tarde, el sol ya comenzaba su descenso hacia las copas de los pinos, las encinas y arbustos sin hojas que cubrían la región de bosques de colinas del estado. Entrecerró los ojos, tapándose los de los rayos de color naranja cegador y deseando que tuvieran unas horas más para continuar su búsqueda.

Estaban tan cerca, podía sentirlo durante todo el camino en su médula ósea. Durante el último par de horas, ella, Renata y Dylan habían estado mirando alrededor del área donde el vínculo de sangre de Claire había crecido hasta odiarlo fuertemente. Fueron estrechando el cerco sobre Wilhelm Roth milla por milla, reduciendo sistemáticamente la gama de lugares en los que la Orden probablemente lo encontraría. Otro par de horas peinando la zona y Claire estaba segura de que fácilmente tendrían su ubicación en una milla cuadrada.

Si tan sólo el día de otoño tardío pudiese extenderse un poco más, pensó, impaciente cuando tiró la toalla de papel usado en un bote de basura y caminó la corta distancia de vuelta al Range Rover negro de la Orden aparcado en la gasolinera. Renata estaba llenando el tanque para el viaje de vuelta a Boston, su actitud de prudencia casual cuando se apoyó contra el vehículo y miró los medidores digitales en la pantalla de la bomba. A Claire no se le pasó el hecho de que la mano derecha de la hembra se había cruzado por la parte delantera de su cuerpo y oculta bajo los pliegues de su gabardina oscura, sin duda, apoyada en la culata de una pistola o envolviendo el puño de una de sus cuchillas. Estaba tan atenta como cualquiera de los guerreros, y Claire imaginó, tan mortales cuando la situación justifica la fuerza letal.

Asintió a medida que se acercaba a Renata, Claire se subió a la camioneta y cerró suavemente la puerta del pasajero detrás de ella, cuidando de no despertar a Dylan, que estaba haciendo una siesta rápida en el asiento trasero. Había sido un día largo, aún más por el hecho de que ninguna de ellas había conseguido dormir mucho antes de dejar el

Complejo esa mañana. Claire estaba agotada, pero no podía soportar la idea de renunciar antes de que se hubiese conseguido un bloqueo sólido en Roth. Se giró alrededor del asiento para recoger el mapa con el que habían estado trabajando, resaltado en manchas de color amarillo, verde y naranja, para indicar el número de áreas donde su sentido de Roth había sido más fuerte.

—¿Dónde diablos estás? —Susurró en voz baja, oyendo el ding de la campana de la estación cuando un automóvil se detuvo en la bomba junto a ella. Puso toda su concentración en ese ritmo, que redoblaba su pulso, tratando de no pensar en el hecho de que la percepción de Roth se sentía de la misma manera.

¿Sabía él lo cerca que estaba de encontrarlo ahora? Sin duda. Sólo el simple hecho de que el sol todavía no se había establecido no le dio ningún tipo de consuelo cuando pensó en la furia de su cara si alguna vez caía en sus manos otra vez. La iba a matar, estaba segura. Pero no antes de que él desahogara su enojo en ella y cumpliera su deseo de matarla.

Sacudida por el pensamiento, Claire giró en su asiento de nuevo para guardar el mapa.

Fue entonces cuando se dio cuenta de los dos hombres que salían del coche a su lado. Los hombres grandes, ambos vestidos de negro, chaquetas de cuero y la fatiga metida en las botas de combate.

Ellos la miraron y ella los miró, y un escalofrío reiteró profundo en sus huesos. Sus ojos eran crueles, extrañamente vacíos.

Y esta no era la primera vez que había visto a este par de humanos hoy.

Claire los había visto hacía tan sólo un par de horas, cuando ella, Renata y Dylan se habían detenido en un restaurante grasiento para almorzar en una ciudad vecina. Difícil no ver toda esa ropa oscura y la amenaza apenas cubierta. Difícil pasar por alto la forma en que los dos hombres la estudiaban ahora, intercambiaron una mirada sin palabras entre ellos antes de que uno volviese de vuelta para sacar algo del maletero.

Saltó cuando Renata abrió la puerta del coche.

—Nos siguen

—Lo sé —dijo Claire cuando Renata se dejó caer en el asiento, cerrando la puerta con una mano y girando la llave del contacto con la otra—. Los vi antes. Ellos nos estaban mirando, también. Hay algo malo con ellos— con sus ojos. Me dan escalofríos.

—Eso es porque son Subordinados —dijo Renata con total naturalidad, poniendo la camioneta en marcha. En el asiento trasero, Dylan se sentó y respiró hondo y rápido.

—¡Oh, mierda! Tenemos compañía.

—Sí, estamos en eso —respondió Renata, mirando por el espejo retrovisor—. Ponte el cinturón.

Dylan comenzó a decir algo más, pero entonces Renata pisó el acelerador y las ruedas del Range Rover chirriaron en el pavimento. Salió de la gasolinera y entró en la carretera.

En cuestión de segundos, los Subordinados estuvieron justo detrás de ellas.

Claire giró para medir su distancia.

—Están alcanzándonos rápidamente. ¡Oh Dios mío! van a chocar...

La sacudida repentina del impacto hizo saltar el Rover y abrirse paso a empujones por el camino. Para crédito de Renata, pudo mantener el equilibrio, corrigiendo la vibración brusca hacia el otro carril. Aceleró, ganando la distancia de un par de coches, antes de que el sedán los embistiera de nuevo, tratando de obligarlos a salirse del camino.

—Hay un pequeño carril de acceso más adelante a la derecha —dijo Dylan, elevando la voz para que la escucharan por encima del ruido del motor y el aire golpeando la cabina—. Gira allí, Renata. Es un poco más allá del árbol muerto. ¿Lo ves?

—Lo veo —dijo Renata—, pero no quiero correr el riesgo de volcar y vernos atrapadas en medio del bosque. Espera. Creo que puedo dejar atrás a esos cabrones.

—No nos van a atrapar —insistió Dylan—. ¡Tienes que hacerlo ahora!

Claire volvió a mirar el pelo castaño de la Compañera de Raza y vio la seguridad en su mirada.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Debido a que el fantasma de la Compañera de Raza muerta que está sentada aquí a mi lado me dice que es nuestra mejor oportunidad de sobrevivir.

Claire sintió que sus ojos se ensanchaban.

—Suficientemente bueno para mí en ese caso —dijo Renata, aliviada, y aminoró sólo lo suficiente para poder girar y entrar en el sendero del bosque lleno de baches que Dylan había indicado.

—Sigue adelante —Dylan dio instrucciones—. Sólo tienes que seguir hasta que te diga que pares.

—Muy bien. —continuó Renata, levantando polvo y piedras a su paso.

Detrás de ellas, los Subordinados en el sedán tuvieron que pisar sus frenos con fuerza, mientras se deslizaban de lado para dar la vuelta. Consiguieron, aunque con el coche dando tumbos, ponerse rápidamente detrás. A través de la nube de escombros entre los dos vehículos, Claire apenas podía distinguir los dientes y los ojos oscuros de los dos esclavos de mente humana.

¿Eran Subordinados de Roth, o ellos pertenecían a alguien más peligroso aún que él, Dragos? No quería saberlo. Sólo esperaba que las habilidades de conducción de Renata y el talento de la Compañera de Raza, Dylan, fuesen suficientes para salvarlas. Si no...

Si no, entonces, los árboles de este tramo de bosque podría ser la última cosa que ninguna de ellas viera.

—¡Más rápido, Renata! —instó Dylan—. ¡Sigue adelante, tan rápido como puedas!

El Range Rover se balanceó y rebotó, las ramas raspaban los lados y daban en el parabrisas y las ventanas como tentáculos espinosos.

Y los Subordinados aún las seguían.

—Corta a la izquierda —le gritó Dylan—. Tan bruscamente como puedas, Renata. ¡A la izquierda y luego acelera!

Claire agarró el tablero de instrumentos cuando el vehículo rebotó sobre sus ruedas delanteras. La parte trasera de la camioneta se arqueó hacia atrás en lo que se sentía como una vuelta a cámara lenta, como la elegancia de una bailarina.

Claire miró por la ventana justo a tiempo para ver que estaban montando al mismo borde de una fuerte caída. Debajo de ellas, a un par de metros de pendiente, un río corría y movía piedras del tamaño de un coche pequeño.

No pudo tragarse el grito. Tampoco podía hacer otra cosa que mirar con afligido asombro como el sedán venía corriendo directo hacia ellas en ese mismo instante. Se estrelló en su parachoques trasero con un nauseabundo `crunck´ por parte del metal y siguió su camino, empujándolas hacia delante del camino cuando el coche se catapultó por encima del borde y cayó, estrellándose contra el agua.

—¡Santa Mierda! —gritó Dylan—. ¡Funcionó! ¿Viste eso?

Renata parecía lejos de celebrarlo. El Range Rover estaba fuera de control, deteniéndose abruptamente cuando el parachoques delantero chocó contra el tronco de un árbol pequeño. Los airbags saltaron por el impacto, arrojando un gemido aireado y un sople de humo electrónico.

Aturdida y agitada, le tomó unos segundos desinflarlo algo. Renata, mientras tanto, con calma quitó el obstáculo de su camino y salió del vehículo. Se dirigió hacia la parte trasera de la camioneta y tomó el arma de aspecto desagradable que Nikolai le había dado. Luego se acercó rápidamente pero de forma constante al borde del terraplén. Claire y Dylan salieron del Rover y seguido, corrieron a su lado justo cuando la Compañera de Raza preparaba su objetivo hacia los Subordinados, que estaban luchando por salir de su coche antes de que el río se los llevara agua abajo. Renata lanzó sólo dos tiros, cada uno golpeó su objetivo con infalible exactitud.

Los Subordinados, ambos sangrando por los agujeros en la cabeza, se deslizaron sin vida en las veloces corrientes.

—¿Todo el mundo está bien? —preguntó, mirando por encima con una tranquilidad constante, desconcertante.

—Estamos bien —respondió Claire, todavía asombrada por todo lo que acababa de presenciar—no al menos la forma eficiente y fría de Renata cuando había matado a los dos atacantes letales.

Cuando las mujeres se alejaron de la cornisa, Dylan se congeló en seco.

—Um... ¿Esperad? ¿Sabéis que si encontráramos a Roth también podríamos ser capaces de utilizarlo para encontrar algo sólido sobre la ubicación de Dragos? —Miró a Claire y Renata—. Creo que estamos cerca.

—¿Es eso lo que la Compañera de Raza muerta te está diciendo ahora? —Preguntó Claire.

—Uh-Huh. —Dylan lentamente levantó la mano para indicar la zona boscosa alrededor de ellas—. Ella y una veintena de otras como ella. Están saliendo de los árboles unas detrás de otra y quedándose de pie delante de nosotras.

Claire tragó saliva mientras miraba hacia el bosque vacío, los últimos rayos de luz del día iluminaba todo con un resplandor rojizo. Ella no podía ver lo que Dylan decía, pero el vello comenzó a erizársele detrás del cuello.

—Será mejor que llame al Complejo —dijo Renata.

—Uh-Huh —murmuró Dylan—. Buena idea. Porque creo que podemos estar paradas prácticamente en la parte superior de la guarida de Dragos ahora mismo.



Capítulo 27

Reichen había dormido reconfortantemente la mayor parte del día, pero se despertó aún agitado con la necesidad de alimentarse. Después de su enfrentamiento con Tegan, había logrado de alguna manera llegar al cuarto de armas y a su cuarto provisional en el Complejo, donde se había desplomado sobre la cama y rápidamente entró en un estado de inconsciente olvido.

Ahora, gracias a una ducha y ropa, finalmente fue capaz de permanecer de pie por su propia voluntad. Estaba ansioso por el impulso de cazar. Sabía lo suficiente del Ansia de Sangre para comprender que el hambre empeoraría si lo alimentaba ahora, pero eso no aminoró su marcha cuando recorrió el pasillo para ingresar a los elevadores que lo llevarían al nivel de la calle y la ciudad que latía con la humanidad más allá de las verjas de la sede de la Orden. Su boca se hacía agua con solo pensarlo, y sus encías adoloridas con la hinchazón de sus colmillos.

Sobre la tierra sólo podría estar la puesta de sol, pero Reichen no se preocupaba por unos minutos de quemaduras ultravioleta. Se acercó lentamente a los elevadores y pulsó el botón para llamar.

Mientras esperaba, impacientemente como un gato, escuchó fuertes pisadas que surgían de la otra dirección. Los guerreros Kade y Brock doblaron la curva del corredor, ambos vestidos con ropa de combate y un completo armamento pesado. Parecía como si estuvieran preparados para la guerra.

—Hey —dijo Kade, sus ojos cambiantes y como los de un lobo se estrecharon cuando saludaron a Reichen con un ligero movimiento de su cuadrada mandíbula. Su cabello un poco erizado estaba cubierto por una gorra de tejido negro, la misma cosa oscura se extendía por la cabeza rapada de Brock. Los dos grandes machos se detuvieron cuando Reichen se giró hacia ellos.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a los guerreros, esperando que no le preguntaran la misma cosa.

—Nos dirigimos a unos pocos minutos de las afueras de Connecticut, mi hombre —dijo Brock, su profunda voz bajando en tono estruendoso y en disposición de batalla—. Con algo de suerte, vamos a tener a Dragos sobre su propio culo en una bandeja antes de que la noche termine.

—Dragos —hizo eco Reichen—. ¿Tenemos una pista de él?

—La mejor hasta ahora —concluyó Kate—. Gideon está recibiendo las coordenadas de Renata mientras hablamos.

—¿Cuándo regresaron las mujeres?

Brock sacudió lentamente su cabeza.

—No regresaron. La Rover está varada. Así que estaremos recogiénolas esta noche cuando lleguemos.

La alarma provocó un repentino alboroto en todo el cuerpo de Reichen.

—¿Qué quieres decir, el vehículo se estrelló con ellas?

—Se estrelló contra un árbol —dijo Kate—. Podría haber sido peor, si los Subordinados las hubiesen sacado de la carretera y las hubiesen cogido. Todas están bien, y los Subordinados están muertos. Renata les dio a ambos un caso fatal de envenenamiento de primera.

—Buen Cristo. —La sangre de Reichen corría helada.

Subordinados.

Un accidente de coche y disparos.

Claire...

—¿Gideon está al teléfono con ella ahora?

Kade asintió.

—¿Dónde?

—En el laboratorio de tecnología.

Reichen echó a correr como alma que lleva el diablo, los pies y el corazón palpitando por la necesidad de escuchar la voz de Claire, para oír de sus propios labios que realmente estaba ilesa.

Gideon estaba adentro con la mayoría de la Orden, todos reunidos y repasando el mapa y las coordenadas que colgaban del fondo de la pared

del laboratorio. Tegan, Nikolai, Rio, y el anterior asesino Gen Uno llamado Hunter estaban vestidos todos como Kade y Brock, todos llevando armas y con un letal propósito.

Reichen entró en la habitación y se dirigió directamente hacia Gideon, justo a tiempo para escuchar al guerrero poner fin a su conversación con Renata y desconectar la llamada.

—Necesito hablar con Claire.

—Ella está bien —dijo Gideon—. La situación está totalmente bajo control.

—Como un infierno —rugió él, prácticamente temblando de preocupación—. ¿Fueron atacadas por Subordinados y ahora están varadas ahí afuera? ¿Qué coño ha pasado?

—Sabíamos que la misión tenía riesgos —dijo Lucan sobriamente. Cuando Reichen giró para enfrentarlo, el líder de la Orden continuó—. Las mujeres conocían los riesgos, también. Lo aceptaron, y lo manejaron. Bastante bien, de hecho.

Reichen se tranquilizó, pero sólo un poco.

—Dime lo qué pasó.

Gideon le dio un rápido informe de los hechos que Renata le había dado: la certeza de que Claire y ellas estaban a pocos kilómetros de Roth; la llegada de los dos Subordinados que aparentemente habían estado siguiéndolas desde temprano en la tarde, la persecución a gran velocidad que acabó en un tramo boscoso a unas tres horas de distancia, y la asombrosa noticia de que el don psíquico de Dylan no sólo le suministraba seguridad a las mujeres sino también, que aparentemente las había llevado directamente a las inmediaciones de lo que podría ser la guarida oculta de Dragos.

Tan aturdido como estaba al oír los extraordinarios acontecimientos del día—igualmente aliviado al saber que ni Claire ni las otras dos mujeres habían resultado heridas—otra parte de él estaba inundada de confusión... y culpa.

Claire debió haber estado aterrorizada cuando ellas y sus compañeras habían sido atacadas por los Subordinados. Al menos, su adrenalina debió haber dado brincos a toda marcha, y sin embargo el vínculo de sangre de Reichen con ella no le había dicho nada.

—¿No lo sabías? —dijo Tegan, su mirada parecía leer todo a través de él.

Reichen sacudió lentamente su cabeza. Había estado acostado mientras Claire se encontraba en serio peligro. El saber que tan mal podría haberle fallado lo golpeó como una puñalada en el pecho.

Y ahora ella estaba ahí afuera, vulnerable, lo bastante cerca de Roth como para poder sentirlo, y posiblemente dentro del alcance de Dragos, también.

Reichen se erizó con el pensamiento. Sintió el primer rastro del crujir del calor comenzar a florecer en sus entrañas mientras la Orden regresaba a repasar el funcionamiento de la noche. Empujando el fuego hacia el fondo, toda su concentración se centró en Claire, escuchó el plan de los guerreros de buscar en la zona boscosa que las hembras habían trazado, con el objetivo de descubrir la aparente base de operaciones de Dragos. De la información del vínculo de sangre que Claire les dio, estaban seguros de que encontrarían a Roth, pero el objetivo ideal sería localizar al propio Dragos, sacar al bastardo de su escondite y ponerlo en las manos de la Orden.

Los guerreros comenzaron a dispersarse, aquellos en uniforme de combate partieron por el corredor mientras que Lucan, Dante y Gideon estarían supervisando la misión desde el Complejo. Cuando Reichen avanzó para unirse a Tegan y a los otros en su camino por el pasillo, Lucan lo detuvo con una mirada.

—Esta es la misión de la Orden, y no podemos permitir ningún eslabón débil en la cadena. —Al ver el ceño fruncido de desaprobación de Reichen, Lucan continuó—. Escucha, has estado con un infierno de aliado hasta ahora, Reichen. Pero Tegan me puso al corriente de algunas cosas—lo que te está pasando con la pyrokinética y los efectos posteriores. También oí de la visión que la compañera de Raza de Roth vio en los ojos de Mira. Aquello no son cosas pequeñas, y no podemos permitir ninguna responsabilidad en este momento.

Reichen sostuvo la perspicaz mirada gris del guerrero Gen Uno.

—Estoy unido a ella, Lucan. La amo. Si quieres que me mantenga fuera, vas a tener que matarme aquí mismo y ahora.

Un silencio cayó sobre el laboratorio y el grupo de guerreros paró a su alrededor.

—Le he dado a la Orden todo mi apoyo —dijo Reichen—. Me ha costado mucho, pero estoy tratando con eso. Ahora te pido que me des una cosa: quiero a Roth muerto. Necesito a Roth muerto, y lo mismo que quiere la Orden. Déjame acabar con ese hijo de puta, así sea la última cosa que haga.

—¿Y si es la última cosa que haces? —presionó Lucan.

Reichen sacudió lentamente la cabeza, sintiendo la determinación por sus venas en una medida mucho mayor que incluso lo peor que su pyrokinética.

—No pienso perder esta batalla, Lucan. No pienso perder a Claire, tampoco.

El Gen Uno lo miró un momento largo, sus ojos grises escrutándolo firmemente.

—Muy bien —dijo al fin—. Hazlo y sal de una puta vez de aquí. Que Dios te bendiga, Reichen. Tengo la sensación de que podrás necesitarla.

El último rayo de sol cayó detrás de la línea de los árboles del oeste mientras Claire, Renata y Dylan abandonaban la Range Rover cerca del río y comenzaban a andar por el camino de tierra hacia la carretera. Habían cogido todo lo importante de la SUV—mapas, notas, armas y municiones—y estaban subiendo un sendero cerca de la carretera principal como los guerreros le habían dicho a Renata cuando telefoneó y dijo su situación hacía un rato.

Mientras caminaban por el estrecho sendero durante el anochecer, Claire no podía dejar de mirar por encima del hombro o saltar a cada ruido inesperado que salía siempre de la oscuridad del bosque que flaqueaba ambos lados. El día había sido lo suficientemente inquietante como lo era, el zumbido en sus venas—la terrible certeza de que Wilhelm Roth estaba cerca—que su piel tenía también la sensación hormigueando sobre su cuerpo, todos sus sentidos a flor de piel.

Siguió revisando sus sueños pasados con Roth, para recordar cómo él había hervido con su promesa de hacer sufrir a Andreas y a ella. Y también, revocó, con demasiada viveza, las numerosas mujeres metidas en las celdas de Dragos que podrían estar no tan lejos de donde ella y sus dos compañeras habían estado paradas hace un buen rato. Le enfermaba pensar en aquellos horrores que las cautivas Compañeras de Raza podrían haber estado pasando. Horrores que habían acabado en muerte para muchas de ellas, como evidenciaba el grupo de espectros que se le habían presentado a Dylan en aquellos remotos bosques.

A Dragos tenían que detenerlo. A Wilhelm Roth, también, y a cualquier otro miembro de la Raza que aprobara el tipo de tormento y terror que había visto por la mente subconsciente de Roth.

Claire sabía que hombres como esos tenían que desaparecer de la existencia, pero no le hacía perder su miedo por aquellos que hacían de esto la misión de su vida al ver esta clase de mal destruida. No le hacía desaparecer su preocupación por Andreas, y la angustiosa visión de fuego y muerte que habíaorado para que nunca se hiciera realidad.

Mientras ella y sus dos compañeras buscaban refugio para esperar a los guerreros que venían a su encuentro, Claire no podía dejar de pensar en la noche próxima que se le acercaba y que podría ser sólo el comienzo de una oscuridad aún mayor que estuviera por venir.



Capítulo 28

Reichen se sentó junto a Tegan en el asiento trasero de una Range Rover negra en lo que parecía un recorrido interminable por la curva noroeste de Connecticut. Rio estaba al volante, Nikolai viajaba como guardia armado, manteniendo constante contacto por teléfono con Renata desde que los guerreros salieron de Boston unas tres horas antes. Detrás de ellos, en otra SUV, iba el resto del equipo que los acompañaba en la misión: Kade, Brock, y Hunter.

Hacía casi cuarenta y cinco minutos, habían salido de la interestatal y comenzado un desplazamiento serpenteante a lo largo de un camino rural tras otro, siguiendo tanto las coordenadas que las mujeres habían proporcionado como la intensidad de los vínculos de sangre que habían llevado a Niko y a Rio hasta sus compañeras incluso sin el uso de mapas y sistemas GPS. Del mismo modo, la atracción sensorial de Reichen hacia Claire estaba intensificándose cuanto más lejos conducían a lo largo del sinuoso tramo de asfalto de dos carriles iluminado por la luna.

—Acabamos de pasar la pequeña gasolinera que mencionaste —dijo Niko por teléfono cuando el establecimiento cerrado se redujo detrás de ellos en la oscuridad—. Ahora estamos llegando cerca de la curva. Debes ver las luces del Rover en cualquier momento. Vamos a encenderlas intermitentemente para que sepas que somos nosotros.

Más adelante del vehículo, la carretera destelló luminosa cuando Rio encendió intermitentemente las luces largas un par de veces.

—Sí, te vemos —dijo Niko cuando una figura vestida de oscuro salió del bosque algunos cientos de metros más adelante y agitó una señal de su ubicación.

Observando desde detrás de Nikolai, Reichen no respiró hasta que Rio condujo la Rover fuera de la carretera y al carril de acceso boscoso donde las tres Compañeras de Raza esperaban. Su mirada buscó y se fijó duramente en Claire. Ella se veía tan vulnerable y fuera de lugar rodeada por tanta noche y bosque oscuro, por no hablar del hecho de que Wilhelm Roth no podía estar lejos del mismo lugar donde ella estaba ahora.

Pero Reichen sólo leyó la más mínima parte de miedo en ella. El latido de Claire era constante y fuerte en su corazón, y su modo de andar era firme cuando ella y sus dos acompañantes salieron al encuentro del vehículo.

Apenas Rio estacionó la camioneta tanto él como Niko saltaron para atraer a sus compañeras en abrazos aliviados y relajados. Reichen y Tegan salieron, también. Tegan caminó hacia atrás para recibir al segundo vehículo cuando se movió hasta detenerse detrás de ellos en el carril de tierra boscosa. Conversaciones circulaban hablando en voz baja de tácticas y estrategias, y comentarios rápidos de los planes establecidos para registrar minuciosamente la zona donde Dylan había visto a las fantasmales Compañeras de Raza con la esperanza de lanzar un ataque ofensivo sobre el posible escondite de Dragos.

Reichen, mientras tanto, no podía apartar los ojos de Claire. Él caminó hacia ella, cruzando sus brazos cuando la necesidad de envolverlos a su alrededor se sentía demasiado fuerte para negarla. No estaba seguro de que ella diera la bienvenida a su preocupación después de la forma en que habían quedado las cosas en el complejo.

—¿Estás bien? —Le preguntó, al notar que ella también había mantenido sus manos cerca mientras él se acercaba—. Dios mío, Claire. He oído lo que pasó hoy. No tienes idea de lo preocupado que he estado...

Ella le dio una mirada ilegible, encantadora en su equipo de combate negro y con las muchas armas suministradas por la Orden enfundadas en el cinturón alrededor de sus caderas. Entonces lo miró a los ojos una vez más y asintió con la cabeza.

—Estoy bien —dijo con voz apagada—. Gracias por la preocupación.

Dios, odiaba esta forzada cortesía, al igual que odiaba el hecho de que la escasa longitud de un brazo que ahora los separaba bien podría ser una milla. Claire le dio esa expresión perfeccionada de placidez que había pertenecido a Wilhelm Roth—la máscara cautelosa y agradable de las fotografías que Reichen había visto de ella. Ahora ella lo estaba mirando así. Dejándolo fuera con el mismo tipo de distancia cordial que antes había reservado para desconocidos y otras personas en las que no acababa de confiar.

La comprensión cortó profundamente, a pesar del hecho de que él había ganado su frío empujar con el hombro. Infiernos, él se había ganado mucho más que eso cuando se trataba de Claire. Había puesto al revés su mundo entero, poniéndola en la mira de una mortal guerra personal. Lo que

era mucho peor era el hecho de que él había vuelto a su vida sólo para arrastrarla hacia el centro de su conflicto con Roth.

—Claire —dijo en voz baja, las palabras destinadas sólo a sus oídos—. Hay tanto por lo que quiero pedirte disculpas, por—

—Por favor, no lo hagas. —Ella lo miró en la oscuridad, dándole una sacudida leve de su cabeza. No había condena en su voz, ninguna herida abierta. Sólo resignación—. ¿De verdad crees que estoy buscando que me digas que lo sientes? No lo hago, Andreas, ya no. Sobre todo ahora. Cuando todo esto termine esta noche, entonces puedes decir lo que tengas que decirme.

Ella se preocupaba de que él estuviera caminando hacia su muerte, y tal vez lo hacía. Él exhaló lentamente, sorprendido como siempre por la fuerza que ella tenía en su interior. La acarició por sólo un breve segundo, memorizando la textura de terciopelo de su cálida y dulce piel.

—Siempre te he amado, Claire. Sabes eso, ¿verdad?

Ella presionó sus dedos tiernamente contra sus labios.

—No te atrevas a pretender que esto es un adiós —susurró con fiereza—. Maldito seas, Andre, no te atrevas.

Reichen besó las suaves yemas de sus dedos, luego enganchó su brazo alrededor de la parte baja de su espalda y la atrajo cerca de él. El hambre lo quemó, sangre y deseo ardiendo juntos, la doble necesidad que se centraba en la mujer que se sentía tan bien en su abrazo.

—Eres mía, Claire —gruñó en su boca mientras la besaba, larga y profundamente. A su alrededor, los guerreros se preparaban para propagarse y comenzar su búsqueda en los bosques circundantes. Reichen se alejó un paso de Claire, sintiendo el vacío del espacio como una repentina ráfaga de aire frío—. Tengo que irme ya.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Pero volverás a mí, ¿verdad? Esta vez, prométeme, Andre... que volverás a mí.

Él echó una rápida mirada a la oscuridad del bosque, sus sentidos hormigueando con el conocimiento de que una dura batalla venía pronto. Volvió a mirar a Claire y bebió de la visión de ella. Su hermosa y extraordinaria Claire. Después de esta noche, ella sería libre de Roth para siempre. Reichen se aseguraría de ello. Después de esta noche, Claire estaría a salvo, no importaba lo que él tuviera que hacer para garantizarlo.

—Tengo que irme. —dijo de nuevo.

Su mirada estaba implorando, una cuchilla retorciéndose bajo su esternón.

—Andre... ¿Me lo prometes?

—Mantente a salvo, Claire. Te amo.

Él bajo al lado de Tegan y los otros guerreros, y no miró atrás.

Claire se quedó allí durante un largo rato, mirando aturdida como el bosque tragaba a Andreas y a los otros guerreros. Ella había mantenido su apariencia valiente más tiempo de lo que pensó que podía, pero ahora que él se había ido, su columna vertebral parecía menos firme y sus piernas un poco inestables debajo de ella. Se asustó cuando una mano aterrizó suavemente sobre su hombro.

—Hey. —Era Dylan, su expresión suave y comprensiva—. Vamos a la Rover, Claire. En su interior estaremos mejor. Rio y yo te acompañaremos hasta que esto termine.

Se dejó llevar alrededor del vehículo que los esperaba, dándose cuenta tardíamente que Renata se había unido a los guerreros también. Dentro de la Range Rover, Rio estaba en dos vías de comunicación táctica con cada miembro de la misión, incluido Andreas. La conexión con él, incluso por medios electrónicos, le dio un pequeño grado de confort. Por lo menos ella podía oír su voz de vez en cuando, y saber que todavía estaba con ella. Aún con vida.

Se negó a considerar las muchas formas terribles en las que esta noche podría terminar. En su lugar se aferró al recuerdo cálido del abrazo de Andreas, el beso apasionado, sus palabras de amor.

Tenía que volver a ella.

Él tenía que sobrevivir.

Mientras mantenía esos pensamientos cerca de ella como un escudo, la voz profunda de Tegan vino a través del receptor montado en el salpicadero de la Rover.

—Joder, creo que tenemos algo aquí. —Hubo un crujido de movimiento en el fondo, el ruido de las botas vagando cuidadosamente sobre hojas secas. El guerrero bajó la voz a un susurro—. Oh, diablos, sí... sin duda

alguna tenemos algo. Granero arruinado aproximadamente a cuatrocientos cincuenta metros al noreste de la Rover.

—Recibido —llegó el gruñido bajo de Brock—. Muévanse ahora.

Claire intercambió una mirada ansiosa con Dylan cuando más guerreros informaron que estaban rodeando la ubicación que Tegan había dado.

—Pareja de Subordinados situados fuera de él armados con semiautomáticas —agregó Tegan—. Reichen y yo estamos moviéndonos sobre ellos. Todos los demás a la retaguardia.

Ni un segundo más tarde, los disparos estallaron desde el lejano bosque.



Capítulo 29

Wilhelm Roth se dirigió a la sala de control del circuito cerrado de la vieja granja, después de que la Orden hubiera acabado con los subordinados que tenían de guardias en la entrada. Los subordinados eran innecesarios, nada más que un obstáculo para mantener las apariencias. Después de todo, la Orden podría sospechar si Dragos y él desplegaran una alfombra roja para darles la bienvenida. Tenían que realizar un poco de esfuerzo por su premio, haciéndoles creer que ellos eran los que tenían la situación bajo control cuando su llegada había sido prevista todo el tiempo.

Ahora que habían conseguido entrar a la instalación subterránea, sería tan sólo cuestión de minutos para que el grupo de guerreros y Andreas Reichen encontraran el camino hacia las catacumbas al corazón del búnker y llegar a la oficina central de Dragos. Unos minutos después de haber entrado se darían cuenta de la trampa que había y entenderían que no había escapatoria.

En cuestión de minutos Roth tendría el gran placer de matarlos a todos de una sola vez.

Sonrió con alegría genuina y le hizo señas a la media docena de asesinos Gen Uno que estaban reunidos con él en la sala de control.

—Dos de vosotros venís conmigo —dijo, sin importarle cuál de ellos era de la creación de Dragos, los asesinos altamente entrenados le acompañaron ya que todos son nacidos y criados para hacer frente a la muerte—. El resto proteged la entrada. Aseguraos de que nadie entre o salga.

Cuatro de ellos se movieron para realizar sus órdenes, Wilhelm Roth salió de la sala de control a la espera de su momento de triunfo sobre Andreas Reichen y sus compañeros condenados.

Tegan y Nikolai fueron los primeros en entrar al túnel húmedo y oscuro que había sido excavado profundamente en la tierra y fortificada por soportes de acero y hormigón. Unos segundos después de que hubieran descendido, Niko volvió a subir y marcó una señal para Brock, Kade, y

Reichen. Hunter y Renata se quedaron fuera, de guardia, cubriendo la salida.

Una vez que se hubieron desecho de los guardias de la entrada, Reichen y los otros entraron en la vieja granja, que, pronto se dieron cuenta, no era tan vieja, después de todo. Nada sobre el búnker escondido era lo que parecía en el exterior.

En el otro extremo del túnel fácilmente había varios cientos de metros más abajo, el búnker era amplio y largo como un gimnasio. Las luces fluorescentes le daban al lugar un aspecto pálido y un resplandor blanco, iluminando mesas de estilo cafetería y sillas que habían sido cuidadosamente apiladas contra una pared. Las puertas de bisagra con una ventana circular llevaban a una especie de cocina y área de servicio, también vacía y, evidentemente, cerrada al público, aunque los olores de alimentos recién cocidos empalagosamente aún estaban en el aire.

—Adivina quién viene a cenar —dijo Kade, arrastrando las palabras en voz baja.

Brock frunció el ceño mientras asentía.

—Seres humanos.

—Subordinados —Tegan corrigió con un gruñido—, muchos de ellos. Dragos mantiene un montón de personal aquí.

Nikolai gruñó.

—Sí, pero ¿para qué?

—Vamos a ver —dijo Tegan, señalando para que se movieran a través del corredor.

Se arrastraron sin hacer ruido, pasaron múltiples pasillos y puerta tras puerta de las habitaciones con falta de toques personales.

—Jesús —susurró Kade—. ¿A cuántos Subordinados necesita un bastardo retorcido a su entera disposición?

—Suficientes para realizar su expansión. —dijo Reichen, deteniéndose en frente de un par de puertas de acero para mirar dentro por una grieta.

Más allá de las puertas había un laboratorio masivo con armarios a medio vaciar y cajones de archivo abiertos torpemente, cubículos de trabajo despejados y un piso lleno de piezas de equipo roto en lo que parece haber

sido una evacuación apresurada. Los guerreros entraron con cautela, tomando nota de lo poco que quedaba de los activos. Había un puñado de microscopios destituidos y diapositivas partidas, y equipo que parecía que una vez habían sido el sueño húmedo de un químico.

—Mira esto —dijo Kade desde el otro lado del laboratorio. Él indicó un cilindro de acero inoxidable con tapa que parecía una olla a presión gigantesca—. Ahora, ¿qué diablos crees que hace esto?

Reichen y Tegan se acercaron con Brock y Nikolai, mirando el interior del cilindro grande, Kade retiró los sellos en la parte superior y abrió la tapa, el contenido había sido eliminado. Sin embargo, no había duda del propósito de la máquina.

—Es un contenedor criogénico. —dijo Reichen.

Tegan asintió. Señaló con la barbilla hacia otra sala cercana, donde estaba una flota de cunas, como uno podría esperar ver en el ala de maternidad de un hospital de humanos, cubría todo lo largo de la pared.

—Las incubadoras. Jesucristo. Dragos está estableciendo una puta fábrica de cría aquí abajo.

—O era... —dijo Nicolás—. Obviamente. —Aclaró con prisa.

—Tal vez sabía que íbamos a venir —sugirió Brock—. No puedo hablar por nadie más, pero estoy empezando a tener una mala vibra.

Kade dio a su compañero una mirada afirmativa.

—No me gusta tampoco, era demasiado fácil. Podría ser algún tipo de trampa.

—Todas las ratas parecen haber huido de este barco —dijo Nikolai—. Tal vez estéis en lo cierto. Dragos no dejaría un sistema como éste vulnerable a los ataques a menos que fuera deliberado. Yo apostaría mi brazo derecho que se fue hace rato de aquí, y se llevó todo lo de valor con él.

—Dragos pudo haber desaparecido —dijo Reichen—, pero Wilhelm Roth sigue aquí en alguna parte, y me encargaré de encontrar al hijo de puta. —La ira lo hizo centrarse en un objetivo más inmediato, que es crucial—. Volved si queréis. Pero yo voy a seguir adelante.

Los ojos verdes de Tegan brillaban peligrosamente.

—hay demasiadas preguntas sin respuesta para volver atrás sin cubrir cada centímetro cuadrado de este infierno. Jódete, si crees que vamos a dejarte hacer esto por tu cuenta, Reichen.

Reichen le sostuvo fijamente la mirada y sabía que una apreciación profunda se había formado con este guerrero. Con toda la Orden, de hecho. El resto de los guerreros no vaciló en estar acuerdo con Tegan, o caerse al lado de Reichen y él como ellos se dirigieron a profundizar más en la instalación vacía.

Justo cuando las operaciones secretas de Dragos no podían hacerse más inquietantes, Reichen miró un ala larga de celdas, iguales a las que Claire había descrito a partir de su sueño con Roth. Salvo que ninguno de ellos contenía Compañeras de Raza en cautiverio, un hecho que le dio poco consuelo cuando era obvio que de las condiciones de las celdas indicaban que recientemente habían sido evacuadas.

—Infierno Santo —murmuró Niko cuando el grupo entró en la zona para ver de cerca—. Deben de haber unas cincuenta jaulas. Si estaban ocupadas con mujeres ¿qué ha hecho Dragos con todas ellas?

—Las movió, sin duda —dijo Tegan—. Posiblemente al mismo lugar que trasladó a todo su personal y equipo, aunque podría haber separado sus archivos ahora que se ha visto obligado a abandonar este lugar a toda prisa.

—Esto es una mierda enfermiza —comentó Brock mientras miraba el interior de una de las celdas y se pasó la mano por la cabeza.

—No habéis visto nada todavía. —Kade se había acercado a una puerta fuertemente reforzada ahora abierta. Entró en la habitación al otro lado y dejó escapar un silbido.

—¿Qué demonios?

Reichen y los otros lo siguieron. Un silencio prolongado se guardó por cada uno de los varones de Raza, desde el más joven del grupo al más viejo Gen Uno, Reichen nunca había sido sacudido de esa forma para quedarse sin palabras.

Al otro lado de aquella puerta había una amplia plataforma ligeramente levantada del piso. Y sobre aquella plataforma había un gran sillón con grilletes pesados contruidos para un individuo de tamaño y fuerza inmensa. Aparatos tan gruesos como el muslo de una mujer. Grilletes para las poderosas muñecas que deben haber apoyado manos bastante grandes para romper el cráneo de un humano promedio como una nuez.

—Aquí es donde él ha estado guardando al Antiguo —dijo Tegan, el primero de ellos capaz de hablar—. Mierda santa. Él ha tenido al Antiguo bajo su control todo ese tiempo.

—¿Cómo? —preguntó Nikolai, luego echó un vistazo abajo cerca de sus pies y exhaló una maldición.

—Barras de luz ultravioleta. En el piso y también en el techo. Todo el perímetro de la plataforma está rodeado por una amplia gama de accesorios de luz ultravioleta (UV). Cuando están activadas, las barras de UV contendrían al Antiguo más fuerte.

Las palabras apenas habían salido de la boca de Niko cuando se escuchó un repentino zumbido, cambio el aire alrededor de ellos. La luz intensa explotó de todas las direcciones, tan brillante y caliente, Reichen y los otros no tenían otra opción que cubrir sus ojos con los brazos. Olía a piel chamuscada. Al principio, le preocupaba a Reichen que su fuego hubiese despertado de la nada. Entonces se dio cuenta que era algo aún peor.

Reichen miró más allá de la ráfaga de luz, hacia arriba, había un cristal en el área de visualización que no había observado anteriormente en la antigua celda hasta aquel momento.

Dentro de esa área estaba Wilhelm Roth, sonriendo con satisfacción viendo como Reichen, Tegan, y el resto de los guerreros que habían venido con ellos se vieron cercados por los rayos de luz ultravioleta que los rodeaba por todos lados. Roth dio una orden a un par de grandes machos vestidos de negro, de mirada dura, y cargados con armas automáticas. Estos hombres llevaban collares de polímero negro alrededor de su cuello, la cabeza rapada y sus gargantas cubiertas con glifos de Gen Uno, cada músculo, cada pulgada de ellos era un arma mortal. Los dos asesinos salieron de las escaleras a los lados de la parte superior de la plataforma.

Apuntaron a Reichen y los otros atrapados dentro de la jaula de luz ultravioleta, y luego abrieron fuego.



Capítulo 30

El corazón de Claire golpeó ruidosamente contra su esternón ante la repentina cacofonía de disparos que estallaron en el dispositivo de comunicación del salpicadero del vehículo. Había estado tensamente monitoreando los progresos del equipo dentro de la guarida de Dragos junto con Dylan y Rio, el miedo retorciéndose como una serpiente en su estómago con cada paso que Andreas y los otros daban dentro del horrible lugar.

Ahora su miedo disparó su garganta, explotando en un grito cuando los sonidos de balas zumbando, gritos y caos llenaron el vehículo.

—¡Oh, Dios mío! —Gritó, su sangre muy fría en sus venas—. ¡Oh, Dios mío! ¡No!

Desesperada se abalanzó hacia la manija de la puerta a su lado en el asiento trasero, pero Rio giró por delante de ella y apretó su mano sobre su hombro, manteniéndola en su lugar.

—Quédate, Claire. No puedes hacer nada para ayudarlos —dijo, con su continuo acento español y sus intensos ojos con franjas oscuras. Dijo entre dientes una maldición cuando más disparos estallaron a través del receptor.

Luego, otro desastre, esta vez desde el puesto a nivel del suelo cerca de la entrada del granero, donde Renata y el varón llamado Hunter estaban ubicados.

La voz de Renata entró al vehículo en una acometida sin aliento.

—Ah, mierda. Tenemos compañía. Cuatro guardias saliendo en este momento del viejo granero... Joder, creo que son Gen Unos.

¡Blam! ¡Blam! ¡Blam!

Más balas empezaron a volar haciendo ruido, interrumpiendo a Renata y haciéndose eco por el bosque como truenos.

—Oh, Jesús —murmuró Dylan desde su asiento al lado de su compañero en la parte delantera de la camioneta cuando la Orden fue

atacada dentro de la guarida de Dragos y fuera al nivel del suelo—. Rio... ¿qué debemos hacer?

—Quedaros aquí, las dos —les ordenó severamente, sacando una pistola de aspecto peligroso de la funda de su cinturón y cargándola. Abrió la puerta del lado del conductor y saltó—. Permaneced en la Rover y mantenedla en marcha en caso de que los efectos vayan más al sur y necesiten mover el culo de aquí. Voy a atacar.

Los asesinos Gen Uno hicieron caer una lluvia de balas sobre Reichen y los guerreros apresados abajo en la prisión UV. Devolver el fuego no era fácil. Los barrotos de luz eran cegadores y tórridos, ofreciendo poco espacio para esquivar las rondas entrantes mientras los guerreros devolvían una descarga de disparos con sus propias armas.

Desde su periferia, Reichen vio a Tegan recibir una bala en el hombro. Otra rozó a Nikolai en el muslo, dejándolo sobre su culo por un segundo antes de que él asegurara y cargara una segunda pistola, lanzando varias rondas semiautomáticas. Y arriba, seguro tras el plexiglás antibalas que lo protegía del combate, Wilhelm Roth seguía mirando, todavía deleitándose. Sonriendo, como si todo fuera meramente entretenimiento y ya hubiera ganado esta guerra.

La furia de Reichen se agitó en un hervor rápido y severo.

El pyro ya se estaba elevando en su interior; sintió la onda de calor corriendo sobre su piel, observando con aceptación indiferente como las balas que debían haber perforado su cuerpo, en su lugar caían en el instante en que chocaban contra el campo de energía psíquica que lo envolvía.

—¡Poneros detrás de mí! —Le gritó a Tegan y los demás, abriendo sus brazos para crear un campo más amplio de protección—. No demasiado cerca —advirtió—. El calor va a desviar las balas, pero también mata.

Los guerreros se acercaron tanto como era prudente, utilizando el cuerpo de Reichen como un escudo mientras siguieron devolviendo el golpe a sus atacantes, que tenían la ventaja de un movimiento sin restricciones y potencia de fuego aparentemente sin fin.

La visión de Reichen comenzó a deformarse ante sus ojos. Su pyro estaba fortaleciéndose ahora más rápido, ardiendo más tórrido que nunca cuando alzó la mirada hacia Roth. Dejó que su rabia se expandiera, instando las llamas a crecer aún más, dentro de él. Convocó cada onza de fuego a su mando, dejando que se agitaran y se enturbiaran en sus entrañas, dispuestas

a fortalecerse cuando él las mantuviera hasta bien pasado el punto de dolor. Pasado incluso el punto de cordura.

Alguna pizca raída de instinto le dijo que él estaba cortejando cosas terribles, pero empujó a un lado la razón y avivó las llamas radiantes. Degustando la necesidad de venganza—de una justicia final y sangrienta—como licor potente en su lengua.

—Wilhelm Roth —gritó misteriosamente, centrando todo su odio, toda su energía al rojo vivo, sobre el macho que había tomado tanto de él, incluso antes de que él hubiera demandado la masacre de los familiares del DarkHaven de Reichen—. ¡Esta noche mueres, Roth!

Enfocando su talento, Reichen empuñó su mano y le dio un puñetazo a los barrotes de luz ultravioleta de la celda. Sintió que no quemaba, distinto del calor que ya corría a través de él. Miró hacia arriba y tuvo gran satisfacción en el repentino y boquiabierto asombro escrito en la cara de Roth. Ahora sonriéndose a sí mismo con una sonrisa llena de odio y siendo objeto de una laser-sight, Reichen salió de la jaula del Antiguo, con un rugido mezclado de triunfo y furia asesina.

Los dos asesinos Gen Uno le siguieron disparando con sus inútiles armas. Reichen elevó la mirada hacia ellos, con el calor ondeando hacia el exterior de su cuerpo con intensidad nuclear. Convocó poder hacia sus elevadas y empuñadas manos, luego lo liberó sobre ellos. Bolas de fuego gemelas salieron disparadas de sus manos. Los orbes ardientes giratorios golpearon sus objetivos en un instante, incinerando a los vampiros con el impacto, los cuerpos y armas reducidos a una serie de cenizas sedimentadas y trozos de metal fundido que caían desde la parte superior de las escaleras dobles.

—¡Santa mierda! —Uno de los guerreros alardeó detrás de él, pero Reichen no tuvo tiempo de saborear la pequeña victoria.

No cuando Roth estaba mirándolo con los ojos abiertos de pánico, alejándose de la ventana como si se estuviera preparando para retirarse.

Reichen se agachó, luego saltó en el aire. En un movimiento fluido, con el fuego envolviéndolo, se lanzó desde suelo y subió hasta la lámina extensa de plexiglás que lo separaba de su presa. Trabó los ojos con Roth, curvando sus labios y enseñando sus dientes y colmillos cuando se estrelló contra la ventana y observó la barrera romperse hacia el interior en un millón de guijarros fundidos.

Wilhelm Roth miró boquiabierto la imponente columna de fuego infernal que había transformado a Andreas Reichen en algo demasiado increíble para expresar. Él sabía que el talento único del varón nacido de Raza era la Pyrokinética, pero esto... esto iba más allá de la estimación.

Su poder era impresionante, y Roth no pudo evitar mirar fijamente, mudo de asombro y temor, cuando Reichen anduvo majestuosamente hacia él. El suelo de concreto chamuscado negro bajo las botas de Reichen. Las luces fluorescentes del techo estallaron y humearon cuando él pasó debajo de ellas, avanzando pulgada a pulgada a través de la sala de visita. Roth se echó para atrás, sintiendo su pelo y piel chamuscados por la intensidad del calor ondulante de Reichen.

—¿Crees que puedes lograr algo matándome? —le preguntó a la forma ardiente que le acechaba con evidente intención mortal—. Has visto este lugar, Reichen. Puedes descifrar para lo que ha sido utilizado durante todos estos años. Dragos ha engendrado su propio ejército aquí abajo. Ha hecho mucho más que eso, y no se le puede detener ahora. ¿Realmente crees que mi muerte hará una diferencia en el gran esquema de las cosas?

—Va a marcar una diferencia para Claire —fue la respuesta profunda y deformada por el calor—. Hará una diferencia para mí.

Roth siguió avanzando hacia atrás, hasta que los medidores y los interruptores del panel de control de la jaula UV estuvieron detrás de él, en su columna vertebral.

—Déjame ir, y tal vez tus amigos vivan.

—No puedes dañar a nadie. Ya no. —La mirada de Reichen rebotó de punto a punto en el panel de control. Los circuitos crepitaron, disparando chispas y penetrante humo electrónico. Roth tuvo que escabullirse del camino de las pequeñas explosiones, y del escape radiactivo de la mirada ardiente de Reichen que lo condujo al fondo, hacia la esquina de la habitación en un acobardamiento. Roth gruñó, furioso por verse de rodillas, particularmente por este varón, cuya muerte había ansiado y buscado durante demasiado tiempo.

Cuando Reichen se acercó más, llamas asesinas por todos los poros de su cuerpo, Roth hizo una brusca embestida hacia uno de los indicadores en el panel de control. Se dio cuenta de que no podía alejarse de esta lucha, pero maldito fuera si se pensaba que iba a aceptar la derrota.

Con un gruñido de determinación, Roth estrelló su puño sobre el interruptor de alarma que activaba la secuencia de detonación de

emergencia del laboratorio. Las sirenas empezaron a sonar inmediatamente. Las alarmas sonaron en todas direcciones, señalando el comienzo de una irreversible cuenta atrás.

Roth se echó a reír.

—Dios mío. Casi vale la pena—saber que me voy a morir aquí a tu lado y con la mayor parte de la Orden. Ver esa mirada en tu cara ahora mismo... tu derrota es palpable, Reichen. Por tanto, el horror y la indignación—el fuerte dolor emocional—todo está ahí, en tus ojos. —Él suspiró, maliciosamente dramático—. Sólo desearía poder llevarme a Claire junto con nosotros cuando todo este maldito lugar vuele por los aires en los próximos cinco—ah, cálculo que en cuatro minutos y cuarenta y nueve segundos.



Capítulo 31

Claire quería que todo fuese un sueño. Una terrible pesadilla de la que simplemente pudiese despertar y todo el mundo volviese a la normalidad. Deseaba volver a hace tres noches, cuando ella y Andreas habían estado a solas en la casa de Newport, haciendo el amor, caminando por los muelles, abrazados bajo la luna.

Pero el sonido de la cruelmente animada voz de Wilhelm Roth —la realización de lo que acababa de hacerle a Andreas, a los guerreros dentro de la guarida abandonada con él... a las hembras que se afligirían por sus compañeros en cuestión de minutos— se hundió en el alma de Claire como un veneno.

—No puedo quedarme aquí ni un segundo más —murmuró ella, encontrándose con la mirada cenicienta de Dylan.

—No podemos salir, Claire. ¿No puedes oír los disparos en la entrada?

Claire escuchó. Rio se había marchado hace pocos minutos. Él, Renata y Hunter estaban aun ocupados con los asesinos Gen Uno que habían llegado hasta el nivel del suelo. Era peligroso salir del vehículo; Claire lo sabía. Sin embargo mientras miraba ansiosamente a través del parabrisas tintado hacia el bosque que la rodeaba, tuvo un sentido más profundo de temor.

—Oh, Dios mío... no. Esto no puede ser la visión de Mira.

Abrió la puerta y se deslizó de la Rover, comprendiendo en ese momento que la premonición que había visto en los ojos de la niña estaba a punto de hacerse realidad. Aquí mismo, dentro de los próximos, y horribles, cinco minutos.

Dylan salió del vehículo y giró en torno a él para agarrarla por los brazos.

—Claire, por favor, regresa a dentro. No Puedes...

—Este es el mismo bosque que vi en los ojos de Mira —gritó ella, enferma por la certeza. El mismo lugar donde había sentido la angustia de

perder a Andreas en aquel montón de escombros humeantes y cenizas—. La explosión, Dylan. Esto es exactamente lo que Mira me enseñó. Realmente va a suceder. ¡Oh, Dios mío ... ¡no!

Soltándose del flojo agarre de la otra Compañera de Raza, Claire corrió hacia el oscuro bosque, con el corazón destrozado, a punto de estallar en su pecho, y el nombre de Andreas en una desesperada oración sobre sus labios.

Cada célula en el cuerpo de Reichen le gritaba que desatase todo el poder de su furia sobre Wilhelm Roth. Sería cuestión de un instante dejar al bastardo en nada más que cenizas para luego pisotearlas.

Sin embargo, la incineración de Roth con una sola explosión de su rabia era demasiado misericordiosa. Mal como él merecía sufrir, especialmente después de la cobardía que había demostrado al activar los explosivos en donde ninguno de los guerreros atrapados en las jaulas UV tenía alguna esperanza de escapar. Sus amigos no deberían tener que morir como parte de este odio entre Roth y él.

Fue ese pensamiento, más que cualquier otro, lo que le dio a Reichen la habilidad de ignorar su odio hacia Roth y liberar su rabia sobre el panel de control que abarcaba toda la pared posterior de la sala. Lanzó un rayo de fuego tras otro sobre los medidores y dispositivos de control, hasta que finalmente se produjo un estallido fuerte y todo el espacio quedó sumergido en la oscuridad.

No vio a Roth moverse hasta que el hijo de puta había logrado trepar por una puerta lateral. Reichen se giró hacia la estropeada ventana y observó a los guerreros saltando de la plataforma desactivada de la celda.

—¡Reichen! —Era la profunda voz de Tegan que lo estaba llamando, aunque la visión de Reichen estaba inundada de color ámbar y ondulando con el calor que se intensificaba cada vez más ardiente en su interior—. ¡Reichen, vamos! Deja el hijo de puta. Está muerto si se queda aquí.

Era cierto, pensó Reichen. Sin embargo, por la forma en que su cuerpo se sentía ahora, la forma en que sus venas bullían de lava, su mente estaba fija en una sola cosa: la destrucción, se dio cuenta de que el momento que había temido durante tanto tiempo por fin había llegado.

Había ido demasiado lejos. Los incendios estaban intensificándose en su interior, ya no los podía controlar.

—¡Reichen, maldita sea! —Gritó Tegan, vacilante cuando el resto de los guerreros sabiamente se apresuraban a salir del lugar—. ¡Olvídate de Roth y vamos a sacar el culo de este lugar antes de que nos golpee esta mierda!

—Cuida de ella por mí —consiguió decir de alguna forma, sintiendo la garganta reseca como leña, raspando con cada sílaba—. Colócala en algún lugar seguro... hazlo por mí, Tegan.

No se esperó a escuchar la oscura maldición que arrojó desde la habitación de abajo. Reichen salió tras de Wilhelm Roth, confiando en el guerrero—su amigo—que llevara a cabo su petición. Si él podía tener la certeza de la seguridad de Claire, no necesitaba nada más.

Nada más que el saber que Wilhelm Roth estaba muerto.

Él acechó por el pasillo previó, por donde se había marchado Roth, observando el arco de metal doblado, el acero y los refuerzos de hormigón del búnker subterráneo que protestaban por su presencia. Los carros vacíos de suministros de metal se hundían al azar junto a ellos, las ventanas de cristal de las puertas y las oficinas se rompían por la mera intensidad de las llamas que estaban al rojo vivo rodeando sus extremidades y el torso como un impenetrable y viviente capullo de energía.

—¡Wilhelm Roth! —rugió él, aproximándose al vampiro que estaba a una docena de metros de distancia.

Roth había estado corriendo como la alimaña que era, pero ahora iba más lento, hasta detenerse. Sin duda, percibía la inutilidad de tratar de escapar de la muerte que se le acercaba, ya sea a manos de Reichen o suyas, cuando destrozó el interruptor del detonador hacía unos tres minutos.

Roth se volvió lentamente hacia él.

—Me sorprendes, Reichen. Había pensado que tu amor por mi infiel compañera era más fuerte que tu odio hacia mí.

Reichen gruñó. No iba a discutir sobre Claire o sus sentimientos hacia ella con esta basura. Roth tenía que saber que, con menos de tres minutos en el detonador, ninguno de los dos iba a salir del búnker antes de que este explotara.

Reichen acechó hacia adelante, utilizando toda su atención para abstenerse de incinerar a Roth en el acto. Quería hacer de los próximos dos minutos el recuento de su vida, pero no se le ocurría un mayor objetivo que el de matar a Roth segundo a segundo, quemando su existencia pulgada a

pulgada. Cuando él se acercó, Roth no tuvo más remedio que retirarse hacia atrás, enfilándose más cerca del final del pasillo.

Observó que la piel de Roth comenzaba a teñirse de rojo. Se acercó un poco más, conduciéndolo hacia atrás. Gotas de sudor estallaron de la frente de Roth y del labio superior, después todo su rostro y garganta le brillaban con la humedad. Y Reichen avanzó todavía más. Roth siseó cuando su piel expuesta comenzó a ampollarse y quemarse. Un hedor se levantó de su cabello rubio cuando él, también, empezó a chamuscarse bajo el calor implacable del talento de Reichen.

Roth gritó cuando su ropa comenzó a humear.

—Avanza hacia adelante y será mucho peor —farfulló él, jadeando de agonía sin embargo encontrando todavía la capacidad de dejar atrás su terror, quemándose los labios en una sonrisa sádica—. ¿Te has olvidado? Mi vínculo de sangre con Claire... mientras yo esté vivo, ella sentirá mi dolor. Tortúrame a mí, y la torturarás a ella también.

Claire gritó y cayó al suelo de rodillas. Más adelante de ella en la oscuridad, vio a Renata, Hunter, y Rio sacar al último de los asesinos Gen Uno del viejo granero. A través de las negras fauces de la entrada, Claire, observó como Kade y Nikolai, después, Brock y Tegan surgían de las profundidades de la guarida de Dragos. ¿Y Andreas? Estaba a punto de llamar a los guerreros, pero el dolor punzante que la arrolló tan de repente le había robado el aliento.

Este la había acogido tan rápidamente, un calor que atropellaba su cuerpo como si ella estuviese de pie en el corazón del propio horno del diablo. O, mejor dicho, Wilhelm Roth estaba de pie en ese infierno diabólico. Era su agonía lo que la estremecía a ella, su dolor, haciéndose eco en su sangre.

Andre.

Él era la fuente del dolor de Roth. Lo cual significaba que todavía estaba vivo. Todavía respirando en algún sitio de aquel búnker subterráneo, lo que significaba que aún tenía una oportunidad de salir antes de que lo peor pudiese acontecer. Todavía tenía una oportunidad de volver a ella.

Claire se arrastró hasta ponerse de pie, impulsada por la esperanza.

Empujó a través del doloroso enlace psíquico con Roth y se echó a correr una vez más. Si Tegan y el resto de los guerreros habían logrado salir

bien, entonces ella estaba segura de que Andreas no podía estar muy lejos de ellos.



Capítulo 32

Reichen retrocedió sobre sus talones en cuanto se dio cuenta que estaba haciéndole daño a Claire mientras tomaba su ira sobre Roth. Como el pesado sueño inducido de lujuria sanguinolenta que él había enmudecido en su propio vínculo a ella antes de aquel día, su fuego había ahora arrasado casi todos sus sentidos. Había sido arrancado de él casi todo excepto su furia, y el fuego que crecía con ello.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Reichen ásperamente—. ¿Por qué necesitabas tener a Claire?

La sonrisa de Roth se extendió tensa detrás de la agrietada piel de sus chamuscados labios.

—Porque tú la querías. Y porque ella no podía ver que yo era un hombre mejor. No eras nada comparado conmigo. Nunca lo fuiste. Incluso quitaste el único obstáculo que me apartaba de perseguir a Claire en serio—

—La mujer que ya habías tomado como compañera —gruñó Reichen—. La mujer que tuviste la audacia de mimar antes de que la hubiera puesto en su legítimo sitio.

Roth estaba mirando a Reichen como si debiera recordar el hecho del cual él hablaba. Reichen pensó de nuevo en sus tratos con Roth... y repentinamente recordó una tímida compañera de raza sentada fuera de la reunión DarkHaven sobre un balcón empapado por la lluvia.

—La traje dentro y le di mi chaqueta —dijo, retratando su cara afectada como si la hubiera mostrado ese pequeño favor—. Ella estaba helada y llorando, así que la envié a su casa con mi chofer.

—Me humillaste enfrente de mis amigos. Incluso peor, enfrente de mis subordinados. Tú e Ilsa ambos me humillasteis aquella tarde.

—¿Así que la asesinaste? —gruñó Reichen, incrédulo.

—Fue atacada por un vampiro Renegado —dijo Roth a la ligera. Se encogió de hombros—. Nadie me preguntó sobre el incidente, puesto que fueron mis amigos cercanos quienes realizaron el informe.

—Fuera de toda cuestión, asesinaste a una mujer inocente que confiaba en ti sobre todos los demás. Después tomaste a Claire como tu compañera para regresar a mí.

—Hice más que eso. —Roth adoptó un aire despectivo—. Lo preparé para deshacerme de ti, también. Desapareciste un año sin ninguna excusa. Todos se preguntaban si estabas muerto. E incluso todavía Claire te quería.

Él prácticamente escupió la palabra. Celoso y orgulloso, pensó Reichen, asqueado de que algo tan insignificante hubiera causado tanto dolor.

La mirada de Roth era afilada, tan cortante.

—Supongo que después me di cuenta de eso, mi odio por Claire excedía incluso el odio que tenía por ti. Habría disfrutado matándola, Reichen. Justo como disfruté ordenando las muertes de tus familiares en el DarkHaven y convirtiendo a esa humana tuya en mi Subordinada.

Reichen rugió de angustia y escándalo. Él había terminado con Roth ahora. Asqueado hasta morir de las sucias palabras del bastardo. Trajo sus manos ante él y sintió fuego viajar de su corazón a sus miembros. A las yemas de sus dedos que se extendía hacia Wilhelm Roth.

—Muere, jodido enfermo —gruñó. Y entonces liberó una ráfaga doble de llama y calor en la cara de su más traicionero enemigo. La muerte de Roth fue instantánea, piedad que Reichen concedió solo por Claire.

Reichen todavía estaba gritando con furia animal, todavía incendiando el suelo vacío donde las cenizas de Roth se habían apilado, cuando sintió los primeros ruidos de la explosión del edificio bajo las suelas de sus pies.

Las paredes alrededor de él temblaban.

Entonces la tierra cayó violentamente con la fuerza de la detonación del laboratorio.

Claire supo el preciso momento en que Wilhelm Roth tomó su último aliento. Vino a ella una súbita avalancha de paz—un sentido imposible de libertad que iluminó sus venas y dio a sus miembros una renovada fuerza para llevarla hacia adelante mientras corría los pocos metros que quedaban hacia el viejo establo donde los guerreros habían huido.

Roth estaba muerto.

Andreas estaba vivo.

Dios... ¿podía el infierno de los anteriores días, de las anteriores décadas que ella y Andreas habían estado separados por las maquinaciones de Roth, estar llegando en realidad a un fin?

Quería creerlo. Necesitaba creerlo.

Claire mantuvo la esperanza cerca, incluso mientras la tierra bajo sus pies daba un prolongado estremecimiento.

—¡Jesucristo! —gritó una voz masculina por encima de ella en la oscuridad.

—¿Sentiste eso? ¡Este hijo de puta está a punto de reventar!

Claire siguió corriendo, negando que estuviera escuchando. No podía ser verdad. No podía estar ocurriendo. No cuando Andreas todavía no se había puesto a salvo.

—¡Regresa, regresa! —El acento ahogado de Rio sonó de algún lugar cercano. El gran guerrero venía derribando árboles con Renata, Hunter, y un par de ellos más de la misión. Rio extendió la mano hacia Claire, trató de arrastrarla con ellos, pero ella esquivó su mano y siguió corriendo. Hubo más gritos de aviso, más movimientos urgentes en los bosques oscuros como la noche, mientras el estremecimiento dentro de la tierra rugía más alto.

¡Hubo una violenta sacudida, entonces un profundo y estruendoso boom!

Unos brazos fornidos y un fuerte cuerpo se envolvieron alrededor de Claire, girándola alrededor para amortiguar su caída mientras la percusión atacaba sus espaldas, por debajo de sus pies. Ella gritó pero apenas pudo escuchar su propia voz mientras el bosque se agitaba y rugía con la fuerza de una aparentemente interminable y malvada explosión.

—Permanece abajo, Claire. —La voz de Tegan sopló caliente sobre su oreja—. Le prometí que te sacaría de aquí de una sola pieza.

—¡Noo! —gritó ella, más allá de preocuparse de si ella misma vivía o moría, mirando horrorizada como el establo abandonado y en ruinas volaba por los cielos en una masa ciega de llamas, calor y niebla, produciendo humo. Los penachos de fuego saltaban en todas direcciones, alcanzando grandes pedazos de bosques astillados y ascuas quemándose sobre el bosque. Más calor estalló de fuera del agujero hundido en la tierra junto al establo, la entrada al bunker del cual Andreas todavía tenía que escapar—.

¡Oh, Dios mío... no! ¡Él está todavía allí abajo! ¡Andreas, no! —Ella saltó a sus pies. La mano de Tegan era firme sobre su brazo, pero ella la apartó con un grito desesperado—. ¡Déjame ir, maldito seas!

La adrenalina y la desesperación la enviaron volando sobre los escombros esparcidos por la tierra, a través del espeso crecimiento de árboles que era iluminado con una sobrenatural luz naranja que procedía del fuego que bullía donde el viejo establo había estado no hacía un minuto. Ella sintió a Tegan siguiéndola. Los otros guerreros estaban entrando, también, silenciosos y cautelosos. Una de las compañeras de raza murmuró una oración en bajo por Andreas, tiernas palabras que Claire apenas se atrevió a escuchar.

Caminó más cerca hasta el estruendoso calor. Era insoportable, golpeándola como una caldera lanzada sobre su cara. Aún así, seguía moviéndose hacia ello, paralizada por el cráter con escombros de tierra y cenizas ardiendo lentamente que había colapsado dentro con la ráfaga.

—Andreas. —gritó en voz baja. Después más alto, esperando un milagro.

—¡Andreas! —Cuando ella había llegado incluso más cerca, lo suficiente cerca para que las llamas la hubieran tocado, las manos de Tegan se posaron despacio sobre sus hombros—. Vamos, Claire. No te hagas esto a ti misma.

—¡Andre! — ¡gritó ella, cabezota para negarse a abandonar.

Una nueva ráfaga de destellos eructó hacia arriba desde dentro del corazón del cráter, haciendo que los escombros se movieran y gruñeran. Sintió la mano del guerrero sobre ella tensa, y supo que él estaba preparado a llevarla fuera de allí si se retrasaba otro segundo. Pero Claire no se movió. Llamó de nuevo a Andreas, su voz enganchada en un sollozo mientras otro profundo ruido de escombros sonaba por debajo de la tierra.

Entonces se dio cuenta de que algo raro pasaba con el foso de cenizas ardiendo y llamas en movimiento...

En lo profundo de su corazón, algo estaba moviéndose.

—Maldita sea —dijo Tegan, obviamente descubriendo lo mismo que ella había hecho—. Maldita, y jodidamente, sea. No puede ser—

—Andreas. —jadeó Claire, atemorizada e incrédula, y a la vez muy, muy aliviada.

Ella vio como los escombros se hacían camino y se mezclaban alrededor de él mientras él escalaba fuera del centro del infierno y se alzaba para mantenerse en el borde del cráter, su cuerpo brillaba con el poderoso calor blanco de su extraordinario y aterrador don. El humo se hinchaba sobre él en grandes nubes negras. Las llamas rugían y se ondulaban desde detrás de él como un furioso volcán, aunque él seguía allí ileso.

—Gracias a Dios. —susurró ella, su corazón palpitando.

Pero entonces se dio cuenta que algo con él estaba mal.

El calor que le envolvía—el mismo calor que le hacía insensible a las balas que la primera noche que ella le había visto así—podría haber sido la única cosa que le apartara de la fuerza asesina de la explosión, pero el brillo que le rodeaba era más brillante que nunca. Más caliente que las llamas que rugían alrededor de él desde la explosión.

Su mirada estaba libre mientras viajaba de Claire a los otros reunidos allí. La luz se vertía fuera de sus cuencas, abrasadora e inhumana. Sin piedad.

Claire dio un paso hacia él, vacilante ahora.

—¿Andreas? Andre... ¿puedes oírme?

Esa abrasadora mirada se balanceó de nuevo hacia ella. El calor la golpeaba, empujándola varios pasos hacia atrás. Él no estaba mirándola, se dio cuenta, sino que miraba a través de ella. No la veía allí, no más de lo que veía al resto de guerreros—sus amigos—de pie ante él en un aturdido silencio. Claire reconoció el peligro que él representaba así, incluso si estaba demasiado lejos para reconocerlo por sí mismo ahora.

Tuvo que atravesar hasta él.

—Andre, soy yo, Claire. Háblame. Dime que me conoces. Que estás bien.

Él gruñó, en voz baja y letal, desde el fondo de su garganta. Ella no dejó que eso la asustara. Manteniendo sus ojos fijos en él, ella dio un paso hacia él.

—Jesucristo —Tegan siseó desde cerca. Se movió para bloquear el camino de ella—. Claire, no creo que debieras—

Una bola de fuego navegó por el aire, aterrizando en el suelo junto al pie de Tegan.

—¡Andre, no!

Tegan saltó fuera de su camino, tomando a Claire con él. Andreas rugió entonces, y dejó volar un repentino pedrisco de orbes llameantes. Pedazos de tierra oscura se rasgaban mientras las ráfagas del tamaño de bolas de beisbol golpeaban el suelo, conduciendo a todos de vuelta. Claire gritó para que él se detuviera, y por un momento pensó que él lo haría. Él la miró, después repentinamente levantó sus manos hacia los lados de su cabeza y se tambaleó vacilante sobre sus pies. El brillo alrededor de él se atenuó mientras presionaba sus palmas fuertemente contra sus sienes, su cara se contorsionó en una mueca de dolor.

Cuando Claire miró junto a ella, ella vio la razón del por qué.

Renata le sostenía en una fija e imperturbable mirada. Como la compañera de raza había hecho con los asesinos Gen Uno hacía poco tiempo, ahora ella golpeaba a Andreas con el poder de su mente. Él cayó sobre una rodilla, el tenso calor viajaba por su cuerpo como una luz estroboscópica.

Cuando ella aflojó, Andreas estaba jadeando y estremeciéndose. Pero el brillo todavía le envolvía. Y cuando él levantó su cabeza, el rugido que salió fuera de su boca hizo temblar el bosque por completo con una furia animal y letal.



Capítulo 33

El fuego se apropió de él.

Lo sabía, lo sabía desde el momento en que el búnker había estallado a su alrededor, sepultándolos a todos, pero a él no lo había alcanzado. Sabía que estaba demasiado débil, aunque había salido de las cenizas y los escombros intacto, su cuerpo protegido por el furioso calor, que parecía crecer más fuerte, más brillante, más incontrolable. Había perdido la batalla con su terrible capacidad, tal y como había temido que ocurriría.

Los otros le miraban, las llamas bañaban la oscuridad de los bosques, Sobre todo a ella, con sus ojos castaños oscuros, le arrancó algo en lo profundo del alma, la amaba. Ni siquiera la locura del calor implacable podría quemar ese hecho.

Ella vivía en su corazón, esa hembra, Su mujer.

Su compañera, algo primitivo y angustiado gritó desde dentro de él.

La amaba profundamente, totalmente, pero sabía que no podía tenerla. Ahora no.

Nunca, otra vez.

Echó la cabeza hacia atrás y rugió con el pensamiento, su voz soltó una bola de llamas blancas. La bola se elevó en lo alto, y luego se estrelló contra el suelo a una media docena de metros de él, dejando un camino de chispas y tierra quemada.

—Andreas, por favor —su mujer sollozó—. Vamos a ayudarte.

El fuego bailaba a su alrededor. Los ojos se le llenaron de lágrimas, sus manos temblorosas asomaban tras el humo y la pálida ceniza flotante que se movía como copos de nieve desde lo alto de los árboles.

—Andreas, mírame. Óyeme. Sé que puedes. —Dio un paso hacia él, haciendo caso omiso de las advertencias de más de uno de los guerreros—.

No estoy lista para dejarte ir. —dijo con fiereza, palabras que parecían hacerse eco al volver a él como un recuerdo.

¿Había oído esas mismas palabras en este mismo lugar más temprano esta noche? ¿Había sido él el primero en decírselas a ella?

No importaba. No podía dejar que le importase. Ella y sus amigos, no estaban seguros en torno a él. Tenían que irse.

Ella no iba a dejarlo allí. Se podía ver con bastante claridad en la inclinación de su obstinada mandíbula. Gruñó con furia, y sintió el oleaje de otra bola, construyéndose en el calor de sus entrañas.

Increíblemente, ella se puso aún más cerca de él.

Una visión pasó por su mente mientras la veía avanzar hacia él. Vio a una niña con trenzas rubias rojizas y una suave sonrisa sosteniendo su mano hacia él en un gesto de amabilidad. Vio una brillante cara de inocencia ofreciéndole ayuda y compasión... justo antes de que el fuego que vivía dentro de él saltase para consumirla a ella.

Había matado a algo precioso y puro, una vez. No lo haría de nuevo.

Bramando su desprecio hacia sí mismo, envió una pequeña lluvia de bolas de fuego al suelo delante de él. Una baja barrera de llamas se retorció y crujía, haciéndola retroceder. No era suficiente. Necesitaba que ella se fuera—necesitaba saber que ella estaba muy lejos de su poder destructivo.

Necesitaba que todos ellos se fueran ahora.

Lanzó más fuego, obligando a todo el grupo a retroceder. A medida que retrocedían, vio el hermoso rostro de su mujer bañado en lágrimas—su mujer—fijo en él a través de la pared de llamas que los separaba.

—No, Andre —articuló ella—. No. No voy a dejarte hacer esto.

El calor de las llamas, soplaba, delante de Claire y los demás. Detrás de la pared de fuego, vio la cara de Andreas. Sus ojos estaban llenos de tormento y dolor. De locura también.

Resolución desgarradora y triste ardía en su mirada.

Él estaba dándose por vencido.

Estaba tratando de alejarla de él, para poder lidiar con su sufrimiento, y su muerte.

No, pensó Claire, rechazando con firmeza la idea. De ninguna maldita manera iba a aceptar eso. No después de todo lo que habían pasado. No cuando ella había estado esperándolo, nunca había dejado de amarlo, en todo ese tiempo.

Tenía que haber alguna manera de llegar a él. Tenía que haber alguna manera de ayudarlo.

—Renata —dijo, volviéndose para mirar a la otra Compañera de Raza—. Le hiciste algo a él hace unos minutos con tu mente. Atenuaste algo del calor que lo rodea—

—Sí —Renata estuvo de acuerdo—. Yo también lo vi.

—Necesito que vuelvas a hacerlo ahora.

Nikolai se acercó, con la expresión de una tumba.

—El talento de Renata es letal, Claire. No es algo que desees que haga, confía en mí. Si le hace lo mismo que antes, tal vez...

—¿Podría qué? ¿Matarlo? —Claire sintió la histeria en su interior—. Míralo. Se está muriendo. Si no hacemos algo, el fuego lo matará.

Miró a Renata, desesperada incluso con la mínima oportunidad de salvar a Andreas.

—Por favor... por favor, inténtalo.

Renata asintió, entonces apartó la vista para fijarla con atención en las altas llamas que cubrían a Andreas. Ella lo miró sin pestañear, enfocando sus ojos como un láser. Claire sintió que el aire se hacía imperceptible como una corriente invisible saltando de la mente de Renata y apoderándose de su objetivo.

Él se echó hacia atrás en el instante que lo golpeó.

El corazón de Claire se tambaleó cuando él echó la cabeza hacia atrás y gritó, todos sus músculos se tensaron como cables. Él se agarró ambos lados de la cabeza y el poder de Renata se duplicó en su mente, lo sostuvo debilitando la captación psíquica. Andreas se estremeció y rugió... y mientras luchaba, el resplandor que le inundaba, comenzó a desvanecerse.

—¡Sigue adelante, Renata! Oh, Dios, creo que está funcionando.

Claire escuchó más de una maldición de los guerreros cercanos, todos se quedaron mirando, tan paralizados como Claire estaba mientras la explosión mental de Renata era lanzada continuamente para apagar el calor de Andreas. Él cayó de rodillas, doblado sobre sí, todavía con la cabeza entre sus manos. Parecía estar en completa agonía, pero el calor extendido sobre sus extremidades y torso se había reducido.

—Por favor, Andre... aguanta. —susurró, tenía el corazón destrozado de verle sufrir tanto. Justo cuando estaba a punto de decirle a Renata que dejara de hacerlo, Andreas se cayó hacia adelante y se desplomó en una pesada y deshuesada postura desgarrada.

—Claire, ¡Atrás! —Gritó alguien, pero ella ya estaba corriendo hacia él.

Ella esquivó las llamas que aún ardían sobre el terreno y corrió al lado de Andreas. La energía crujía sobre su piel, poniéndole la piel de gallina en los brazos, pero el ardor se había ido. El calor estaba enfriándose.

—Andre —sollozó, doblando las piernas, colocándose a su lado en el suelo.

Ella levantó su cabeza hasta su regazo y le acarició la mejilla y la frente. Él estaba frío. Oh, Dios.

—Andre, ¿me oyes? —Ella acunó sus anchos hombros y se inclinó para presionar su cara contra la suya—. Andreas, por favor, no te mueras. Por favor... vuelve a mí.

Ella lo besó, sosteniéndolo firmemente. Suplicando por que hubiera hecho lo correcto. Teniendo fe de que él todavía estuviera allí en alguna parte, y de que la apuesta que había hecho con su vida no había sido el peor error de su vida.

—Andre, Te amo —murmuró, apenas consciente de que Renata y Dylan y los guerreros se habían reunido alrededor de ellos—. No puedes dejarme. No puedes.

Tegan se arrodilló a su lado y puso su mano sobre el lado izquierdo del cuello de Andreas.

—Está vivo. Está respirando, aun está frío, tiene un pulso fuerte, al menos...

—Gracias a Dios. —susurró Renata, aferrándose a Niko en un fuerte abrazo mientras miraba a Claire con afinada y compartida preocupación.

—Tenemos que sacarlo de aquí —dijo Tegan. Levantó su mirada hacia Renata—. ¿Serás capaz de mantenerlo bajo control en el viaje de vuelta a Boston?

Ella asintió.

—Lo que sea necesario, si. Me ocuparé de él.

—Vamos, Claire. —El guerrero la empujó suavemente, llevando a Andreas cargado en sus hombros, como lo haría con cualquier hermano caído en combate—. Voy a llevarlo a la Rover. Todo va a estar bien ahora.

Claire asintió aturdida y camino junto a él, todos hicieron el corto viaje desde el bosque ardiendo y el búnker destruido hasta los vehículos en espera.

Ella quería creer a Tegan, pero cuando miró la cara ceniza y aletargada de Andreas, no podía dejar de pensar que cuando se trataba de Andreas, todo estaba todavía a un largo camino de estar bien.



Capítulo 34

Dragos cerró su celular y lo metió en el bolsillo de su abrigo de cachemira.

Se quedó mirando el cielo estrellado sobre un parque industrial de la carretera

I-90 en Albany, New York, y silbó un juramento. Wilhelm Roth no estaba respondiendo a sus llamadas. Lo que significaba que Wilhelm Roth estaba muerto.

El hecho de que las cámaras de Dragos y sus sistemas de comunicación en su sede de Connecticut, se habían quedado fuera de línea y cesado el trabajo, significaba que el búnker había sido detonado como estaba previsto. Sólo podía esperar que Roth hubiese estado seguro que el número de miembros de la Orden había sido volado en pedazos junto con el laboratorio abandonado.

En cuanto al mismo Roth, a Dragos no le importaba realmente si su Teniente alemán sobrevivía a la destrucción del laboratorio; era cuestión de un momento encontrar otra mano derecha que llevara su misión. Y así lo había hecho.

Dragos se alejó de su sedan con chofer para inspeccionar el trabajo del sustituto de Roth. El Macho de Segunda Generación de la raza que había sido contratado desde la Costa Oeste, estaba supervisando el movimiento de los activos de Dragos —una diversificación necesaria por la persistente y agravante interferencia de la Orden.

Pero Dragos no había llegado tan lejos sin anticipar unos cuantos veloces golpes en su operación. Las alternativas se habían examinado y establecido hacia años, y ahora era sólo una cuestión de reordenar las piezas que ya tenía en el juego. La Orden le había costado sólo unos cuantos días—como mucho, un par de semanas— luego estaría de regreso en los negocios de nuevo. Más fuerte que antes.

Imparable, sin importar qué cosas inquietantes había visto en los ojos de la niña bruja vidente aquellas semanas en Montreal.

—¿Estamos listos para salir ya? —Preguntó a su teniente.

El gran vampiro asintió brevemente desde donde él se encontraba, detrás de uno de varios camiones semi remolque que habían sido cargados y estaban esperando para ir a su destino designado en el parque industrial. Las puertas dobles del más cercano a su lugarteniente, aun estaban parcialmente abiertas, revelando las caras ansiosas de las Compañeras de Raza que habían sido removidas de sus celdas del laboratorio para transportarlas a otro sitio. Ellas sabían bien que no les convenía gritar o tratar de escapar. El parque Industrial le pertenecía a Dragos, y era atendido por sus secuaces.

Además, las cadenas y grilletes que ataban a las mujeres entre sí, impedirían que cualquiera de ellas llegara muy lejos, incluso si eran tan tontas como para intentarlo.

—Selladlas y sacadlas de aquí —dijo Dragos, observando con satisfacción cómo su lugarteniente cerraba las puertas y ponía el pestillo y las cerraduras. Un rápido golpe del puño del vampiro en la parte trasera de la camioneta, lo envió rodando con uno de los secuaces de Dragos al volante.

Más adelante, en el patio, varios camiones más esperaban sus órdenes de salida. Dragos pasó por delante de los que contenían sus muchos millones de dólares en equipos de laboratorio de última generación, con su mirada fija en el gran remolque blanco en el otro extremo de la fila.

Era un contenedor refrigerado, especialmente equipado para la conservación de la frágil carga que estaba cerrada y sellada en el interior. Dos asesinos Gen Uno se habían estacionado en el remolque para montar guardia sobre la carga; otro par iría delante con el conductor y el socio de Dragos en la Costa Oeste para garantizar que no se encontraran problemas en el camino a la estación ferroviaria, donde el siguiente tramo del contenedor comenzaría el viaje.

—Todo está listo, Señor.

—Excelente —dijo Dragos—. Contactadme tan pronto como lleguéis a Seattle para hacer la siguiente conexión.

—Sí, Señor.

Dragos vio como la flota de camiones se tambaleaba en marcha y salía al patio.

La Orden podía haber interrumpido su operación, pero estaba lejos de ser derrotado.

Con una sonrisa de seguridad tirando de la comisura de sus labios, Dragos caminó de regreso a su coche. Se subió al asiento trasero y esperó con aburrimiento mientras el conductor cerraba la puerta detrás de él y se apresuraba a dar la vuelta, poniéndose tras al volante.

Esta noche la guarida que le había costado grandes esfuerzos y gastos para su construcción había desaparecido, pero Dragos prefería pensar en ello como un paso necesario en la evolución de sus planes. Ahora empezaría una nueva fase en su operación, y poco podía esperar para iniciarla.

Dragos apoyó la cabeza contra el asiento de cuero suave y vio a través de la ventana trasera cómo un hilo de nubes pálidas se deslizaba a través de la lechosa luna.

Andreas no se despertó ni una vez durante las más de tres horas que llevó regresar a la sede de la Orden. Tampoco todo el día siguiente.

Claire oyó a Tess usar la palabra –coma– en una conversación con Gabrielle y Savannah, cuando las tres mujeres habían estado preparando en el recinto el apartamento privado para él por la mañana. No podía pretender que no le preocupaba, y cuanto más permanecía inconsciente, más profundo se hacía su pavor.

Ésta lenta e indefensa espera era aún peor que verlo luchar contra su pyrokinética. Claire sostenía su mano mientras él yacía inmóvil en la cama. Ella sabía que él estaba allí. Podía sentir su sangre en movimiento debajo de su piel, podía ver el destello ocasional de sus párpados cerrados cuando ella hablaba con él.

—¿Hay algo más que necesites? —preguntó Tess amablemente, secando sus manos con papel de baño. La compañera de Dante estaba entrenada en medicina veterinaria y poseía un don aún mayor para la curación psíquica con su tacto antes de que su actual embarazo hubiese inhibido su talento. Ahora ella ponía su mano suavemente sobre Claire y ofrecía una sonrisa compasiva—. De verdad deberías comer, ya sabes. Y descansar un poco.

—Lo sé —dijo Claire, echando un vistazo a la bandeja de comida sin consumir en la mesita traída de la enfermería y que ahora permanecía al lado de la cama—. Estoy bien. Comeré algo en un momento. La verdad es que no tengo hambre. Sólo quiero estar con él un ratito más.

Tess no parecía convencida.

—Regresaré a revisarte en un par de horas. Prométeme que el sándwich no estará en ese plato para entonces.

Claire sonrió con una seguridad que sólo soñaba con tener.

—Por favor, no te preocupes por mí. Estoy bien.

Tess meneó la cabeza de manera casi imperceptible.

—Déjale saber a alguien si hay algún cambio en él, ¿de acuerdo? Ambos estáis justo ahora en mente y oraciones de todos, Claire.

—Gracias —murmuró ella, tocada por la amabilidad que todos le habían mostrado en el complejo. Ellos amaban a Andreas como uno de los suyos, lo trataban como uno de ellos, y por eso, ella también los amaba a todos.

—Te veré en un par de horas —dijo Tess mientras, suavemente, cerraba la puerta tras ella.

Claire se giró hacia Andreas y deslizó su mano sobre su frente, cepillando su cabello revuelto tras su cabeza. Lo observó, preguntándose en donde estaba él en medio de su profundo sueño inducido por el trauma. Preguntándose cuando—y si—él alguna vez encontraría la fuerza para regresar a ella.

—Oh, André —susurró, mirando la atractiva y orgullosa cara que había amado por tanto tiempo. Puso sus labios sobre los suyos y lo besó, incapaz de detener la lágrima que rodó por su mejilla cuando su boca se presionó cálida y suave, pero sin respuesta, contra la suya.

Claire se subió a la cama a su lado, necesitando estar más cerca. Se estrechó junto a él, posó su cabeza contra su hombro y puso la palma de su mano sobre el firme latido de su corazón, golpeando bajo su esternón. Cerró los ojos y dejó ese duro pulso nadar en sus pensamientos.

Andreas estaba vivo. Mientras pudiese tocarlo, respirarlo, no daría por vencida la esperanza de que él estuviera con ella una vez más.

Y si él no estaba listo para regresar con ella, entonces ella iría a él.

—Para siempre esta vez —murmuró.

Dejando que sus ojos se cerraran, lo buscó en lo profundo del sueño.

No era difícil encontrarlo. Claire caminó por un inhóspito y oscuro vacío, dibujado en el brillo de un incendio, quemando fuertemente en la distancia. Ella estaba sola y desnuda, sus pies descalzos caminando por un camino de fría y oscura piedra que parecía alargarse en interminables millas... terminando en el lugar donde las llamas bailaban como serpentinadas anaranjadas mucho más adelante. Andreas también estaba allí.

Claire sólo podía distinguir la mayor parte de un gran macho, yaciendo en el suelo en frente de la estruendosa pared de fuego. Él estaba desnudo, también, desparramado sobre su costado como si hubiese estado en el suelo del bosque después de que Renata lo hubiese mandando a la inconsciencia.

Se acercó, dándose cuenta de que el camino de piedra oscura sobre sus pies era solamente una estrecha franja de superficie sólida, una traicionera línea que sólo dejaba un par de pies deslizarse a cada lado de ella. El camino de piedra negra flotaba en el mar de oscuridad, como un abismo, cuyo centro se quemaba como minas del infierno.

Y Andreas yacía al final del largo camino de fría piedra.

—Oh, Dios —susurró mientras se acercaba, notando cuán precaria era su posición en realidad. Un movimiento descuidado—un resbalón inconsciente—y él estaría en el borde y caería en picado al infierno.

Claire se aproximó a él cuidadosamente y se arrodilló a su lado en el verdadero precipicio de piedra. Delicadamente, temerosa de despertarlo de repente, acarició su mejilla con los dedos. Él no se revolvió. Su piel estaba demasiado fría, su respiración lenta y débil.

Él siguió durmiendo, ni siquiera supo que ella estaba allí.

—Está bien, Andre —le dijo ella suavemente mientras se movía por la oscura y fría superficie de la saliente.

Se acurrucó tras él, envolviendo su brazo alrededor de él para evitar que se cayera y moldeó su cuerpo contra el suyo para darle su calor.

—Dormiremos juntos aquí por un tiempo. Esperaré contigo hasta que estés listo para regresar a mi.



Capítulo 35

Han pasado cinco días, Lucan. Hay algunas decisiones que necesitamos tomar, y cumplirlas rápido.

Lucan asintió solemnemente y miró a la preocupada mirada de la Compañera de Dante, Tess. Ella había sido la que descubrió a Claire inconsciente al lado de Reichen el día después de la explosión en el refugio subterráneo de Dragos. En ese tiempo, Tess había estado manteniendo una cercana vigilancia hacia ambos, Reichen y Claire, asegurándose de que ellos se mantuvieran cálidos y cómodos en la cama que la pareja compartía, y buscando alguna manera de ayudar a uno o a los dos. Hasta ahora, nada había funcionado.

—El metabolismo de la Raza de Andreas es más fuerte que el metabolismo humano de Claire —dijo ella—. Él probablemente puede sobrevivir otras pocas semanas o más sin sustento, pero Claire se está deshidratando rápido. Al menos que le metamos algunos fluidos, sus órganos vitales van a empezar a fallar pronto.

Lucan miró hacia abajo a la mujer durmiendo en la cama. Su pequeña figura estaba descansando pegada contra el cuerpo de Reichen, sus brazos amarrados cariñosamente alrededor de él, sosteniéndolo en lo que parecía ser un abrazo ferozmente protector. Su sueño parecía vastamente diferente del de Reichen. Donde él se extendía inmóvil, insensible, los ojos de Claire parpadeaban rápidamente detrás de sus párpados cerrados. Sus finos músculos temblaban ahora y de nuevo, como si estuviera atrapada en un breve sopor—no muerta para el mundo—en los últimos días.

—¿Intentaste todo para intentar despertarla? —le preguntó a Tess.

—Todo, Lucan. Es como si su cuerpo—al igual que su corazón y su mente—simplemente se rehusara a regresar de la inconsciencia. Ella se está permitiendo a sí misma el mantenerse dormida, estoy segura de eso.

El frunció el ceño, viendo los párpados de Claire retorcerse con el movimiento de sus ojos debajo de ellos.

—¿Ella ha estado soñando todo el tiempo?

—Sí, desde el momento en que la encontré así. Tengo que creer que ella está usando su talento para estar con Andreas.

Lucan resopló un pesado suspiro.

—¿Incluso si la mata en el proceso?

—Los viste juntos, ¿verdad? —La voz de Tess era gentil con simpatía y un poco de admiración—. Supongo que puedo entender la profundidad de la

devoción—del puro e inquebrantable amor—que inspiraría este tipo de sacrificio. Si fuera Dante el que estuviera en esa cama y yo pensara que podría alcanzarlo de alguna manera—de cualquier manera—yo estaría justo ahí, también. Por mucho tiempo que me tome. Sé que si fuera Gabrielle, tú harías lo mismo por ella.

Él difícilmente se iba a parar ahí y negarlo. Pero tampoco podía mantenerse al margen y permitir esto a sabiendas de lo que estaba haciendo Claire, o Reichen, desperdiciándose mientras él observaba.

Él miró de nuevo a Tess y le dio a la Compañera de Raza un tenso asentimiento.

—Busca lo que sea que necesites de la enfermería para mantenerla hidratada. Yo iré a informarles a todos de la situación.

Unos severos miles de kilómetros lejos de Boston, en un remoto tramo de distancia de las vías del tren que se dirigen al congelado corazón del interior de Alaska, los restos destruidos de un largo y refrigerado recipiente de carga estaban abiertos y abandonados a la intemperie.

Había hecho el viaje desde el campo industrial en Albany, Nueva York, hasta la estación de trenes que lo enviaría hacia el oeste a través del país, llegando como se había planeado hace días al puerto de Seattle. Desde ahí, había sido cargado sin incidentes en una barcaza y enviado al norte, donde estaba programado que llegara a su destino final apenas unas dieciocho horas más tarde.

Para el momento que el primer barrunto de problemas había sido detectado por el teniente de Dragos y el puesto de guardianes del Gen Uno, escoltó la peligrosa carga, ya era demasiado tarde para detener lo que estaba a punto de ocurrir.

Ahora esa peligrosa carga ya no estaba.

El contenedor estaba vacío, lejos de los cuerpos salvajemente ensangrentados que cubrían el suelo y de la tierra cubierta de nieve de fuera.

Y alejándose de la pista que deja la luz de luna, más lejos de ahí, hacia el desierto congelado de arboles ahogados, estaba un sendero de enormes marcas de pisadas hechas por una salvaje y mortal criatura que no era de este mundo.

Una criatura que había estado aguardando su momento durante semanas, con hambre y drogas, fingiendo letargo y sumisión, mientras esperaba su oportunidad de escapar.



Capítulo 36

La oscuridad sin fin se negó a ponerlo en libertad. Los pulmones de Reichen se expandieron e inhalaban aire como si hubiera estado debajo del agua y acabara de subir a la superficie después de medio año de ahogarse en la marea. Se quedó sin aliento bruscamente, inmediatamente empezó a ahogarse con el sabor acre de azufre y humo.

Sintió una ligera cubierta en torno a él en la negrura de su entorno.

Los brazos de Claire, estaban manteniéndole cerca.

Su cuerpo suave y tierno curvado en su espalda.

En medio del inhóspito vacío que lo envolvía, nunca había sentido algo tan perfecto y bueno.

Sabía que estaba soñando, pero ¿cuánto tiempo? No podía quitarse la sensación de que había estado perdido en las tinieblas de este otro reino un largo tiempo. Y Claire estaba con él. Buen Cristo... ¿había estado ella aquí con él todo el tiempo?

Él pasó su mano a lo largo de su aterciopelado brazo. Su piel era fría al tacto, alarmante.

Ella no se movió en absoluto cuando la acarició suavemente. Lo que más le preocupaba era el jadeo de su respiración poco profunda al lado de su oreja, la flacidez notable de sus dedos fríos cuando él los tomó entre los suyos y trató de despertarla.

—Claire —murmuró, con la lengua seca, su voz lenta y oxidada en el manto pesado de su sueño de humo—. ¿Claire?

Ella no respondía.

El pánico lo agarró, abriendo sus ojos. Fue entonces cuando se dio cuenta del resplandor de las llamas elevándose por debajo de la percha dura y fría, donde él y Claire habían estado acostados. A medida que se incorporaba, las llamas crecieron, como si ellas también hubieran estado

descansando, nada más, pero ahora estaban removiéndose con una vida renovada.

Más allá de la pendiente, había una estrecha cornisa hacia un gran abismo. Un hoyo de fuego y lava se revolvía en esa caída infernal.

Las llamas subieron violentamente hacia arriba, girando y cayendo, casi cegándolo con la intensidad de su calor.

Como una bestia soltándose de sus cadenas, el fuego se abalanzó sobre él. Brillantes zarcillos candentes hicieron un agarre súbito a través de la cornisa de piedra, extendiendo dedos ávidos de fuego hacia el lugar donde él y Claire estaban.

Reichen rápidamente cubrió el cuerpo de Claire con el suyo, pasándose por encima de ella cuando el calor rugió en todo su alrededor. El ardor lamió su piel desnuda, abrasador e implacable. Pero no podía tocarla. Él no se lo permitió.

De ninguna manera iba a dejar que el maldito fuego se acercara a ella.

Gritó con furia cuando la fuerza de su pyro rodó sobre él y en torno a él. Este calor infernal le pertenecía, era él, la terrible maldición de su derecho de nacimiento.

El poder mismo que lo había protegido de la explosión en la guarida subterránea de Dragos.

Las memorias de ese momento se estrellaron contra él en un instante. Recordó cómo había tenido que convocar cada medida de su furia con el fin de protegerse del infierno que había estallado a su alrededor. El pyro le había librado de la muerte en la explosión, pero no había terminado con él, todavía seguía ardiendo en su interior.

Listo para consumirlo, justo como Claire había tratado de advertirle.

Así como él mismo había sabido, desde el momento en que la primera chispa se había encendido en su interior en ese campo de mala muerte en Hamburgo.

Si dejaba ir, si daba una fracción de su voluntad para mantener a Claire a salvo del calor, la maldición que lo había plagado por tanto tiempo lo vencería. Y destruiría a Claire en el proceso. Él sintió el fuego en busca de ella, silbando y chasqueando como lenguas de serpientes, con hambre de degustar el tesoro que él les estaba negando.

—No —se oyó gruñir—. Maldita sea. No.

Con los brazos y el cuerpo envuelto alrededor de ella para protegerla, Reichen devolvió toda su ira hacia su interior. Él se centro en el calor que vivía en lo más profundo de su ser. Lo alcanzó con su mente, con toda su voluntad, sintiendo al pyro tratando de deslizarse fuera de su alcance y él se aferró a eso y tiró con fuerza con el puño de su determinación.

No podía dejarlo ganar.

Él tenía que tomar finalmente el control de la bestia.

Tenía que domarlo, aquí y ahora.

Para siempre.

Fortaleció su asimiento mental en la espiral de fuego dentro de él. A su alrededor, oyó el silbido de las llamas, el chisporroteo de lucha caliente que poco a poco estaba siendo vencida, extinguida. En la periferia de su mirada, vio las columnas de llamas retorciéndose, retrocediendo desde la cornisa de piedra, de nuevo en el profundo abismo que las había traído.

Y todavía no lo soltó.

Volvió la cara hacia los enrollados y rechinantes incendios que todavía estaban tratando de saltar fuera del hoyo, con los dientes y mostrando los colmillos en un rictus apretado rugió con poder y con una intención furiosa.

—¡No! —Rugió—. Yo soy tu dueño. ¡Te inclinarás ante mí!

Fue su amor por Claire lo que le dio la solución que necesitaba en este momento. Su necesidad de protegerla, de mantenerla a salvo por encima de todo, fue la fuerza motriz que lo hizo estar seguro de que podría derrotar a la maldición de su poder destructivo.

Era el amor que ella le había dado a cambio, el amor que sentía latir en él, en sus venas, en el lazo de sangre que lo relacionaba con ella ahora y siempre, lo que le hizo llegar a la esperanza de que un día él podría no sólo dominar su habilidad infernal, sino que tal vez hasta podría llegar a verla como algo más que una maldición.

Sabía con certeza repentina que la maldición que había temido durante tanto tiempo podía un día convertirse en un talento que le serviría, en lugar de destruirlo.

Reichen se aferró a la esperanza, y a su amor por Claire, mientras mandó al fuego sofocarse. Él lo envió de vuelta abajo hacia el abismo, no por miedo o desprecio de sí mismo, sino por la fuerza. De una floreciente sensación de control inquebrantable.

Un grito de triunfo estalló en él mientras la última llama brillante comenzó a jadear en su muerte.

Los incendios se oscurecieron en el foso.

La ceniza y el humo asfixiante estaban eliminados.

Sus ojos parpadearon, abiertos, Reichen levantó la cabeza y se encontró que ya no estaba aislado en el estrecho puente de piedra negro y frío, sino en el centro de una cama grande. Estaba enroscado sobre la pequeña forma del cuerpo de Claire, siendo su protección, aunque el oscuro sueño finalmente lo había puesto en libertad.

Él le acarició la mejilla.

—Claire, ¿estás bien? Abre tus ojos para mí, mi amor.

No hubo respuesta.

El pánico se enroscó en sus entrañas. Dijo su nombre de nuevo, esta vez más ahogado por el aspecto alarmante que tenía ella mientras yacía inmóvil sobre sus piernas, su cabello negro y sedoso caía suelto sobre la frente fría y pálida. Tomó sus hombros delgados en sus manos y le dio a su ligero cuerpo una sacudida firme.

—Claire. Despierta ahora.

Un dolor de frío lo apuñaló cuando se inclinó y la besó en la boca, a los labios resecos y partidos. Ella estaba tan débil... muriendo de hambre. El pinchazo que sentía ahora era de ella. Sintió la gravedad de su hambre haciéndose eco en su sangre, lamentos en sus venas.

Pensó en el sueño sin fin, y en el inundante e implacable peso del mismo. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que estuvo despierto por última vez? Recordó asaltar la guarida de vacaciones de Dragos con la Orden. Recordó matar a Wilhelm Roth. Se acordó de la explosión en la sede de los cuarteles, y la mirada de miedo y horror en el rostro de Claire cuando salió de los escombros, envuelto en un fuego infernal. Recordó su valor cuando ella le atacó primero con la determinación obstinada, negándose a dejarlo morir.

Entonces se acordó de... una nada sin fin.

Podrían haber sido días desde que había perdido el conocimiento. Tal vez una semana o más.

¿Cuánto tiempo había estado con él Claire en el universo de ensueño, pasando por alto su propio bienestar para consolarlo través de la oscuridad?

—Claire, por favor. Abre los ojos. Dime que puedes escucharme. — Pasó su mano por su cara y pelo, sintiendo que su corazón se agrietaba mientras sostenía su cuerpo debilitado contra él—. Déjame saber que todavía estás conmigo, que no te he perdido.

Dios le ayude, pero ella no respondió en absoluto. Estaba fría e inmóvil, su respiración demasiado filiforme y poco profunda.

Reichen registró vagamente el sonido de pisadas acercándose a la puerta abierta de la habitación, pero todo su enfoque estaba en traer de vuelta a Claire. Una persona quedó sin aliento desde el pasillo, seguido por más voces como un pequeño grupo de guerreros y sus compañeras se reunieron frente a la puerta.

—Infierno Santo —murmuró Tegan, una maldición que se hizo eco en más de una persona.

Reichen no sabía si su reacción sorprendida era por el hecho de que él estaba despierto y ausente del pyro o por la condición perturbadora de Claire extendida lánguidamente en sus brazos. Giró la cabeza hacia Lucan, Tegan, y varios otros miembros de la Orden que estaban fuera de la habitación con Tess y el resto de las Compañeras de Raza que vivían en el recinto. Tess y Savannah estaban sosteniendo tubos de IV y bolsas de líquido claro. Detrás de ellos, Gideon había rodado una camilla de la enfermería.

—Algo está mal con Claire —murmuró, con la garganta seca. Una ráfaga fría parecía soplar a través de su cuerpo, colocándose detrás de su esternón.

—Vamos a ayudarla —dijo Tess suavemente, levantando los suministros médicos que había traído.

—No. Es demasiado tarde para eso —murmuró, sabiendo por instinto que ella estaba más allá de la necesidad de cualquier intervención mortal.

Necesitaba sangre.

Por mucho que él había temido una vez que sólo le haría daño, que su amor no sería lo suficientemente fuerte como para mantenerla a salvo de lo que el pyro podría convertirle, Reichen se sentía más allá de cualquier sombra de duda de que él era el único que podía salvarla ahora. Él gruñó cuando un par de los guerreros comenzaron a entrar en la habitación, como si quisieran llevarse a Claire lejos de él.

Ella era suya, ahora y siempre.

—Regresa a mí —le susurró, luego levantó su muñeca a la boca y hundió sus colmillos profundamente en su carne.

La sangre se disparó por sus venas mientras le llevaba a los labios la herida y apretó las punciones contra su lengua.

—Bebe, Claire —le susurró en voz baja, sosteniéndole la cabeza arriba y obligándola a vivir. No le importaba si tenía que rogarle. No le importaba tener una audiencia observándolos solemnes y en silencio a unos metros de distancia—. Bebe para mí ahora. Por favor, Claire...

La primera barrida de la lengua contra su piel chupando hizo que Reichen tomara una respiración fuerte. Luego empezó a tragar, fijando los labios con más firmeza a la fuente de calor, sangre que daba vida. Su sangre, que se derivaría dentro de ella y le daría la fuerza y la vida prolongada.

Su sangre, que la uniría a él como su compañera, ahora y siempre.

—Andre —murmuró soñolienta, levantando la mirada oscura de flecos hacia él—. He tenido tanto miedo. Pensé que te había perdido.

—Nunca —respondió—. Nunca más.

Su boca se curvó en una sonrisa débil cuando ella volvió a la succión de su muñeca.

—Toma todo que necesites de mí, mi amor —le animó con ternura, con la garganta obstruida por la emoción. No le importaba que su voz y sus manos temblaran mientras se la acercaba más. Era completamente desvergonzado ante la profundidad de sus sentimientos por esta mujer.

Su mujer.

Su compañera.

Su amada, al final, y para el resto de sus vidas.

Cuando miró hacia donde sus amigos habían estado reunidos, se sorprendió al ver que habían desaparecido. La puerta de la habitación estaba cerrada, dejándole a Claire y a él intimidad, en su reencuentro, solos. Reichen no la apresuró ni un segundo. La dejó beber por un largo tiempo, contento con simplemente mantenerla en sus brazos y ver como la sangre le daba un brillo a sus mejillas y vida renovada a su cuerpo.

Y mucho tiempo más tarde, después de que estaba finalmente saciada y fuerte, se recostó en la cama con ella y la envolvió en su abrazo protector, dándole una solemne promesa que estaba muy ansiosa por guardar, y amarla con toda la reverencia y adoración de un varón de sangre en condiciones de servidumbre, que había mirado al infierno a la cara y ahora entendía que estaba sosteniendo el cielo en sus brazos.



Epilogo

Newport, Rhode Island.

UNA SEMANA DESPUES.

Reichen estaba de pie solo en la orilla iluminada por la luna en la Bahía Narragansett, sumido en una profunda meditación que se había convertido en su ritual nocturno después de que él y Claire hubieran abandonado Boston. Detrás de él, los sonidos de su suave música de piano flotaron bajo la casa. Dejó que las consoladoras notas lo bañaran mientras enfocaba toda su energía mental en la esfera brillante de fuego que mantenía suspendida entre sus manos en aquel lugar.

La bola giraba más rápido mientras él, lentamente, juntaba sus manos cada vez más cerca. La luz se hacía más caliente, pasando del brillo naranja de la llama a un intenso azul blanquecino. Y Reichen lo apretaba con más fuerza, comprimiendo el poder del fuego en un área pequeña, y más pequeña, que estaba completamente bajo su control.

La pyrokinética que tenía, una vez recorrió su cuerpo entero como una ráfaga de fuego salvaje, estaba lentamente disciplinada. Finalmente cediendo a su voluntad, obedeciendo sus órdenes.

El ejercicio era agotador, pero cada vez que trabajaba el fuego progresaba. Esta noche lo había mantenido durante dos minutos seguidos – dos veces, más de lo que lo había mantenido la noche anterior. Estaba decidido a dar forma a su habilidad en un verdadero talento, y tenía que agradecer a Claire por ayudarlo a conseguirlo.

Ella era su fortaleza interna. Su sangre lo mantenía estable, y su amor lo mantenía entero. Finalmente estaba aceptándose a sí mismo como era – todo lo que era, incluyendo esta parte de él, que había intentado negar tanto. Había estado tres décadas viviendo una existencia superficial, cerrándose a la emoción verdadera por temor a que lo volviera débil. Ahora sentía todo exponencialmente en mayor medida. Con Claire a su lado, estaba finalmente aceptando todo lo que significaba, verdaderamente, estar vivo.

Distantemente, mientras él afilaba el orbe del fuego en una esfera más pequeña, más brillante, registró que la música dentro de la casa se había detenido. Le tomó toda su concentración mantener la bola girando entre sus manos. Tanto así que no escuchó a alguien aproximándose hasta que una voz profundamente masculina murmuró una vivida maldición detrás de él.

—Está bien, Tegan —dijo Claire, mientras Reichen giraba lentamente para estar de frente a ellos. Su sonrisa era divertida, y sin un poco de vanidad mientras encontraba la mirada de su compañero—. Estás mejorando. La última vez que lo hiciste, el orbe sólo logró ser del tamaño de una naranja.

Reichen arqueó una ceja frente a ella mientras aplastaba sus manos y extinguía las llamas completamente. Su cuerpo estaba exhausto por el esfuerzo que le tomaba manejar su talento, pero su corazón se elevó al ver la confianza de Claire en él. Y se alegraba de ver a su amigo de Boston, también.

—Tegan —dijo él, extendiendo su mano al guerrero en señal de saludo.

El Gen Uno le dio una prudente inclinación de cabeza mientras estrechaba la mano que justamente había estado encendida con calor sobrenatural.

—Impresionante —dijo él, sonriendo ahora—. Obviamente alguien ha estado comiendo sus Wheaties* (cereal).

Reichen se rió.

—Tengo algo mucho mejor que eso, mi amigo.

Claire se acercó y envolvió su brazo alrededor de él, acurrucándose a su lado. Nunca se cansaría de sentirla apretada junto a él, y la semana que habían pasado juntos en Newport había sido la mejor rehabilitación que podría haber pedido. Estaba satisfecho más que sus fantasías salvajes, pero viendo a Tegan ahora, tenía que admitir que una creciente comezón de regresar al centro de la acción con sus amigos de la Orden.

—¿Ha habido alguna primicia que conduzca a Dragos desde que hablamos hace un par de días? —pregunto él, suponiendo que el guerrero no había recorrido todo el camino a Rhode Island sólo por una visita familiar.

—Seguimos rastreando algunas cosas, pero el hijo de puta parece haber limpiado el área. Sabía claramente que estaríamos rodeando su zona en Connecticut, y no descontamos el hecho de que podría haber establecido

posiciones alternativas hace mucho. Nuestra mejor apuesta por el momento es perseguir su red de socios de la Agencia de Ejecución.

—Cualquier cosa que pueda hacer para ayudar —dijo Reichen—. Dime donde me necesitáis. Sabes que estoy disponible para la Orden.

—Has sido totalmente invaluable, mi hombre. Sin ti y Claire, ambos, no podríamos haber encontrado los laboratorios de Dragos en absoluto. Ahora muchas de nuestras sospechas sobre sus operaciones están confirmadas. Es más importante que nunca que encontremos a Dragos, pero también es necesario encontrar al Antiguo que ha estado reteniendo todo este tiempo. No tenemos nada contundente de dónde pudo haber trasladado a la criatura, pero el hecho de que esté ahí fuera, en algún lugar, es un desastre que sólo esperamos solucionar.

Reichen asintió moderadamente.

—Suena como si la Orden tuviera sus manos repletas, incluso más ahora que antes.

—Sí, lo estamos —estuvo de acuerdo Tegan—. En realidad, Lucan y el resto de nosotros en Boston están de acuerdo de que podríamos utilizar a un enviado especial para ayudarnos a conseguir apoyo entre la población Europea. Tu reputación ha sido oro entre los DarkHaven de allí, así también como con la Agencia de Ejecución. Vamos a necesitar a alguien con la cabeza fría y excelentes instintos para ayudarnos a conseguir nuestras propias alianzas, y al mismo tiempo arruinar cualquier posible alianza de Dragos con aquellos grupos. ¿Hay alguna posibilidad de que pudieras estar dispuesto a dejar tu agradable nidito de amor aquí, en Newport, para hacer algún trabajo diplomático para nosotros de vez en cuando?

Reichen miró hacia abajo para encontrarse con la mirada de Claire. Habían estado de acuerdo en hacer la casa en Newport su hogar, quizás incluso empezar una familia propia en poco tiempo. Estaba ansioso por la vida que estaban planeando juntos, pero el deber y la lealtad a la Orden tiraban de él, también.

Ella entendió aquel hecho; vio la aceptación en sus ojos. Ella sonrió y le dio un pequeño asentimiento.

—Al reto que vas a ir, antes de la próxima semana estarás aburrido de hacer malabares de fuego. Estarás buscando nuevos desafíos, tal vez ambos lo estaremos. Tal vez haya bastante trabajo para nosotros con la Orden. —Dijo ella. Lanzándole una mirada inquisitiva a Tegan.

El guerrero sonrió.

—Estaríamos honrados de contar con los dos.

—No dejé Alemania exactamente en las mejores condiciones —murmuró Reichen—. La Agencia puede verme allí como un fugitivo, no como un amigo.

—En realidad —dijo Tegan—, para todos los efectos, eres un hombre muerto. Moriste el verano pasado, en el incendio que destruyó tu DarkHaven. Ahora Roth y todos los de su círculo están muertos, también. Para cualquier persona, eres un fantasma, Reichen. Te dará incluso mayor oportunidad para llegar a acercarte a nuestros objetivos y apuntar hacia alianzas encubiertas.

—¿Un espía de la Orden? —dijo Reichen, gustándole ya la idea.

—No estoy diciendo que vaya a ser fácil. Va a ser condenadamente duro el trabajo a veces. Y va a ser mortalmente peligroso, también. —Tegan preguntó—: ¿Crees que podrás manejarlo?

Reichen miró a Claire de nuevo, sintiéndose más fuerte que nunca cuando vio la fe y la admiración brillando en sus ojos castaños claros.

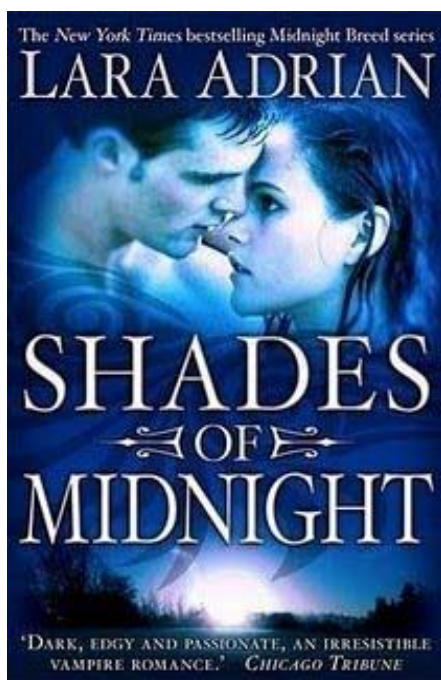
—Sí —dijo él—. Creo que puedo manejarlo.

Con Claire a su lado, amándolo – creyendo en él – podría manejar cualquier cosa en absoluto.

.... Fin del libro.

No te pierdas el próximo libro de la Saga Midnight Breed:

SHADES OF MIDNIGHT



Sinopsis:

En una salvaje tierra helada sumida en la oscuridad, la línea entre el bien y el mal y el amor y el odio nunca volverá a ser la misma. Algo inhumano está acechando los salvajes y fríos territorios de Alaska, dejando una horrible carnicería tras de sí.

Para la piloto Alexandra Maguire, los asesinatos están avivando recuerdos de un horroroso episodio que presenció en su infancia, y evocan en ella la inexplicable sensación de que pertenece a otro lugar que siempre la ha perseguido y que nunca ha podido explicar... hasta que un oscuro y seductor extraño que también esconde sus propios secretos entra en su mundo.

Enviado desde Boston en una misión para investigar los salvajes ataques y parar la matanza, el vampiro guerrero Kade tiene sus propios motivos para regresar al helado y olvidado lugar de su nacimiento. Obsesionado por una secreta vergüenza, Kade muy pronto se da cuenta de la auténtica amenaza a la que se enfrenta, una amenaza que pondrá en peligro la frágil unión que ha formado con la valiente y decidida mujer que despierta en él profundas pasiones y primitivas necesidades. Y cuando introduzca a Alex en su mundo de sangre y oscuridad, Kade deberá confrontar no sólo sus propios demonios, sino al mal que mejor podría destruir todo lo que le es querido.

Lara Adrian



Lara Adrian, nacida en Norte América, salto a la fama con la Saga Midnight Breed, convirtiéndose así en la revelación del momento, al colocar a todos los libros que componen esta Saga, como Best Seller, según el New York Times.

Prácticamente no se sabe nada de la vida privada de la autora, ya que ella considera más importante que se le conozca por su trabajo que por su vida personal.

Actualmente, sigue escribiendo esta Saga, asegurando el éxito en su carrera.

Saga Midnight Breed:

1. - Kiss of Midnight
2. - Kiss of Crimson
3. - Midnight Awakening
4. - Midnight Rising
5. - Veil of Midnight
6. - Ashes of Midnight
7. - Shades of Midnight